

2022
Sebastián Sanz y Gascón

◆ ◆ ◆ Presbítero ◆ ◆ ◆

La Plaga Social

NOVELA



◆ ◆ ◆ LOGROÑO ◆ ◆ ◆

Imprenta y Librería Moderna

NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000251048

197576
C. 25.048

FAC

4458

Regalo del autor.

29 julio 912



LA PLAGA SOCIAL



LA PLAGA SOCIAL

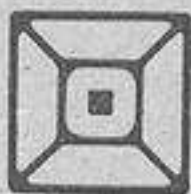
NOVELA

POR

Sebastián Sanz y Gascón Pbro,

DOCTORAL DE LOGROÑO

Con licencia eclesiástica



LOGROÑO

Imprenta y Librería Moderna

1912

R. 121.206

Es propiedad del autor
Queda hecho el depósito
que exige la Ley.

NIHIL OBSTAT

Licdo. Ramón Galindo

IMPRIMATUR

El Admor. Apostólico

Licdo. Juan Plaza

AL LECTOR

Ignoro quien eres, lector amable, y no puedo por tanto adivinar la impresión que ha producido en tu alma, el nombre de un humilde sacerdote escrito, en la portada de este libro. Tentado estoy, sin embargo, á sospechar, aun cuando te empeñes en negarlo, que no ha sido aquella todo lo agradable que yo desearía, y que si no has tomado de aquí motivo para escandalizarte, habrás á lo menos torcido la cabeza con gesto despreciativo, murmurando del menguado autor que rebaja su dignidad hasta convertirse en patrocinador y propagandista de frivolidades.

¡Líbreme Dios de condenar tu respetable proceder! Tan dueño eres tú de pensar en este punto según mejor te parezca, como lo soy yo para desentenderme de tus opiniones y seguir un camino diametralmente opuesto. Lo que yo deseo con todo anhelo, es que suspendas tu juicio hasta haber oído mis disculpas, y que si los motivos que yo he tenido para meterme en *libros de caballería* te parecen suficientes, retractes lealmente tu fallo y aplaudas en vez de censurar mi conducta.

VIII

La primera razón que yo pudiera aducirte, es la misma con que hace muchos años sincerábase de semejantes inculpaciones otro sacerdote novelista, honra del clero regular y una de las más puras glorias de nuestra literatura contemporánea. Con él te diré, que aunque parezco novelista, solo soy predicador evangélico, y como tal extendiendo mi sagrado ministerio hasta las páginas de la novela, para predicar en ellas las verdades que no se pueden decir en otra parte, y hacerlas llegar á ciertas almas á quienes de otro modo no se conseguiría hacer oír la voz de Cristo.

Cierto, discreto lector, que sería más conveniente ejercer este ministerio en la forma y lugar acostumbrados, pero ¿qué hacer cuando los espíritus más necesitados del manjar espiritual, son por desgracia los que jamás traspasan los umbrales del templo? ¿Qué hacer sino sorprender á esas pobres almas en sus mismas aflicciones, agotar cuantos ardides inspira la caridad para atraerlas, darlas el sustento de sana doctrina entre las galas de una literatura superficial á la cual están pegadas, y en una palabra, imitar la conducta del Apóstol, haciéndonos todo para todos, á fin de ganar á todos para Cristo? Paréceme que nada hay aquí censurable. Seríalo indudablemente el sacerdote que tomase en sus manos la pluma para producir obras insustanciales, destinadas exclusivamente á entretener el ocio de gente vana y ligera; mas nunca, sin grave injuria, podrá ser incluído en esa categoría, el que se sirve de la pluma como de medio para alcanzar nobles fines, el que escribe con la elevada intención de sustituir el antiguo lema: «enseñar deleitando», por este otro más digno y provechoso: «moralizar deleitando».

Y no es esto solo, lector amigo. Se ha dicho en to-

IX

dos los tonos y probado hasta la saciedad, que la lucha entre la Iglesia y sus enemigos está planteada actualmente en el terreno de la Prensa, á donde convergen las energías todas de la impiedad para conseguir la victoria definitiva. De esta convicción han nacido esos nobles entusiasmos, esas generosas ambiciones con que los católicos de nuestros días trabajan sin descanso para sobrepasar los esfuerzos de la prensa sectaria, imprimiendo á la defensa de la religión orientaciones descuidadas hasta hoy, y reputando como urgentísimo deber la cooperación al engrandecimiento de la Buena Prensa.

Esto es muy hermoso, muy laudable, y yo lo aplaudo sinceramente; pero tengo para mí que no hemos comprendido del todo la táctica del enemigo, y que éste nos ha de herir traidoramente por la espalda cuando nosotros intentemos atacarle de frente.

¡Necesitamos grandes periódicos! ¡Hay que hacer competencia á los diarios rotativos! ¡Es preciso inundarlo todo de buenos periódicos! Tal es la constante preocupación de los católicos. A eso se dirigen todos los esfuerzos, á eso se concretan nuestras aspiraciones.

Y al ver esto, pregunto yo: ¿es acaso el periódico el único albañal por donde corre el cieno de las plumas sectarias? ¿Está ahí el mayor peligro para las almas frívolas aficionadas á lecturas ligeras? ¿Y la novela? ¿Y las obras teatrales?

Conocida es la frase de que si San Pablo viviese en nuestros tiempos sería periodista. Exacto, exactísimo, lector amigo. Permíteme, sin embargo, pensar, que si San Pablo volviese á la tierra, antes que periodista sería novelista; porque entre todas las manifestaciones de la Prensa impía, es ciertamente la novela la que ocupa el lugar preferente, la que mayores estragos produce en

X

las almas, y la que necesita por lo mismo más urgente saneamiento.

Los estrechos límites de un prólogo no me permiten extenderme en consideraciones y pruebas sobre esta verdad, mas si tienes alguna duda de ella, tómate la molestia de estudiar detenidamente el estado de la sociedad actual, y reconocerás que la novela ha sido el principal factor de esa oleada de cieno en que están envueltas las naciones de Europa, y que Tolstoï en Rusia, Zola en Francia, D' Annunzio en Italia, y por no citar otros, Blasco Ibañez en España, pueden justamente gloriarse de haber sembrado ellos solos más corrupción é impiedad que todos los periódicos juntos.

¿Por qué, pues, no llevar á la novela el Apostolado de la Prensa? ¿Por qué no dedicar á ella, lo mismo que al teatro, una parte siquiera de nuestras energías? Tendremos grandes rotativos católicos, no lo dudo; ¿y qué? Mientras no consigamos apoderarnos del teatro y la novela, mientras en los coliseos no se representen obras *cristianas*, mientras los escaparates de las librerías no se vean atestados de novelas moralizadoras, habremos conseguido borrar una pequeña gota del veneno que vierten las plumas inspiradas por Satanás, pero dejaremos á éste el mejor y principal dominio de la Prensa.

Esto es lo que todos, á medida de nuestras facultades, debemos evitar; y para aportar yo mi granito de arena, no he vacilado en meterme en estas aventuras, creyendo que hacía una buena obra, si no literaria, á lo menos moral, y esperando encontrar imitadores que con mayor acierto me sigan en esta empresa. Y si después de todas estas razones y otras que omito por no alargar demasiado el prólogo, todavía, caro lector, persistes en tu parecer y opinas que he cometido poco

XI

menos que una profanación, quédate en paz con tus opiniones, lee ó arroja este libro, ensalza ó vitupera mi conducta, y, por decirlo de una vez, haz lo que te dé la realísima gana. Por mi parte, te advierto que todo ello me tiene muy sin cuidado, porque ni busco aplausos ni deseo recompensas, sino solamente la gloria de Dios, el bien de las almas y la satisfacción de haber cumplido con mi deber.

Logroño, 6 de febrero de 1912.

LA PLAGA SOCIAL

La Plaga Social

I

.....«Somos hijos del progreso, engendrados con sangre de libertad, que vamos abriendo camino á la corriente expansiva de nuestras ideas redentoras. Somos la aurora del día venturoso, en que la tierra repartirá equitativamente sus dones, dando un cubierto en el banquete de la vida, á los que hasta hoy se contentaban con roer el hueso caído de la mesa del rico. Somos la fuerza que ha de imprimir ordenado movimiento á la máquina de la sociedad, paralizada por la constante acción del clericalismo, de ese clericalismo atávico, degradante, estúpido, que usurpando nuestros derechos y tiranizando nuestras conciencias, ha colocado su trono sobre el cadáver de la liber-

tad y se levanta como fantasma amenazador, ante el hermoso resurgir de nuestras reivindicaciones, queriendo cerrar el paso al avance de las conquistas más legítimas que jamás pudo emprender la actividad del hombre progresivo.....

—¡Bien! ¡Bravooo! ¡Viva Recorteee...! ¡Abajo el clericalismo!

Aplausos, gritos, ruido infernal.
.

Supongo, lector amable, que, al echarte á la cara el precedente desahogo oratorio, con que da principio este librejo, habrás caído en la cuenta de que nos encontramos en una de esas frecuentes reuniones, bautizadas en la pila del lenguaje moderno con el exótico nombre de *mítins*.

Algo más te costaría adivinar dónde, cuándo y de qué manera se celebra tan importante asamblea. Si tienes interés en saberlo y quieres ahorrarte conjeturas, prosigue leyendo lo que has comenzado, y yo te aseguro que muy pronto lograrás ver satisfecha tu natural curiosidad.

Confieso que no le he visto, pero si he de dar crédito á personas bien enteradas, me consta que existe un Vallespino, encajonado entre cuatro montañas, con el cual han estado muy desatentos los señores geógrafos, al no darle cabida en ninguno de los innumerables mapas que describen nuestra nación.

Verdad es que esta imperdonable ligereza

de la ciencia, nos viene de perlas en la ocasión presente, porque como Vallespino puede existir lo mismo en Galicia que en Andalucía, tenemos libertad de colocarle donde mejor parezca á cada uno, sin que nadie tenga derecho á pedirnos explicaciones de nuestro desafuero topográfico.

Es Vallespino un villorrio de unos ochenta á cien vecinos, feo y sucio como la generalidad de los pueblos, con sus casas bajas, de paredes desconchadas, sus calles estrechas, empinadas y tortuosas, su plaza mayor donde es fama que los mozos tiran á la barra y juegan á la pelota, su casa del concejo, que tiene trazas de establo, su fuente pública, que sufre largas intermitencias, un lavadero cenagoso, adosado á ésta y coronando todo el conjunto, la Iglesia con su airosa torre, semejante á un centinela que vela sin descanso por la tranquilidad del pueblo congregado á su sombra. Podemos también añadir, que Vallespino jamás ha conocido vía-férrea, ni carretera, ni siquiera un mediano camino vecinal; que carece de médico, boticario y maestro de escuela; que no ve el agua sino cuando al Señor le place enviarla en lluvias más ó menos benéficas ó cuando la fuente pública tiene á bien interrumpir sus intermitencias, y que por toda riqueza cuenta con algunos sequerales poco fecundos, unas cuantas yugadas de viña, donde empieza á entrar la filoxera, y cinco ó seis raquíuticos huertecillos con mustios frutales, reservados para recreo de las familias acomodadas.

De las condiciones morales, vida, costumbres y carácter de los habitantes, nada hay que decir, porque bastante se darán á conocer en el curso de esta historia, cuento, novela ó como se quiera llamar; pero no estará demás apuntar por adelantado, que corren parejas con todo lo expuesto, para venir á sacar la consecuencia de que Vallespino es un pueblo digno de ser presentado por nuestro flamante ministro de Fomento á las Naciones extranjeras, como el último figurín de la prosperidad, cultura y progreso, á que nos han llevado los gobiernos liberales, que, por nuestros pecados, rigen desde hace un siglo los destinos de España.

Y ahora que conoces el terreno, bondadoso lector, entra si quieres conmigo en este pueblo, donde acaso halles cosas dignas de toda tu atención. Pero de antemano te prevengo, que habrás de andar con mucho cuidado, porque estamos en plena noche, á Vallespino no ha llegado todavía el lumínico etéreo rodar, y no habiendo en las calles otra luz que la producida por el titilar de las estrellas en una noche clara, corremos riesgo, lo mismo tu que yo, de sellar con nuestras narices la dureza de alguna esquina.

Así que, si oyes mi consejo, harás muy bien con quedarte tranquilamente en tu casa, mientras que arrostro yo solo los peligros de esta expedición, y subiendo, subiendo la cuesta, que da entrada á Vallespino, me planto de cuatro zancadas en la plaza mayor.

Ya estoy en ella. En verdad que no llego

á comprender, por qué razón se ha de titular mayor una plaza, que, sobre no ser grande, es la única que existe en la localidad; pero en fin, cuando los vallespinenses la llaman así, ellos sabrán por qué.

La plaza mayor es un cuadrilátero muy imperfecto, en cuyo centro se levanta el frontón destinado al juego de pelota. No lejos de él están la fuente y el lavadero, y unos cuantos edificios, puestos sin orden ni concierto á los cuatro costados, parecen como el marco, que sirve para encerrar á aquellos.

Lo primero con que tropiezo al entrar en la plaza y que desde luego atrae mi curiosidad, es una casita achatada, de blancas paredes, puertas pintadas de bermellón y un rótulo tan disforme que casi ocupa la mitad del frontis.

Acércome, y al pálido claror de las estrellas, como dijo el poeta, consigo ver que la torpe mano de un pintor incipiente, ha escrito con letras deformes estas rimbombantes palabras: «Bar Modernista de Antón Martínez». Y un poco más abajo, ante el temor sin duda de que nadie entendiese lo que allí se despachaba, trazó con letra más menuda pero detestable ortografía y peor sintáxis, este llamativo apéndice: «Se bende bino y licores».

Yo no entiendo palotada de todos esos motes que van poniendo á las cosas, dejando por el suelo á la muy respetable corporación, que fija, limpia y da esplendor á nuestro idioma; pero á juzgar por el tufillo nada agradable que se escapa por la puerta medio abierta y las vo-

ces avinadas que se oyen confusamente, sospecho, que lo que se oculta detrás de aquel pomposo *Bar* es, ni más ni menos, lo que todo cristiano llamaba antiguamente una taberna. No está mal eso de disfrazar las cosas para hacerlas menos repugnantes. Desde hoy no podremos aplicar á nadie el denigrante epíteto de tabernario; pero en cambio, habremos de llamar *barnario* á todo el que frecuente esos lugares.

Siento deseos de conocer lo que es una taberna rebozada con *Bar*; asomo la cabeza con mucho cuidado, para que nadie me sorprenda, y he aquí lo que ven estos ojos que se ha de comer la tierra: una habitación estrecha, larga, de negras paredes agrietadas por todas partes y techo bajo, cruzado por gruesas vigas, de las que penden, á guisa de tapices, descomunales telarañas; en el textero, junto á la puerta de escape que comunica con las habitaciones interiores, una original tribuna formada con un cajón puesto sobre una mesa, y encima de ésta y dentro de aquél, un hombre flaco, de mirada tétrica, barba desaliñada, que acciona grotescamente y grita como un energúmeno, dirigiendo su elocuente palabra á cincuenta ó sesenta destripaterrones de mala catadura, y no mejor indumentaria, entre los que se destacan algunas desgredadas Menegildas, salsa imprescindible de todos los guisos que se condimentan en la tierra. Completan finalmente el cuadro, cinco ó seis mesas de roble, cubiertas de mugre y vino, un sucio mostrador, tan limpio como las mesas, detrás del cual se ven al-

gunas botellas, haciendo compañía á un enorme tonel, y colgado del techo un candilón de aceite, cuya débil luz, dejando casi á obscuras media habitación, imprime á todo el conjunto un tinte tan repulsivo, tan desagradable, que parece estar abofeteando al flamante «Bar Modernista de Antón Martínez», estampado en el rótulo.

Aquí tienen mis lectores dónde, cuándo y de qué manera se celebraba el famoso mítin con que da principio este librejo. Y si para muestra dicen que basta un botón, creo muy suficiente el parrafito conocido, para que cada cual pueda formar exacto juicio de los puntos oratorios que calzaba el fogoso perorante; mucho más, sabiendo, como todos sabemos, que unas cuantas frases de relumbrón, ciertos toquecitos de mucho efecto y media docena de periodos campanudos pero deslavazados, son lo bastante para acreditar á esas máquinas parlantes, que, alquiladas á tanto por día, lo mismo que el violón de una orquesta, van recorriendo el mundo, *santamente* ocupadas en envenenar con su palabrería las almas de los incautos.

Anatolio Recorte, *ilustre* orador, que, según él mismo confiesa, tiene la *allísima* honra de dirigirse á tan *distinguido* auditorio, es un ente vulgarísimo, tan flaco de entendimiento como de carnes, con asomos bastantes pronunciados de tonto de capirote. Pero Anatolio Recorte, posee en cambio una *hermosa* voz de becerro, cierta facha tristona, tirando á romántica, y

medio adarme de fósforo desleído en muchos cántaros de impiedad; circunstancias todas, que bien explotadas, suelen convertir á los alcorques en personajes de gran fuste, según nos demuestra la experiencia cotidiana.

Anatolio Recorte, á quien traen en continuo discurrir los retortijones del estómago, ha llegado á comprender que el único medio para indemnizarse de algún cocidillo retrasado, era dedicarse á la oratoria mitinesca, explotando con ella la necia credulidad del infinito número de tontos, que según afirma la Sagrada Escritura, hay en el mundo.

Dedicóse pues, con el mayor empeño á escuchar los más rabiosos discursos que se pronunciaban en su tiempo; fué tomando frases de acá, períodos de allá, golpecitos de acullá; logró formarse un mosaico oratorio con varias arengas de tonos exaltados, y aquí tienen ustedes á mi hombre, metido en un cajón, sobre una ridícula tribuna, prodigando sus mal hilvanados plagios, para hacerse aplaudir del *ilustrado* auditorio que llena el «*Bar Modernista de Antón Martínez*».

No faltará de fijo, quien al ver el retrato del orador de *mitín*, esbozado por mi tosca pluma en las precedentes líneas, crea notar alguna exageración, nacida de ciertos prejuicios de que, gracias á Dios, adolece el que esto escribe. Yo aseguro que he procurado contenerme dentro de los justos límites, aunque confieso que me ha costado algún trabajo; porque entre todos los tipos que circulan por la sociedad, con

el márchamo de personas interesantes, hay dos, de quienes no puedo hablar, sin antes poner algún freno á mi lengua. Son éstos, dicho sea con perdón de las honrosas excepciones, el orador de mítin y el periodista al día; dos tipos igualitos, cortados por idéntico patrón, con la misma ignorancia supina, la misma cínica desvergüenza; los únicos que, sin saber de nada, hablan y escriben de todo, siendo los más vulnerables, no cesan de atacar, no teniendo razón, gritan más que nadie, estando esclavizados por cualquiera, nos aturden á todas horas con las voces de libertad. ¡Así andan monopolizadas, por los ignorantes y procaces, la palabra y la pluma, armas temibles en la lucha actual!

Pero volvamos á nuestro asunto. No era aquella la primera vez que Recorte peroraba en la misma tribuna, ya que otras ochenta por lo menos había desembuchado allí el depósito de bilis que guardaba para estas ocasiones. ¡Y poder de Dios! lo que había salido por aquella boca! ¡Qué cosas no encerraba aquella prodigiosa cabeza! ¡Qué pinturas tan espeluznantes las que dibujaba aquella lengua! ¡Cuadros de ignorancia, de barbarie, de absolutismo clerical! ¿qué se yó? Todo iba desfilando á manera de cinta cinematográfica, ante los embobados vallespinenses, y todo ¡palabra de honor! había sido examinado, visto, reconocido, estudiado por aquel hombre extraordinario. ¿Pruebas? ¿Razones? No daba una siquiera. ¿Para qué? ¿No era bastante que el fogoso superhombre se dignase garantizarlas, con la vibrante sinceridad de su palabra?

Además de esto, Anatolio Recorte, aseguraba por todos los dioses del Olimpo, que Vallespino estaba sumido en las tinieblas de la ignorancia; que allí no había llegado ni una pizca del progreso moderno; que se morían todos de hambre, rascando terruño, por no tener dos dedos de frente para conocer los derechos que tiene cada uno en la sociedad. Pero allí estaba él, Anatolio Recorte en persona, que compadecido de tan triste situación, venía á traerles la ciencia..... ¡la ciencia que había aprendido en los garitos! venía á traerles la prosperidad..... ¡la prosperidad que le rebosaba por las coderas rotas de la americana! venía á traerles el progreso..... ¡el progreso que él había realizado, inventando ratoneras para cazar almas!

Claro está que Recorte no decía tales cosas así tan á la pata la llana, sino con muchos rodeos y no poco disimulo; pero esta era toda la sustancia que se podía sacar, exprimiendo los soporíferos discursos que llevaba embotellados. Y los muy zopencos de sus oyentes, lejos de echar á patatazos al pelafustán que con tanta frescura les ponía de brutos, ignorantes y peleles, hasta dejárselo de sobra, aplaudían á rabiarse estas majaderías; las celebraban con frenéticos vivas, y algunos arrojaban al aire las prendas de vestir, como si no hallasen mejor manera de expresar su entusiasmo. Por supuesto, que aquellos bodoques entendían de todas estas músicas, lo mismo que yo de echar medias suelas, y sacaban lo que el lego del sermón; pero se quedaban tan satisfechos, como

satisfecho y conforme dejaban al orador. Todo por no haber leído ninguno de ellos la gráfica terminación de aquella preciosa fábulita:

Si el sabio no aprueba, malo.
Si el necio aplaude, peor.

Mas no era la pedantesca oratoria de Recorte lo que deseaban oír aquella noche los gañanes de Vallespino. Habían sido convocados por Antón Martínez, con la advertencia de que nadie faltase, para tratar de graves asuntos pertenecientes al partido, y como estos asuntos no aparecían entre las flores que les endilgaba el orador, esperaban con impaciencia la terminación del discurso, para ver si el tabernero les explicaba el motivo de aquella reunión.

Llegó por fin el momento de ocupar la tribuna el propio Antón Martínez, quien, dejando las galas oratorias para su *ilustre* compañero, expuso en prosa vil y ramplona: que el treinta de enero se celebraban las elecciones municipales; que no faltaban para esa fecha más de veinte días, y puesto que el *comité* había acordado ir á la lucha, era preciso hacer los preparativos convenientes, distribuyendo los trabajos y formando la lista de los candidatos; teniendo buen cuidado de advertir, así como incidentalmente, que la vara de alcalde quedaba reservada, como era natural, para su persona.

No dijo más Antón, pero fué lo bastante, para que todos sacasen de esta breve alocución, algo más de lo que habían sacado de los huecos párrafos de Recorte, y para que el silencio

guardado hasta entonces por el auditorio, se convirtiese en un sordo murmullo, indicador del disgusto con que eran recibidas las palabras del tabernero.

—¿Qué es eso?—dijo éste, dando palmadas para imponer silencio.—¿No os parece bien lo que digo?

El barullo iba gradualmente aumentando, hasta llegar á revestir caracteres de verdadera rebelión.

¿Es que no estáis conformes con que yo sea alcalde?—gritó de nuevo Antón.

Indudablemente había dado en el clavo, porque al oír estas palabras la concurrencia, estalló una formidable tormenta de gritos y silbidos, que hizo palidecer de ira al tabernero.

—¡Señores!—volvió á decir éste por tercera vez—Así no podemos entendernos. Si no teneis formalidad, se termina el acto.

Levantóse entonces para hablar un fornido mozo, con la mano izquierda metida en la faja y la derecha puesta ante la cara como para ocultar el despecho que en esta se dibujaba, y al momento restablecióse la calma en la taberna, guardando todos silencio para escuchar al improvisado orador.

—*Pus pa* decir...—murmuró éste, haciendo largas pausas entre palabra y palabra—que aquí *toos semos* unos... y *toos semos* iguales... como lo *pedricais vusotros*; y pinto el caso... yo soy lo *mesmo* que el *siñol Natalio*... salva la *prenuncia*, que esto no lo *himos mamau*. Y *po* lo consiguiente... queremos, que aquí no *haiga*

más tú ni más yo... sino que se echen suertes... y que sea alcalde y concejal, el que le toque. *Hi* dicho.

Una nutrida salva de aplausos, silbidos, gritos y golpes en las mesas, fué digna coronación de tan *elocuentes* palabras.

—¡*Mu* bien dicho!—voceaban unos.—Eso, eso; las suertes. Tiene razón *Canijas*.

—¡Eso no *pue* ser! ¡Eso es una *barbaridá*—aullaban otros, que esperando figurar en la candidatura, se daban por satisfechos con formar en segunda fila.

Y levantados todos en confuso pelotón, jurando, pateando, haciendo estruendos, parecía el pomposo «Bar Modernista» una olla de grillos, mejor dicho, una jaula de fieras, ó de locos que estaban pidiendo á gritos la camisa de fuerza.

—¡Demonio con el tío Alforjas!—decía para sí el tabernero, contemplando el tumulto con los brazos cruzados y una sonrisa socarrona.—Y que bien se aprendió la lección. ¡Está fresco! Bonito sería, que, después de tanto trabajar, me birlase la vara alguno de estos mastodontes! ¡Como no se limpien!... ¡*pa* su abuelá!

Y haciendo como que accedía á los deseos de los revoltosos, púsose las manos en la boca á manera de bocina, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Está bien; pero oid antes la lista que yo tenía preparada y si no os agrada echaremos suertes.

Sacó después del bolsillo un papel que desdobló y leyó así.

—Teniente primero: Frutos Moscoso. Teniente segundo...

Más desgraciado que el primero, no tuvo el segundo teniente la suerte de que fuera proclamada su candidatura, sino que ahogóse en la garganta del tabernero, entre el tumulto que arreciaba y las voces de:

—¡¡No queremos eso!! ¡Las suertes! ¡Las suertes!

Comprendió el tabernero que no podía sacar partido de aquellos cernícalos, y decidido á cortar por lo sano, bajóse de la tribuna empujando hacia la puerta á los revoltosos, que protestaban y se resistían á salir.

—¡Afuera todos!—decía Antón despechado. —Veo que habéis envasado mucho mosto y no estáis para discurrir. Se levanta la sesión y cada mochuelo á su olivo.

Cuando el pomposo «Bar Modernista» quedó libre del *distinguido* auditorio que antes le llenaba, cerró Antón Martínez la puerta con gran estrépito, al mismo tiempo que murmuraba, echando chispas de ira por sus ojos.

—¡Ya os arreglaré el pelo, pedazos de babcas! Habéis de tragar el Ayuntamiento que á mí me dé la gana!

II

Si era ó no dichoso aquel villorrio feo, miserable, encajonado entre cuatro montañas, pudiéramos haberlo preguntado á los habitantes del mismo, quienes seguramente nos hubieran respondido, que no existía en el mundo pueblo alguno más feliz que Vallespino.

Y en verdad que tenían sobrada razón para hablar así, porque vengamos sino á cuentas. No era ciertamente Vallespino una Jauja, donde cuentan que andan los perros atados con longaniza, antes al contrario, con todo lo que se recolectaba entre muchos sudores y fatigas, apenas había lo suficiente para pagar uno de los innumerables y provocativos *menús* con que medran las lustrosas panzas de los polichinelas, que danzan en la política española. Mas á pesar de todo, allí nadie conocía la necesidad ni jamás se había visto quien implorase la caridad pública, efecto sin duda de la mucha sobriedad, que reinaba entre los hombres, y de la ciencia económica de las mujeres, las cuales podían dar en esto quince y raya á los mejores hacendistas, enseñándoles á no estirar el brazo más de lo que permite la manga.

¡Y cosa admirable! No había llegado á Vallespino ni uno siquiera de los adelantos mo-

dermos que embellecen la vida de los pueblos y son partes á formar la relativa felicidad de que podemos disfrutar en la tierra; pero nadie lo había echado de ver, ni á nadie molestaba la enojosa preterición en que les tenía el progreso.

Allí, por ejemplo, no entraba otro periódico que *El Correo Español*, al cual estaba suscrito el señor cura; pero maldito si se acordaban para nada los vallespinenses del invento de Gutenberg, porque además de que á casi todos ellos les estorbaba lo negro, no se hallaban atacados de esa gula periodística que caracteriza á nuestra generación, de esa chismografía, que sustituye al comadreo de baja estofa, y no consiste mas que en llevar al dedillo la cuenta de todos los crímenes, líos y trapisondas, de que es teatro nuestro mísero planeta.

De espectáculos y diversiones no hay que decir una palabra. Prescindiendo de teatros, *cines*, círculos y sociedades, poco acomodadas á la naturaleza de un pueblo, nunca se había visto en Vallespino un café ni una taberna, ni una casa de juego, ni ninguno de esos centros del vicio, donde, además de la moralidad y el tiempo, se pierden casi siempre el bienestar y tranquilidad de las familias.

Y no vaya por esto á creer alguno, que Vallespino fuese una especie de cementerio *viviente*, donde la irritante monotonía de la vida se hiciera poco menos que insoportable. Nada de esto; sin necesidad de buscar medios para matar el rato, se deslizaban allí suavemente

los días, las semanas, los meses y los años, en medio de una franca expansión y una alegría no ficticia, que para sí quisieran los que logran disfrutar una hora del placer embriagador, para consumir después las restantes, acosados por el hastío y el remordimiento.

Y si hay quien se resista á creer lo que digo, juzgue con toda imparcialidad después de haber leído lo siguiente:

La vida en Vallespino se reducía, salvas algunas ligeras variantes, á esto: Los días de labor los dedicaban los hombres á las faenas del campo y las mujeres á las tareas domésticas; pero por la noche, después de haber saboreado la modesta cena, reuníanse las familias en los poyos de las casas, si era verano, ó en la cocina al amor de la lumbre durante el invierno, y formaban sus tertulias donde se pasaban agradablemente las veladas, hablando éellos de las cosechas y del tiempo, dando éellas algún que otro tijeretazo fuera de las camisas que remendaban, comentando todos las novedades del día y remojando á veces los gaznates con abundantes jarros de vino; que se pagaban á escote ó se jugaban al truco.

Esto para los días de trabajo, porque en los festivos variaba completamente el programa. Lo primero que hacía todo vallespinense, sin excepción alguna, era cumplir escrupulosamente sus deberes religiosos, absteniéndose del trabajo y asistiendo con puntualidad á misa mayor. ¡No faltaba más! sabían muy bien que el señor cura solía pasar revista desde el

altar y que todo aquel que no se hallase en su lugar correspondiente, podía contar desde luego con una buena reprimenda, como no diese cuenta justificada de su ausencia. Consagrada la mañana al Señor, dedicaban la tarde al honesto esparcimiento del animo, reuniéndose todos los vecinos en la plaza mayor, que ofrecía un golpe de vista verdaderamente animado y pintoresco. Sonaban junto á la fuente el rasguear de las guitarras, mezclados con los alegres repiqueteos de las castañuelas, al compás de los cuales danzaba la risueña juventud animando el baile con discretos requiebros y galantes frases. Lucían más allá sus hercúleas fuerzas los tiradores más famosos del pueblo, que se disputaban el campeonato de la barra, haciendo con ésta verdaderos prodigios. Retumbaban en el frontón los golpes de la pelota lanzada por los jugadores que, en mangas de camisa y con el brazo descubierto hasta el codo, luchaban desesperadamente para conseguir los aplausos de los espectadores. Oíanse las ruidosas carcajadas que salían de los corrillos, donde las peregrinas ocurrencias de algún chusco hacían desternillar de risa á la concurrencia; y por todas partes, en fin, reinaba esa franca satisfacción propia de las almas sencillas, que, ni envidiosas ni envidiados, libres de cuidados y ambiciones, han llegado á gustar los dulces encantos que encierra una vida pacífica, ordenada y laboriosa.

Con estos antecedentes, inútil sería adver-

tir que la estadística criminal de Valdespino era todo lo consoladora que darse puede. Lo único que, de Pascuas á Reyes, alteraba la tranquilidad del pueblo, era alguna que otra pendencia por rivalidades amorosas, la cual venía á terminar con unos cuantos pechugones, ó cuando más y mucho, con un par de garrotazos que recibía alguno de los combatientes.

Y si á esto añadimos, que el carácter de los habitantes era de suyo pacífico, sencillo, expansivo y bonachón, bien podían éstos y podemos nosotros asegurar con toda justicia que Vallespino era el pueblo más feliz del universo, algo así como la excepción de la regla general, ya que para encontrar otro igual, sería preciso armarnos de la famosa linterna de Diógenes, recorrer no ya Atenas, sino el globo terráqueo y hasta la Luna y Júpiter y todos los astros que tengan habitantes, si es que alguno los tiene, y después de todo este recorrido volvernos otra vez á nuestra casa con la desilusión de no haber visto rastro siquiera de un pueblo semejante.

Estoy sospechando, que cansado algún lector de oír ponderar la felicidad de Vallespino, caiga en la tentación de arrojar el libro, renegando para siempre del informal autorcillo, que en el primer capítulo presenta á Vallespino como prototipo del pueblo desgraciado, y en el segundo le transforma, por arte de birli birloque, poco menos que en un paraíso terrenal.

Sentiría muy mucho que esto sucediese, y para evitarlo, en cuanto esté de mi parte, me

permíto la libertad de advertir que en el primer capítulo hablaba yo del tiempo presente y en este segundo hablo del pasado; ó lo que es igual: que Vallespino *era* tal y como yo, bien ó mal, aquí le describo; pero..... ¡aquí entra el pero! hay un ser en la creación, cuya vida no tiene más objetivo que escrudiñar donde mora la felicidad humana, y apenas logra la satisfacción de topar con ella..... ¡zas! mete la pata hasta..... donde puede, y como donde este mal vi-cho pone la pata, no queda ni títere con cabeza, que es casi lo mismo que sucedía con el caballo de Atila..... ¡velay!

Pues sí; quiso el diablo turbar la felicidad semi-paradisiaca, de que disfrutaba el sencillo pueblo de Vallespino, y lo consiguió tan cumplidamente como podrá ver el bondadoso lector que tenga la paciencia de seguir leyendo.

Hospedóse un día en la posada de Vallespino, cierto tipo que atrajo vivamente la curiosidad de los vecinos, dándoles ocasión para hacer las más curiosas observaciones. Era un sujeto de mala catadura, estrafalario, sucio, desgarrado, cuyas señas particulares podían compendiarse así: una gran cicatriz en el pariental derecho; renquear de la pierna izquierda; tener la cabeza embutida entre los hombros, como si la hubiesen metido allí á fuerza de puñetazos.

Vestía el traje propio de los obreros de capital, á saber: blusa larga de crudillo, pantalón de dril azul, alpargatas blancas cerradas, pañuelo de color al cuello y gorra negra inclina-

da al lado derecho, con la estudiada intención de ocultar la cicatriz que desfiguraba toda aquella parte.

Los rasgos demasiado duros del semblante, dábanle un aspecto repulsivo que le hacía en extremo antipático, según podrá juzgar cualquiera, teniendo á la vista el retrato siguiente: La frente abultada, terminando en unos *greñales* con honores de cejas, servía de dosel á dos profundos hornachos, en donde brillaban dos puntos pequeños, negros, penetrantes, de los cuales partía una nariz chata, remangada, cuyas raíces, figuradas por un cerdoso mostacho, parecían querer ocultar las fealdades de una ancha boca por la que asomaban los dientes ralos, sucios y desmesuradamente grandes. Quedaba encerrado todo este conjunto en una especie de paréntesis, constituido por dos largas patillas, las cuales se desarrollaban entre unos pómulos salientes y unas orejas gruesas, cubiertas lo mismo que el resto del semblante, por un tinte cetrino muy parecido al clásico de la raza mogólica.

Y no quiero añadir más detalles á este bosquejo, porque con lo dicho ha de bastar quizá para que algún maliciosillo lector señale á quien él y yo sabemos, diciendo: éste es. Lo cual, si bien llenaría de satisfacción mi vanidad literaria, sería enteramente molesto para mi conciencia, que, al fustigar el vicio, prescinde en absoluto de toda persona.

Quién era y de dónde procedía este tipejo, nadie lo pudo averiguar. Aseguraban algunos

que venía huído de Cartagena, donde tenía cuenta pendiente con la policía y con otros que no pertenecen á esta benemérita institución. Sostenían los más, que había sido despedido de las minas de Bilbao, por llevar la voz cantante en todos los motines y huelgas. Y no faltó quien echó á volar la especie de que había sido enviado por cierto revolucionario muy conocido, con el fin de hacer propaganda y rebañar de paso algunas pesetejas de que andaba algo necesitado el partido de las izquierdas. Desde luego, que todas estas hablillas no pasaron de meras suposiciones más ó menos fundamentadas; pero lo cierto fué, que el hombre en cuestión sentó sus reales en el pueblo de Vallespino y que pocos días después viéronse sorprendidos los vallespinenses con la apertura del «Bar Modernista de Antón Martínez».

—¡Demontres!—exclamó un día el señor cura, al pasar por delante de la taberna y ver el flamante rótulo.—Bonita idea y bonito negocio. ¡Mire usted que venir á poner una taberna en este pueblo!... Ni al mismísimo que se empeñó en asar la manteca en parrilla, le ocurre tan descabellado pensamiento. ¡Seguramente hubiera sacado más partido poniendo un alquiler de bicicletas en la corte de zululandia! Pero en fin, allá se las arregle, que ya se encargará el tiempo de darle una buena lección.

No hay por qué decir que el «Bar Modernista de Antón Martínez», fué durante mucho tiempo la novedad de Vallespino. Y como las novedades en los pueblos suelen ser fiscaliza-

das hasta en los más insignificantes detalles, taberna y tabernero fueron pasando por el tamíz de la crítica popular, sin quedar en todo el pueblo un solo habitante que no desfilase por delante de aquellos, echando su cuarto á espadas sobre tan misteriosa aparición.

Y como la fantasía popular propende siempre á exagerar el poco ó mucho misterio que pueda encerrar cualquier suceso, y casi siempre también recurre, para explicarle, á las causas preternaturales, los vallespinenses, que no llegaban á penetrar el secreto de la taberna y veían por otra parte el aspecto poco tranquilizador del dueño, fueron sacando á colación todo el repertorio de brujas, duendes, magos y demás espíritus dañinos, á quienes ha dado vida la imaginación del vulgo supersticioso. Y el uno que si había oído ruidos extraños por la noche, el otro que si Antón no iba á Misa porque era enemigo malo y no podía entrar en la iglesia, el de más allá que si *á la fulana le había entrado el mal de ojo*, fué lo cierto, que Antón Martínez, á quien nadie dirigía la palabra, quedó tildado con la nota de *brujo*, y el «Bar Modernista», convertido en un odioso *aquelarre*, donde ninguno hubiera entrado aunque le prometiesen la gloria eterna. Por más que entre tan diversos comentarios, tan acaloradas discusiones y tan peregrinas historias como se formaron sobre aquel suceso, dos cosas solamente llegaron á ponerse en claro; primera, que algo malo había en la taberna; segunda, que Antón Martínez había elegido mal oficio para hacerse rico.

El único que no demostraba participar de este general pesimismo, era el propio tabernero. Sin otra ocupación que estar sentado á la puerta de su taberna, sin más compañía que las innumerables colillas que iba apurando una después de otra, pasaba todo el día observando, al parecer con indiferencia, la crítica de que era objeto y el aislamiento en que se le dejaba, sin que ni por lo uno ni por lo otro se escapase de sus labios una palabra de protesta.

Conocedor del terreno que pisaba y acostumbrado á luchas de esta índole, sabía Antón que la más pequeña ligereza podía desbaratar sus planes, y procedía con estudiada cautela, esperando á que pasase aquella marejada y fiando al tiempo el éxito de su empresa, que ciertamente no se hizo esperar mucho.

Era una tarde de julio. Volvían jadeantes los segadores, después de haber aguantado durante el día los ardores de un sol abrasador, y pasaban por delante de la taberna, torciendo á un lado la cabeza para no tropezar con la mirada del tabernero, el cual se hallaba sentado á la puerta.

Tocóles la vez á dos vivarachos jóvenes, que, menos escrupulosos ó más valientes, paráronse frente á la taberna, conferenciaron un momento entre sí, y penetraron resueltamente en aquélla, saludando de paso al tabernero, que les correspondió con la más amable de todas sus sonrisas.

Cuando después de largo rato salieron los atrevidos jóvenes, un si és no és avergonza-

dos de su hazaña, fueron contando, á cuantos hallaban á su paso, que en la taberna de Antón no se veían brujas ni duendes ni cosa parecida; que lo que allí había, era un vinillo capaz de resucitar á los muertos, y que el tabernero era, á pesar de su mala traza, el hombre más campechano que se habían echado á la cara.

Aquel fué el «rompan filas» anunciado á son de bombo y platillos. Desde este día, unos por curiosidad, por inclinación otros, fueron muchos los vecinos que visitaron el «Bar Modernista», para hacerse clientes de Antón Martínez y pasar alegres ratos en tan deliciosa compañía.

Preparado de esta manera el terreno, creyó el tabernero llegado el momento de esbozar las líneas generales del plan que le había conducido á Vallespino. En las mesas de la taberna fueron apareciendo, hoy uno, mañana otro, ciertos periódicos de ideas avanzadas con groseras caricaturas, y aunque nadie se tomaba la molestia de leerlos, oíanlos leer al dueño, que, adornando la lectura con tendenciosos comentarios, iba deslizándose poco á poco, en pequeñas dosis, doctrinas cada vez más impías y jamás conocidas en aquel pueblo.

Ayudaba al tabernero en esta criminal tarea, un tal Anatolio Recorte, sujeto desconocido para todos, el cual aparecía algunas noches en la taberna, haciéndose aplaudir por las barbaridades que soltaba en forma de discurso, y desaparecía después como si le tragara la tie-

rra, sin que nadie volviese á saber de él hasta que otra vez se presentaba á repetir el discurso y la desaparición.

Tan buena maña se dieron Antón y Recorte, tan aprovechados discípulos encontraron en los incultos lugareños, que poco tiempo después parecía Vallespino una academia de sabios, donde se discutían las más árduas cuestiones y se daba como cosa cierta, que el rezar, ir á la Iglesia y confesar, eran cosas antiguas, dignas de aquellos pobres hombres que hace un siglo se dejaban engañar por los curas; que el cielo, el infierno y el purgatorio, existían solamente en la tierra, donde cada uno debía tener por norma el pasar alegremente la vida, y que, siendo los hombres iguales por naturaleza, debían los pobres reclamar por la fuerza, los derechos que injustamente les habían usurpado los ricos.

Poseía además el tabernero otros recursos para engañar á los incautos. Enseñóles algunos juegos de azar, en los que perdían sus jornales muchos trabajadores; contábales cuentos de color subido, salpicados de blasfemias y chistes inmorales, que eran recibidos con regocijado interés; instruíales en el baile de ciertas piezas que tocaba en la guitarra, á fin de atraer á las mujeres; y por último, prestábales dinero al veinte por ciento, para que no careciesen de recursos con que sostener y fomentar el vicio.

Con esto y con asegurarles que él había venido á Vallespino para mejorar la suerte de todos y que conseguiría poner médico y botica-

rio y maestro y carretera y ferrocarril y no estoy seguro si hasta puerto de mar, tenía embobados á sus estúpidos clientes, que asentían, mejor que á los artículos de la fe, á todo cuanto salía de los labios de Antón Martínez.

No tardaron á sentirse los efectos de tan perniciosa educación. Engrosaba el bolsillo del tabernero, faltaba el pan en muchas casas, menudeaban las discordias domésticas, y mientras en la taberna aumentaban los bailes, pendencias y borracheras, disminuían las tertulias nocturnas, los juegos públicos y hasta la asistencia á misa mayor.

Trinaban los viejos contra estos escándalos, ponían las mujeres de vuelta y media al tabernero, lanzaba el párroco estupendas catilinarias desde el púlpito; pero Antón y sus clientes oían á viejos, mujeres y párroco, como quien oye llover, y continuaban por la pendiente del vicio, convirtiendo aquel pueblo, antes tan feliz, en un asqueroso muladar, sobre el que cernía sus negras alas el espectro de la desgracia.

De esta indigna manera fué ganando el astuto Martínez las voluntades de muchos vecinos, y á los dos años de vivir en el pueblo, que es cuando dan principio los sucesos de esta historia, podía gloriarse de ser el amo de Vallespino y tener una corte de viciosos aduladores, dispuestos á obedecerle en cuanto le pareciese bien mandar.

Un solo contratiempo, bien pequeño por cierto, acibaró algún tanto las dulzuras del triunfo que saboreaba el afortunado tabernero.

Cuando una mañana abrió la puerta de la taberna, hallóse desagradablemente sorprendido al ver una turba de gente, que, entre burlas y gritos, contemplaba un espectáculo digno de risa. El flamante rótulo había sido sustituido por un cartelón blanco, en cuyo fondo estaba dibujado un diablillo, que tenía cierto parecido con el tabernero, y señalaba á un letrero que decía así: «El infierno de Cascarrabias». Blasfemó, pateó, juró vengarse del atrevido chusco que tal hazaña había discurrido; pero ni pudo encontrar á éste, ni librarse de aquellos denigrantes epitetos, con que taberna y tabernero fueron designados desde aquel día. Infierno se llamó la taberna y *Cascarrabias* el dueño, mientras la una y el otro existieron en Vallespino.

Por lo que hace al tabernero, no sabemos si le cuadraba el apodo; pero lo que es á la taberna, bien podemos asegurar que la venía como anillo al dedo. Ni *Bar*, ni taberna, ni *aquelarre*; aquello no era más que un infierno, donde se juntaban por la noche los demonios de Vallespino, para hacer todas las diabluras de que es capaz el espíritu de las tinieblas.

Lo único que le faltó al ocurrente autor del cartelón, fué poner debajo de éste aquellos versos que vió Dante en las puertas del infierno auténtico:

Per me si va nella cittá dolente
Per me si va nell' eterno dolore
Per me si va tra la perduta gente
.
.
Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate



III

Hermosa se presentaba la mañana. Veíase todo el horizonte despejado, sin una nubecilla siquiera que empañase el límpido azul del cielo, de ese cielo que como dijo el poeta, ni es cielo ni es azul, pero es soberanamente encantador. Lanzaba el sol sus tibios rayos, que, al mezclarse con los vapores del rocío, formaban una resplandeciente neblina y parecían flotar en el espacio, envolviendo á la tierra en fantásticos cendales de oro y luz. Soplabá una ligera brisa que jugueteaba meciendo blandamente las plantas y transformando en cristalinas gotas de agua la escarcha de que aquellas estaban revestidas. Cruzaban en todas direcciones las parleras aves del campo, desatando el torrente de sus cadenciosos trinos, como si quisieran expresar de esta manera el regocijo con que recibían las primeras caricias del sol. La naturaleza toda, adormecida en el pesado letargo invernal, parecía sonreír ante la perspectiva de un apacible día, bajo cuya benéfica influencia adelantarían los gnomos la tarea de tejer esa preciosa guirnalda de lozanía, con que se presenta engalanada la primavera.

En las primeras horas de tan hermoso día, salían de Vallespino dos hombres, que tomaban la dirección del camino de la Cruz.

Es este un senderito bastante ancho, llano, alfombrado de hierba en el invierno y de blancas margaritas en la primavera, que se extiende desde la entrada del pueblo hasta un kilómetro próximamente donde viene á terminar en un pilar con asientos de cal y canto abajo y el signo de la redención en la parte de arriba.

Avanzaban nuestros dos hombres á lo largo del camino, distraídos con la animada conversación que sostenían entre sí; parábanse de cuando en cuando para dar mayor energía á sus palabras; marchaban muy despacio, con esa lentitud propia del que anda por el campo sin otro fin que distraer sus ocios en la contemplación de la naturaleza.

—¿Sabes, Tiburcio—decía uno—que me va preocupando ese negocio?

—Ya era hora de que te llamase la atención—replicaba el otro—porque á mi me está quitando el sueño hace mucho tiempo.

—Pero ¿qué diablos les dá *Cascarrabias*, para que acudan todos al *Infierno* lo mismo que las moscas á la miel?

—Eso mismo que tu dices; diablos envueltos en billetes de Banco, prestados al veinte por ciento, remojados con jarros de vino y adobados con piezas de guitarra.

—¡No es mala pitanza!

—La más apetitosa para las pasiones.

—Y tú que opinas de esto.

—Opino que nos gana la partida; porque cuando las pasiones se desbordan, es muy difícil hacerlas volver de nuevo á su antiguo cauce.

—¿De manera que nos arruina el pueblo?

—Dále, por arruinado.

—¿Y por lo visto quiere copar el concejo?

—Le copará.

—Y no se satisface con menos que con la vara de alcalde.

—La conseguirá.

—¡Pues hijo!—murmuró el otro descorazonado por los pesimismoes del llamado Tiburcio.

—¡No estás tu mal profeta de desgracias! Pareces un Jeremías con americana.

—Porque no me llamo Cándido como tú, que tienes la fatalidad de no ver más allá de tus narices.

—¡Hombre, hombre! No diré yo que todo el campo sea orégano, pero tampoco hay por qué desesperarse. Ya ves como ellos mismos no se entienden.

—Es la única esperanza que nos queda, pero ya verás como sabe arreglar las cosas *Cascarrabias*, arrimando el ascua á su sardina.

—¡Pues es necesario hacer algo!

—Es verdad, algo hay que hacer.

Y dominados por el mismo pensamiento, los dos se callaron largo rato, buscando aquel algo que no aparecía por ninguna parte, en tanto que tomaban asiento en el poyo de la Cruz á donde acababan de llegar.

Aprovechemos esta circunstancia para dar á conocer á los dos personajes, que han de jugar un papel muy importante en los sucesos de esta historia.

Don Cándido Esteve, párroco de Vallespi-

no, llevaba cuarenta años al frente de esta feligresía, y aunque sus relevantes condiciones hubieran podido proporcionarle destinos más elevados, había concretado sus aspiraciones á morir en la tierra que le vió nacer, compartiendo sus afectos entre aquellos campesinos, que le amaban entrañablemente, y un sobrino que, al morir, le había dejado su hermano.

Don Tiburcio Castañares, alcalde perpetuo é insustituible de Vallespino, había tenido en sus buenos tiempos un comercio de tejidos en una capital importante; pero cansado de medir varas de paño y sufrir impertinencias de los clientes, había traspasado el negocio para venir á su pueblo, donde llevaba treinta años comiéndose, en compañía de una hija que le quedó de su difunta esposa, los cuatro ahorrillos hechos á costa de mucho trabajo y no pocas privaciones.

Párroco y alcalde, antiguos compañeros en la niñez, juntáronse después de muchos años en su pueblo natal, y llegaron á compenetrarse íntimamente, formando una verdadera amistad desprovista de los egoísmos é hiprocresías con que por lo general están afeadas todas las amistades en la tierra. De tal manera sentíanse atraídos el uno por el otro, que, á fin de echar el último lazo á su estrecha unión, decidieron habitar bajo el mismo techo, y compraron la casa grande, como la llamaban en el pueblo, única que por su capacidad podía servir para albergue de las dos familias.

Ya que de esto hablamos, parece muy pues-

to en razón decir algo acerca de la vivienda y sus moradores, á fin de que los lectores tengan una pequeña idea, que, Dios mediante, procuraremos ampliar en los capítulos sucesivos.

Hallábase situada la casa-curato en un extremo de la plaza mayor, frente por frente al «Bar Modernista» de Antón Martínez. Era un edificio antiguo, tan grande como destartalado, con sus escudos grabados en la entrada, portal espacioso y elevado de techos, ancha y cómoda escalera, uno, en fin, de esos antiguos case-rones de aspecto señorial, que todavía se conservan en algunos pueblos como recuerdos de pasadas centurias y rastros de grandezas caídas que no volverán á levantarse jamás.

Estaba dividida en dos secciones ó pisos, reservados para cada una de las familias y aislados entre sí por una puerta colocada á mitad de la escalera. Ocupaba el primer piso don Cándido con su sobrino y Manuela, el ama de llaves; vivían en el segundo don Tiburcio, su hija y la criada Petra, y como bienes comunes de las dos familias, danzaban libremente por una y otra vivienda tres seres que por esta razón pudiéramos llamar *anfibios*; Colín, el perro; Mascota, la gata, y Juanín el..... no se que título darle, porque verán mis lectores: A juzgar por el diminutivo, Juanín debía ser un mozalbete pequeño y desmedrado, pero como en este mundo son muchas veces las cosas lo contrario de lo que parecen, ó de lo que debían ser, Juanín resultaba un Juanón con sus cuarenta años á la espalda, alto como un castillo, fornido como

buen montañés, con unos puños que metían miedo, un corazón que se deshacía de puro blando y una cara de sándio que no se la merecía. Juanín no había conocido ni padre ni madre, ni perrito que le ladrase, pero había encontrado protección y cariño en la casa-curato, donde servía de *factotum*, haciendo de sacristán, de alguacil, de mozo de mulas y de todo cuanto se le mandaba, si á ello alcanzaba su menguado talento.

Y terminada aquí esta ligera reseña que debía conocer el lector, vamos á tomar el hilo de nuestro relato, para completar la descripción de las dignas autoridades que gobernaban en Vallespino.

Párroco y alcalde, participando de los mismos sentimientos y conspirando por distintos caminos á labrar la felicidad de su pueblo, veían recompensados sus desvelos con la gratitud de sus convecinos, y pasaban una vida tranquila, feliz, con esa felicidad ignorada por los que, corriendo siempre tras de la sombra de la dicha sin poderla alcanzar, no saben apreciar cuán grato es el negro pan comido en modesta mesa, sobre la que descienden las bendiciones del cielo, atraídas por las súplicas de un pueblo honrado, sencillo y laborioso.

Dos cosas había en las que párroco y alcalde se diferenciaban notablemente; la figura y el carácter. Bajo y rechoncho don Cándido, alto y flacucho don Tiburcio, parecían los dos polos, entre los que ha querido Dios encerrar todos los variadísimos y delicados rasgos que

contribuyen á formar la belleza del cuerpo humano y traían á la memoria aquellos viejos moldes en que el inmortal Cervantes fundió los personajes que tanta gloria le conquistaron en el mundo de las letras.

En cuanto al carácter, el párroco lo llevaba expreso en el nombre y retratado en el semblante. Difícilmente se hubiera encontrado un hombre más cándido que don Idem; ya que, á través de aquella cara jovial, franca, simpática, se veía como por un cristal el fondo de un alma pura, sencilla, una de esas almas que no pueden concebir la maldad de algunos hombres, por la *suprema* razón de que ellas son incapaces para practicarla, y que midiendo á todos por el rasero de su propia conciencia, no quieren desengañarse de que el mundo es otra cosa de lo que generalmente parece. Almas muy buenas y muy apropósito para formar la felicidad doméstica, porque van perfumando todo cuanto tocan, con el suave aroma de su inocencia; pero perfectamente inútiles para vivir en una sociedad como la actual, donde á fuerza de ver unidas en nefando maridaje la maldad y la hipocresía, se ha hecho corriente el anticristiano aforismo de «piensa mal y acertarás.»

Entre otras muchas buenas cualidades, poseía también don Cándido una paciencia admirable, una pachorra, como decía el alcalde, que no se alteraba por nada ni por nadie; aunque en honor á la verdad debemos añadir, que nunca había tenido gran ocasión de ponerla á

prueba, ya que, en la modesta esfera de sus aspiraciones, todo le salía á pedir de boca.

Reverso de la medalla era el estirado alcalde don Tiburcio Castañares. Hombre de mundo, acostumbrado al trato de gentes, había robustecido sus cristianas virtudes con una sagacidad, que le ponía á cubierto de la perfidia; y reuniendo en su persona la prudencia de la serpiente con la simplicidad de la paloma, ideal sublime á que nos manda aspirar el divino Maestro, podía entrar en la lucha de la vida, bien seguro de no exponerse á ser víctima del engaño de los hombres.

Otra nota saliente en el carácter de don Tiburcio era su temperamento algún tanto violento. Pocas veces se le veía enfadado; pero cuando de veras lo estaba, era fama en Vallespino que hacía temblar hasta las paredes y que nadie se atrevía á contradecirle como no fuera don Cándido, que con gestos y zalamerías, ridiculizaba graciosamente la facha del alcalde, hasta conseguir que la tempestad se desatase en lluvia de sonoras carcajadas.

Fuera de esto, párroco y alcalde, más que amigos, parecían dos hermanos, entre los que jamás hubiera tenido lugar la más pequeña desaveniencia, porque hasta el carácter de autoridad que los dos ostentaban, y que suele ser muchas veces ocasión de rozamientos, servía-les á ellos como lazo de unión, á pesar de que ninguno de los dos se contenía dentro de los límites de su jurisdicción, sino que se colaba en la ajena siempre que así lo estimaba conve-

niente. No era raro ver á don Cándido citar á concejo ó ejercer de secretario municipal, mientras que don Tiburcio por su parte adelantaba la hora de misa mayor ú ordenaba las procesiones y rogativas; pero jamás estas arrogaciones habían originado la menor protesta, antes al contrario, eran recibidas con justo agrado, sabiendo, como sabían ambos, que todo iba encaminado á mayor gloria de Dios y prosperidad del pueblo. ¡Digno ejemplo para muchos gobernantes de campanillas que, en vez de clamar contra las pretendidas ingerencias de poderes extraños, debieran llevar sus esfuerzos á hermanar, de la manera que lo hacían estos dignos representantes de la ley, esas dos líneas paralelas, que nacen del mismo principio y caminan al mismo fin, esos dos poderes, espiritual y temporal, indispensablemente necesarios para el gobierno y régimen del mundo.

Como la única distracción que ofrece Vallespino á las contadas personas que no se dedican á las faenas del campo, es el cotidiano paseo por el camino de la Cruz, don Cándido y don Tiburcio se habían hecho entusiastas aficionados á la obligada escursión que jamás omitían, á no ser que el tiempo desapacible no lo permitiese.

Acostumbraban salir por las tardes tan solo, y rara vez alteraban el orden de su inveterada regla; pero en la mañana que hemos descrito al principio de este capítulo, don Tiburcio había indicado sus deseos de salir al campo diciendo á don Cándido:

—¡Qué hermosa mañana! ¿Quiéres que salgamos á dar un paseo?

—Como gustes—contestó el párroco, á quien no disgustaba la proposición.

Y los dos se dirigieron por el camino de la Cruz, entretenidos en su conversación, llegando hasta el rústico pilar donde tomaron asiento.

Bueno será, sin embargo, advertir, que no era solamente la hermosura del día lo que movía al alcalde á dar aquel paseo matinal. Acababa de oír contar con pelos y señales, la sesión habida la noche anterior en la taberna de Antón, ó sea de *Cascarrabias*, y á fin de hacer participante de la noticia á su buen amigo, había indicado la idea del paseo, para hablar largo y tendido sobre aquel asunto, sin que ni ojos ni oídos pudieran sorprenderles.

Mil veces en aquel mismo sitio habíase suscitado igual conversación, y mil veces también el inocente párroco habíase reído y tildado de pampiroladas los temores del alcalde, á quien, como más conocedor del mundo, ponía en cuidado los continuos trabajos del tabernero.

Aquel día se trocaban los papeles; porque á medida que don Tiburcio avanzaba en su relato, recargando cuanto podía las sombras para hacer más impresión en el párroco, el semblante de éste iba perdiendo la jovialidad, de que siempre se hallaba animado, y adquiría un tinte de seriedad que le era impropio.

—Pero, ¿y tú?—dijo don Cándido, poniendo fin al prolongado silencio—¿Qué haces tú? ¿Para qué eres alcalde? ¿vamos á ver? ¿Para qué

quieres la autoridad, sino para cerrar con clavos de cuarenta ese maldito *infierno* y echar de allí á todos los perdidos que no hacen mas que arruinarnos el pueblo?

—Yo no puedo hacer eso, Cándido.

—¿Que nó puedes hacer eso?

—Nó.

—¿Por qué? ¿Por qué no has de poder?— gritaba enfadado el párroco, encogiendo los hombros y descargando fuertes bastonazos contra el suelo.

—Porque están amparados por la ley.

—¡Qué leyes ni qué calabazas! Valientes esperpentos son esas leyes, que parecen hechas á zapatazos.

—Todo lo que quieras; pero la ley es ley.

—Pero cómo es posible que las leyes permitan esas atrocidades, si precisamente la ley debe ser *utilis... honesta... ad bonum commune...* ¿lo oyes, Tiburcio? útil, honesta, para el bien común.

Y al decir esto, erguía el buen párroco la cabeza, ahuecaba la voz y movía pausadamente la mano derecha, como dando mayor solemnidad á las palabras que pronunciaba.

—Mira, Cándido; yo no entiendo latín, ni Teología, ni nada, porque en toda mi vida no hice más que medir paño y regañar á dependientes; pero, no le des vueltas; buena ó mala así es la ley y no tenemos otro remedio que acatarla.

—¿De manera que ahora se hacen las leyes para amparar á los granujas?

—Eso es tan antiguo como el cólera, sólo que tu vives siempre en el limbo.

—¡Pues, señor! Cada vez entiendo menos este mundo. Entonces el Código penal lo guardarán para los hombres honrados?

¡Naturalmente! Como lo guardarían para mí, á pesar de todos tus latinajos, si me propasase á hacer lo que propones.

—¡Bueno, bueno! Será preciso pensar otra cosa.

—Ya tengo pensado lo único que podemos hacer.

—¿Y qué es ello?

—Reunir á los pocos que quieran seguirnos, y trabajar en contra de *Cascarrabias*.

—Eso, amigo Tiburcio, y la carabina de Ambrosio.....

La mano del alcalde, cayendo suavemente sobre los labios de don Cándido para hacerle callar, cortó la frase que éste iba á terminar.

Era que don Tiburcio había visto á Juanín, que salía del pueblo y se dirigía hacia la Cruz, corriendo y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Don Tiburcio... don Tiburcio... venga *usté* al *memento*, *porque* se ha *armau* una gresca de mil diablos en el *lavaero* y no va á *quear* una mujer viva en *too* Vallespino.

—¡Lo ves, Cándido, lo ves!—decía el alcalde moviendo la cabeza en señal de disgusto—Ya tenemos encima la tormenta. ¡Y principia por las mujeres, que es la peor señal!

Levantóse apresuradamente y emprendió

la vuelta al pueblo, con toda la celeridad que le permitían sus largas piernas, dejando sólo á su compañero, que levantó sus ojos al cielo exclamando:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Tendrá razón Tiburcio? ¿Terminará con este hermoso día la tranquilidad de Vallespino?

Y siguió á larga distancia al alcalde, en tanto que se enjugaba una lágrima que se le había deslizado por las mejillas.

¡Era la primera que le hacía derramar la conducta de sus feligreses!





IV

Pocas veces se había visto tan concurrido como aquella mañana el lavadero público de Vallespino.

La esplendidez del día y el agua que manaba la fuente, circunstancias ambas no siempre vistas y siempre esperadas en el pueblo, habían llenado de satisfacción á las mujeres hacendosas, que, deseando aprovechar tan feliz coyuntura y llevando en la cabeza grandes cestos llenos de ropa, se dirigían de madrugada al lavadero, á fin de coger buen sitio y terminar cuanto antes la colada.

No presentaba aquel día el lavadero ese aspecto de animación que ofrecen en todas partes los lugares á donde concurre el sexo femenino; antes al contrario; si el autor de la conocida copla, que juzgaba caso raro ver tres mujeres en la fuente y las tres calladas, se hubiese presentado á la sazón en el lavadero público de Vallespino, indudablemente creería estar soñando, al encontrar allí no tres, sino treinta mujeres, que, por un fenómeno digno de figurar en la historia, estaban tan silenciosas, como si cada una de ellas tuviera un candado en los labios.

Y no era en verdad la falta de materia, lo

que podía dar origen á tan extraño silencio. Los graves acontecimientos del pueblo, la placidez del día y la extraordinaria concurrencia, constituían motivos más que suficientes para dar pábulo á lenguas menos ligeras que las de aquellas lavanderas; mas, á pesar de todo, no se escuchaban como otras veces las alegres canciones con que solían entretener las jóvenes la monotonía de sus tareas, ni las chispeantes conversaciones de las comadres, que se dedicaban al chismorreó, ni siquiera las gruñonas diatribas de alguna vieja, que, encariñada con las costumbres del pasado, censurase las del presente. ¡Nada! Allí no se oía más que el ruido seco de los marrillos al golpear las ropas, el chasquido de éstas al chocar contra las losas, el murmullo del agua al brotar de la fuente; ni se veía otra cosa que caras ceñudas, miradas recelosas, gestos de mal humor.

Las cenagosas aguas del lavadero, acostumbradas á presenciar las entretenidas sesiones que la charla mujeril había tantas veces improvisado en aquel lugar, debieron quedar pasmadas de extrañeza, al contemplar la suma discreción de que estaban dando pruebas las fregonas vallespinenses.

Pero, ¿cuándo se ha visto que la prudencia, no digo de treinta, sino de una sola mujer, pueda prolongarse más allá de un cuarto de hora? Aquello tenía forzosamente que cesar y por lo mismo cesó.

—Oye, Juana—preguntó casi en silencio una vieja á otra mujer que tenía al lado—¿es *verdá* lo que dicen *po* el pueblo?

—¿Y qué dicen, tía Ramona?—contestó la interpelada, alzando la voz y dando á entender que no estaba para bromas.

—*Pus ¡hija! no sé, pero hi oido que si anoche hubo juerte tremolina en el Infierno, porque Cascarrabias quié ser alcalde y otros no quién que sea, y dicen que si harán y acontecerán el día de las eliciones, como ellos no salgan concejales.*

—No estoy enterá. Sabe *usté*, como no me ocupo más que de mi casa, no se lo que pasa en la del vecino. De eso ya la podrán dar cuenta algunas que yo *conozgo*.

Y dirigía por el rabillo del ojo una furiosa mirada á cierta chata que trabajaba afanosamente al otro extremo del lavadero, para quitar á la pechera de una camisa varios recalci-trantes lamparones de vino.

—Pero no sería extraño—continuó diciendo después—*porque en esa madriguera no hay más que lobos.*

—Y *muchísima* razón que *tiés*, hija. ¡Bendito sea Dios! No sé como el *Siñól* *premite* tanta *maldá!* Algún castigo nos mandará su *devina Majestá* que nos parta *po* el eje. ¿Dónde se ha visto tanto *escandalo?* ¡Un pueblo como Vallespino, que era lo que había que ver, y cómo lo han *echau* á perder esos bribones!

—Dígame *usté* á mí--exclamaba Juana, descargando fuertes golpes sobre la ropa, como si ésta fuese la culpable de cuanto á ella la pasaba—que *too* el día de Dios tengō en esa cueva al *arrastrau* de mi marido, poniéndose como

una cuba y sin *ganal* un jornal, mientras que yo estoy rabiando de *trebajal*, pa que no falte el pan en mi casa!

—¡Qué *esgracias*, hija! El cuento es que *too* el pueblo dice lo *mesmo*.

—¡Y mi marido! tía Ramona, ¡que *usté* lo ha conocido!, que se caía á *piazos* de *güeno* y *ahura* no se *pue aguantal* el genio tan *recondenau* que se le ha puesto!

Y lanzando á la chata, no por el rabillo del ojo como antes, sino frente á frente, otra mirada en la que iban envueltos los rencorcillos mujeriles acumulados desde mucho tiempo, subió otro punto el diapasón, diciendo:

—¡Maldita sea la que me lo ha *echau* á perder!

—¡*Pol* Dios, *pol* Dios, Juana! Una vela de libra le *hi* de *encalgal* á Blas el arriero *pa ponesela* á San Antonio, á ver si el glorioso Santo hace un milagro y nos libra de esta peste más mala que el *colera*.

—¿Una vela? Un cirio *encalgaría* yo, pero de hierro, *pa rompele* las costillas á ese granuja de *Cascarrabias*, que es el que *tie* la culpa de *too*. *Pol* su puesto—gritó, con el semblante descompuesto por la ira y tornando á mirar á la chata, con evidentes deseos de armar camorra—que si no fuera *pol* algunas cochambronas, malas mujeres, no tendrían el pelo tan lustroso, ni habría tantas casas *echás* á pique.

A todo esto, iban levantando las palabras de Juana un murmullo sordo al principio, pero aumentando progresivamente, á medida que

aquella avanzaba en su indignación, y como entre las lavanderas había de todo, poníanse unas de parte de la chata, recriminando á Juana, mientras que otras defendían á ésta inculcando á aquélla.

Aumentaba el barullo con la llegada de otras mujeres, que venían á coger agua de la fuente y se paraban á presenciarse aquel espectáculo nuevo en Vallespino. Mas no permanecían indiferentes á la lucha. Unas por simple curiosidad, por simpatía otras, dejaban los cántaros llenos de agua en la fuente, se mezclaban entre las lavanderas, defendiendo ó provocando á la chata, y formaban entre todas tal griterío, que no parecía sino que, de la charca convertida en lavadero hubiese salido una nube de ranas, entretenidas en dar conciertos al aire libre, atronando el espacio con infernales chillerías.

Mucho rato hacía que á la chata la andaban bailando en el cuerpo las palabras que, por un exceso de cordura ó por que no le convenía hablar, procuraba contener, tragando mucha saliva y mordiéndose los labios hasta sacarles sangre; pero al sentirse objeto de tan directas alusiones y animada algún tanto por la defensa que encontraba, no pudo resistir por más tiempo el chorro de veneno que la venía á la boca. Arrojó, pues, resueltamente la camisa, que hacía media hora estaba limpiando, levantóse con desenfado del sitio que ocupaba, y avanzando unos pasos, con los brazos puestos en jarra, torcido el gesto, dando á entender que aceptaba el reto.

—Ya me *calga*—dijo á Juana—*oite grital* como si *tuviás* razón. ¿Es *pol* mí, *polo* que estás echando tanta pamplina?

—*Pol* tí sí, *pol* tí—replicó Juana, levantándose igualmente, estirando los brazos y arqueando el cuerpo hacia delante, como gallo que se dispone á la pelea—*pol* tí y *pol* otras tan bribonas como tú, que no *valís* más que *pa* hacer mal.

—¡*Miá* tú quién habló, que la casa honró!

—¡Anda, anda al *Infierno*! Allí estarás bien con los hombrones y les sacarás *pa comete güenos* pollos.

—Y con *muchísima* honra, hija.

—¿Honra tú? *Mia*, *po* aquí—y se daba fuertes palmadas en.....ustedes dispensen.

—*Pus* hija, *toavía* no me han *llevau* en lenguas, como á tí.

—¿A mí?

—A tí sí; que en Vallespino *toos* nos conocemos y sabemos de qué pie cojea cada uno. Y si no *tiés pa comel*, *pol lambrota* y *desmanotá*, tuya es la culpa.

—¡Calla, ladrona! ¡más que ladrona! Bien gorda estás con lo que le sacas á mi marido!

—¿Yo?

—Tú, sí; que mil *riales* como soles tenía *guardaus* en el arca y bien le dás al morro con ellos.

—*Mia*, Juana, que se me va subiendo la *susana* á la cabeza y te la estás ganando.

—Tú si que me *ties* hasta el moño y no *hi de paral* hasta que te arranque los hígados.

— ¡Ven, si *tiés* alma.

— ¡Ven, tú!

Habíanse dividido entre tanto las demás mujeres en dos facciones contrarias, capitaneada cada una por su correspondiente jefa y colocadas á los dos extremos del lavadero. Desde allí coreaban con aplausos ó burlas, según de la boca que salían, las delicadas flores con que se obsequiaban la chata y Juana, sin atreverse las unas á salvar la distancia que las separaba de las otras y contentándose tan sólo con lanzarse mutuos insultos, sin cesar de gritar á cada momento:

— ¡*Tié* razón la Juana!

— ¡*Tié* razón la chata!

— ¡*Pus* la *tié*!

— ¡*Pus* no la *tié*!

A este punto llegaba la reyerta, que á juzgar por el miedo de que se hallaban poseídos los dos bandos, no hubiera seguido adelante, cuando traído sin duda por el demonio, acertó á pasar por allí *Cascarrabias* en dirección á su taberna.

Verle y enconarse los ánimos, todo fué uno.

— ¡Ese granuja *tié* la culpa de *too*!—decían las defensoras de Juana.— ¡Borraehón! ¡Piojoso! ¡Muerto de hambre!

— ¡Viva Antón Martínez!—voceaban las partidarias de la chata— ¡que ha venido á *libranos* de la *probeza*!

— ¡*Mueraaaa*....!

— ¡*Vivaaa*....!

Paróse un momento *Cascarrabias*, sorpren-

dido por aquel inesperado alboroto; echó por encima del hombro una mirada despreciativa sobre la turba de comadres, hizo un gesto, como si lanzase un salivazo y volvió á continuar su camino, diciendo en voz baja á la chata:

—¡Animo con ellas! No las dejéis un pelo en el moño, que ya me arreglaré yo después.

Y como si aquella hubiera sido la señal esperada para el ataque, arrojáronse los dos ejércitos uno contra otro, trabándose la más descomunal batalla mujeril, que pueda registrarse en los fastos de la guerra.

Esparciéronse las ropas que habían de ser lavadas, rodaron hechos añicos los cántaros que estaban en la fuente, corrió el agua por el suelo, quedando éste convertido en un barrizal y dentro de él danzaban en confuso tropel las valientes amazonas, agarradas unas por los cabellos, rodando otras por el barro, dándose muchas fuertes golpes con los marrillos y cayendo no pocas al lavadero, donde tomaron un fresco baño, que para algunas debía ser sumamente necesario.

Mala parte llevaban la chata y sus defensoras. Más valientes ó más numerosas las de Juana, iban acorralando á las primeras, poniendo á muchas en vergonzosa fuga y dejando á otras fuera de combate; pero la victoria estaba indecisa, gracias á la varonil entereza con que igualmente se peleaba por ambas partes.

Sabe Dios si ésta hubiera terminado como aquella famosa riña de las serpientes, de las que se cuenta que no quedaron ni rabos; mas

aparecieron oportunamente don Tiburcio y Juanín, que, armados, aquél de su bastón y éste de sus robustas manazas, metiéronse entre las revoltosas comadres, y ésta quiero, ésta no quiero, bastonazo por aquí, sopapo por allí, en menos de un periquete, consiguieron despejar el campo de batalla, sobre el cual quedaron, como trofeos de la victoria, las ropas confundidas y llenas de lodo, los cascotes de los cántaros rotos, muchos pingajos que debieron ser prendas de vestir y algunos mechones de cabellos, que no se pudo averiguar á qué cabeza habían pertenecido.

Así finalizó la reyerta de las comadres, sin otras consecuencias lamentables, que la de proporcionar un espectáculo nunca visto en Vallespino y echar sobre la historia de aquel pueblo tan pacífico, un feo borrón, principio de otros más feos y más negros que la Providencia permite caigan sobre los pueblos, cuando estos cierran voluntariamente los ojos, para no ver el abismo á donde les conduce la impiedad.

A los gritos de las mujeres, habían acudido no pocos curiosos, que, lejos de procurar con su autoridad la pacificación de las revoltosas, preferían ser espectadores de aquel animado cuadro. Estacionados en la taberna de *Cascarrabias*, desde donde se distinguía la situación, seguían con interés los lances cómico-dramáticos de tan original pelea, y celebraban con palabrotas soeces y festivas carcajadas, las actitudes nada compuestas en que á veces quedaban algunas de las combatientes.

Cuando vieron que, gracias á la intervención de don Tiburcio, había tocado á su fin la divertida fiesta, sintieron deseos de prolongar la sesión, armando otra pelotera con el que les privaba de aquel grato esparcimiento; pero tuvieron por más prudente contentarse con censurar la conducta del despótico alcalde, que, en su afán de absorverlo todo, no dejaba á los ciudadanos la oportuna ocasión de solazarse, ni á las ciudadanas la *santa* libertad de romperse la crisma, cuando las diese la real gana.

Llevaba como siempre el palillo de la gaita el indispensable *Cascarrabias*, quien contrariado en sus deseos de que la lucha continuase, y no desperdiciando por otra parte la ocasión de morder al alcalde, sacaba á colación los inviolables derechos del hombre, el absolutismo, la tiranía y todas las demás zarandajas que constituyen el averiado repertorio de los pedantes incrédulos, viniendo á terminar su arenga con estas palabras, dichas en alta voz para que pudiera oirlas don Tiburcio que pasaba entonces por allí:

—¡Pues eso en mi tierra, se llama una alcaldada!

Desde los pies á la cabeza, tuvo don Tiburcio una sacudida de nervios, que le puso á punto de perder la paciencia y de hacer tragar aquellas palabras á quien las había pronunciado; pero logró dominarse, y con toda la severidad que pudo encontrar en su severísima persona, replicó, dirigiéndose á *Cascarrabias*:

—En tu tierra, que no sabemos cual es, se

llamará eso como tú quieras. Aquí se llama justicia á palo seco.

—O despotismo, que es igual.

—Despotismo ó nó, guárdate de que algún día te alcance mi vara; ¡porque has estado sembrando vientos y se aproxima el tiempo de recoger tempestades!

—¡Va! Bien tranquilo duermo. Es demasiado corta la vara de un monterilla para llegar hasta mi persona.

Esta vez no fué el alcalde, sino su digno alguacil, quien estuvo tentado de meterle á *Cascarrabias* la cabeza, un poco más honda de lo que ya la tenía, como no le hubiese contenido una mirada de don Tiburcio, el cual continuó diciendo:

—¡A donde no llega la vara de un monterilla, llega la vara de Dios!

—También esa me viene algo corta.

Decidió el alcalde poner término á este incidente, que con toda facilidad podía degenerar en grave cuestión, y se alejó, soltando con mucho aplomo y recalcando las palabras, estas frases, que debieron poner verde á *Cascarrabias*.

—¡Más cortos son los grilletes de la Cárcel Modelo, y yo sé que vienen muy justos para ciertas pantorrillas!

—¡Anda, anda *Cascarrabias*! Chúpate esa y *guelve* á *pol* otra—dijo Juanín, siguiendo á su amo y haciendo un guiño, medio picaresco, medio bobo, que dejó más corrido que una mona al osado tabernero.



V

Todo el que tenga algún conocimiento de las costumbres y modo de ser de los pueblos, sobre todo cuando éstos son demasiado pequeños, sabrá perfectamente lo que significa en términos vulgares la palabra *gallico*.

El *gallico* de un pueblo, es generalmente un joven, que por su osadía y casi siempre por sus malas artes, ha logrado sobreponerse á todos los demás, ejerciendo sobre ellos un imperio despótico, al que nadie puede substraerse.

El que se halla revestido de esa especie de dictadura, usa de su autoridad en todos los actos propios de la juventud, ordenándolos, según el dictamen de su omnímoda voluntad, sin dejar á los restantes mozos otro recurso, que la apelación al célebre Cachano.

He aquí, entre otros de menor cuantía, la letanía de privilegios, que por derecho consuetudinario se arrogan estos tiranuelos; indicar dónde, cuándo y de qué manera se han de celebrar los bailes; conceder ó negar el permiso para rondar por las noches; participar de todas las bodas que se hagan en la localidad; cobrar la cuota de entrada á los mozalbetes que quieren codearse con los mozos veteranos, y muchas veces, regular los cortejos y noviazgos

haciendo una distribución matrimonial, con la que tienen que conformarse, quieran ó no, los interesados. so pena de no poder ingresar jamás en la cofradía de San Marcos.

¡Y poquita importancia que se dan en todos sus actos, las tiesas personas de estos sultanes con abarcas, capaces de no cambiar su imperio con el mismo Muley Haffid! Su andar contoneado, su gesto desdeñoso, su empaque altivo y sus palabras huecas, parecen estar indicado, que sólo á su benignidad se debe el que pueda vivir tranquilamente el resto de los mortales.

Tipo en extremo antipático, que, como legado de una civilización pasada, iba quedando sepultado entre las ruinas de ésta, merced al impulso de otras muy distintas costumbres; pero que ha vuelto á resucitar, encarnando en otro tipo más repugnante, más abyecto, el cacique moderno con todas las arbitrariedades que todos conocemos. Y hoy por hoy, á pesar de los atracones de libertad, que quieren darnos en el banquete de una democracia trasnochada, los monopolizadores del progreso, todos cuantos mangonean, metiendo la cuchara en la olla pública, no son, en resumidas cuentas, otra cosa que unos *gallicos* de pueblo, cuyas demasías tenemos que sufrir pacientemente, los desgraciados mortales que gemimos y suspiramos bajo su arbitraria dominación.

Vallespino tenía también como todos los pueblos su indispensable *gallico*; si bien es ver-

dad, que, á distinción de los demás, había éste conquistado su imperio mediante las buenas cualidades de que se hallaba adornado, y sólomente usaba de él, para bien de sus convecinos.

Por si alguno desea conocer á este cacique modelo, para compararle con otros que halle en su camino, hele aquí: Alto y bien formado de cuerpo, alegre y simpático de rostro, amable y cortés en el trato, fino y distinguido en el porte, Daniel Esteve, sobrino del párroco de Vallespino, era considerado á sus veintidós abriles como el mozo más cumplido que se conocía en siete leguas á la redonda. Razón por la cual, y contando además con un corazón en el que estaba retratada toda la legendaria hidalguía castellana, una regular instrucción que le había proporcionado su tío, una relativa elegancia que le distingue de todos los jóvenes y una proverbial esplendidez de que hacía gala en cualquier circunstancia, habíase conquistado el aprecio de sus convecinos, que le consideraban como la honra del pueblo, y especialmente del elemento joven, que le respetaba y obedecía, sometiéndose á él con esa sencilla y leal docilidad con que se sujetan los espíritus humildes á todo aquel que consideran por algún concepto superior.

La franca simpatía de que gozaba y al mismo tiempo las dotes personales de tan arrogante joven, no podían menos de ser un poderoso atractivo para las mozas casaderas de Vallespino, que suspiraban por enredarle entre las do-

radas mallas del amor, prodigándole honestamente toda clase de obsequios, á costa, no pocas veces, de la tranquilidad de algún calabaceado galán.

Dejábase querer el muy picaronazo, correspondiendo á todas con mucha finura, pero hacía el sueco en cuanto á picar en el anzuelo de Cupido; porque además de que le repugnaban instintivamente aquellas fregonas ordinarias y mal olientes, sin más atractivos que sus frescos colores y sus anchas caderas, tenía metida, en las mismísimas entretelas del corazón, á la moza más garrida, que había pisado las calles de Vallespino.

Y en verdad, que si hay seres destinados á confundirse en los éxtasis de un mismo amor, debieran estar aquellos dos jóvenes, que parecían haber sido criados el uno para el otro; porque si Daniel, sobrino de don Cándido, podía pasar en Vallespino y fuera de él, como dechado de mozos cumplidos, no le iba en zaga Margarita, hija de don Tiburcio, que era, en resumidas cuentas, la reina y dueña absoluta del corazón de aquél.

De igual manera que Daniel, constituía Margarita en Vallespino el ídolo popular, á quien respetaban las jóvenes, ensalzaban las mujeres, obsequiaban los mozos y bendecían los ancianos. Ella era la primera con quien se contaba para todo; la que no podía faltar en ninguna reunión; la presidenta nata de todas las asociaciones; la *señorita*, en fin, como le llamaban en el pueblo, que todo lo llenaba con

su presencia; engrandecía con su carácter y alegraba con su hermosura.

Ni podía suceder otra cosa; porque ¡bendito sea Dios, la gracia que este soberano Señor había derrochado en aquella criatura! No era una de esas bellezas deslumbradoras, provocativas, que arrastran como impetuosa corriente, levantando violentas borrascas en el océano de las pasiones humanas. Su hermosura dulce, tranquila, impregnada de ese vago espiritualismo que parece sutilizar la materia, semejábase más bien al murmurio del arroyo, que atrae suavemente dejando en el alma deliquios inefables, tiernas añoranzas, esbozos de una felicidad desconocida.

Tenía Margarita dos á manera..... pero ¿á dónde voy ¡pecador de mí! intentando describir la figura de tan interesante doncella? Renuncio desde luego á tal empresa, que considero superior á mis débiles fuerzas, y que después de todo, resultaría completamente inútil para mis lectores. ¿Qué haría yo, en efecto, con decir que la hija de don Tiburcio tenía el cabello rubio y los ojos garzos y la boca así... y la nariz asá... y tal... y cuál... si después de haber agotado yo los recursos de la descripción, cada cual habría de forjarse en su mente una Margarita, que tendría de parecido con la auténtica, algo menos de lo que vulgarmente dicen que tiene un huevo como una castaña.

Mil veces he leído y releído esas pesadas descripciones con que nos aburren los escritores empeñados en meternos por los ojos la pro-

digiosa hermosura de sus beldades. Mil veces también he pretendido reconstruir el tipo original, combinando con exquisita diligencia los elementos primordiales que me ofrecía la descripción, y, francamente lo confieso, jamás pude llegar á formar, no ya la hermosa imagen que tenía presente el escritor, pero ni siquiera el más vulgar mamarracho que figure en los últimos confines de la fealdad humana.

Y es que ¡debemos reconocerlo, aunque se resienta nuestra soberbia! entre las muchas cosas que no caben en los estrechos límites de la descripción, una es la belleza humana; porque no consiste ésta sólo en la perfección plástica del organismo, sino que la forman además, como partes integrantes, los rasgos más ó menos delicados, la expresión sumamente variada, un no sé qué indefinible, que adorna y matiza el conjunto. Y todo esto, que no puede ser dibujado sino por aquel supremo Artífice, que quiso dejarnos ese pequeño rastro de su infinita belleza, tampoco puede ser apreciado sino por los sentidos, que son los únicos medios con que para ello nos dotó el mismo soberano Criador.

Conste, pues, y basta con esto, que Margarita era hermosa, con toda la belleza que puede caber en el cuerpo humano; pero conste también, que era todavía más hermosa de alma. Piadosa, inocente, modesta, con un espíritu angelical, una voluntad inclinada al bien y un corazón abierto á todos los afectos delicados, Margarita había gustado las misteriosas dul-

zuras, ocultas en la religión, y, bajo la dirección de don Cándido, hábil maestro en tan importante ciencia, entregábase á la práctica de la perfección cristiana, encontrando en esto la satisfacción de sus más nobles sentimientos.

Mas no se crea por esto, que la hermosa hija del alcalde, encerrada en su misticismo, fuese una jóven de espíritu encogido, esquiva, insociable, enemiga de honestos pasatiempos, despojada de las expansiones que acompañan á la juventud.

Ese tipo de beata huraña, descripto por la impiedad para regocijar á los detractores de la virtud cristiana, es pura fantasía que no encaja en la realidad. La virtud es de suyo franca alegre, expansiva, y Margarita, que era virtuosa, aunque por estar llevada sobre el nivel de sus convecinos y ser amante del retiro pudiera apropiarse el papel de planta exótica en aquel pueblo vulgar, sabía no obstante acomodarse á los gustos de todos, alternar con los más humildes y divertirse cuando le llegaba la hora.

Un angel con ribetes de diablillo. Así la titulaba el párroco, complacido al ver las travessuras infantiles y las discretas ocurrencias con que sazónaba Margarita los pasatiempos de las jóvenes, para hacerlos más entretenidos. Y solía añadir para sí:

—¡Lástima de chiquilla! ¡Qué buen papel haría en un convento! ¿Qué le hemos de hacer? Parece que Dios no la llama por ese camino. Será que también en el mundo hacen falta los santos.

Daniel y Margarita no se habían dicho jamás una palabra de amor; pero ¿qué necesidad hay de hablar ciertas cosas? ¡Bastante daban á entender las miradas, no siempre bien disimuladas, las finas atenciones y los elogios que uno á otro se tributaban!

Margarita consideraba lo más natural del mundo, llegar á ser un día la esposa de Daniel; porque fuera de sus prácticas piadosas y del cariño á su padre, todos los afectos los tenía reconcentrados en aquel joven. Daniel, á su vez, por nada hubiera trocado la felicidad que sentía al lado de Margarita, sino era por la que esperaba tener cuando pudiera compartir con ella los gozos que proporciona el matrimonio.

¿Y cómo no? Daniel y Margarita constituían la flor y nata de Vallespino, y en los pueblos, donde no gusta la *media naranja* criada en tierras extrañas, es muy suficiente esta circunstancia, para concertar un matrimonio entre dos jóvenes que se hallan colocados en parecidas condiciones.

Además, Daniel y Margarita eran, como si dijéramos, la prolongación de don Cándido y don Tiburcio, y las mismas corrientes de simpatía, que unían al tío con el padre, debían, por la misma causa, juntar al sobrino con la hija.

Por otra parte, Daniel y Margarita, como dos plantas que se desarrollan en una misma maceta, habían pasado la vida sin separarse el uno del otro; siempre juntos en el paseo, en la

Iglesia, en los juegos, en el estudio, en las tertulias; y jugaban y se reían cuando niños... y se enfadaban y desenfadaban cuando impúberes... y se miraban y sonreían cuando adolescentes...

Y un día por último, cuando apuntaba el bozo á Daniel y vestía faldas Margarita, paseando por el camino de la Cruz, al declinar el sol dorando con sus reflejos la campiña, mientras el párroco y don Tiburcio marchaban delante entretenidos en sus conversaciones, Daniel, poniéndose muy serio y con un temblorcillo que le llegaba hasta el corazón, decía á la joven:

—¿Sabes, Margarita, que estamos hechos unas personas mayores?

—Es verdad—contestaba la joven, adivinando, con esa intuición propia de las mujeres, las intenciones de Daniel y dejando ver en sus mejillas dos manchas de carmín.

—Y ya estamos en disposición de pensar en nuestro porvenir.

—Tienes razón.

—Y.... ¡vamos!.... quiero decirte.... que yo desearía conocer tus intenciones.... y saber.... ¡vamos! saber si te agradaría unir.... unir tu suerte á la mía.

No fué poco decir; porque ¡señores como se le trababa la lengua al aturdido mozo! Mentira le parecía, que se pasasen apuros semejantes, para hablar con aquella mocosuela, á quien había tratado siempre á baquetazos.

Por lo que hace á Margarita, la pobre ni sa-

bía, ni podía contestar á la preguntita, que hacía mucho tiempo estaba esperando. Bajaba los ojos, contemplando el pañuelo que llevaba en la mano hecho una pelota á fuerza de recibir estregones; secábase después dos.... ¡cualquiera diría perlas! dos lágrimas escapadas de los ojos; daba suelta á un prolongado suspiro, que debía salir de lo más hondo del alma; hacía esfuerzos para hablar y.... ¡nada! la voz se le apagaba en la garganta.

—¿Qué dices, Margarita?—murmuraba Daniel, que parecía tener la vida pendiente de los labios de la joven.—¿Por qué no contestas? ¿Te han ofendido acaso mis palabras?

—Si tu tío y mi padre,... quisieran....—balbucía Margarita, con el semblante encendido por el rubor—yo....

No pudo decir más, porque la emoción la ahogaba; pero tampoco necesitaba más Daniel, para reflejar en su semblante, la alegría que le retozaba por todo el cuerpo.

¡Lo que es el corazón humano! Si un momento antes le hubieran asegurado que Margarita le amaba y deseaba ser la esposa elegida por él, indudablemente habría recibido la noticia con la más fría indiferencia; porque acostumbrado al trato y compañía de aquella joven, ni siquiera había sospechado jamás, que la vida de ambos pudiese tener en el mundo, otro objetivo distinto del mutuo amor. Pero al recibir de labios de la joven aquella semideclaración, que parecía abrir nuevos horizontes á su existencia, no

pudo contener un arretrato de entusiasmo, y con el rostro radiante de felicidad, fijó en Margarita una tierna mirada de gratitud, diciéndola al mismo tiempo que la estrechaba una mano.

—¡Gracias, Margarita!

No sabemos si por casualidad, ó porque era tan largo de malicias como de estatura, volvió don Tiburcio la cabeza en aquel crítico momento, y aun cuando Margarita, encendida como la grana, dióse prisa á poner su blanca mano á salvo de aquella inesperada acometida, no consiguió impedir que el alcalde se percatara de los excesillos amorosos que se permitían los jóvenes.

—¡Jem...! ¡jem...!—dijo á don Cándido.—Me parece, querido cura, que nuestros niños se pasan de tales.

—¿Por qué dices eso?

—Acabo de coger en renuncio á los dos tórtolos.

—Entonces, será preciso casarlos cuanto antes.

—Gracias á Dios que has discurrido alguna vez con fundamento. ¡Qué talentazo se oculta detrás de esta mollera! Mentira parece, que con toda tu ciencia, te hayas plantado en párroco de Vallespino!

Y al decir esto, daba el alcalde suaves palmaditas en el tozuelo del párroco.

—¡Calla, zanquilargo!—contestaba éste riéndose como un bendito y hurtando el cuerpo, para librarse de las caricias del alcalde.—Lo

que te pasa es, que estás rabiando porque te he tomado la delantera.

—¿A mí?

—A tí sí, que tienes más ganas de ser abuelo, que yo de llegar á obispo.

—¿Y para qué necesito yo ser abuelo?

—¿Para qué, perillán? Para tener quien te estire los bigotes y te sobe los pantalones y te llene la cara de babas, ¡gaznápiro!

—Eso tú, que ya has echado cuenta de los canónigos, monjas y frailes que han de salir de la familia.

Y los dos amigos, entre bromas y carcajadas, convinieron en que, puesto que Margarita sería pronto una mujer hecha y derecha y Daniel estaba á punto de salir de quintas, podían allá para el otoño, cargar con el santo yugo y marchar á disfrutar un poco de la luna de miel, dándose una pavonada por el mundo; ¡porque no era justo, que dos personas tan principales en el pueblo, se casasen lo mismo que todo hijo de vecino, sin salir á ver siquiera lo que había detrás de las montañas de Vallespino!

Por lo que á ellos tocaba, ya sabían lo que tenían que hacer. ¡Así que lo habían pensado pocas veces! Lo primero arreglar la casa para vivir todos juntos como lo que serían, como una misma familia. Luego era necesario traspasar á Daniel la hacienda, los intereses, los negocios, hasta la vara de alcalde. Y no trataron de traspasarle también la parroquia, porque.... porque no podían. ¡Que cargaran los jóvenes con el santo y la limosna, que bastan-

te habían ellos trabajado y bastante harían con vivir en paz y en gracia de Dios, los cuatro días que el Señor quisiera tenerles en este mundo.

Por pensar en todo, trataron hasta del destino que habían de dar á los nuevos retoños que brotasen de aquel tronco. En esto no andaban muy acordes. Don Cándido deseaba que siguiesen alguna carrera, porque los hombres de carrera, decía él, son los hombres del porvenir; pero don Tiburcio aseguraba, que las carreras en estos tiempos sólo sirven para pervertir á los jóvenes, y que mucho mejor sería, dedicarles á cuidar de sus tierras y de sus rentas.

Lo bueno fué, que después de todos estos preliminares, los dos santos varones cayeron en la cuenta de que estaban haciendo el papel de la lechera y concertando un matrimonio, como si hubieran de ser ellos mismos los contrayentes, sin contar siquiera con el parecer de los interesados. Porque bien era verdad que Daniel y Margarita parecían profesarse mutuo afecto, y ello se caía de su peso, pero después de todo, ni el uno ni la otra habían dicho jamás una palabra sobre tal asunto.

Llegaban entonces á la Cruz, donde acostumbraban á tomar asiento antes de dar la vuelta al pueblo. Hiciéronlo así, y cuando poco después se acercaron los jóvenes, soltóles don Cándido, á boca de jarro y sin preámbulos el siguiente escopetazo que hizo enrojecer á aquéllos:

—Conque vamos á ver muchachos, ¿queréis casaros ó nó?

Quedáronse los novios mirando el uno al otro, como si cada cual consultase la respuesta que había de dar á tan inesperada pregunta, y contestaron los dos al mismo tiempo:

—¡Si ustedes quieren...!

—¡Pues no hemos de querer, hijos míos!— murmuró don Cándido, sorbiéndose las lágrimas que le arrancaba el gozo—Para mayo os casaréis, Dios mediante; conque el Señor os haga felices y ¡santas Pascuas!

Con este sencillo aparato, sin petición de mano, ni capitulaciones, ni todas esas formalidades, que generalmente solemnizan estos actos, quedaron concertados los esponsales de Daniel y Margarita al pie de la Cruz de piedra, en una hermosa tarde de primavera, cuando lanzaba el sol los últimos rayos ocultándose detrás de las montañas de Vallespino.



VI

Una habitación de altos techos, suelo enladrillado y paredes blanqueadas; en el centro una mesa antigua de nogal con travesaños de hierro; sobre ella, unas carpetas de hule, una escribanía de bronce y un crucifijo de ébano; detrás un sillón de vaqueta, una papelera y una librería con muchos pergaminos, y todo ello haciendo compañía á media docena de sillas de enea, un viejo reloj de pesas y varias litografías representando la vida del hijo Pródigo. He aquí descrito en cuatro palabras, lo que enfáticamente llamaba *su despacho* el digno párroco de Vallespino.

De un extremo á otro de aquél, paseábase éste cierta mañana haciendo grandes esfuerzos por reconcentrar su atención en el oficio divino, que rezaba con el Breviario abierto; pero la loca de la casa, que por lo visto tenía otras cosas en que fijarse, había tomado empeño en lo contrario, de tal manera, que á las dos horas de haber sido empezada, todavía no llevaba camino de terminar tan importante ocupación, gracias á las interrupciones, soliloquios y distracciones con que, sin darse cuenta, la iba prolongando don Cándido.

—¡Pero, señor!—decía, parándose en el cen-

tro de la habitación, cerrando el Breviario sobre el dedo índice de la mano izquierda, y rascándose con la otra la cabeza por debajo del solideo. —¿Y nó habrá remedio? ¡Por que esto se lo lleva la trampa á escape, como Dios no haga una de las suyas, mandando á cenar con los compañeros á ese demonio de *Cascarrabias*! Y el cuento es, que hay que hacer algo; porque una de dos ó de dos una: ó nos echamos todos á la bartola y salga el sol por Antequera, en cuyo caso no quedan en pie ni los cimientos de Vallespino, ó es preciso sacar los pies de las alforjas y enseñar los dientes á la fiera. Hacer.... hacer..... pero ¿y qué es lo que hago yo? ¿vamos á ver? Pues échate á discutir lo que haría cualquiera en mi puesto. Yo bien lo sé; romperle á *Cascarrabias* de un estacazo la única pierna que tiene sana ó.... lo primero que viniera á mano y.... ¡*laus Deo!*.... Pero ¡vaya usted á meterse en esas cosas! Si al Señor le hubiera ocurrido poner al quinto mandamiento una coletilla, que dijese poco más ó menos: «no matarás á los hombres de bien». Entonces ya era para pensarlo; porque lo que es *Cascarrabias*.... maldito si merece figurar en esta categoría. ¡Por vida del ocho de bastos! Cuando digo yo que este negocio me ha de trastornar la cabeza!

Si al cabo de un gran rato, dábase don Cándido cuenta de lo que estaba haciendo, renegaba de *Cascarrabias* y de todos los zánganos de Vallespino, que no le dejaban sosegar, ni aun en el cumplimiento de sus deberes, y abría

otra vez el Breviario, con la firme resolución de continuar el rezo, sin distraerse hasta terminar; pero á los pocos momentos, marchábase la imaginación por los cerros de Ubeda, y nuevamente el párroco volvía á caer en sus cavilaciones.

—¡Calla!—decía—Como no pongamos frente al *Infierno* una taberna.... así.... ¡vamos!.... decente. ¡Uf! *va—de retro*. Si eso parece que repugna *in terminis*. ¡Estaría bueno!; una taberna eclesiástica y luego bajar las vinajeras de plata, para servirles el vino á estos mostrencos, que me tienen perdido el pueblo. ¡Ya, ya! ¡Vino rezado y con olores de incienso! Capaces eran de no probarlo, aunque se les diera de balde. ¡Hombre! Buena idea—exclamó después, con muestras de satisfacción.—Me parece que he dado en el *quid*. Si se le brindase á *Cascarrabias* con una buena zarpada de duros, creo yo que se largaba del pueblo, con dos mil de á caballo, y nos dejaba á todos en paz, para *in sæcula sæculorum*. ¡Ya lo creo! Bonitos son estos nuevos redentores de la humanidad, para dejar pasar la ocasión. En cuanto topan con algo sustancioso, para barrer las telarañas del estómago, se acuerdan de su *sagrada* misión, lo mismo que yo del moro Muza. Nada, nada; cosa hecha. Lo difícilillo ahora es encontrar esa materia prima. ¡Si yo pudiera!... Pero ¿qué demontres, he de poder, si lo curioso es que están ellos jugando y vengo yo á pagar los vidrios rotos? Un día la fulana que si su marido no le entrega un jornal y no tiene para

darles pan á los hijos; otro que si el tío mengano se ha encontrado con que el hijo le había vendido el trigo y ahora no puede hacer la *si-mienza*, y el de aquí que está enfermo, y el de allí que ha perdido la mula, y el de más allá que no puede pagar la contribución, y que si por arriba y que si por abajo y que si patatín y que si patatán, todo es lágrimas y ruegos y pellizcos á la bolsa del pobre cura, hasta que la han dejado más escuálida que la cara de un judío.

Mientras esto decía, sacaba del bolsillo una llavecita; abrió un cajón de la mesa, en cuyo fondo se veían dispersas algunas monedas de plata, y después de contarlas exclamó:

—¡Cincuenta duros! No es gran cosa para un apetito como el de *Cascarrabias*, pero en fin, veremos si el hombre se conforma con ellos, y si nó tendré que rascarle los bolsillos á Tiburcio.

Don Cándido era para ciertos negocios, la actividad personificada. Por nada del mundo hubiera retrasado un minuto la ejecución de su plan; porque además del deseo de terminar cuanto antes, tenía la preocupación de que las cosas muy pensadas, ó no las hacía nunca ó no le salían bien. Y como ni lo uno ni lo otro le convenía, sin más reflexiones, sin aconsejarse del alcalde, sin acordarse para nada del rezo, embolsóse los cincuenta duros, tomó el sombrero y salió de casa, en dirección á la taberna, alegre, satisfecho, frotándose las manos de gusto, como si saborease por anticipado el

grandísimo consuelo de no volver á ver en su vida la repugnante figura de *Cascarrabias*.

Hallábase éste sentado á la puerta de su taberna, apurando según costumbre una colilla, bien ajeno de la visita que se le venía encima. Durante los dos años que llevaba en el pueblo, no se había ocupado de don Cándido, como no fuera para calumniarle y ponerle en ridículo ante los que asistían á la taberna; así es, que no pudo ocultar su extrañeza, cuando vió que el Párroco se acercaba y le decía, con la más sincera amabilidad.

—Buenos días, Antón.

—Felices, señor cura—respondió éste con forzada sonrisa, levantándose y echando mano á la gorra.—¡Tanto de bueno por aquí! ¿Se puede saber á qué debo el honor de esta visita?

—Te diré, hombre. Como al pasar por ahí, he visto que estabas ocioso, y por otra parte, hace días que tengo precisión de hablarte sobre cierto asuntillo, he pensado aprovechar la ocasión, ya que á esta la pintan calva.

—Me parece muy bien. Pase adelante si gusta.

Primer inconveniente, en que no había tenido tiempo de pensar el bueno de don Cándido.

Penetrar en aquel garito, laboratorio del vicio, donde con agua de lágrimas y harina de impiedad, se iba amasando el pan de la desgracia, único que con el tiempo habían de comer los vallespinenses, parecíale algo así como un sa-

crilegio, digno de ser castigado, por lo menos, con un año de suspensión canónica. Pero, ¿qué hacer? No era cosa de estropear el negocio por un escrupulillo de monja. Dirigió, pues, una mirada recelosa al interior; hizo con la mano una imperceptible cruz en el aire, para ayentar sin duda á los malignos espíritus, y penetró, no sin cierta repugnancia, en la taberna, seguido de *Cascarrabias*, que sonreía maliciosamente, adivinando los apuros del Párroco, mientras algunos curiosos, atraídos por la novedad del caso, hacían sabrosos comentarios, al ver desaparecer por la puerta del *Infierno*, al mismísimo Párroco de Vallespino, con sota-na y todo.

Volvió *Cascarrabias* la puerta, no sabemos si por evitar el figoneo de los vecinos, ó porque presentía que había de ser algún tanto espinoso el asunto de don Cándido; ofreció á éste un taburete, tomando él otro, y dijo con un tonillo que parecía humilde y resultaba en extremo cargante:

—El recibidor no es muy aparente que digamos, para el dignísimo Párroco de Vallespino, pero malo como es, no puedo ofrecer otro mejor. Puede usted hablar con entera libertad.

¡Hablar! Este era precisamente el segundo y más grave apuro de don Cándido, quien, á pesar de tener, según decían los feligreses, más palabras que un Misal, se hallaba cortado, sin saber ni como dar principio siquiera á tan peligrosa conferencia.

Empezaba á comprender el sencillo Párroco que no había meditado las consecuencias de su atrevido intento, y casi se arrepentía de haber dado aquel paso que repugnaba á su carácter.

—¡Cuidadito que era comisión la suya!— pensaba.—Tenía tres pares de bemoles, eso de venir á una casa para decirle al dueño..... ¡rubor le daba el mentarlo!.... para decirle nada menos que se dejase comprar..... ¡Vamos! Si esto merecía que le pusieran de patitas en la calle, mandándole con viento fresco á freír espárragos!... Cosa muy natural.... porque hay palabras que no se pueden decir ni á los mismos *Cascarrabias*.

Dificilillo se presentaba el asunto, á juzgar por los inconvenientes que iban saliendo y los que todavía quedaban por salir; pero en fin, consiguiérase lo principal, que todo lo demás importaba un bleo.

—Mira, Antón --dijo por último haciendo un esfuerzo.—Comprenderás, que todo aquel que se halla al frente de una entidad cualquiera, tiene la obligación de procurar la prosperidad de ésta, apartando de ella cuanto le sea nocivo.

—Comprendo perfectamente, señor cura, que todo aquel que tiene una misión, la cumpla como es debido, sin que á nadie le asista el derecho de impedirlo. En esto, lo mismo que en otras muchas cosas, soy partidario de la libertad. Lo que no comprendo es á donde va usted á parar por ese camino.

—Pues á decirte, lisa y llanamente, que llevo cuarenta años encargado de esta parroquia,

y durante ese tiempo ha sido Vallespino una bendición, una verdadera balsa de aceite. Pero ¡amigo de Dios! has venido tú y... ¡no lo digo por ofenderte! esto se ha convertido en una balsa... de ranas, más revoltosas que aquellas de la fábula.

—Y la culpa de todo la carga usted á mi cuenta; ¿no es así?

—¡Naturalmente!

—Pues si para eso ha venido á mi casa, podía haberse ahorrado las molestias, porque ya estaba bien enterado.

—Me alegro mucho, Antón. En ese caso no extrañarás que me tome la libertad de hacerte algunas reflexiones y darte un consejo.

—Mire usted, don Cándido, hace mucho tiempo me enseñaron, que el consejo, para ser bueno, ha de ser antes pedido. Yo le agradezco todos los que pensara darme; pero como hasta hoy he pasado muy bien sin ellos, puede usted guardarlos para quien los necesite.

—Pero ¡hijo mío! ¿Y la conciencia? ¿Y Dios?

—¡Déjeme de monsergas, señor cura! que no soy tan papanatas como sus feligreses. Mi conciencia y yo nos entendemos perfectamente, y en cuanto á Dios, no tiene ese Señor por qué mezclarse en mis asustos.

—¿De manera que no piensas mudar de vida?

—Tampoco necesito dar á nadie explicación de mis proyectos; pero si usted se empeña, le diré, que á lo menos por ahora no he pensado en tal cosa.

El lector habrá observado, que don Cándido, después de advertir lo repugnante que resultaba el plan concebido, tomaba otra orientación intentando ablandar un poco á *Cascarrabias* sin necesidad de apelar al expediente que llevaba en el bolsillo. Mas convencido ante las evasivas y groseras respuestas del tabernero, de que no era aquel el camino para llegar á donde quería, decidió jugarse el todo por el todo, soltando el trueno gordo de los cincuenta duros.

Acercóse pues á *Cascarrabias*, púsole familiarmente una mano en el hombro, en tanto que hacía sonar los duros con la otra, y en voz muy baja, casi entre dientes, como si temiese que alguno le oyera, dejó escapar estas frases, que le sacaban los colores al rostro:

—¡Ea, Antón! Ahorremos palabras, aquí tengo cincuenta duros para tí, si me prometes marcharte y no volver á poner los pies en Vallespino.

Y abajó la cabeza, como el reo que espera la sentencia, creyendo que *Cascarrabias* le tiraba el asiento á la cara.

No sucedió tal cosa. Escuchó *Carcarrabias* con perfecta calma la proposición que se le hacía, y contestó con un

—¡No los quiero!—rotundo, seco, acompañado de un movimiento de cabeza.

—¡Ya es mío!—pensó don Cándido, animado por la buena acogida.—Es cuestión de apretar las clavijas.

Y continuó diciendo, con una sonrisita toda amabilidad, toda dulzura:

—¡Vaya hombre! quiero ser generoso. Te daré sesenta..., setenta..., ochenta..., noventa...

Y seguía añadiendo decenas de duros, á cada movimiento negativo de *Cascarrabias*, creyendo que éste rehusaba por parecerle pequeña la cantidad ofrecida.

No podemos calcular hasta donde hubiera llegado esta multiplicación de duros, porque á don Cándido se le había metido aquello entre ceja y ceja, pensando que allí estaba el *busilis* y una vez puesto en el burro, capaz era de prometer hasta los cuatro pelos, no más, que le quedaban aislados en la monda calavera. Pero salióle al encuentro *Cascarrabias*, quien con un acento que no admitía réplica, exclamó secamente:

—Ni cien, ni doscientos, ni nada. ¡Yo no me vendo!

Don Cándido creyó morir de estupefacción. ¡Que no se vendía! ¿Habría oído bien? Si le dicen que el alcalde había salido á pasear en calzoncillos, no recibe mayor sorpresa que oyendo aquél: —¡yo no me vendo!—¡Vaya un desencanto! Habíase figurado tener delante á uno de esos marchantes políticos, impúdicos chalanes de sus ideas, dispuestos siempre á vender hasta la conciencia por un miserable plato de potaje, menos sabroso que el que proporcionó á Esaú la venta de su primogenitura, y ¡oh maravilla! se encontraba con un hombre integérrimo, invulnerable, prototipo de honra-

dez, que rechazaba con dignidad de rey ofendido, casi casi una fortuna.

Tentado estaba el buen párroco de declarar *ipso facto* la moralidad intachable de *Cascarrabias*, si éste no le hubiera quitado las ganas, al decir un poco más enfadado:

—Y conste, señor cura, que si otro, fuera de usted, hubiera venido á mi casa para insultarme, haciéndome tan villana proposición, quizás recibiese la respuesta de otra manera muy distinta. ¡Estos son los buenos, los piadosos, los que llevan á Dios al retortero y no tienen inconveniente en comprar, por un puñado de plata, la conciencia de un hombre honrado!

—Hombre, Antón, ¡qué caramba! no hay que tomar las cosas por la tremenda—dijo don Cándido, procurando dorar la píldora.—Mi ánimo no ha sido ofenderte, ni mucho menos, y si tú crees que he faltado, desde luego te suplico me dispenses. Unicamente lo he dicho, porque supongo que no tiene interés ninguno en estar aquí.

—¿Y quién le cuenta á usted esas cosas?

—¿A mí? Nadie; pero como yo no comprendo qué interés sea ese, me figuro que lo mismo te dará vivir en Vallespino que en Londres. La cuestión es vivir.

Cascarrabias, que no conocía ni de cien leguas siquiera los puntos de inocencia que calzaba don Cándido, y lo que es más, juzgando por sí mismo no podía ni aún sospecharlo, cre-

yó que el párroco, bonitamente estaba burlándose de él; así es que, perdiendo de una vez los estribos, gritó con maneras descompuestas:

—¿Que no comprende qué interés sea ese? Verdaderamente es usted más cándido... ó más truhán de lo que parece; pero ya se lo explicaré bien, para que no olvide la lección. Rechazo su dinero, porque no necesito que nadie venga á darme lo que puedo tomar yo... ¿está usted? Y deseo vivir en este pueblo, para tomarme, no una miseria, como la que usted pueda ofrecerme, sino una fortuna, que me hace falta... ¿vá usted comprendiendo?

—¿Ah...? ¡vamos! ¡ya comprendo, ya comprendo!—exclamaba don Cándido, abriendo los ojos y la boca á un mismo tiempo, á impulsos del asombro que le producía tan descarada franqueza.

—¿Habrá bribón como éste?—pensaba para sí. Menuda lata me va á dar Tiburcio cuando se entere de este planchazo.

—¡Y quiero más!—seguía vociferando *Cascarrabias*—Quiero desenmascarar á los zánganos embaucadores que medran á costa de los ignorantes, y no he de parar hasta echarles de este pueblo, entre las maldiciones de los que antes los bendecían, para ponerme yo en su lugar y manejar á mi antojo esta colonia de borregos... ¿Vá usted comprendiendo?

¡Y tanto como iba comprendiendo el pobre don Cándido! Al sentir que salpicaban hasta

él las paletadas de cieno que con tal desparpajo sacaba de su podrido corazón el infame *Cascarrabias*, arrepentíase de haber entrado inconsideradamente en aquel atolladero y discurría el modo de salir enseguida de él.

Con el semblante enrojecido por la vergüenza, sin valor para pronunciar una palabra que le venía á los labios, levantóse disimuladamente del asiento y retrocedió poco á poco hacia la puerta, como si buscase un refugio contra las iras del tabernero, en tanto que éste, sin dejar de seguir al párroco, barbotábale al oído con furor satánico estas brutales palabras:

—¡Y todavía quiero más! Quiero desmoralizar este pueblo, para aprovecharme del río revuelto. Y cuando no haya quedado en Vallespino piedra sobre piedra del edificio levantado por el estúpido párroco y sus adláteres... entonces, todavía necesitaré algo, que me es tan preciso como la sangre de las venas, porque...

No pudo el angustiado párroco resistir por más tiempo tanto cinismo. Con una mano en la puerta y agitando en son de amenaza la otra, interrumpió al tabernero, gritando con una energía de que él mismo se hubiera creído incapaz:

—¡Pues Antón, ó *Cascarrabias*, ó demonio, ¡que allá se van los tres! la terrible justicia de Dios caiga sobre tí, castigando como se merecen tus malvadas intenciones!!

Y dejando á *Cascarrabias* con un palmo de narices, sin dar tiempo á que le alcanzasen los

rayos de la tempestad, que seguramente habrían levantado tales palabras, salió apresuradamente de la taberna, dando un ruidoso portazo y tomando á buen paso el camino de su casa, no sin volver de cuando en cuando la cabeza, como si temiese todavía ser perseguido por el furioso tabernero.



VII

¿Han reparado los lectores en las misteriosas palabras que pronunció *Cascarrabias*, cuando al final del capítulo anterior decía: entonces todavía necesitaré algo que me es tan preciso como la sangre de mis venas?

Pues vamos á descorrer el velo que ocultaba este secreto.

Aquella cosa tan necesaria, aquel supremo *desideratum*, que parecía compendiar las aspiraciones todas del tabernero, era .. ¡no lo van á creer! era... ¡amor! Y diré más: ¡era amor puro... casto... espiritual... Y para que la admiración suba de punto, añadiré, que el objeto de esta pasión era la hija del alcalde, la encantadora cuanto modesta Margarita.

Siento mucho que la repugnante figura de *Cascarrabias* resulte algún tanto realzada, al ser presentada bajo el aspecto de un amante adocenado, que suspira, como el Narciso más vulgar, por vencer los desdenes de una beldad esquiva.

Ya comprendo que hubiera sido literariamente mejor, exhibir un personaje egoísta, vengativo, feroz, abstraído únicamente en sus planes diabólicos, poniendo todas sus energías al

servicio de sus ideales, sin un afecto noble, sin una pasión digna, sin incurrir en las sentimentales flaquezas de un amor archiplatónico; pero ¿qué hacer? Yo no finjo tipos. Los encuentro en mi camino, con sus buenas ó malas cualidades, y los tomo ó los dejo, según me conviene, cuidando mucho de no desfigurarles; porque tengo para mí, que la primera condición de todo escritor, es presentar á sus personajes como éstos son en sí, y no como él ó los lectores desearían.

Sí, señores. En el alma negra, mejor dicho, ennegrecida, de *Cascarrabias* había empezado á brillar un punto luminoso, una chispa que aumentaba poco á poco, convirtiéndose en llama abrasadora. En aquel inmundo lodazal donde se revolvían las más asquerosas pasiones, entre olas de cieno y espumas de maldad, había brotado una planta fresca, lozana, como brotan las blancas azucenas entre los barrizales de un pantano, como asoman las pequeñas margaritas entre las basuras de un muladar.

¿Qué esto resulta inverosímil? ¡va! Esos son misterios inexplicables para los entendimientos superficiales no acostumbrados á penetrar más allá de donde alcanzan los sentidos, pero son fenómenos sencillísimos para los espíritus observadores, que escudriñan las profundas sinnosidades del alma humana.

Estos saben, que en el fondo de los corazones más podridos, tan podridos como el de *Cascarrabias*, están hacinados en informe montón los sentimientos generosos, luchando por

romper la espesa capa de maldad que les tiene aprisionados. Saben, que basta quitar esa inmunda superficie, horadarla, para que aquellos salten impetuosamente; á la manera que basta romper la corteza de un terreno artesiánico, para que salte la columna de agua que purifica y alegra. Saben por último, que cuando brilla ese punto luminoso, cuando se percibe el aroma de esa planta, cuando empieza á brotar una gota de esa agua, el hombre malvado no necesita para su regeneración, sino encontrar en su camino quien avive la luz, cuide la planta y dé salida á la corriente de agua.

Lo difícil es apreciar esos pequeños detalles; y esto solamente es propio de las inteligencias superiores. El hombre ignorante tropieza en una piedra vulgar y la separa del camino, dándole un vigoroso puntapié; pasa detrás el sabio, se fija en la misma piedra, la recoge cuidadosamente, la manda al tallista, y cuando quitada la roñosa envoltura, aparece el chispeante brillo del diamante, las personas de gusto pagan fabulosas sumas por aquella piedra que parecía vulgar.

Cascarrabias era el diamante en bruto, que empezaba á manifestar el brillo de sus facetas, esperando una mano que le recogiese para pulimentarle. Amaba por primera vez en la vida, y lo hacía con todo el ímpetu de su temperamento fogoso, con toda la fuerza de su alma enérgica; porque las almas frías son incapaces de grandes pasiones.

Ni él mismo habíase dado al principio cuen-

ta de esta aguda crisis por la que atravesaba su espíritu.

Allá, á los comienzos de su estancia en Vallespino, cuando pasaba el día sentado á la puerta de su establecimiento, sin encontrar una cara amiga, sin estrechar una mano cariñosa, sin oír una palabra de simpatía, veía muchas veces á Margarita cruzar la plaza por delante de la taberna, y contemplaba con delectación aquella interesante figura, cuyas gracias hacía resaltar la escasez de mujeres hermosas en aquel pueblo.

— ¡Qué agradable es esa joven!— pensaba el tabernero, cada vez que miraba á Margarita.— Tiene una gracia especial que atrae.

Y un día y otro y cien, Margarita cruzó por delante de la taberna, y un día y otro y cien, *Cascarrabias* la siguió con la vista, y un día y otro y cien, la imagen de aquélla quedó grabada, cada vez con caracteres más indelebles, en la imaginación de éste, hasta que sucedió lo que suele suceder en casos semejantes.

Cascarrabias creyó notar que en el fondo de su corazón, en un rinconcito limpio de toda impureza, se levantaba un altar, á donde no llegaban los miasmas de sus corrompidos instintos, y sobre este altar, una mujer hermosa, modesta, parecida á la hija del alcalde, exhalaba efluvios de una felicidad nueva, desconocida para él, que llenaba todo su ser... y se confundía con el aire que respiraba... y se mezclaba con la sangre de sus venas!...

— ¡Por los cuernos de Lucifer!— se dijo un

día, pensando en estas cosas, que no podía olvidar un momento.—¿Si será eso que llaman amor, lo que me está royendo el alma y levantando ronchas en el corazón?

Pero no pudo descifrar el enigma. ¿Y cómo? ¿Qué sabía él de tales asuntos? En la sociedad que había frecuentado, el amor es considerado como una de tantas palabras vacías de que se sirven los hipócritas para moralizar las pasiones, y la mujer como uno de tantos caprichos momentáneos, que se cotizan á muy bajo precio para que estén al alcance de toda fortuna.

Treinta años llevaba *Cascarrabias* dándose cuenta de su existencia, y los treinta los había distribuído equitativamente; diez, recogiendo colillas y durmiendo en los soportales; otros tantos, ejerciendo el oficio de timador y viviendo en garitos; los restantes, purgando en la carcel muchos crímenes que se le habían probado, y otros que guardaba apuntados en su libro la divina Justicia.

Nada tenía pues de particular que *Cascarrabias*, lo mismo que otros muchos desgraciados que andan por el mundo, no conociese los diversos sentimientos que pudiera albergar su alma. Para él todos podían ser clasificados muy sencillamente, encerrándolos en esta breve fórmula: gozar y sufrir. Nada más.

Por fortuna ó por desgracia, otros nuevos afectos vinieron á turbar la monótona vida de *Cascarrabias*, relegando á segundo término el dulce recuerdo de Margarita.

Cambiaron las cosas en Vallespino, empezó á verse concurrido el «Bar Modernista», soplaron los vientos de la prosperidad, brillaron los primeros albores del triunfo, y distraído *Cascarrabias* con el fárrago de los muchos asuntos que reclamaban su atención, olvidóse por algún tiempo de la hermosa hija del alcalde, cuya imagen iba desapareciendo del corazón de aquel, cediendo el puesto á otros más poderosos y sugestivos sentimientos.

Pero son las pasiones que flotan en el océano del alma humana, semejantes al corcho que vemos flotar sobre las aguas. Desciende este al fondo, cuando le oprime el impulso de una fuerza extraña; mas dejad que recobre su libertad, y veréis como vuelve otra vez á la superficie. Desciende al fondo del alma la pasión dominante, cuando otra más fuerte logra avasallarla; mas esperad á que se restablezca la normalidad, y veréis como vuelve á recobrar otra vez su despótico imperio.

Así sucedió á *Cascarrabias*.

Pasado el primer ataque de entusiasmo, que produce toda obra llevada á cabo con feliz éxito, sobrevino el hastío, el desencanto, ese hastío y ese desencanto que por triste condición humana, lleva siempre consigo el deseo satisfecho, y como consecuencia necesaria, volvió á resurgir más hermoso, más atrayente, en la memoria de *Cascarrabias*, el recuerdo de aquella mujer, que había conmovido las fibras más delicadas de su corazón.

Y una noche en que, á pesar de todos los fa-

vores que le dispensaba la loca fortuna; daba vueltas en el lecho no pudiendo conciliar el sueño, como si le faltase algo que se cernía por encima de todas las eventualidades de la suerte, empezó á comprender, que vivir sólo, sin hogar, sin afectos, sin familia, constituía una irremensa desgracia; que aquel vacío que sentía en su alma, no se llenaba con riquezas, ni glorias, ni honores; que amar á una mujer, como él amaba á Margarita, y ser correspondido de ella, equivalía á la única felicidad que puede tener el hombre en la tierra.

Y pensando en estas cosas, sentía envidia... ¡envidia de Daniel, que estaba destinado para gozar de aquella dicha! Sentía rabia... ¡rabia porque le arrebataban aquella felicidad que era suya...! ¡que le pertenecía! Sentía... ¡que su alma se desgarraba...! ¡que su corazón se partía...! ¡que de sus ojos brotaban las primeras lágrimas de ternura...!

Durmióse por fin.

Calderón ha dicho que la vida es un sueño, pero yo creo que el gran poeta hubiera hablado con más propiedad, diciendo que el sueño es una segunda vida, donde los pensamientos y cuidados que nos embargan durante la vigilia, van repitiéndose, bien que desfigurados por la imaginación, con una precisión verdaderamente pasmosa.

Cascarrabias soñó. ¿Y qué había de soñar? Soñó que por delante de la taberna pasaba Margarita... y él la miraba cariñosamente... y se atrevía á declararla su amor... y ella acepta-

ba... y se casaban... y tenían muchos hijos, que le llamaban papá...! que jugaban en sus rodillas...! que le llenaban de caricias...!

Y siguió soñando que iba á misa... y se confesaba... y trabajaba como los demás, porque Margarita le decía, que la primera condición para la felicidad es la honradez; y ya no tenía taberna..., ni engañaba á los hombres robándoles la fe y la tranquilidad, porque Margarita le decía, que aquello era un pecado muy grande..., muy grande..., tan grande, que saldría á la cara de sus hijos, de aquellos angelitos tan hermosos..., tan alegres..., tan inocentes...!

Amaneció el nuevo día, despertando *Cascarrabias* de aquel sueño, el único bueno que había tenido durante su malvada existencia.

Vistióse apresuradamente, se acercó al baul donde guardaba su ropa, y revolviendo las prendas que aquel contenía, sacó un objeto brillante, redondo, aplanado. Era un espejo, uno de esos espejos que se venden en todas las ferias á real y medio la pieza y que constituyen el imprescindible compañero de los horteras y soldados.

Abrióle *Cascarrabias* y no pudo menos de soltar un grueso taco, acompañado de un gesto de desesperación, al ver su antipática figura retratada en el cristal.

Realmente le pareció muy desagradable su semblante, para pretender á una muchacha de las prendas de Margarita. ¡Si no fuera por aquella boca que parecía una sima...! y aquellos ojos hundidos...! y aquellas patillas...! ¡so-

bre todo las patillas! ¡qué horribles le parecían! ¿Si se las quitaría? ¡Pero el caso era, que aquellas patillas tan horripilantes, tenían allí un destino demasiado importante!

Por primera vez en la vida sentía *Cascarrabias* tener que agradecer tan poco á la naturaleza. Jamás le había ocurrido fijarse en este insignificante detalle. ¿Para qué? En la esfera que había vivido, no suele ser la belleza el peldaño para escalar la plaza de galán afortunado. La suerte se inclina más á favor de la desvergüenza, de la chocarrería, del arrojo, y en esto, nadie había igualado á *Cascarrabias*, que temido por los chulos y mimado de todas las mujeres de mal vivir, llegó á conquistar la mejor patente de nobleza entre cierta clase de gente.

—Pero ¿cómo he de atreverme con esta facha?—murmuraba con desaliento el tabernero sin cesar de mirarse en el espejo que tenía en la mano—¡Y digo! ¡á una mujer como Margarita, que además está prometida nada menos que á Daniel! ¡Vaya, vaya! dejémonos de tonterías y qui jotadas. ¡Bueno estoy yo, con los negocios que tengo, para andar por esos mundos, rondando á Dulcineas, que no he de poder conseguir! Allá se las hayan ellos y ¡zapatero á tus zapatos!; que no he sido enviado aquí para hacer el papel de galán trasnochado, sino á buscar gente y dinero para la causa. Sepultemos, pues, para siempre en el fondo del corazón, esta página de mi debilidad, de la que casi me estoy avergonzando.

Así discurría *Cascarrabias*; pero ¡vaya usted con razonamientos y trabas al corazón, cuando este señor tirano, el más exigente de cuantos se han conocido y conocerán en la tierra, encuentra precisamente sus complacencias en saltar por encima de todas las trabas y razonamientos!

—Que sí, que sí—decía el corazón.

—Que nó, que nó—replicaba el tabernero.

Y se engolfaba en sus negocios, y se burlaba de sí mismo, y juraba y perjuraba que no había de pensar jamás en aquella mujer.

Pero lo cierto era, que su aburrimiento iba *in crescendo*, que ningún día dejó de ver á Margarita, que ninguna noche se durmió sin pensar en ella, que se miraba con más frecuencia al espejo, que se acicalaba coquetonamente, y se lavaba y mudaba de ropa muchas veces.

¡Y el muy sándio, todavía continuaba engañándose á sí mismo, y que nó, y que nó, y que tijeretas habían de ser!

¡Valiente iluso!

Para hacer frente á esas terribles borrascas de las pasiones, cuyas oleadas asaltan la frágil barquilla del corazón humano haciéndola zozobrar, es preciso llevar por delante el auxilio de las virtudes cristianas, so pena de exponerse al más peligroso é inevitable naufragio. Y *Cascarrabias* que no conocía la virtud sino era por el nombre, sucumbió, como sucumben todos los que, confiados en sus fuerzas, prescindan de Aquel que tiene en sus manos toda victoria.

—Pero, señor—pensaba el tabernero—después de todo ¿por qué no había de tentar el vado? Bien poco le costaba. ¿Que su figura era algo desagradable? ¡Vaya una tontería! Así que no había visto mujeres locamente enamoradas de hombres más feos. Por algo se ha dicho aquello de: el hombre que espante... etcétera. ¿Que la empresa era difícil? ¡Cuántas había emprendido que al principio parecían imposibles y después resultaban sumamente sencillas! ¿Que sería necesario mudar de vida y ser honrado y renunciar á sus planes? Pero ¿para qué diablos le servían éstos si no podía vivir con tranquilidad, si tenía una pena que le ahogaba por momentos? ¿Que le amenazarían y echarían del partido y perdería su posición? Pues que fuesen á paseo las amenazas y el partido y la posición y todo; porque no necesitaba más que á Margarita, que le llenaba el corazón y las potencias y los sentidos y todo el ser. ¡Nada, nada! La cuestión quedaba resuelta. A Roma por todo y saliera lo que quisiera.

Y *Cascarrabias*, con aquel tesón, con aquella energía que empleaba para todas sus diabólicas maquinaciones, púsose desde luego á combinar el plan, cuyo resultado había de ser la blanca mano de la hija del Alcalde.

Si llegarían ó no á ser satisfechas sus locas aspiraciones, no podía asegurarlo el tabernero, pero... ¡ó Margarita era suya, ó!...

No conocemos la otra parte de la disyuntiva, ni á decir verdad la conocía el mismo *Cascarrabais*. Sólo podemos asegurar, que por el

cerebro de éste cruzó una idea siniestra, crispáronse sus manos, y de sus ojos se escaparon dos llamaradas, que fueron á clavarse en un punto del espacio, como si allí hubiese dividido la sombra de la fortuna, que, cansada de prodigar sus favores, le volvía la espalda, haciendo una mueca horrible y lanzando una carcajada burlesca, cuyas notas le rasgaban las carnes lo mismo que si en ellas penetrase la acerada hoja de un puñal.



VIII

Sentado ante una mesa de la taberna, con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano izquierda y el codo á su vez sobre el tablero, teniendo en la derecha la pluma y mirando fijamente á un papel, en el que aparecían escritos algunos renglones, ofrecía *Cascarrabias* el aspecto de un sabio, que en el retiro de su gabinete busca la incógnita de algún intrincado problema científico, ó medita la manera de dar forma á los profundos conceptos que bullen en su mente.

Ni lo uno ni lo otro podía absorber la atención del tabernero, por la sencilla razón de que no cabían tan elevadas ideas en aquel menguado caletre; más no por eso debían ser menores los apuros que estaba pasando, si hemos de juzgar por el largo rato que llevaba ocupado en esta tarea, y por los trozos de papel, que se veían esparcidos por el suelo, como dando á entender que el laborioso parto intelectual tropezaba con serias dificultades.

Varias veces había dado por terminada la ocupación, creyendo tener resuelto lo que deseaba; pero leía después el fruto de sus trabajos, en los informes palotes que tenía delante, y disgustado de su obra, rompía el escrito en

menudos pedazos, que arrojaba con despecho, para volver á empezar de nuevo la fatigosa obra.

Disipáronse por fin las nubes que empañaban la inteligencia del tabernero; sopló el viento de la inspiración, y la torpe pluma, deslizándose con bastante ligereza, iba llenando el papel de rayas y borrones, viniendo á terminar en un «Antón Martínez», indescifrable, garrapatoso, montado sobre una rúbrica desigual, que hacía muy poco favor á las aptitudes pendolísticas de *Cascarrabias*.

Leyó y releyó por última vez el escrito; doblólo cuidadosamente para meterlo en un sobre, cuyos bordes humedeció pasándoles la lengua; sonrióse con aire de engreída satisfacción, y luego, muy despacio, con mucho pulso, procurando perfilar los rasgos de su tosca letra, puso en el sobre esta lacónica dirección: «Srta. Margarita Castañares».

Faltaba el franqueo, pero éste preocupaba á *Cascarrabias* algo menos que la redacción de la misiva. Dió dos fuertes palmadas, que resonaron en los ámbitos de la taberna, y como si este fuera el conjuro á que obedecían los espíritus entronizados en aquella casa por la fantasía del vulgo, apareció en la puerta interior la figura de una... iba á decir bruja, pero igual es decir una mujer bastante vieja, bastante gorda, más que bastante sucia y una atrocidad de fea.

Nuestros lectores no se habrán olvidado de aquella brava amazona que en el lavadero pú-

blico capitaneaba las huestes defensoras de *Cascarrabias*. Pues aquí la tienen en cuerpo y alma.

La chata, la gorda, ó la *Tanasia*, porque de las tres maneras la llamaban en Vallespino, era una verdadera alhaja en toda la extensión de la palabra; una piedra preciosa que había estado oculta por mucho tiempo en el basurero, de donde vino á sacarla el espíritu observador y aprovechado de *Cascarrabias*.

Necesitaba éste un lugarteniente femenino, que se encargara de la propaganda entre el bello sexo, y la suerte, que le favorecía en todos los planes, habíale deparado aquella buena pieza, cuyas especiales dotes de chismosa, alcahueta y revoltosa, venían de perillas para sus intentos al intrigante tabernero.

Tanasia y *Cascarrabias* no necesitaron mucho para entenderse. ¡Es cosa harto sabida y hartó triste, que los malos se arreglan en el mundo mejor que los buenos!

Bien pronto quedó aquella convertida en un *alter este*, con amplias facultades para revolver el pueblo por los cuatro costados, á cuenta y cargo del tabernero. Empresa que ejecutaba la vieja á las mil maravillas, y por la que recibía, amén de otros más provechosos honorarios, la libertad de traspasar el recinto de la taberna, dar alguna que otra escobada á los suelos y, de higos á brevas, hacer una pequeña colada de la ropa sucia, que era todo cuanto *Cascarrabias*, tan aseado de cuerpo como de

alma, necesitaba para el cuidado de su poco escrupulosa persona.

—¿Estás enterada de tu comisión?—preguntó el tabernero, alargando la carta á *Tanasia*.

—Sí, *siñol*.

—Pues *andandín y sonsoniche* ¿eh? Ya sabes que no me gusta echar las campanas á vuelo para ciertos negocios; conque mucho ojo para darle á la sin hueso.

—Pierda *cuidiau, siñol* Antón. ¡No faltaba más! Ni al *mesmo Ray* le serviría yo *mejol* que á *usté*.

Giró *Tanasia* sobre sus talones, dirigiéndose á buen paso camino de la Iglesia, en la cual entró resueltamente, bien segura de encontrar allí á la destinataria.

Acercóse á la pila para tomar agua bendita, hizo un garabato que parecía una reminiscencia de la señal del cristiano, y echando una mirada escrutadora, por los fieles que asistían á misa, arrodillóse muy humilde, muy devota, detrás de la piadosa Margarita.

Leía ésta en su devocionario, sin apercibirse de la llegada de *Tanasia*, cuando vió con sorpresa, que por debajo de su brazo asomaba una mano sucia, rugosa, dejando caer un papel en el libro, al mismo tiempo que la decían al oído estas palabras:

—Me lo han *dan pa* tí.

Volvió la joven rápidamente la cabeza, para conocer de donde salía aquella voz y ver á la persona que tales libertades se permitía, pero

sólo distinguió á *Tanasia*, que, una vez terminada su misión, salía apresuradamente de la Iglesia como alma que lleva el diablo, sin cuidarse siquiera de volver á tomar agua bendita.

Conoció Margarita á la portadora de la carta, y no adivinando la relación que pudiera haber entre su persona y aquella vieja zurcidora de enredos, daba vueltas á su imaginación, echando cálculos sobre la procedencia de aquella inesperada epístola que empezaba á serla sospechosa.

No la faltaron deseos de abrir el sobre y salir cuanto antes de dudas; pero pareciéndola esto impropio del lugar y de la ocupación en que estaba, resolvió guardar la carta en el bolso que llevaba colgado al brazo, y reanudar otra vez las devociones interrumpidas con aquel suceso.

Más la mujer propone y... otro es el que dispone. No había contado la joven con la huésped de la pícara curiosidad, cuyo aguijón penetra muy hondo en el espíritu de todas las hijas de Eva.

Por más esfuerzos que hacía, á duras penas lograba leer tres renglones seguidos en el devocionario, sin que se le marchase el santo al cielo. Es decir, precisamente al cielo no; á donde se le iba, sin poderlo remediar, era á las palabritas aquellas: «Srta. Margarita Castañares», que tenía clavadas en la imaginación, poniéndola en grave riesgo de dar al traste con sus remilgos de beata.

—¡La firma siquiera!—pensó—Leer sólo-

mente la firma, no será gran falta. La verdad es que me va preocupando demasiado esta carta.

Abrió, pues, el sobre, y su asombro no tuvo límites, cuando entre aquellos enmarañados letruscos consiguió descifrar, con cierto desencanto, el nombre de Antón Martínez.

¡Madre del divino Verbo! ¿Qué tendría que decirle aquel desgraciado? Algún disparate seguramente, porque no acostumbraba decir ni hacer otra cosa el tal sujeto. ¡Fuera normala con sus cartas, que no era cuestión de interrumpir los rezos para perder el tiempo en inútiles tonterías!

Y vuelta á meter la carta en el bolso, y vuelta á reanudar las devociones, y vuelta á tirar de la manta el inoportuno diablillo de la curiosidad.

¡Cuidadito si tenía que ver aquello! ¡Escribirle á ella *Cascarrabias!* ¿A título de qué? ¡Como no fuese por algún asunto de su padre!

No era esa la comezón que sentía Margarita.

Desde luego adivina cualquiera, sin necesidad de que yo lo diga, que no había sido tan solo la firma, lo que habían visto los hermosos ojos de la joven. ¡O no conocer á las mujeres que están todas cortadas con la misma tijera! Alguna palabreja había cogido... así... al vuelo... sin quererlo... ¡claro está!, y esa era la que le andaba por el cuerpo, produciéndola escalofríos lo mismo que si la tirasen pellizquitos al corazón.

—¡Y si fuese alguna cosa urgente!—volvió á pensar.

¡A Dios! La lucha quedaba terminada. Cuando la pasión encuentra una salida decorosa, es lo general que salte por encima de la más acrisolada virtud.

—*Ite Missa est*—decía en aquel momento don Cándido, dando fin al Santo Sacrificio.

Margarita no esperó más tiempo. Sin terminar el último Evangelio, sin esperar á rezar las preces, que jamás había omitido, cerró el libro, salió de la iglesia, y ligerita, ligerita, como si la curiosidad la prestase alas, llegó á su habitación, echó la llave y allí, á sus anchas, desdobló con ansiedad el papel, devorando mas bien que leyendo la siguiente...

A modo de paréntesis y en honor de la verdad, debo advertir, que la carta no decía lo que ustedes verán. Algo se adivinaba, nada más, y este algo es lo que pudo descifrar Margarita.

Cascarrabias estaba demasiado flojo en escritura.

He aquí la carta:

«Adorable señorita: Si algún perdón merecen las audacias de los hombres, ruego á usted tenga la bondad de dispensarme el atrevimiento de dirigirme á usted, ya que el corazón me obliga á ello. ¡Hermosa señorita! Yo no creía en el Cielo, ni conocía la virtud, ni amaba el bien, hasta que los hermosos ojos de usted me han hecho entrever los horizontes de la honradez. Usted es mi ángel bueno, el instrumento de mi regeneración; porque yo pre-

siento, que, compartiendo con usted la dicha del hogar doméstico, llegaría á ser un hombre digno en la sociedad. ¿Acederá á mis deseos? ¿Querrá sacarme de la miseria, ó preferirá dejarme abandonado á mis maldades? Usted, que es tan buena, decidirá la suerte que ha de seguir su rendido servidor

ANTÓN MARTÍNEZ

Indignación, tristeza, desprecio, admiración y no sé si algún otro afecto, experimentó Margarita al enterarse de la misiva de *Cascarrabias*, y no deshizo entre sus manos el papelucho, prometiendo hacer lo mismo con el autor, no porque este dejara de merecerlo, sino porque no encajaban estos bajos sentimientos, en el bondadoso carácter de aquella.

¿Habríase visto insolencia semejante? ¡Venir con tales embajadas, sabiendo que estaba prometida á otro! ¿Tendría trastornado el cerebro aquel pobre diablo? Y gracias que esto pasaría desapercibido, porque si llegan á enterarse Daniel ó don Tiburcio... ¡María santísima...! buen pastel habíamos hecho! Preciso era guardar silencio y procurar ocultar á todos tan singular aventura.

Dominada por esta idea, abrió Margarita una cajita de madera que tenía encima de la mesa, y allí guardó encerrado bajo llave, el laborioso parto del chicumen tabernil, revuelto entre mil baratijas y algunos secretillos de profesión, que nunca faltan á ninguna joven.

Mejor destino merecía tan hermosa joya li-

teraria, pero ¡así suelen ser las cosas de este mundo!

Tranquilizóse algún tanto Margarita, al ver que pasaba el tiempo sin que se repitiese la suerte, y casi llegó á echar en olvido aquel suceso, creyendo que solamente había sido una broma de mal gusto.

No sucedía lo mismo á *Cascarrabias*, que se pasaba las horas muertas en la puerta de la taberna, esperando con impaciencia la respuesta á su misiva. Porque lo que es venir, ¡vaya si vendría! De esto no le quedaba la menor duda; vendría redactada en la forma y manera que él la había mil veces redactado en su imaginación.

Entre tanto que llegaba la tal respuesta y para recibirla con los debidos honores, seguía *Cascarrabias* mirándose al espejo, acicalándose cada vez más, haciendo tentativas para dulcificar la natural aspereza de su persona. Y por si todo esto era poco, estrenó una blusa nueva, sustituyó las alpargatas por unas botas de becerro, compró un flamante pañuelo de seda y hasta encargó una barra de cosmético, para ver si conseguía domar los enmarañados cabellos de su cabeza y las rebeldes cerdas del mostacho.

Algo iba tardando la suspirada contestación, pero no era hombre el tabernero que se ahogase en tan poca agua. ¡Demasiado sabía él que ninguna fortaleza se rinde al primer asalto, ni cae la secular encina á los primeros golpes de la segur! Díéranle tiempo y pacien-

cia, que ya cambiarían las cosas, viniéndose todo abajo.

Y con paciencia y con tiempo, volvió á escribir otra y otra, hasta siete cartas, las cuales le costaron algunas gotas de sudor, más que la primera, y corrieron el mismo camino y la misma suerte, de ser entregadas por *Tanasia*, leídas cada vez con mayor disgusto por Margarita y quedar sepultadas en el fondo de la cajita.

¡Y qué de cosas no había inspirado la musa del cariño á la pluma de *Cascarrabias*, para hacer más interesantes sus amorosas declaraciones! Allí de las flores, las auras, los murmurios, el sol, las estrellas... ¡la sempiterna música de los enamorados!

Pues ¿y dónde dejamos las profundas sentencias, la voz de la conciencia, los deberes de la religión, que á dos por tres encajaba el ladino tabernero, como si tuviese oculto debajo de la blusa el espíritu de algún santo Padre, que le dictase al oído? ¿Y aquellas frasecitas, dejadas caer de cuando en cuando, que trascendían á humo de amenaza?

Les digo á ustedes, que era un portento el tal *Cascarrabias*.

Para manejar las teclas se pintaba solo.

Acongojábase entre tanto Margarita á cada nueva carta que recibía de su testarudo adorador, viendo que el asunto se ponía demasiado serio y temiendo que el diablo enredase, dando al traste con el secreto; pero por muchos medios que puso en juego para librarse de tan peligrosa correspondencia, todos ellos fueron á

estrellarse ante la refinada astucia de la prevenida *Tanasia*.

Procuró no dejarse sorprender, y sin saber cómo, se encontraba con la carta en el libro. Cambió de sitio en la Iglesia y en todas partes hallaba el mismo recadito. Colocóse junto á la puerta, para salir apenas viese á la vieja, pero ésta, que comprendía el artificio, dejaba caer el papel delante de la joven, la cual tenía que recogerlo, para que no fuese á parar en otras manos.

No quedaba más solución que privarse de ir al templo ó poner las peras á cuarto al tabernero, y como no estaba dispuesta á sufrir lo primero, resolvióse á hacer lo segundo.

Resolverse costaba poco, lo grave era llevarlo á la práctica.

Llegó á comprenderlo Margarita, cuando, al discurrir la manera de poner por obra aquella resolución, no encontraba una siquiera que le pareciese oportuna. ¿Presentarse en la taberna? ¡Ni pensarlo! ¿Procurar una entrevista? ¡Si la causaba miedo! ¿Escribirle? ¡Escribir á un... *Cascarrabias*!

Y por más vueltas que daba al asunto, por ninguna parte hallaba la solución del conflicto.

¿Qué hacer?

La última carta de *Cascarrabias* fué la encargada de despejar esta situación. Al leerla Margarita, sorprendió, bien que ocultas entre piropos y protestas de amor, algunas amenazas

groseras, que la sobresaltaron, porque temía con fundamento verlas convertidas en realidad.

Ofendióse entonces su dignidad de mujer; el temor de la publicidad dióla energías, y sin acabar de leer la carta, formó la resolución de castigar la osadía de *Cascarrabias*, devolviéndole golpe por golpe.

Escribirle, sí. ¿Por qué nó? Preciso era acabar de una vez, antes que el asunto se complicase. ¡Si Antón Martínez tenía un adarme de vergüenza, no volvería á molestarla jamás!

Cuando las sombras de la noche tendieron su negro manto sobre Vallespino y los moradores de la casa-curato descansaban de las faenas del día, pudo verse á Margarita, que, en la soledad de su habitación, se postraba ante una imagen de María Inmaculada, implorando luces y fuerzas para llevar á cabo el propósito que había formado.

—¡Madre mía!—dijo—Haz que un día no tenga que arrepentirme del paso que voy á dar.

Y se puso inmediatamente á escribir.

Encerró después el escrito en la cajita, apagó la luz y se acostó, pensando en aquella carta que acababa de escribir.

Oyóse entonces, por la parte de afuera, algo así como el ruido que produce un cuerpo al rozar las paredes, y percibiéronse los golpes de unas discretas pisadas, que se alejaban poco á poco.

Margarita tuvo miedo. Su imaginación exaltada, como la de un calenturiento, compla-

cíase en dar forma á aquellos ruidos y presentábala alrededor de la cama grupos de sombras chinescas, que se movían en danza macabra..., que se acercaban hasta ella..., que la aprisionaban..., que la ahogaban... Y todas aquellas sombras eran iguales, ¡todas parecidas á *Cascarrabias!*

Murmuró una plegaria y ocultó la cabeza entre las sábanas, en tanto que por los pasillos se deslizaba otra sombra triste, abatida, que entró en la habitación de Daniel.

¡Pobre mozo! También él tenía lucha. Había notado en el rostro de Margarita señales de la amargura que ésta sentía; pedía explicaciones que no le daban, y el aguijón de la duda, el punzante dolor de los celos empezaban á desgarrarle el corazón, impulsándole á espiar á la joven, para ver si conseguía esclarecer el misterio de aquella situación.

La estrella de la dicha, que había presidido hasta entonces los destinos de Daniel y Margarita, comenzaba á ocultarse entre los nubarrones de la malicia humana.

Los dos eran desgraciados. Los dos sufrían.

¿Por qué?

¡Tan delicado es el cristal de la felicidad humana, que se empaña al soplo de la más ligera contrariedad!



IX

—¡Menea esas tabas, *condená!*

—¡*Ele* los cuerpos *sandungueros!*

—Y que va *güeno ahura* ¿eh?

—¿Que si vá? De *buten*.

—¡*Me cargo con sanas*, y las hembras que se crían en esta tierra!

—Anda con ella, *Celipe*, que te se *apoera*.

—¿Que es eso, tío *Mañas?* ¿Se acaba el *humól?*

—¡*Recontra, acabase!* Cuando me lleven con los piés *pa lante*.

—*Pus* trago y baile y quietos aquí.

—Y si esto es guerra, ¡duro con ella!

Estas y otras tan festivas frases, podrá tener el gusto de oír todo aquél que lo desee, con solo darse un paseito por la plaza de Vallespino el día veinte de enero del año que mejor le parezca y mezclarse entre el abigarrado pelotón que forman todos los vecinos del pueblo, danzando al son de la dulzaina y el tamboril, en medio de una nube de polvo que levantan los pies de los bailadores.

Pero repito que esto ha de hacerse única y exclusivamente el día veinte de enero por la tarde.

La razón es, porque en ese día se celebra la

festividad de los mártires San Fabián y San Sebastián, patronos del pueblo, y los Vallespinenses, que, como todos los españoles parecen primos hermanos de aquella célebre Salomé, de quien se duda si salió ó no del vientre de su madre tocando las castañuelas, encuentran lo más natural del mundo festejar á sus santos patronos estirando las piernas y dando punta-piés al viento, hasta caer rendidos de tanto bai-loteo.

¡Las fiestas de Vallespino! Ríanse ustedes de todos los sudores que pasan las juntas organizadoras en una capital para confeccionar el programa de festejos, que siempre resulta soso en comparación de las fiestas tradicionales de un pueblo.

Hablo en serio. El depravado gusto de nuestra época, que tiende á paganizar hasta las fiestas religiosas, ha recargado de tal manera el número de los espectáculos públicos, que se hacen éstos insoportables, aún para los amantes de las diversiones profanas; los cuales entre toros, teatros, conciertos, fuegos artificiales y demás atracciones, quedan molidos, hastiados, aborrecidos de tanto ajetreo, que no les dá tiempo ni siquiera para comer sosegadamente.

Prefiero las sencillas fiestas de los pueblos, que, juntamente con el sabor religioso, llevan impreso el sello de la más franca alegría y dejan en el ánimo dulces recuerdos, sin los rastros de tristeza que siguen siempre á las fiestas de ciudad.

Hemos dicho que las fiestas de Vallespino

se celebran el día veinte de enero, pero bien podíamos añadir que empiezan un mes antes por lo menos, ya que desde ese tiempo viven los vallespinenses en continua agitación, haciendo cada cual sus correspondientes preparativos.

Rabian de trabajar las mujeres, haciendo la colada, blanqueando la casa, amasando rosquillas, fregando los suelos, las mesas, la espetera, hasta dejarlo todo limpio, como los chorros del oro. Echan los hombres frecuentes viajes á la ciudad, para traer bastimiento, y disponen las merendonas que han de celebrar: porque es de saber, que en Vallespino, lo mismo que en muchas partes, no se concibe jolgorio alguno sin reservar al estómago la parte que debidamente le corresponda. Pasan las de Caín los mozos para concertar al mejor gaitero del contorno y buscar un predicador de campanillas que deje rayas hechas en el pueblo. Emplean las mozas todo el tiempo que las dejan libre los cuidados domésticos, para arreglar los trapitos que han de lucir y echar cuenta de los novios que han de conquistar. Y los chicos todos, no teniendo otra cosa que hacer, improvisan caprichosas procesiones, en las que salen á relucir los cachivaches de las casas, y recorren las calles del pueblo cantando á grito pelado esta original estrofa:

San Fabián y Sebastián
Debajo una peña están;
El uno pide queso
Y el otro pide pan.

Renuncio á describir las fiestas de Vallespino, semejantes á otras muchas conocidas de los lectores, pero no puedo resistir á la tentación de dedicar un parrafito á uno de los festejos, que, además de cierta originalidad, tiene gran relación con los sucesos de esta historia.

Me refiero al *refresco*, del cual se ha indicado algo al principio de este capítulo.

—¡Cáspita!—dirán seguramente los lectores —¿Refresco en enero?

Si señores; refresco en enero.

Por lo menos así lo llaman los vallespineses. Y si tienen ó no razón, allá ellos, que yo ni quito ni pongo... *refrescos*, sino que ayudo á la verdad. El *refresco*, que se celebra después de vísperas, tiene lugar en la plaza mayor del pueblo, cuando el tiempo lo permite, ó cuando no, en el portalón de la casa-curato, que por su capacidad reúne condiciones para este acto.

Empecemos por lo principal, por lo que pudiéramos llamar la presidencia. Alrededor de unos largos tablones, colocados sobre dos caballetes y cubiertos de blancos manteles, toman asiento el cura, el alcalde y todos los demás concejales vestidos con el traje de gala, á saber: sombrero negro de anchas alas, capa de paño recio hasta los talones y zapatos de becerro que van destilando el pringue con que han sido lustrados.

Debo advertir, que éste es el único acto al cual asiste la corporación en pleno, sin que jamás se haya dado el caso de faltar un solo in-

dividuo, á no ser por enfermedad ú otra causa mayor. ¡No es extraño! Al fin y al cabo, los pueblos van aprendiendo las *buenas* costumbres de los políticos capigorriones, que son excesivamente puntuales para acudir á todas las partes donde se corta y trincha á costa de la nación.

Conste, sin embargo, que los respetables ediles de Vallespino no cargan al municipio otra francachela que el *refresco* de la fiesta. Y conste también, que en ésta son demasiado parcicos, puesto que se conforman con tomar chocolate y bizcochos hasta más no poder, beber aguardiente de cabeza y vino blanco hasta que les repugna, y para postre, como si dijéramos, recibir una papeleta de confites, que cada cual se guarda bonítamente en el bolsillo para repartirla después entre los parientes y amigos.

Delante de la mesa presidencial hay dos grandes tinajas en las cuales se escancian con frecuencia grandes pellejos de vino, y junto á ellas dos cestas, que contienen rebanadas de pan la una y trozos de queso la otra. Es este el agape destinado al pueblo *soberano* vallespinese, quien al mismo tiempo que mira con ojos codiciosos el festín de las autoridades, no se descuida en echar frecuentes viajes á las tinajas y las cestas, dándolas cada tiento que las deja temblando.

Por último, sobre un tablado construído al efecto, están los clásicos gaiteros amenizando el acto con largas tandas de jota, que aprove-

cha el pueblo para hacer la digestión de lo comido y de lo bebido, y volver á repetir la suerte.

De esta manera tan divertida pasan la tarde los vallespinenses, gritando, bromeando, comiendo, bebiendo y bailando, hasta que, rendidos por la fatiga, atiborrados de pan y queso, hechos unos zaques de vino, suspenden la función para continuarla al otro día y al otro y al otro, mientras haya vino y pan y queso y aire en los pulmones de los gaiteros.

Aquí tienen los lectores el más atrayente número de los festejos que todos los años dedica á sus santos patronos el pueblo de Vallespino. Sólo falta añadir, que en ésta, como en todas las fiestas, constituía la nota saliente la figura de la encantadora hija del alcalde.

Margarita sentía verdadera repugnancia en asistir á esta diversión tan contraria á sus piadosas aficiones, pero obligada por las circunstancias que la rodeaban, á convertirse en el conocido Vicente, no tenía más remedio que presentarse en todas partes donde se reunía la gente.

¡No faltaba más! Hubiérase retraído de asistir al *refresco*, y bien pronto las generales simpatías de que era objeto, trocaríanse en acerbas críticas á su persona. Sería desde luego una orgullosa, que se tenía á menos de tratar con los pobres; una melindrosa, que no quería bailar por escrúpulo; una sosa, que no sacaba gusto á nada del mundo.

Por estas y otras muchas razones, ningún año dejaba Margarita de asistir al *refresco*. Y

por cierto, que la hacían pasar unas tardes verdaderamente de prueba. Desvivíanse todos por sacarla á bailar; obsequiábanla á cada momento con pan y queso; llenábanle los oídos de frases galantes, y la pobre joven, que sufría un martirio, tenía que ocultar su disgusto, poner á todos buena cara y encima dar las gracias á los que la abrumaban con tantas impertinencias.

El año en que ocurrían los sucesos que vamos relatando, no tuvo Margarita suficiente fuerza de voluntad para vencer la tristeza que la consumía y presentarse en el *refresco*. ¡Buena estaba para fiestas! Había pasado toda la noche anterior de claro en claro y estaba pasando el día de turbio en turbio, como diría Cervantes, sin otra ocupación que pensar en la carta, todavía no entregada, y en los ruidos que tanto miedo la habían inspirado.

Discurriendo ahora con serenidad, venía á sacar por consecuencia que alguien había tratado de espiarla y que este alguien no podía ser otro que Daniel, en cuyo semblante y en cuyas palabras se notaban desde algún tiempo amargos recelos.

¿Y cómo desvanecerlos? Fácilmente podía conseguirlo Margarita haciendo á Daniel una sincera confesión de las pretensiones con que la atormentaba el tabernero, pero temía que el joven perdiese de una vez la paciencia al oír esta revelación y que, las múltiples ofensas recibidas de *Cascarrabias* y aumentadas con tales insolencias, produjesen un grave conflicto,

cuyas consecuencias pudieran ser funestas para todos.

Otra razón tenía Margarita para no asistir al *refresco*. La mujer que se presenta en la plaza de Vallespino abdica de su libertad y voluntariamente se obliga á bailar con todos los hombres que tengan el gusto de invitarla, sin que ni la edad, ni la posición, ni ningún otro privilegio sean bastantes para librar á nadie de tan irritante servidumbre. De presumir era que *Cascarrabias* trataría de aprovechar tan favorable circunstancia para cometer alguna imprudencia que abriese los ojos á Daniel, poniendo á éste en la necesidad de castigar al osado tabernero y convertir la fiesta en duelo.

Preferible era quedarse en casa, aun cuando diese con ello pábulo á la maledicencia.

Así lo hizo. Y mientras los vecinos, reunidos en la plaza, solazábanse comiendo, bebiendo y bailando, Margarita, retirada en su habitación, rezaba y lloraba, más que por sí, por Daniel, por aquel pobrecito que tanto la quería, y cuyas penas, de las cuales era causa involuntaria, la afligían el corazón mucho más que todas las cartas de *Cascarrabias*.

No había pasado desapercibida en el *refresco* la ausencia de Margarita. Desde el primer momento corrió de boca en boca la noticia de que la *señorita* no venía, y á pesar de la animación y bullicio que reinaban en la plaza, podía notarse en todos los semblantes la contrariedad producida por la falta de aquella joven,

que jamás había dejado de alegrar con su presencia las tradicionales fiestas populares.

Quizás era *Cascarrabias* el más contrariado por esta ausencia y el que menos se recataba en demostrar su disgusto. Acompañado de unos cuantos jóvenes, que llevaba siempre consigo como escolta de honor, iba corriendo de un lado á otro de la plaza, metiéndose entre los bailadores y preguntando á todos por Margarita; pero convencido al fin de que ésta no venía y de que los cálculos é ilusiones que se había forjado, desvanecíanse, como el humo al soplo del viento, buscó y encontró, en los pliegues de su ingeniosa malicia, un ardid con que obligar á Margarita á presentarse en el *refresco*.

¿Y Daniel? Sentado en el pilón de la fuente, miraba con indiferencia aquella fiesta, que para todos tenía atractivos y le causaba á él profundo aburrimiento.

Triste, malhumorado, con el pensamiento lejos del espectáculo que tenía ante la vista, ni había echado de ver la ausencia de Margarita, ni mucho menos se daba cuenta de los comentarios, que respecto á su persona, circulaban por la plaza.

—¿Qué haces así, alma de cántaro?—díjole acercándose Juanín.

—No tengo ganas de fiestas.

—¿Pus no oyes lo que dicen *pol toas* partes?

—Que digan lo que quieran.

—¡Pero si es que dicen que no viene la *siñorita* al *refresco* *pol* que no la dejas tú!

—¿Quién habla esas cosas?—replicó Daniel, irguiendo la cabeza.

—¿Quién? Ese *pijaito* de *Cascarrabias*, que le *hi de retolcel* el pescuezo lo *mesmo* que á una gallina.

—¡*Cascarrabias!* ¡Siempre ese hombre en nuestro camino, como la sombra de la desgracia!

—Y dice *á más á más*, que haces eso *pol que le ties* envidia.

—¿Envidia, yo?—exclamó Daniel, alzándose del asiento con el semblante contraído por la indignación—¿Envidia de un... *Cascarrabias?* Ahora verá ese rufián como deshago sus calumnias.

Y sin decir más, tomó el camino de su casa, en busca de Margarita.

—¿Por qué no vas al *refresco?*—preguntó desabridamente, presentándose ante la joven, en cuyas mejillas se notaban las huellas de un prolongado llanto.

—No tengo ganas, Daniel—contestó, procurando sonreír, Margarita.

—¿Estás enferma acaso?

—Estoy bien, gracias á Dios, pero...

—Pero no quieres—interrumpió Daniel—¿Qué es esto, Margarita? Estás bien, nada te pasa, y sin embargo sufres, lloras y deseas estar sola. ¿No tengo derecho á conocer siquiera el motivo de tu tristeza? Te has propuesto desesperarme y vas á conseguir que algún día tengamos que llorar todos con razón.

—¡Calla, Daniel! Yo te lo ruego. No me mortifiques con tus palabras y ten paciencia, que Dios nos protegerá.

—¡Callar... callar! No escucho de tus labios otras frases. ¿Y cuándo ha de llegar el tiempo de las explicaciones?

—Espero que será muy pronto. Entre tanto, haz ese sacrificio que yo te agradeceré.

—Está bien. Dejemos ese asunto y dime si estás dispuesta á venir al *refresco*, aunque no sea más que por evitar habladurías.

—Haré lo que tú quieras, en pago de tu condescendencia. ¡Qué bueno eres, Daniel! ¿Verdad que no te enfadas por estas niñerías?

—No, no me enfado—murmuraba Daniel, en cuyo corazón caían, como gotas de bálsamo tranquilizador, las palabras de Margarita—pero vamos cuanto antes al *refresco*, porque te están echando en falta.

Una explosión de vivas y aplausos anunció la llegada de los jóvenes á la plaza; algo empero había allí que no tranquilizaba á Margarita. Vió á Juanín acompañado de un grupo de mozos, los cuales echaban miradas recelosas á otro grupo, en el que figuraba *Cascarrabias*. Sorprendió ciertas señas de inteligencia, que se cruzaban entre Daniel y sus amigos; y confirmada en las sospechas que había antes concebido, arrepintiose de la ligereza con que accedió á los deseos de Daniel.

Preludiaba en aquel momento el tamborileiro uno de esos prolongados redobles con que

suelen lucir sus habilidades los artistas de aldea, anunciando á los oyentes el comienzo de la próxima tocata. Preparáronse las parejas, buscando el sitio más adecuado para el baile; rasgaron el espacio los chillones acentos de la dulzaina entonando el himno popular, nacido en las riberas del Jalón, para ahogar entre sus notas la tristeza del pueblo español, y empezaron á continuación los acompasados movimientos de los bailadores, coreados por el repiqueo de los crótalos y las chispeantes bromas de los que esperaban el turno para entrar en funciones.

Ocupaban el lugar preferente Daniel y Margarita; gallargo aquél, altivo y con el gesto algún tanto amenazador; humilde ésta, temblorosa y rojo como una amapola el semblante; y los dos ocultando su disgusto, apurando los recursos de sus habilidades, para complacer á su amante, la una, para mortificar á *Cascarrabias* el otro.

No tenía Margarita gran confianza en la prudencia del tabernero; pero llegó á perderla por completo, cuando, á los dos minutos de haber dado principio el baile, vió á *Cascarrabias*, que, acercándose con una sonrisa despreciativa dibujada en los labios, ocupaba el sitio de Daniel, pronunciando esta frase acostumbrada en tales casos:

—Con permiso.

Apartóse Daniel de mal talante sin quitar la vista de *Cascarrabias*, quien, haciendo alarde de una familiaridad enojosa con Margarita, no

se percataba en permitirse ciertas libertades y dirigir algunas palabras que hacían palidecer á Daniel y aumentar los colores en las mejillas de la joven.

—Con permiso—dijo Daniel, molestando por la actitud de *Cascarrabias*, volviendo á ocupar su puesto.

—Con permiso—repitió al momento el tabernero.

—Con permiso—continuó Daniel, sin darle tiempo para empezar el baile.

Y una y otra, hasta seis veces, disputáronse el sitio los dos campeones, sonriendo siempre burlonamente *Cascarrabias*, conteniéndose á duras penas Daniel, y atrayendo con tan marcada rivalidad, la atención de muchos curiosos que iban formando círculo alrededor de los bailadores.

Oyóse entonces una voz penetrante que, desde el centro de la plaza, lanzaba al viento esta intencionada copla:

Si tienes novia bonita
guárdala bien escondida
para que no te la quite
alguno que te dá envidia.

Margarita sufría horribilmente. Comprendió que la fiesta iba á terminar de mala manera, y cortando por lo sano, dijo con mucha dulzura á *Cascarrabias*, cuando éste pretendía, por sexta vez, repetir la suerte:

—Dispense, Antón. Me siento algo indispuesta y voy á retirarme á casa.

—¿Quién ha dicho eso?—gritó, lívido de co-

raje Daniel, deteniendo á la joven.—Tú estarás aquí, hasta que yo disponga, y bailarás con quien á mí me dé la gana. Y tú—añadió, dirigiéndose á *Cascarrabias*—si quieres divertirte, compras una mona; porque te prevengo, que no estoy dispuesto á tolerar tus groserías.

—El grosero serás tú que...

Antes de terminar la frase que había comenzado, caía *Cascarrabias* dando tumbos por el suelo, merced á un violento pechugón con que le acariciaban los robustos puños de Daniel.

—¡Fachendoso! ¡Cobarde!—gritaron los amigos de Antón.

Y se lanzaron, en actitud hostil, hacia Daniel, que esperaba el ataque con los brazos cruzados, ligeramente agitado por la emoción, en tanto que Juanín y sus compañeros salían al encuentro preparados para la defensa, y Margarita interponíase entre los dos rivales, para librar á Daniel de la acometida de *Cascarrabias*, que se había levantado con presteza, vomitando amenazas y blasfemias envueltas en espumarajos de rabia.

Quiso Dios que no llegase la sangre al río, gracias á la intervención del pueblo y las autoridades. Repartiéronse estacazos, bofetadas, y mogicones á porrillo; hubo gritos, sustos y carreras, como el caso requería; cesaron los bailes, la música y las comilonas; aprovecharonse del río revuelto algunos *vivos* pescadores, llevándose entre las redes los restos del *refresco*, y aquí terminó, sin más percances, la

fiesta que los vallespinenses dedicaban todos los años á sus patronos San Fabián y San Sebastián.

Es decir; terminar, sabe Dios cuándo y cómo terminaría, porque aquello había de traer mucha cola; una cola muy larga, muy funesta; más larga y mas funesta que aquella otra que arbitrariamente colgaron al inofensivo cometa Halley, los astrónomos de guardarropía.





X

Calle abajo de la iglesia, volaba, más bien que corría, *Tanasia* en dirección á la taberna, como si le faltase el tiempo para comunicar á *Cascarrabias* la buena nueva, que encerrada en un sobre, acababa de entregarla Margarita.

¡Porque aquella tenía que ser forzosamente alguna noticia favorable! ¿Para qué escribirle si nó? De fijo que el tiñoso de *Cascarrabias* había engatusado á la joven, dejando á la luna de Valencia al pobre Daniel. ¡Y poquito que había madrugado la chiquilla para esperarla con el recado! ¡Era mucho hombre Antón! Con su cara de oso y todo, podía apostárselas con el más pintado, á derretir el corazón de una princesa; porque tenía una labia y un aquel... ¡vamos!... que hacían tilín. No estaba mal que se enredase un poco la madeja, á ver si sacaba ella algo con que entretener la gazuza. ¡Estaban los tiempos tan malos, que no era fácil, así como así, ganarse honradamente la vida.

Haciéndose estas reflexiones, apretaba *Tanasia* la carta, que llevaba en el seno, y sacaba de cuando en cuando una punta de aquella, mirándola atentamente, como si quisiera asegu-

rarse de que no era ilusoria tan feliz adquisición.

—Adiós, *Tanasia*—díjola una mujer desde el portal de su casa.—¿A *onde güeno* tan de prisa?

—No me digas *ná*, Pascuala—contestó, acercándose, la interpelada.—Estoy *pasmá* de *vel* las cosas que ocurren en este pueblo.

—*Pol* lo que pasó ayer en el *refresco ¿verdá?*

—¡Quia!... Mira, mira—y enseñaba, sin sacarla del seno, una punta de la carta.—La *siñorita* que le escribe á *Cascarrabias*.

—¿Qué me cuentas, *Tanasia*?

—Lo que oyes, hija. Está *chalá*, muertecica *pol* él. Antes de un mes les echan las tres *pol* una.

—¡Válgame Dios, lo que son las *presonas*!—decía Pascuala, apretando el puño contra los labios y moviendo la cabeza, en señal de admiración.—Lo que digo yo muchas veces: en este mundo, el que no corre, *güela*.

—Esto te lo digo en confianza ¿eh? *polque* ellos no *quien* que se sepa hasta que tengan *too arreglao*; pero como tú no has de *descubrilo ¿verdá?*

—¡Qué cosas *tiés* mujer! ¿A quien voy á *dil* yo con esas *embajás*? Ni que una no *supiá* lo que le pertenece.

—*Pus ná*, hija; ella *mesmamente* me ha *dao* la carta, Eso sí, con los ojos *entornaos* y *mu* modosica, *polque* estas *beatuchas* son iguales *pa too* y *aunque* sea *despellejal* á un santo, lo hacen con una *humildá* que da la *mal* de gusto.

—¡Hija, que rabia! *Toos* los granujas *tien* suerte.

—¡*Toos*... no!—murmuró tristemente *Tanasia*, como si quisiera indicar que ellas eran una excepción de esta regla general.

—*Miá* tu que el *probe* Daniel se va á *lleval güen* petardo.

—Que se afeite. *Tamien* los ricos han de *tenel* sus disgustos.

—*Amos*, no digas ¡*Dejalo* á él *pol enamori-quiase* de ese *sandifeso*, que *paice* tal que un judío y es más feo que *Pifio*!

—Chica, *pa too* hay gustos. Vaya, adiós, que estará Antón esperándome como el santo *avenimiento*—dijo *Tanasia*, disponiéndose á seguir su camino.

—Quedamos en que de esto chitón ¿eh?—murmuró volviéndose al momento.—Que no lo sepa ni la tierra.

—¡Vete tranquila mujer! No *paice* sino que *semos desconocías*.

Y continuó después en voz baja, al ver desaparecer á *Tanasia*:

—Anda ¡*trapalona!* ¡*alcahueta!* que *güenos* duros sacarás tu de *toos* estos enredos. No *pus* lo que es de vacío no te has de ir. Ahora *mesmo* he de *contáselo too* á Daniel.

Y cerrando la puerta de la casa, se alejó en dirección opuesta á la que llevaba *Tanasia*.

Los cielos abiertos creyó ver *Cascarrabias*, cuando divisó á ésta que le enseñaba desde lejos un papel, haciendo guiños de inteligencia,

como si quisiera indicarle la gran felicidad de que era portadora.

Comprendiolo así el tabernero, y al mismo tiempo que daba expansión á su vanidad satisfecha, reflejándola en el semblante bajo la forma de una placentera sonrisa, lanzose impulsado por el amor impaciente al encuentro de *Tanasia*, queriéndola arrebatarse la carta.

—¡Paciencia, hermano!—decía la vieja, que, apercebida de la importancia de su misión, quería sacar el mejor partido posible.—Acuérdese de que toos *semos* hijos de Dios y mire á ver si me regala siquiera *pa* un jubón, que bien *ganao* lo tengo.

Y entregó la carta al tabernero.

Sin atender á la petición de *Tanasia* rompió *Cascarrabias* el sobre y devoró, más bien que leyó, la siguiente carta de Margarita:

«Muy señor mío: No sé con qué título se empeña usted en mortificar á una pobre joven, que ningún daño le ha hecho. Yo no debo amar sino á un hombre, y siento mucho decirle que ese hombre no es ni puede ser usted. Ruégole por tanto, en nombre de lo que más estime, cese en su obstinación, y ya que no otra cosa, conseguirá la gratitud de su afectísima en Cristo, M. C.»

Imagínese cualquiera, las cosquillas que haría en los redaños de *Cascarrabias* tan lacónica como explícita misiva, y el violento porrazo de ira que le costó bajar desde el poético cielo del amor, al prosaico bancal de unas lozanas calabazas; pero cuente, que por mucho que quiera

aumentar y fingir, jamás llegará á vislumbrar siquiera, la realidad de la honda perturbación que sufrió el espíritu del tabernero.

Parecióle al principio que su sangre dejaba de circular por las venas, como si repentinamente se hubiese coagulado toda en un punto, y dejó caer los brazos con abatimiento. Sintió después un fuego que devoraba sus entrañas y le corría por el cuerpo hasta agolparse á la cabeza, y tambaleose sobre sus piernas, haciendo grandes esfuerzos para no caer en tierra. Abrió por último desmesuradamente los ojos, haciéndoles relampaguear en sus profundas órbitas, y encarose con *Tanasia*, que contemplaba sin comprenderla aquella extraña mutación, diciéndola con toda la furia de que era capaz:

—Con que regalar ¿eh? En la parrilla te regalaría yo ¡bruja de Satanás! para que arrojes toda la grasaza que te sobra. ¡Estúpida Celestina! ¡Desecho de hembras! que no sirves ni para enredos.

Pero dándose luego cuenta de que estaba enseñando demasiado la oreja, descubriendo á *Tanasia* secretos, que ésta no debía conocer, procuró dominarse, y continuó diciendo tranquilamente, para desvirtuar el mal efecto de las anteriores palabras:

—Bueno; de eso ya hablaremos más despacio, que todavía es muy temprano.

No se tragó *Tanasia* la partida. Desde luego comprendió que no marchaba el asunto tan al corriente como ella había pintado á Pascuala, pero hizose la desentendida, porque así la

convenía, y dando media vuelta, dejó á *Cascarrabias*, que se las arreglase, como Dios ó el diablo le dieran á entender.

Quedóse Antón paseando á lo largo de la taberna, desfogando así el dolor que le producía la ruina del encantado palacio de amor que había soñado habitar en unión de Margarita, y por muchos esfuerzos que hacía para consolar-se, su vanidad ofendida y su amor despreciado no se resignaban fácilmente con aquel golpe, que cortaba de una vez las doradas ilusiones por tanto tiempo alimentadas.

No es extraño. *Cascarrabias* con todos sus vicios era lo mismo que los demás hombres, esclavo de la esperanza, y tan hondas están en el corazón humano las raíces de esta virtud, que para extirparlas, es preciso arrancar con ellas el último desengaño.

Como el náufrago, que, luchando en medio de las olas, busca con ansiedad un punto firme donde apoyarse para no caer al fondo del mar, *Cascarrabias*, en el naufragio de su felicidad, buscaba por todas partes un rayo de esperanza, una huella de satisfacción, un punto donde apoyarse para no rodar al abismo de la desesperación.

Y lo halló. ¡Vaya si lo halló!

Dando vueltas á la carta que guardaba en la mano, leía y releía muchas veces atentamente, como si quisiera penetrar las intenciones de Margarita, distintas de lo que decían aquellos signos, y descifrar algo favorable que su amor no resignado hacía ver entre líneas.

Y poco á poco, á medida que leía y releía la carta, íbase calmando la tempestad de su alma al suave influjo del amor que profesaba á Margarita, y poco á poco también, á medida que se calmaba la tempestad, el Dios ciego, dándole una pasadita por el lomo de la soberbia, parecía decirle al oído, que aquella carta era otra cosa distinta de lo que á primera vista parecía; que Margarita, lejos de escribirle con desprecio, lo hacía con mucha dulzura; que las circunstancias no la permitían hacer ni decir más de lo que hacía y decía, y que, en último resultado, solamente el contestarle era seguro indicio de buena acogida. •

¿Qué aquellas palabras: «yo no *debo* amar sino á un hombre», estaban indicando una absoluta negativa? ¿Qué habían de indicar! ¡Deber... deber...! *Cascarrabias* no andaba muy fuerte en deberes, como no fueran estos *pecuniarios*. En los centros donde había adquirido el barniz de ilustración que ostentaba su persona, se proclama en todos los tonos el catálogo de los derechos y se pasan por alto los deberes más elementales, sin advertir siquiera, que los unos sin los otros, no son más que palabras huera, inspiradas por la falta de *sindéresis* que caracteriza á ciertos *barbianes* aprovechados.

Cascarrabias, repetimos, no tenía la más pequeña noción acerca del deber; pero allá en su *magín* discurría, que una cosa es deber y otra cosa es... pagar, y que muy bien pudiera suceder, que Margarita debiese amar á un hombre,

sin que esto fuera obstáculo para que llegara después otro y cargarse con todo el derecho.

¿No decían bastante aquellas otras palabras: «siento mucho decirle que ese hombre no es, ni puede ser usted»? ¡Cosa más clara! Margarita *sentía* que ese hombre no fuera él, luego... ¡luego la breva estaba al caer! Extrañará sin duda al lector la detestable paráfrasis que de la carta hacía el iluso tabernero; pero debe saber, para descargo de éste, que no era él sino *Tanasia* la principal responsable de tal desaguizado.

Teníale engañado la taimada vieja, pintándole á cada momento, con risueños colores, la cariñosa acogida que Margarita dispensaba á las cartas; asegurándole que ésta las esperaba con avidez y las recibía con alegría y las remuneraba á veces con espléndidas propinas. Mentiras todas, que se hacía pagar muy bien *Tanasia*, y que se tragaba á ojos cerrados el tabernero, sin sospechar que la vieja trabajaba *pro domo sua*, llevando el agua á su molino, en virtud de aquel adagio que dice: á un tunante otro mayor.

Forzosamente pues había de apurar sus escasos recursos exegéticos, para interpretar la carta en armonía con las ilusiones que se había forjado por obra y gracia de las trapisondas de *Tanasia*. Y como nada hay más fácil para un vanidoso que convencerse á sí mismo de todo cuanto halaga su vanidad, mucho más si interviene el cariño, *Cascarrabias*, que, con todos los demás pecados capitales, poseía una extre-

mada presunción, llegó á persuadirse de que, si Margarita no le amaba, tampoco había llegado á despreciarle.

¡Esto era mucho! Era tanto, que, nadie lo vió, pero las calladas paredes de la taberna repitieron el eco de algo que parecía un beso, dado sobre el papel, allí donde la pluma de Margarita había dibujado la M. y la C.

¡Fué el único beso casto que estamparon los labios de *Cascarrabias*, y el único también que produjo á éste una sensación de pudorosa vergüenza!

Al posar sus labios en aquellas letras, creyó que estaba cometiendo una grave profanación, y que, al contacto de su epidermis con el papel se disipaba el nimbo de pureza, en que veía envuelta la figura de Margarita. ¡Simplezas!—pensó—¡Si después de todo aquella joven había de ser su esposa! ¡Si la cosa ya se veía venir! Total; que para terminar el encantado palacio de sus amores, faltábale tan sólo el último sillar, y esto lo arreglaría él, teniendo con Margarita una larga entrevista. Una entrevista; eso es. ¡Oh! ¡Estaba seguro del éxito! Allí, frente á frente los dos, sabría él pintarla de tal modo la pasión que laceraba su alma, y decirle tan almibaradas ternezas, que... ¡chasco se llevaría! si la joven no se rendía á las primeras de cambio. Pero ¿como procurar esta entrevista? ¿Cómo...? ¿Cómo...? ¡Torpe de él! ¿Tenía más que valerse de tío *Roñazas*, aquel vanidoso viejo que por alcanzar la tenencia de alcalde se le había entregado en cuerpo y alma?

A casa de éste solía ir todos los días Magarita y allí podría hablarla con entera seguridad.

Así discurrendo, salió *Cascarrabias* de la taberna y se dirigió á casa de tío *Roñazas*, para preparar la entrevista que había de coronar el éxito de sus amorosas aspiraciones.

Recorría entre tanto el pueblo la llamada Pascuala, preguntando en todas partes por Daniel, y nadie sabía dar razón del paradero de éste. Divisóle por fin en el camino de la Cruz, á donde se dirigió pensando en la manera de comunicarle la noticia.

—*Guenos* días, Daniel—dijo al llegar.

—Dios te los dé buenos, Pascuala.

—*Pus* venía á *decite* una cosa que te interesa.

—Ya puedes explicarte.

—El caso es que... yo Daniel, ya me conoces, no soy de esas mujeres chismosas, que gozan metiendo cizaña en *toas* partes y...

—Sí; ya sé que eres una mujer juiciosa y formal.

—*Gueno*; *pus* es el caso... y que te tengo *lay*, *muchisma lay*, *polque* te he visto *nacel* y tu difunto padre, que de Dios goce, me apreciaba...

—¿Y para qué sacas á relucir ahora esas historias?

—No sé, no sé; pero el caso es, que como el mundo está tan malo y una no *pue vel* ciertas cosas... Tú *quedrás* mucho á la *ñorita ¿verdá?*

—Mira, Pascuala, haz el favor de terminar cuanto antes, porque te advierto que no estoy para oír tonterías.

—¡Repaño, tonterías! *Dempués* que una *quíe* *hacel* favores, *miste* como se lo pagan á una. Bien me está *pol meteme onde* no me llaman. ¡Anda y que *sus* descuernen á *toos*!

Y molestanda por el frío recibimiento hecho á la interesante noticia, que pensaba dar, volvió la espalda á Daniel en actitud de retirarse.

—Pero ¡mujer de Dios!—dijo deteniéndola éste, que al oír el nombre de Margarita sintióse picado de la curiosidad—¡Por los clavos de Cristo! ¿Quieres hacer el favor de explicarte de una vez?

—*Pus ná*, hijo, que te vas á *quear* sin novia, que te la quitan. Sí, *siñol*, sí; lo sé de *güena* tinta, que yo no invento las cosas.

Mucha violencia tuvo que hacerse Daniel para ocultar el disgusto que le producía esta noticia, pero logró dominarse, aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, porque comprendió que esta era la mejor manera de sacar á su parlanchina interlocutora todo cuanto ésta supiese respecto de tal asunto.

Lanzó pues una estrepitosa carcajada, que dejó confusa á Pascuala, y replicó inclinándose á un lado la cabeza con gesto despreciativo:

—¡Quitarme la novia! ¿Y quién va á ser ese jaque?

—Quien *tié* más agallas que tú, ¡calzonazos! ¡más de calzonazos! Anda y pregúntale á *Cascarrabias*, que él lo sabrá *mejol* que yo.

—Pues si me he de quedar sin novia cuando me la quite *Cascarrabias*... para largo te lo fío.

—Y tan largo. Como que *drento* de un mes les echan las tres *pol* una.

—Vaya, vaya, Pascuala, déjame de historias. Te has propuesto darme una broma, que va haciéndose algo pesada

—¿*Groma*, dices? *Miá* Daniel, te lo juro *pol* estas—decía Pascuala, besándose los dedos índices, colocados en forma de cruz—que yo *ná* me echo al bolsillo.

Y para confirmar sus palabras, refirió entre muchos aspavientos y protestas de verdad, la entrevista que poco antes había tenido con *Tanasia*, recargando todavía más las exageraciones de ésta.

Cada palabra de Pascuala, era un rayo de luz para Daniel, que empezaba á darse cuenta de la transformación notada en Margarita.

Entonces se explicó perfectamente las tristezas y llantos de la joven, las noches pasadas en vela, la esquivez en las conversaciones, la repugnancia para asistir al *refresco*, las insolencias de *Cascarrabias* y todos los demás detalles que habían levantado en su alma las tinieblas de dudas y recelos, que le atormentaban durante aquellos días.

¡Pero ¡ay! era la realidad todavía más amarga que la duda!

Aquellas revelaciones iban cayendo en el corazón de Daniel, lo mismo que cae la losa sobre un sepulcro, dejándole un peso que le oprimía, una angustia que le fatigaba, un desencanto que le hacía aborrecer la vida, como si el horizonte de su existencia se hubiera cerrado

del todo, como si allí mismo viese caer marchitas las hojas del florido árbol de su felicidad...

Cuando Pascuala hubo terminado su relación, desapareció del semblante de Daniel la expresión de indiferencia con que estaba animado, y quedó ésta reemplazada por un tinte sombrío, presagio de la cólera que iba á estallar en el alma del joven.

Asió fuertemente de un brazo á Pascuala, fijó en ella una mirada penetrante, y dando á su voz una inflexión amenazadora, pronunció con mucha pausa estas palabras:

— Si lo que has referido es cierto y quieres servirme, te prometo cinco duros como primera propina. ¡Pero si me has engañado...! ¡Si te burlas de mí...! yo te juro, que te has de acordar de este día!

Y se alejó hacia el pueblo sin esperar la respuesta de Pascuala.

Quedóse ésta como quien ve visiones, asombrada de tan brusca transformación, y siguió los pasos de Daniel dispuesta á renovar, si era preciso, los doce trabajos de Hércules, para conseguir aquellos cinco duros, los únicos que durante su mísera existencia había de ver reunidos.





XI

Ricos no eran, pero disfrutaban de aquel mediano pasar suspirado por el poeta, y podían darse una vida de príncipes, en un pueblo como Vallespino, donde son pocas las necesidades y barata la vida regalona.

Algunas aranzadas de viña, cuatro pegujales no muy buenos y una yunta de mulas, dábanles lo bastante para llenar los trojes de grano y de vino la bodega, matar un cerdo de doce arrobas cada año, tener el corral atestado de gallinas y conejos, y guardar además en el fondo del arca, bien envueltas en un pañuelo, varias relucientes peluconas, acumuladas allí poco á poco á fuerza de trabajos y privaciones.

El llevaba fama de ser el hombre más honrado y formal de toda la vecindad; trabajador hasta más no poder, alegre y decidor como nadie, aficionado á cantar la Misa en el coro y sacar el rosario de la aurora, y gran amigo de mangonear en el concejo, donde su posición y carácter le daban cierta autoridad.

Ella pasaba en el pueblo por una mujer modelo; hacendosa, limpia, ahorradora, fiel observante de sus deberes religiosos, enemiga de pasar el tiempo en charlas insustanciales, aten-

ta solamente al cuidado de su marido, de su casa y de su hacienda, en lo cual encontraba su mayor satisfacción.

Así eran y así vivían felices y contentos, Frutos Moscoso y Antonia Ramos, conocidos en Vallespino por el apodo de los *Roñazas*. Y como el cielo no les había concedido ese pequeño complemento de la felicidad conyugal, que se llama familia, indemnizábanse ellos de este contratiempo, profesándose mutuamente un cariño tan sincero, que causaba envidia á todos sus convecinos.

Se nos olvidaba decir, que á tío Frutos le tiraba algo el vino. Jamás el hombre había abusado de la bebida, ni mucho menos la pasioncilla degeneraba en vicio, pero animábansele los ojillos grises, en cuanto se presentaba ocasión de hacer los honores á un par de azumbres de lo añejo, en compañía de los amigos.

Por aquí le entró la pepita á la gallina.

Cuando empezó á funcionar el «Bar Modernista» bajo el nombre de Antón Martínez, y por todo el pueblo se extendía la fama del excelente vino que allí se despachaba, tío *Roñazas* sentía que la boca se le hacía agua, y le entraban ganas de largarse á la taberna á tomar un cuartillo del ponderado licor, aunque fuera saltando por encima de todos los respetos humanos, único freno que le contenía.

Pudo poco ó pudo mucho el demonio de la tentación, el resultado fué, que una noche se dijo tío Frutos, adoptando una resolución y pasándose la mano por la frente:

—¡Qué recolla! Vamos á ver que diablo de vino es ese que gasta *Cascarrabias*.

Y allá dió con sus huesos, en ocasión que el «Bar Modernista» ofrecía mayor animación.

Algún ruborcillo le costó el verse entre aquella gente de mal pelaje, que le dirigía miradas recelosas, pero pasó con la cabeza baja por en medio de todos, y sentándose en una de las últimas mesas, en un rinconcito á donde apenas llegaba la luz del candilón, despachó medio cuartillo de vino, que le supo á gloria.

Se ha dicho, que pan de la panadería y vino de la taberna, ni hartan ni gobiernan. La verdad de este aforismo popular la experimentó en sí mismo tío *Roñazas*, que una vez perdida la vergüenza, se dejó llevar de su pasión, haciendo frecuentes y ocultas escapatorias al «Bar Modernista».

Cascarrabias, que, á falta de otras buenas condiciones, poseía una gran habilidad para pescar incautos, dióse cuenta de la gran ocasión que se le presentaba para ejercer su oficio, y al ver el pez gordo que ciegamente se le entraba por las redes, tiró y tiró y volvió á tirar, hasta que el infeliz tío *Roñazas* quedó para siempre enredado entre las mallas.

Y como siempre ha sucedido, que la corrupción de lo mejor es la peor, según se afirma en la Sagrada Escritura, también sucedió entonces, que desde aquel día no hubo en Vallespino un adorador más fanático de *Cascarrabias*, un jugador más empedernido y un borracho más impenitente, que tío Frutos el *Roñazas*.

Como consecuencia de esto, poco á poco y una después de otra, fueron pasando, desde casa de tía Antonia á la taberna de *Cascarrias*, las onzas que estaban guardadas en el fondo del arca, y el vino de la bodega y el grano de los trojes y las gallinas y el cerdo y las mulas y hasta las ropas.

Y cuando ya no quedaba otra cosa que las viñas y los pegujales, difíciles de vender por no encontrar compradores, tío *Roñazas* recibía á cuenta de ellos préstamos del tabernero, quien, á fuer de conquistador aprovechado, iba cargándose con el santo y la limosna.

Y no fué esto lo peor; sino que, al cambiar de costumbres, cambió también tío Frutos de carácter. De trabajador pasó á holgazán, de religioso á incrédulo, de pacífico á revoltoso, de cariñoso á huraño, y en una palabra, de hombre honrado y decente, á un desvergonzado canalla.

No pudo tía Antonia resistir el peso de tanta desgracia. ¡Ella tan buena, tan laboriosa, tan económica, ver como iba desapareciendo todo lo que Dios la diera, sin quedar ni aun la honradez de su marido!

Empezó á darle á la imaginación, y entre disgustos, coraginas y alguna que otra paliza, la había entrado una *ruinera*, que la tenía prostrada en cama sin levantar cabeza.

He aquí el aspecto que ofrecía la casa de los *Roñazas*, á la hora en que presento á éstos ante mis lectores.

Era la casa semejante á las demás, en cuan-

to á la construcción, y solamente se distinguía por su mayor capacidad. Dividíala en dos secciones un largo carrojo que partía desde la puerta de entrada hasta la del corral. La parte de la derecha, componíase de un cuarto con alcoba y ventana á la calle, y más allá la cuadra; la de la izquierda tenía una cocina con despensa, y junto á ésta, otro cuarto destinado para guardar los utensilios de labor. Finalmente, detrás de la puerta del corral había una escalera de madera, por donde se subía á los desvanes convertidos en trojes para conservar los frutos recolectados.

El cuarto-dormitorio había estado en otro tiempo amueblado decentemente con sillas y sofá de enea, sus cuadros de marco dorado, su espejo de cuerpo entero, sus cortinas de percaleado, su cama de hierro con buenos colchones y en el centro una mesa camilla con sus *farandolas* encarnadas y su tapete de hule; pero al presente, todo esto había desaparecido, y en su lugar quedaba solamente, un viejo arcón donde estaba sentado tío Frutos, y un catre sin colchones, que servía de lecho á tía Antonia.

—¡Pierde casas...! ¡Sinvergonzón...! ¡Harán...! ¡Judío...!—murmuraba ésta desde la cama, poniendo fin, con tan amorosos epítetos, á la prolongada sermonata, que acababa de lanzar contra su marido.

—¿Te *quiés* callar, Antonia?

—¿*Callame*? Ya no faltaba otra cosa. Como si no *tuviá* razón, que me sobra hasta *po encima* del moño.

—Si *tiés ú* nó razón, te la guardas, que en mi casa mando yo y hago lo que me da la gana ¿entiendes?

—Así va ello; que te has de *quear* hasta sin camisa y te ha de comer la miseria.

—¿A mí la miseria? Deja que entremos en el concejo y verás como se arregla *too*.

—Eso es; no *tenis* bastante con arruinar las casas, que *queris* arruinar el pueblo. Así *sus* engaña ese granuja, que malos demonios lo lleven.

—¡Ojo con *faltale* á *Cascarrabias*, que es la *presona* más decente del pueblo.

—Tan decente como tú.

—*Miá* que te la vas á ganar, Antonia.

—Ven y márame de una vez. ¡Si no *quió* más que eso, *pa perderus* de vista á *toos* y no ver la ruina de mi casa!

Unos discretos golpes, que sonaron en la puerta de la calle, devolvieron á tío Frutos la calma que iba perdiendo. Salió inmediatamente al portal y hallóse con *Cascarrabias*, que le preguntó en voz baja:

—¿Dónde podremos hablar?

—Entra en la cocina.

—Pero ¿nos oirá tu mujer?—dijo, entrando y sentándose en un banco del hogar.

—¿Qué nos importa de ella?

—Es que no quiero que se entere de la conversación.

—Eso es otra cosa. Entonces cierro la puerta y ya no hay *cuidiao*.

Y así haciendo, tomó asiento tío Frutos en

otro banco, frente por frente al que ocupaba *Cascarrabias*.

Encendió éste un cigarro, efreció otro al tío *Roñazas*, y luego, adoptando una actitud medio humilde, medio imperiosa, habló así:

—Empiezo por traerte una buena noticia.

—¿*Güena* noticia á mí? Como no me *haiga* caído la lotería sin poner, no sé que *recolla* de noticia *güena pueas* darme.

—Que decididamente vas á ser teniente alcalde de Vallespino.

Los ojillos de tío Frutos brillaron con el fulgor de una ridícula vanidad al escuchar la noticia que le daba el tabernero. ¡Era aquel su sueño dorado! El hubiera querido ser alcalde, porque le pertenecía y porque así se lo había prometido *Cascarrabias*, que, conociendo el flaco del ambicioso viejo, procuraba atraerle con este cebo, pero las circunstancias, el bien del partido y las imposiciones de arriba, exigían que el puestò de alcalde lo desempeñase el mismo Antón, y tío *Roñazas* no había tenido otro remedio, que rendirse á discreción, conformándose con figurar en segundo término.

¡Por supuesto, que alcalde efectivo sería él y nadie más que él! Antón, ya que á ello le obligaban, hacía el *sacrificio* de aceptar la presidencia; pero le entregaría á él las riendas del gobierno, dejándole mangonear á capricho en los asuntos municipales. Lo que el propio Antón había dicho mil veces: ¿qué sabía él de estos manejos, si en su vida las había visto más

gordas? ¿para qué quería meterse en líos, teniendo una persona de tanta confianza como tío Frutos? Allá se las arreglara éste como pudiese, que él bastante ocupado estaba con los negocios del partido.

Todas estas consideraciones brotaron en la mente de tío Frutos, al oír la sensacional noticia que le comunicaba *Cascarrabias*, y el ambicioso viejo, que veía tan próximo el momento de su ingreso en el municipio, no pudiendo ocultar la satisfacción que esto le producía, reflejábala en la expresión de pueril vanidad que animaba su semblante.

—Pues sí—continuó diciendo *Cascarrabias*, satisfecho del efecto que sus palabras habían producido, y leyendo, como en un libro abierto, en la cara de tío Frutos.—Después de muchos cabildeos y de templar gaitas, todos han aceptado la candidatura, que presentamos en la primera asamblea. El único que no está conforme es Anatolio, que anda trabajando en contra, pero nos puede importar poco, porque nadie le hace caso.

—¿Sabes que no me gusta Recorte? Me *paice* que *tié* mucha envidia.

—¡Ya hace tiempo!—exclamó *Cascarrabias* con aire de tristeza, como si realmente deplorase la actitud de Recorte.—Por todas partes me desacredita, nada de lo que hago le parece bien, y de tal manera se va portando, que me obligará á llamarle seriamente la atención.

—Lo *mejor* sería *echalo* cuanto antes del partido.

—Es que eso... en fin, ya veremos. Deje-
mos este asunto y vamos á otra cosa. Ya ves
lo que he trabajado por tí y lo bien que me es-
toy portando...

—Tocante á eso—interrumpió tío Frutos—
no *tiés* que decir una palabra. Yo te lo agra-
dezo, y ¡qué recolla! me *paice* que tú tampoco
tendrás queja de mí.

—Es verdad; pero necesito que me demues-
tres tu amistad, ayudándome en un asunto que
me interesa.

—Tú dirás.

—Estoy enamorado de Margarita y...

—¡Hum, hum!—gruñó con acento picaresco
tío *Roñazas*, volviendo á interrumpir á *Casca-*
rrabias. ¿Y *quiés* que yo...?

—Justamente—dijo Antón, creyendo adivi-
nar lo que se callaba tío Frutos.

—*Pus*, hijo mío, perdona *pol* Dios, y á otro
perro con ese hueso; que yo no entro en ellas
asinas me aspen.

—Pero ¿por qué, pedazo de alcornoque?—
decía, visiblemente contrariado.—¿Por qué no
quieres ayudarme?

—*Polque* esa muchacha es la providencia
de mi casa. ¡La providencia de mi casa, An-
tón! te lo aseguro. Y antes que *naide* la tocase
premitiría que me arrastraran á mí. No lo
puó remediar, Antón; yo soy así.

—¿Y quién te ha dicho ¡so bestia! que yo
pretenda hacerla ningún daño? ¡Si la quiero
más que tú, imbécil! ¡Si lo que yo deseo es ca-
sarme con ella!

—¡¡Haaa...!!—exclamó tío Frutos, admirado de los deseos de *Cascarrabias*, abriendo á un tiempo la boca, los ojos y los brazos.—Eso ya es otra cosa. Lo que es si en mí consiste, ya *pués* contar con que te la calzas. ¿Y ella?

—Ella está así... así...—y *Cascarrabias* agitaba la mano á un lado y otro, dando á entender la actitud vacilante de Margarita.

—*Gueno, pus* di lo que deseas.

—Margarita viene con frecuencia á tu casa ¿verdad?

—Sí, y *pol* cierto, que si no fuera *pol* ella, algunos días no tendríamos ni *siquiá* pan.

—Ya te he dicho mil veces, que me pidas lo que te haga falta.

Tío Frutos no recordaba haber oído jamás tan generoso ofrecimiento, antes al contrario, tenía muy presentes las súplicas que le costaba sacar una peseta al tabernero, pero hizose el desentendido y continuó diciendo:

—Me *paice* que vendrá esta tarde, *polque* hace muchos días que no ha *estao*.

—¿A qué hora suele venir?

—A eso del anochecer.

—Pues á esa hora estaré yo aquí, y es preciso que, con cualquier pretexto, la hagas entrar para *entenderme* con ella.

—Está bien; pero me das palabra de que habrá *formalidad* ¿eh?—dijo tío Frutos acercándose á *Cascarrabias*, al mismo tiempo que guiñaba el ojo derecho de una manera tan indecente, que estaba pidiendo un par de bofetadas.

—*Polque* si nó, te *alvierto* que perdemos las amistades.

—¡Quita allá, podenco!—exclamó *Cascarrabias*, empujándole.—Te digo que la quiero más que nadie y esto basta. Se me olvidaba decirte, que no sueltes la sinhueso ni con tu mujer.

—Lo que es de eso, no *tiés* que *decime* una palabra; *hate* cuenta que estoy más muerto que el yeso. Pero oye—continuó, viendo á *Cascarrabias* en disposición de marchar—¿no remojamos la boda con un cuartillo de lo *güeno*?

—No te conviene beber hoy, pero en fin, por una vez nadie lo ha de saber. Vamos á la taberna, á ver si te atracas para siempre.

Y los dos salieron en dirección á la taberna, sin apercibirse de unas ligeras pisadas que se oían en el cuarto-dormitorio.

Tía Antonia había conocido á *Cascarrabias*, y desde un principio sospechó que la visita encerraba algún misterio. Jamás aquel había traspasado los umbrales de la casa, si no era para llevarse consigo algún objeto, que tenía empeñado tío Frutos, y como á la sazón no quedaba cosa en que pudiera cebarse la rapacidad del tabernero, podía creerse que algún asunto grave traía éste entre maros.

Incorporóse tía Antonia en su camastro, para ver si conseguía enterarse de la conversación; pero lo mismo *Cascarrabias* que tío Frutos, hablaban en voz muy baja y sólo se percibía alguna palabra, mezclada con el murmullo.

El nombre de Margarita, que con toda clari-

dad oyó una vez, arrancó una exclamación de asombro no exento de temor.

—¡Margarita!— se dijo—¿Qué tendrían que ver los demonios con los ángeles? ¿Para qué nombraban aquellos desalmados á la criatura más hermosa y más santa de Vallespino? ¡Si estarían fraguando alguna fechoría contra ésta! Posible era, porque ni el mismo Satanás tenía peores intenciones que aquel par de granujas.

Cualquier cosa hubiera dado tía Antonia, por saber lo que se hablaba en la cocina. Probó á bajar del lecho y logró ponerse en pie, después de grandes esfuerzos. Apoyándose en las paredes, para no caer, llegó hasta la puerta que estaba cerrada, aplicó el oído á la cerradura, y así permaneció hasta que, falta de fuerzas y desesperada por no conseguir lo que intentaba, volvió nuevamente sobre sus pasos y subió á la cama, con más dificultad que había antes bajado.

Cuando tío Frutos y *Cascarrabias* hubieron salido de la casa, tía Antonia dió unos golpes en la pared, y pocos momentos después presentábase en la habitación una mujer, que entraba de puntillas, dirigiendo á todas partes miradas recelosas.

Era Pascuala, la delatora de *Tanasia*, la que movida de la envidia, del interés y quizás del cariño, se había ofrecido á Daniel como espía del tabernero. Vivía en la casa contigua, y compadecida de la triste situación en que se encontraba tía Antonia, servía á ésta caritativa-

mente en todo cuanto podía, acudiendo apenas sonaban en la pared los golpes convenidos de antemano.

—¿Está?—preguntó al entrar, como si temiese encontrarse con tío Frutos.

—No. Se ha *marchao* con *Cascarrabias* hace un *memento*.

—¿Qué deseas? ¿Te hace falta algo? ¿Estás *piol*?

—No sé, Pascuala. Tengo una pena que no me deja respirar. ¡*Josús* Dios mío y que cruz tan *pesá* me hace llevar Nuestro *Siñol*! ¿*Pa* qué me guardará en este mundo tan *recoñdenao*? ¿*Pa* qué no se me llevará cuanto antes?

—¡Mujer, ten *pacencia*! No te desesperes, que con eso no se remedia *ná*.

—¡Ay, Pascuala! Bien se conoce que no lo pasas tú. Si tú *supiás*... si tú *supiás*...

Y tía Antonía decía esto con aire de misterio, mordiéndose el labio inferior, agitando lánguidamente la cabeza y cruzando las manos ante el pecho.

—Pero ocurre alguna *novedá*?

—No sé, Pascuala, no sé. Escucha lo que voy á *dicite*, á ver si tú, que discurrees más que yo, le sacas la punta.

Y entre denuestos á su marido y maldiciones contra *Cascarrabias*, fué relatando la visita de éste, las palabras que ella había oído y las sospechas que todo esto le hacía concebir.

Quedóse un momento pensativa Pascuala al escuchar el relato de tía Antonia, y lo primero que le vino al pensamiento, fué la excelente

ocasión que se le presentaba para ganar los cinco duros prometidos por Daniel, contando á éste todo cuanto acababa de oír. Pero debemos confesar, que este primer impulso de la avaricia no fué suficiente para que Pascuala se dejase llevar de él, antes de pensar lo que convenía hacer.

—¿Y qué opinas de esto, Pascuala?—preguntó tía Antonia, viendo que ésta no daba señales de hablar.

—Que tu marido y *Cascarrabias* llevan entre manos algo que yo sé.

—¿De veras?—exclamó tía Antonia, dando un salto en su mísero lecho.

—Sí.

Y Pascuala contó á su vez, lo que había sucedido pocos días antes con *Tanasia*, y la conversación que tuvo con Daniel.

—¿Pero tú crees que Margarita es capaz de querer á *Cascarrabias*?—preguntó, con acento de duda, tía Antonia, como si aquello le pareciese una blasfemia.

—Hija, yo como lo compro lo vendo. No sé más que eso.

—¿Sabes qué me ocurre?

—Tú dirás.

—Que vayas á *contáselo too* á Daniel.

Aquella solución agradaba tanto más á Pascuala, cuanto mayor era en ella la obsesión de ganar los cinco duros. Así que, despidiéndose de tía Antonia y prometiendo venir á comunicarla el resultado de la embajada, salió de ca-

sa, dispuesta á correr todo el pueblo en busca de Daniel.

La Providencia velaba indudablemente por Margarita, deparándola aquellas dos mujeres que la servían impulsadas por dos pasiones; por gratitud la una, por interés la otra.

Ya podía *Cascarrabias* echar el resto de todas sus marrullerías, para salir triunfante en su empresa. Dos mujeres y dos pasiones, son cuatro obstáculos, que no superan fácilmente todos los hombres.



XII

En el frontón de la plaza mayor, resguardados del cierzo que congelaba hasta las palabras, tomaban el sol algunos vecinos desocupados, entre los cuales figuraban don Cándido, don Tiburcio y Daniel.

Eran casi todos ancianos, á quienes no habían tocado las nuevas ideas introducidas en el pueblo por *Cascarrabias*, que se reunían todas las mañanas, hasta la hora de comer, para entretener el tiempo haciendo comentarios sobre la situación, cada vez peor, en que se encontraba el pueblo, gracias á los incesantes trabajos del tabernero.

Por una rara casualidad variaba aquel día el tema de la conversación, versando ésta sobre la filoxera, esa horrorosa plaga la más grave que ha sufrido jamás la agricultura.

La filoxera tenía consternados á los habitantes de Vallespino. Había asomado la cabeza el año anterior llevándose la mitad de la cosecha, y la alarma había cundido entre los viticultores, temerosos de quedar reducidos á la miseria, si aquella tomaba el incremento que era de esperar.

No faltaba sin embargo, quien, participan-

do de un infundado optimismo, se reía de los temores generales, y aseguraba que la filoxera existiría en la imaginación de algún mentecato, mas no en los viñedos de Vallespino.

De estos ilusos era tío Remigio, un vejete encorbado, de rostro simpático y genio alegre, apodado tío *Cacho*, porque siempre tenía esta palabra en los labios.

A tío *Cacho* se le llevaba pateta cada vez que oía hablar de la filoxera, porque, aunque se lo metieran á mazadas, no le cabía en la cabeza que pùdiera existir tan destructora enfermedad.

Estaba presente en la reunión, á la que solamente faltaba, cuando le apretaba un pertinaz reuma, que se le había plantado en las piernas, y apenas la conversación tomó el sesgo que antes indicamos, encalabrinose mi hombre, monopolizando el uso de la palabra.

Hablaba con exaltación rayana en enfado, dando á su temblona vocecilla una inflexión tan rara, que los oyentes no podían menos de reir á carcajada tendida.

—¿La *guisolera*?—decía—¡Un cuerno! Ríanse *ustés* de semejante tontería. ¡*Cacho*! ochenta años tengo y no había oído en vida tal jaculatoria. ¿No dicen que la viña la plantó Noé? *Pus* ¡anda, *cacho*! si lleva manta de años la *güéspedes*, sin tener *guisolera*. ¿Y *quién ustés* que se presente *ahura*? Ta, ta, ta...

—Pero hombre, Remigio — interrumpíale don Cándido, con ánimo de apurar al viejo, para hacer más agradable la charla de éste—pa-

rece mentira que seas tan terco. ¿No ves que en todás partes se quejan de lo mismo y que el viñedo va desapareciendo?

— *Usté, señol cura ¡y perdone la cortedá!* entenderá de decir la misa y demás; pero *¡cacho!* lo que es de viñas, me *paice* que no entiende ni esto.

Y tío *Cacho* se mordía la uña del pulgar derecho, separándola después rápidamente y produciendo un leve chasquido.

— Pero entienden otros que lo afirman así.

— ¡Otros! ¡otros!—replicaba el viejo, no sabiendo desembarazarse de este argumento—*¡Cacho!* ¿Sabe *usté* lo que le digo, *señol cura*? que aquí no hay más *guisolera* ni más gaita, que la haraganería. Cuatro arañazos *po* encima, quitar la hierba *pol* bien *paicer*, una poda de *cualquié* manera... y al avío. Con esta labor ¿qué *cacho* van á dar las cepas? ¡Si se hiciera como en mis tiempos! Aquello era *trabajar* á lomo caliente y cuidar las viñas como si fueran hijas, aunque sea mala *comparanza*. ¡La *guisolera*, la *guisolera!* *¡cacho!* ¿*quién* *ustés* saber en total, *onde* está la *guisolera*? Allí y *ná* más que allí.

Y tío *Cacho* señalaba con la mano á la taberna de *Cascarrabias*, donde se veía á éste que hacía frecuentes libaciones, en compañía de tío *Roñazas*.

— No le des vueltas, Remigio—dijo categóricamente don Tiburcio, terciando en la disputa—La filoxera y el «Bar Modernista», son dos plagas que nos envía Dios, para acabar con

Vallespino. La una le quitará el vino y el otro le quitará... el pan, y si nó al tiempo.

Pasaba entonces por allí Pascuala que venía en busca de Daniel, y al ver á éste entre los que reían las chochees de tío *Cacho*, hízole disimuladamente una seña, indicándole que la siguiera.

Comprendió Daniel que Pascuala traía alguna nueva referente á Margarita. Dejó la tertulia, donde continuaba en su apogeo la broma, y siguió á Pascuala á quien alcanzó poco después.

—¡Malas noticias traes!—dijo, observando cierta zozobra, que no podía ocultar Pascuala —¿ocurre alguna novedad?

—Ocurre, que *Cascarrabias* y el tío Frutos deben *estal* tramando una *judiá* contra tí. Mira—decía, señalando en dirección á la taberna —¿Ves que contentos están? *Pus...* ¡más fijo que el *reló!* hablan de tí.

—Pero ¿de dónde te sacas esas majaderías? Ni que fueras bruja.

—Bruja *ú* no bruja, yo sé lo que me digo. Ya me conoçes y sabes que la Pascuala no es de las mujeres que echan la lengua al aire sin fundamento. Y cuando yo digo: conejo: ya *pués estal* seguro, de que *po* lo menos hay gaza-zapo.

—Mira, Pascuala—observó Daniel, cansado de aquella charla y deseando saber lo que ocurría—si te cortaran media lengua... media nada más, te quedabas como los propios ángeles.

¡Es mucho cuento, que no sepas decir cosa alguna, sin dar más rodeos que un sacamuélas!

—Y que *quiés decil* con eso, ¿que hablo mucho?

—Justamente.

En otra ocasión hubiérase enfadado Pascuala, al oír que, en su misma cara, la acusaban de parlanchina. No hay en el mundo un ser más engañado que el hablador, y Pascuala, que lo era en grado superlativo, juzgábase calumniada injustamente, cada vez que la daban en rostro con este defecto.

Mas ahora no estaba en circunstancias de enfadarse. Parecíala que ya tenía sonando en la bolsa los cinco duros prometidos por Daniel, y esta golosina, la mejor de cuantas se han inventado para domar ciertas rebeldías, obligábala á pasar, si necesario era, por las mismas horcas caudinas.

Contentóse, pues, con hacer como que se enfurruñaba, y dijo, entornando un poco los ojos:

—Que cosas *ties*. Eres un diablejo, Daniel.

—Y tú una matraca más pesada que las de Semana Santa.

—*Güeno, güeno. Pus* lo que pasa es que...

Y Pascuala fué relatando todo lo que había contado tía Antonia, añadiendo por su parte no pocos detalles impertinentes, que, por tres ó cuatro veces, sacaron de sus casillas á Daniel, obligándole á llamar la atención á la narradora.

Cuando ésta hubo terminado, sacó Daniel por consecuencia que las dos mujeres tenían razón, y que *Cascarrabias* y tío Frutos llevaban

entre manos algo que se relacionaba con Margarita y quizás también con él; pero no pudiendo adivinar lo que aquello pudiera ser, separóse de Pascuala, encargándola que vigilara á los dos pájaros y le diese razón de cuanto sucediera.

—Pero... ¿y los cinco duros?—exclamó Pascuala, viendo que Daniel se marchaba sin soltar la mosca.

—¿Qué cinco duros?

—Los que me prometiste el otro día.

—Pues tienes razón. La verdad es que no me acordaba para nada. Bueno, toma uno, por el servicio de hoy, y veremos si haces por ganar mejor los restantes.

Y poniendo en manos de Pascuala una brillante moneda de cinco pesetas, se alejó, pensando en aquella entrevista, que habían celebrado los aspirantes á meter el hocico en el municipio de Vallespino, mientras que éstos, y sobre todo *Cascarrabias*, esperaban intranquilos á que se aproximase la noche, para llevar á cabo el plan que tenían convenido.

Cuando entre celajes de grana y oro despedía el sol sus mortecinos rayos, para ocultarse detrás de las montañas de Vallespino, salió *Cascarrabias* de la taberna, y dando un gran rodeo, con el fin de evitar sospechas, entró en casa de los *Roñazas*, procurando hacer el menor ruido posible, para no llamar la atención de tía Antonia.

No tardó en presentarse Margarita. Traía como siempre al brazo un pequeño cesto, en el

cual solía llevar algunos regalitos para la enferma, y en el andar ligero, en la expresión del rostro, en los movimientos del cuerpo, daba á conocer la satisfacción con que hacía aquella visita.

Tío Frutos la había apellidado la Providencia de su casa, y con la misma razón podían decir otro tanto muchos vecinos del pueblo, que como éste, tenían ocasión de apreciar constantemente los rasgos caritativos de la virtuosa joven.

Ella y *Cascarrabias*, eran los dos ángeles de Vallespino, el bueno y el malo, que iban recorriendo el mismo itinerario, delante éste para destruir, detrás aquélla para edificar, pisoteando dichas y arrancando lágrimas el uno, sembrando consuelos y enjugando llantos la otra, y los dos dejando por todas partes rastros de los contrarios sentimientos que albergaban sus corazones.

Apercibióse tío Frutos de la llegada de Margarita, y salió al encuentro de ésta, diciendo, con toda la melifluidad de que era capaz:

— *Guénas* tardes, Margarita. ¿Cómo estás, hija? Hace muchos días que no has venido. ¿Has *estao* enferma? ¡Si *supiás* cuánto me alegro cada vez que te veo *pol* esta casa!

Margarita sentía verdadera repugnancia en tratar con aquel estúpido viejo, que al fin de su vida se había dejado engañar por los halagos de la serpiente, sepultando ignominiosamente en el lodo del vicio, sesenta años de cristiana honradez; pero como tío Frutos la trataba con todo

género de consideraciones, y ella necesitaba tenerle propicio para entrar libremente en la casa, correspondíale con la misma afabilidad, y hasta se permitía la libertad de tirarle alguna piadosa indirecta, que el viejo sabía eludir habilmente.

—Buenas nos las dé Dios, tío Frutos—contestó cariñosamente Margarita.—Estoy bien; muchas gracias. Y tía Antonia ¿cómo sigue?

—¡*Pus!*... Lo mismo, poco más u menos. No entres no, Margarita—siguió diciendo, al ver que ésta intentaba entrar en la habitación de tía Antonia.—Está algo ocupá ¿sabes? *Custión* de un *memento*. Ya te lo *pués* imaginar Pasa á la cocina, mientras tanto se desocupa.

Margarita encontró aquello tan natural, que ni remotamente llegó á sospechar el lazo que la tendían.

Entró, pues, con toda confianza en la cocina; pero al encontrarse con *Cascarrabias*, que estaba sentado en uno de los bancos, tuvo presentimiento de lo que sucedía, é instintivamente echó un paso atrás en ademán de retroceder.

—Tira *pa* adelante, mujer,—dijo empujándola suavemente, tío *Roñazas*, que iba detrás.—No tengas miedo de que se te coma; que no es tan fiero el león como lo pintan.

No quedaba otro recurso, que ponerse en evidencia ó aceptar la situación tal como se presentaba.

Comprendiólo así Margarita, y delicada en todos sus actos, decidió pasar un rato de sufri-

miento, antes que dar un desaire tan marcado á *Cascarrabias*.

Avanzó pues, resueltamente, con el semblante rojo como una amapola, en tanto que tío *Roñazas* se escabullía saliéndose al corral, y Antón, fingiéndose sorprendido por la presencia de la joven, levantábase del banco, haciendo un saludo tan exagerado, que resultaba ridículo, y diciendo con empalagosa dulzura:

—A los pies de usted, señorita.

—Muy señor mío—contestó Margarita, sonriendo á duras penas y tomando asiento en el otro banco, después de hacer una profunda inclinación de cabeza.

Un silencio embarazoso, que ninguno de los dos atreviase á romper, fué digna continuación del ceremonioso saludo con que ambos se habían acogido mutuamente.

Cascarrabias sentíase turbado ante aquella joven, cuyos encantos naturales realzados por una modestia sin igual, fascinábanle dulcemente, adormeciéndole las potencias del alma. Por más que fatigaba su imaginación, buscando una palabra para dar principio á la interesante conferencia, no encontraba una siquiera que le pareciese oportuna, y avergonzado de su propia timidez, arrepentíase de haber procurado aquella entrevista, en la cual tan mal parada iba á quedar su audacia.

Una idea salvadora vino á sacarle del atolladero.

—He recibido la carta de usted—dijo, poniendo tímidamente sus ojos en Margarita.

—¿Ah sí? Seguramente le habrá molestado algo ¿verdad? Yo lo siento, pero ya comprenderá usted que...

—¿Molestarme?—interrumpio *Cascarrabias*, animado por la actitud de la joven.—¿Cómo ha de molestarme nada de cuanto usted haga, si daría con gusto la vida por usted?... ¿si besaría con respetuoso cariño esa mano, aunque viniera á clavar un puñal en mi corazón?

—Yo le ruego, Antón—exclamó Margarita, con visibles muestras de disgusto—que deje ese asunto.

—No puedo, Margarita. Pídame cuantos sacrificios guste; la vida, la honra, la misma alma, todo será poco para usted. Pero dejar de decir que la amo... que la adoro... que la idolatro... eso no puedo... ¡no puedo, Margarita, aunque me arranquen la lengua!

—Entonces tampoco yo puedo permanecer aquí.

Y levantándose con la digna altivez de una mujer ofendida, se dirigió resueltamente hacia la puerta, en ademán de retirarse.

—¡Margarita!—murmuró despechado *Cascarrabias*, sin moverse del sitio que ocupaba.—Yo nada haré contra usted, porque el cariño me lo impide; pero si da un paso más, si se retira sin haber escuchado antes los suspiros de un corazón angustiado... ¡juro por ese Dios, cuya existencia me ha hecho entrever usted misma, que antes de llegar á la calle, tendrá que volver usted para recoger mi cadáver.

—Pero, ¡Dios mío! ¿por qué?—dijo retroce-

diendo Margarita, espantada por la amenaza del tabernero.—¿Por qué es usted tan obstinado? ¿Por qué se empeña en hacerme sufrir?

—Esa pregunta me corresponde á mí, Margarita. ¿Por qué se ha enseñoreado usted de mi corazón? ¿Por qué me ha hecho presentir las dulzuras de una felicidad ignorada, para dejarme después triste, desesperado, con la espina clavada en el corazón, sufriendo el tormento de ver cómo se desvanece la ilusión más dulce de toda mi vida?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía Margarita, levantando los ojos al cielo—¿Por qué no le quitáis esa locura?

—Locura sí, locura de amor. ¡Y pide que Dios me la quite! ¿Quién ha dicho, que no es Dios el autor de esa locura? ¿Quién ha dicho, que no es Él quien desea confundir nuestras dos almas en un mismo sentimiento? ¿Que no es Él, quien se vale de un ángel para regenerar á un demonio? ¡Margarita! Me llaman canalla... impío... y tienen razón; ¡nadie me enseñó otra cosa! Pues bien—continuó con voz suplicante, levantándose del banco y poniéndose de rodillas ante la joven—el canalla... el impío... se postra á los pies de una santa para decirla: Margarita, Dios ha colocado mi salvación en las manos de usted; ¡Dios lo quiere, Dios lo manda, sea usted mi esposa... y yo prometo delante de Dios, que el canalla se convertirá en honrado y el impío en creyente, y que este pueblo, desmoralizado por el canalla y el

impío, será regenerado por el honrado y el creyente!

Había tal acento de sinceridad en las palabras de *Cascarrabias*, hablaba éste con una fogaosidad tan convincente, con una exaltación tan insinuante, que Margarita creyó oír en el fondo de su corazón, algo así como el grito desgarrador de un alma angustiada, que sumergida en el tormentoso océano de la maldad, pedía una mano salvadora, para no ser anegada entre las olas.

—¿Qué dice, Margarita?—preguntó con ansiedad *Cascarrabias*, como si tuviese la vida pendiente de la resolución de la joven.—¿No la conmueve mi situación? ¿No me da una esperanza?

Y Margarita, en uno de esos arranques nobles que caracterizan á los espíritus fuertes, en una de esas grandes resoluciones, que significan un puntapié dado á la pasión, contestó pausadamente, dando á sus palabras un acento de firme resolución:

—¡Cuando Dios manda, la criatura debe obedecer! El día en que yo tenga *seguridad* de que Dios me impone ese sacrificio... ¡cueste lo que costare! Margarita Castañares será la esposa de Antón Martínez.

—¡Margarita Castañares será la esposa de Antón Martínez!!...—gritó una voz triste, que parecía el eco de las últimas palabras de Margarita.

Volvióse ésta sobresaltada, y no pudo contener un grito de terror.

En el umbral de la puerta, Daniel, con los brazos cruzados, con el semblante amenazador, con una sonrisa irónica, fría, punzante, decía, completando la frase que acababa de pronunciar:

—Y aquel día tendremos tres Judas traidores: ¡el que traicionó á su Maestro, el que traicionó á su conciencia y el que traicionó á su amor!

Y al hablar así, señalaba alternativamente á *Cascarrabias* y á Margarita.

—¡Daniel! ¡Daniel!—gritó ésta, abalanzándose al joven y llorando desconsolada.

—¡Daniel!—murmuró *Cascarrabias*, levantándose del suelo, con el rostro pálido de vergüenza.

Y abriéndose repentinamente la puerta del cuarto-dormitorio, apareció la figura macilenta de tía Antonia, que medio envuelta entre las ropas de la cama y agarrada con las dos manos al marco de la puerta, decía, echando por su boca todo el veneno que tenía reconcentrado:

—¡Mátalo, Daniel! Aplasta á esa víbora que *quíe* morder á nuestro ángel. No le tengas compasión, Daniel; que se la lleva... que se la lleva... ¡que nos quita lo único bueno que nos ha *dejao*!

—Mátame, Daniel--decía humildemente *Cascarrabias*, acercándose á Daniel con la cabeza baja.—Tiene razón Antonia. Si yo he de vivir para ser testigo de tu felicidad, si te has de llevar esta mujer, que es la ilusión de mi existencia..., aquí tienes el arma, Daniel, quítame esta

vida que me estorba, y yo, en pago, te daré las gracias.

Y así diciendo, *Cascarrabias* entregaba á Daniel un revólver, que había sacado del bolsillo.

La escena no podía ser más interesante. Margarita, agarrada á Daniel que continuaba sonriendo friamente, parecía la imagen del dolor abrazada á la desgracia; *Cascarrabias*, ligeramente inclinado, alargando el revólver, semejaba al reo, que espera tranquilo la sentencia; tía Antonia, amarilla como un cadáver, dejando ver entre las ropas sus descarnados miembros, figuraba el espíritu de la venganza evocado por algún conjuro; y para que nada faltase, tío *Roñazas*, oculto detrás de la puerta del corral, miraba por las rendijas sin atreverse á salir, y Pascuala, deslizándose pared adelante desde su casa, había llegado hasta la puerta de la calle, y allí asomaba á hurtadillas media cabeza, contemplando con cierto temor el cuadro que ofrecía la casa de los *Roñazas*.

Puso fin á éste Daniel, diciendo, al mismo tiempo que rechazaba el arma ofrecida por *Cascarrabias*:

—Así matarían los canallas; pero yo me precio de caballero y los caballeros no asesinan jamás. ¡Nos veremos!

Y empujando hacia adelante á Margarita, salieron ambos de la casa de los *Roñazas*, llegaron á la suya, y se retiraron á sus respectivas habitaciones, tristes, cabizbajos, sin hablar una palabra, reflejando en sus miradas toda la amargura de sus corazones...



XIII

— ¡Así... así...! Desaparezcan para siempre estos recuerdos, que antes me llenaban de alegría y ahora torturan mi corazón. Ya no tienen atractivos; ya han perdido su fin; porque todo era para ella, y ella no existe... ¡no existe para mí! ¡Pobres plantas! Vosotras sois inocentes, ¡bien lo sé!, pero tenéis que sufrir los rigores de mi despecho. Estos geranios ¿qué hacen aquí? Ella los plantó en una tarde de abril, y cuando sus manos removían la tierra, para meter los tallos, decíame con una voz que parecía angelical: antes que broten las flores, habrá llegado nuestro día. ¡Pérfida! ¡Cruel! Antes de brotar las flores, arrancaré yo las plantas, que simbolizaban mi esperanza. En estos bancos, bajo esas matas de lilas, pasábamos largas horas, hablando de nuestro amor; ¡á ella le gustaban mucho las lilas, porque son emblema del primer amor! ¡Morid también vosotras, tiernas florecillas, mudos testigos de mi pasada felicidad, morid entre mis manos, porque ya no volveréis á oír su voz argentina, ni vuestros pétalos sentirán el suave contacto de sus dedos! Este hermoso frutal cuenta quince años de vida. Lo plantamos ella y yo

¡bien me acuerdo! cuando apenas sabíamos hablar, y al llegar la primavera, anotábamos el desarrollo que había tenido durante el año. ¡Ya no crecerá más porque le troncharé despiadadamente y arrancaré hasta las raíces, de la misma manera que arranqué de mi corazón las últimas ilusiones! Y estos parrales, que podábamos todos los años... y estas macetas, que comprábamos con nuestros ahorros... y estos rosales, que regábamos juntos... ¡desaparezca todo...! ¡hasta el último vestigio que pueda traer á mi memoria el recuerdo de la ingrata...!

Y así hablando consigo mismo, recorría Daniel el huerto, tronchando arbustos, arrancando plantas, rompiendo macetas, talando cuanto encontraba en su camino, y dejando el huerto en un estado tan lastimoso, que no parecía sino que el genio de la destrucción hubiese pasado por allí, complaciéndose en descargar sus iras sobre aquel pedazo de tierra cultivado con tanto esmero durante muchos años.

¡Pobre Daniel! El golpe del infortunio le tenía trastornado, y le hacía moverse á impulso del profundo despecho que sentía en su alma.

La escena desarrollada la tarde anterior, en casa de los *Roñazas*, quedósele tan grabada en la imaginación, que en toda la noche había cerrado los ojos, ni por más esfuerzos que hacía, lograba echar del pensamiento aquel cuadro, en el que se le representaba *Carcarrabias* arrodillado ante Margarita, y ésta oyendo las ardientes frases de amor que aquél la dirigía.

¡Cuánto le hacía sufrir esta visión, que la fantasía presentaba con negros colores, y cuán desagradables consecuencias sacaba de ella el instinto de los celos!

Luego ¿era verdad todo cuanto le había contado Pascuala? Luego ¿era verdad que aquella mujer ¡ingrata! le abandonaba, después de haberle robado el corazón, para entregarse á otro, á un bandido, á un canalla, á un hombre sin conciencia y sin pudor? ¡Lo mismo que todas! ¡Todas iguales! ¡Todas cuerpos sin alma, bustos sin corazón, volubles mariposas que saltan de flor en flor, insaciables abejas que necesitan chupar el nectar de todos los amores!

Bien merecido lo tenía por tonto, por imbecil, por haberse fiado de una mujer. Si hubiera sido hombre resuelto y no un simplón, que se dejaba engañar con cualquier zalamería, ya hubiese echado antes á paseo á aquella hipócrita, que hacía tiempo le estaba vendiendo. Pero ahora... ¡oh! lo que es ahora, ya había terminado todo para siempre. Que se fuera en buen hora con *Cascarrabias*; él por su parte, ya sabía lo que hacer. ¿Decirla una palabra? ¡En seguida! Antes se moría de vergüenza. Ni un reproche, ni una queja, ni una señal de sentimiento. A sufrir y reventar de dolor, si era preciso; pero que nadie, y menos ella, lo conociese. Y después de todo ¿por qué llevarse malos ratos? ¿Que Margarita no le quería? Pues se buscaba otra y en paz. ¡Así que había en Vallespino y fuera de él pocas mujeres con ganas de echarle el guante! Y lo ha-

ría; ¡vaya si lo haría! Se buscaría otra novia y la presentaría en público y la haría el amor, para dar en la cabeza á Margarita, para que sufriese y rabiase, como le hacía rabiar y sufrir á él.

Con tan disparatadas reflexiones pretendía Daniel engañarse á sí mismo y cicatrizar las heridas, que en su corazón habían abierto los supuestos desvíos de Margarita, pero su amor despechado revelábase contra estos forzados propósitos, y lo único que sacaba el joven, era poner cebo al estímulo de la pasión, desesperarse cada vez más y ahuyentar al sueño reparador, de que tanto necesitaba su decaído ánimo.

¡Bien necio era, en resumidas cuentas, el enamorado mancebo, al levantar el edificio de su desgracia sobre tan débiles fundamentos! La única razón que tenía para discurrir tan descabelladamente, era la entrevista de Margarita con *Cascarrabias*, la cual, pensando con serenidad, podía admitir sencillas interpretaciones, que ni por asomo alcanzaba la inteligencia trastornada de Daniel.

Así pensará indudablemente algún frío lector, al ver reflejado en este capítulo el estado de ánimo en que se encontraba el joven; pero hablemos francamente y no seamos injustos. Daniel discurría como discurren casi todos los hombres, que se encuentran en parecidas circunstancias, porque cuando los golpes de los afectos desordenados que bullen en el fondo de nuestro ser, repercuten en las potencias del alma, es muy difícil que éstas puedan substraer-

se al influjo de aquéllos y ejercer sus funciones con la entera libertad que en estado normal les es propia.

Por eso ha dicho Campoamor, que

En este mundo traidor
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Daniel miraba á través de su cariño lastimado, y por eso discurría de tal manera y todo lo veía sombreado por la desgracia. Pedir razonamientos lógicos á un enamorado, sería necedad más imperdonable que pedir peras al olmo.

La luz del nuevo día vino á sacar á Daniel de sus desagradables cavilaciones, haciéndole entrar en la realidad de la vida. Saltó del lecho, donde tan mala noche había pasado, y hallóse sorprendido al notar, que apenas si podía tenerse en pie. Las piernas le flaqueaban, una debilidad general postrábale el cuerpo, en la cabeza sentía un ruido ensordecedor, semejante al zumbido de un enjambre.

Vistióse con mucho trabajo, salió de casa silenciosamente, para no despertar á nadie, y tomando por una cuesta que conducía al campo, caminó largo rato á la ventura, sin rumbo fijo, indiferente á los encantos que le ofrecía la naturaleza, insensible á todo cuanto no fuera pensar en su desgracia.

El frío intenso de la mañana, junto con el ejercicio del paseo, contribuyó á disminuir el malestar que sentía al levantarse; pero las fuer-

zas le abandonaban, y rendido por la fatiga, sentóse á descansar en un lado del camino.

A lo largo de éste, sobre el blanco fondo de escarcha que cubría la tierra, destacábanse borrosamente las figuras de los trabajadores, que iban saliendo del pueblo para dar principio á las faenas del campo.

Venían montados unos en escuálidos pollinos, á los cuales sacudían fuertes talonazos en la panza para hacerles avivar el tardo paso; conducían otros por los cabestros á las yuntas uncidas, que arrastraban el arado, cuyo extremo chocaba contra las piedras del camino, produciendo un ruido desagradable; marchaban algunos lanzando al compás de sus pisadas, alegres canciones, impregnadas de esa sencilla poesía, que caracteriza á los cantos populares; caminaban muchos reunidos en cuadrillas, donde se derrochaba el buen humor á costa, por lo general, de algún inocente payo, á quien tocaba hacer el gasto de la fiesta.

Correspondía Daniel al cortés saludo, que todos le dirigían al pasar, y contemplaba los semblantes de los labriegos, en los que se reflejaba una tranquila satisfacción, con una mezcla de extrañeza y de envidia, como si le costase trabajo persuadirse de que, estando él tan disgustado, pudiera haber en el mundo quien recibiese la sonrisa de la dicha.

Llamóle la atención un numeroso grupo que se divisaba á lo lejos, en el que la algazara había llegado al extremo. El viento, que soplabá del lado favorable, traía hasta allí el con-

fuso clamoreo de las voces, entre las que se notaba una chillona, que indudablemente sostenía la animación.

Daniel creyó reconocer la voz de tío *Roñazas*, y casi se hubiera atrevido á jurar, que entre los nombres de Margarita y *Cascarrabias*, había oído pronunciar el suyo propio.

Aguzó cuanto pudo el oído, púsose las manos detrás de las orejas, á modo de pabellón, y no sólo se confirmó en sus sospechas, sino que consiguió enterarse de toda la conversación.

Era en efecto tío *Roñazas*, quien hacía las delicias de sus compañeros, relatando con minuciosos detalles el lance ocurrido el día anterior en su casa. ¡*Recolla* y la zambra que se había *armao* allí! *Pol* supuesto, que no se hicieron morcillas, porque Dios no quiso y porque Daniel había sido un *gabacho*. ¡A él le podía haber *pasao* una cosa así, cuando cortejaba con la Antonia! ¡*Recolla!* Del primer linternazo tumba patas arriba al majo que le *hubiá quitao* la novia. Pero ahora no tenían los jóvenes más que fachenda y pocas tripas. Quien había *estao* valiente, era la Antonia. ¡Amigo e Dios! Aquello era un basilisco. Si no la da un soponcio, le saca los ojos á *Cascarrabias*. Pero. ¡qué *recolla!* el amor debía ser libre, y hacía muy bien Margarita en querer á *Cascarrabias*. ¡Si Daniel era un cualquier cosa, que en su vida había valido más que *pa* farronear!

Con estas y otras más picantes frases, entretenía tío *Roñazas* á sus dignos compañeros, y

tan embebidos iban todos en la conversación, que ninguno dióse cuenta de la presencia de Daniel, hasta que se encontraron con éste de manos á boca.

Avergonzados de su conducta, al verse impensadamente descubiertos, no se atrevían á levantar los ojos del suelo y pasaban con las cabezas bajas, mascullando á media voz un saludo dirigido á Daniel.

—Vaya bueno, Lechuga. Adiós Zacarías. Buenos días, Andrés—contestaba el joven, saludando á cada uno por su nombre y ocultando con una forzada sonrisa, la indignación que le producía el verse hecho blanco de tan groseras pláticas.

—Haga el favor, tío Frutos;—dijo, cuando le llegó el turno á éste—tengo que hablar dos palabras con usted.

—¡Adiós! Se tragó la partida—pensaba tío *Roñazas*, separándose de los compañeros, que siguieron su marcha, y acercándose algún tanto medroso á donde estaba Daniel.

—¿Cómo tan de mañana *po* el campo, Daniel?

—Ya ve usted; la Providencia me ha traído sin duda por aquí, para hacerme saber, que hay en el mundo seres tan miserables, que se complacen en hacer chacota de la honra del prójimo.

—Pero eso no lo dirás *pol* mí.

—¿Por quién si nó? Yo siempre digo las cosas cara á cara, y no como usted. He oído toda la conversación, y si no fuera porque me

han enseñado respeto á las canas, probaríamos á ver si los mozos de hoy valen tanto como los de hace cuarenta años.

—Hombre, Daniel, la *verdá* es que llevas algo de razón; pero ya sabes que cuando se habla, siempre se escapa la lengua.

—Por eso me doy por satisfecho con llamarle la atención; pero le advierto, que si otra vez se mezcla usted en mis asuntos y arrastra mi nombre por los suelos, nos entenderemos los dos, sin que le valgan á usted ni los años ni los amigos.

—¿Eso es amenazar, Daniel?—dijo tío *Roñazas*, haciendo como que se enfadaba.

—Eso es prevenirle, nada más. ¡Ah! y le recomiendo también, que en vez de meterse á desempeñar el papel de Celestina, tenga usted más cuidado de su hacienda y de su mujer, que buena falta le hace.

—¿Pero tú me estás faltando? Mi honor, mi *dignidad*...

—¿Qué es eso de dignidad? El que pierde su honradez y se vende á los canallas, está incapacitado para hablar de dignidad.

—Es que yo soy tan *honrao* como el primero.

—Hemos terminado. Haga usted el favor de retirarse y no quitarme la poca paciencia que me va quedando.

Tío *Roñazas* hacía cien codos de solimán, oyendo las severas cuanto justas recriminaciones de Daniel; pero amedrentado por la actitud del joven, que, apesar de sus protestas de res-

peto, parecía dispuesto á emplear argumentos más contundentes, refrenó los impulsos de su geniecillo avisgado, y se alejó murmurando en voz baja protestas ininteligibles.

En la torre de la iglesia sonaba entonces el alegre repique de las campanas, que anunciaban el toque del *Angelus*, invitando á los fieles á levantar su corazón al Señor.

Al oírle Daniel, creyó que aquel sonido repercutía en su conciencia, como el quejido de un tierno reproche. ¡Era la voz de Dios que le llamaba, quejándose amorosamente del olvido en que tenía á Éste durante la tribulación! No se había acordado hasta entonces de Dios, y Dios le recordaba, que solo Él podía consolarle en la desgracia.

Descubrióse respetuosamente; rezó la hermosa plegaria con que el cristiano hace servir de embajadora á la Reina de los Angeles, para presentar ante el trono del Altísimo, el tributo de nuestros homenajes; y volviendo sus pasos hacia el pueblo, encaminóse al templo, con ánimo de reparar su ingratitud, y pedir á Dios fuerzas para sobrellevar sus infortunios.

En la parte de arriba, casi tocando al altar mayor, divisábase la figura de una mujer, que parecía abismada en profunda meditación. Daniel no pudo contener un gesto de contrariedad al reconocer á Margarita. Quiso orar, pero los tristes pensamientos que durante la noche le habían embargado, reproducíanse ahora con más intensidad, á la vista de aquella mujer, cuya presencia le causaba un dolor insoportable.

Salió del templo más abatido que había entrado; recorrió las calles todas del pueblo, y sin saber cómo, hallóse delante de la puerta de su huerto.

¡Allí estaría bien! A solas con sus dolores, sin testigos que le molestasen, podría dar rienda suelta á su amargura y compartir ésta con aquellas plantas que con tanta solícitud había cuidado.

Entró, y una vez más quedaron defraudadas sus esperanzas.

Aquel huerto, en donde él y Margarita habían rivalizado para hacer un pequeño paraíso de sus amores, estaba lleno de recuerdos que le afligían, y en cualquier parte donde ponía la vista, parecíale distinguir la figura de la joven que le causaba mayor tristeza.

Entonces fué cuando, dejándose llevar de la desesperación, empezó á destruir las plantas del huerto, entre las exclamaciones de amargura que le hemos oído al principio de este capítulo.

Unos golpes dados en la puerta del huerto, hiciéronle interrumpir su destructora tarea y preguntar con áspera voz:

—¿Quién va?

—Soy yo, Daniel; ven á abrir.

¡Otra vez Margarita! ¿Qué buscaría allí? ¿Vendría quizás á complacerse en verle sufrir? Intenciones tuvo de hacerse el sordo y dejar á la joven que se cansase inútilmente de llamar; pero la fuerza del cariño pudo en él más que todos los propósitos y le obligó á abrir.

—¡Gracias á Dios que te encuentro, ¡corretón! ¡más que corretón!—dijo Margarita al entrar.—¡En donde te has metido, picaronazo? ¡Toda la mañana buscándote, sin poder dar con tus huesos! En mi vida te he de perdonar el mal rato que me has hecho pasar.

Hablaba Margarita con naturalidad, riéndose de los epítetos que aplicaba á Daniel, expresando una franca alegría, lo mismo que en sus buenos tiempos, sin dejar traslucir la más pequeña señal de la tristeza que la agobiaba.

Y sin embargo, sufría más que Daniel. En toda la noche había podido echar de sí una sospecha, que tenía fija en la mente. ¿Qué haría Daniel? ¿Cometería algún disparate? Todo podía esperarse del estado de ánimo en que se encontraba.

Revolviendo estos pensamientos la sorprendió la mañana, y se levantó al punto con intención de buscar á Daniel para darle algún consuelo.

Confirmóse en sus presentimientos, al ver que nadie la daba razón del joven, y no sabiendo á donde acudir, entró en la iglesia para ponerlo todo en manos de Dios. Acordóse de que acaso le encontrara en el huerto y allí se presentó, adoptando aquella forzada tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Ven aquí—decía, tirando de la americana á Daniel, que se dejaba arrastrar--siéntate conmigo en el banco de las lilas y dame cuenta de lo que has hecho.

—He salido muy temprano á dar una vuel-

ta por el campo y después me vine á terminar aquí la mañana.

—Eso es, y yo volviéndome loca para hallarte.

—Bueno, ya me has encontrado. Dí lo que deseas.

—Que serio estás, Daniel. ¿Te pasa algo?

—Nó—contestó Daniel, desconcertado por la actitud de Margarita—pero me he levantado de mal humor.

—Será por lo de anoche ¿vedad? Fué una tontería ¿sabes? Una verdadera tontería, que debes olvidar. ¡Calla!—siguió diciendo al fijarse en las matas de lilas, que estaban por el suelo—¿Quién ha destrozado mis lilas? ¡Pobres flores! ¡Tanto como me gustaban! ¿Y aquellos rosales? y el parral...? y las macetas...? y... y... ¡San Antonio bendito! Pero ¿qué es esto, Daniel? pero ¿qué es esto?

Y Margarita, levantándose del banco, corría de un lado para otro contemplando los destrozos causados por Daniel, juntando las manos en expresión de desconsuelo y repitiendo á cada momento la pregunta:

—Pero ¿qué es esto, Daniel? pero ¿qué es esto?

Mirábala Daniel silencioso desde el banco donde continuaba sentado, y sonreía con aire de satisfacción, como si el egoísmo de su dolor ¡que has^{ta} el dolor es egoísta! experimentase la dicha de ver sufrir á la joven.

—Ya lo ves—murmuró al fin—La degollación de los inocentes.

—¿Y tú... tú...?

No terminó la frase. Había comprendido todo, pero no se atrevía á formular una acusación contra Daniel.

—Yo, sí—contestó éste encolerizado—Yo las he destruído y destruiré todo cuanto resta. Y si te parece mucho, haré pasar el arado por la tierra, para que desaparezca hasta la última raíz.

—¿Qué pecado han cometido estas pobres plantas, para que las trates de esa manera?

—Ellas ninguno; pero están condenadas á pagar culpas ajenas.

—¡Culpas ajenas!—dijo Margarita, poniéndose muy triste—¿Y de quién son esas culpas? ¿Quiéres decírmelo, Daniel?

—¡De quién son esas culpas! Y lo preguntas tú. ¡No parece sino que has venido con ánimo de gozar en mi desgracia! ¡De quién son las culpas! Oye si quieres saberlo—prosiguió, dando á sus palabras un acento de amarga ironía—Há muchos años que una niña alegre como la sonrisa del alba, hermosa como un angel del cielo, tierna como el susurro del viento, me decía al oído, juntando su cabeza á la mía: cuando seamos mayores nos casaremos ¿verdad Daniel? Y yo, que al percibir el aliento de su boca y el roce de sus dorados cabellos, sentía como si pasase junto á mí una ráfaga de felicidad desconocida, contestaba, entusiasmado: sí, sí, y nos querremos mucho... ¿Te acuerdas Margarita? ¿Te acuerdas de aquella niña que á los diez años parecía una mujer? Y la niña llegó á ser mujer, y un día entre suspiros

de amor y lágrimas de gozo, me prometió que á nadie amaría más que á mí... ¿Te acuerdas, Margarita? ¿Te acuerdas de aquella tarde, bajo aquel cielo despejado, al lado de aquella cruz...? Y yo la creí, y la levanté un trono en mi corazón, y por ella tenía ilusiones, por ella quería trabajar, por ella hubiera deseado que el mundo todo fuese mío para ponerlo á sus plantas... Pues bien; esa mujer me engañó, se ha burlado de mis sentimientos, dió al olvido sus promesas, me arrojó de su corazón y se ha entregado á otro, matando para siempre mi felicidad... ¡Y me preguntas por qué he destruído las plantas! Porque me recuerdan á la ingrata. Por eso las he destruído y destruiré hasta el último vestigio de la mujer, que tan villanamente me engañó.

Oía Margarita, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las injustas reconvenciones de Daniel que la rasgaban el corazón, y por más que hacía esfuerzos para hablar, impedíasele una angustia que la subía del estómago al cerebro y paralizaba el uso de los sentidos.

Cuando Daniel hubo terminado de hablar, apercibióse del efecto que sus palabras habían producido en Margarita. El color amoratado del semblante, la respiración rápida y fatigosa, el temblor nervioso que la agitaba, claramente estaban indicando la dolorosa impresión que había recibido el espíritu de la joven.

Soltó por fin ésta un prolongado suspiro, estremeciéndose violentamente, y la emoción re-

primida desbordóse en un torrente de lágrimas, de sollozos, de sonidos guturales.

—Perdóname, Margarita—exclamó Daniel, conmovido por aquella sincera explosión de dolor—Perdóname y procura sosegar te.

—¡Me has... hecho... mucho... daño... Daniel!—decía Margarita con frases entrecortadas por la emoción—Y eres muy... injusto conmigo.

—No soy yo, es la desesperación; pero te prometo que no volveré á dirigirte un reproche porque no quiero verte sufrir.

—Y si Dios... nos somete... á esta prueba... ¿por qué no has de resignarte?

—No puedo, Margarita. Oiga de tus labios una palabra de aliento, de esperanza; sepa que eres la misma, que me amas, que...

—¿Y lo dudas?—interrumpió con viveza Margarita, sintiéndose ofendida—¡Has dudado de mí! Pues bien, Daniel; yo no sé lo que es amor, no sé como quieren los demás, pero te aseguro... ¡Dios me perdone lo que voy á decir! te aseguro, que sólo tú en el mundo, llenas mi corazón, y que si un día me faltase tu cariño, tendría que hacer un sacrificio para no morir de pena. ¿Estás satisfecho?

—Sí, Margarita—dijo Daniel, dirigiéndola una mirada de gratitud—Y Dios te pague el bien que me has hecho, quitándome un peso tan grande como el que tenía; pero entonces ¿por qué tratas con ese hombre?

—Porque hay leyes más imperiosas que las del corazón; porque encima de tu persona está

Dios á quien debemos obedecer en todo. No preguntes más.

— ¡Siempre lo mismo!

— Espera hasta mañana; nada más que hasta mañana. Y ahora vamos á casa, porque me entristece este lugar.

Y salieron los dos del huerto, no alegres, porque su situación era poco risueña, pero si más tranquilos y con la esperanza de que al otro día se despejaría el horizonte de su felicidad.



XIV

Penetraba por las claraboyas de los altos ventanales una débil luz, que, extendiéndose por el interior del templo y mezclándose con los pálidos reflejos de la lámpara, resolvíase en ese claro-oscuro majestuoso, propio de las iglesias católicas, donde parece que se palpa la invisible grandeza de Dios, y donde el corazón humano, sobrecogido de religioso temor, siente la necesidad de elevarse hasta el cielo mediante las alas de la oración.

Recorría Juanín los altares con el plumero en la mano, sacudiendo ruidosos golpes allí donde veía un poco de polvo; oraba don Cándido ante el Sagrario, levantando frecuentemente los ojos y moviendo los labios, como si murmurase una plegaria; allá abajo, junto al único confesionario que había en la Iglesia, estaba arrodillada Margarita, leyendo en un devocionario y dando visibles muestras de impaciencia.

El silencio que reinaba en el templo, quedaba interrumpido á veces por los golpes del plumero, por un suspiro de Margarita, ó por alguna palabra que, sin darse cuenta, pronunciaba don Cándido en alta voz.

—¡Cincuenta, Señor, cincuenta!—decía éste casi en silencio, clavando sus ojos en el Sagrario—¡Cincuenta ovejas descarriadas que os dejan, que se van con el *otro*, que no quieren oír la voz de su pobre pastor! Y si esto sigue así, Señor, va á llegar un día en que ni monaguillo encontraremos para asistir á misa. ¿Qué pecado he cometido yo ¡Dios mío! para que me castiguéis de esa manera?

Y hundiendo la cabeza en el pecho, registraba los no muy recónditos pliegues de su clara conciencia, sin poder dar con aquel gordo pecado al cual atribuía su desgracia.

Porque desgracia y no pequeña, era la que tenía encima el buen párroco. Acababa de celebrar la misa mayor, y á pesar de los prolongados repiques que había dado Juanín, hasta cansarse de sobar las cuerdas de las campanas, pudo notar don Cándido que en la iglesia quedaban por llenar cincuenta sitios. Bien grabados se le habían quedado en la memoria los desertores feligreses.

—Fulano..., zutano..., mengano...

Y repetía los nombres y apellidos de los fugitivos fieles, llevando la cuenta con los dedos y haciendo, á cada uno de los que nombra-
ba, una profunda inclinación de cabeza.

¡Cincuenta, justos y cabales! Ni uno más ni uno menos. ¡Aquello era para desesperarse! Otros días habían faltado cinco, diez, veinte... pero ¿cincuenta? ¿y en tan poco tiempo? Ni aunque se lo hubiesen jurado lo creería don

Cándido, á no estar viéndolo con sus propios ojos. ¡Progresar el mal con tanta rapidez!

Y el buen cura, que, con sus sesenta años á la espalda, todavía no había caído en la cuenta de que pervertir cien almas es más fácil que convertir una sola, desconsolábase al ver aquella general desbandada que amenazaba con la necesidad de cerrar la iglesia en plazo no lejano, por falta de asistentes, y continuaba arrodillado, con los ojos puestos en el Sagrario, pidiendo al Señor un remedio para tantos males como iban á llover sobre Vallespino.

No dejaba de impacientarse, lo mismo á Margarita que á Juanín, la interminable meditación de don Cándido.

Los dos interrumpían frecuentemente sus respectivas ocupaciones y se miraban consultándose con los ojos sobre la conveniencia de llamar la atención del párroco; pero no atreviéndose á tomar esta medida, que les parecía poco reverente, volvían otra vez á sus tareas, resignados á continuar allí, hasta que al bueno del párroco le diese la ocurrencia de pensar en ellos.

Mas como á éste no le venía tal pensamiento, y la cosa iba picando en historia, cansóse Juanín de tener paciencia y se acercó al párroco, diciéndole:

—Está esperando la *señorita* y *paice* que *quie confesase*.

—¿Confesarse, dices?—preguntó don Cándido, saliendo de su abstracción.

—Así *paice*.

—¡Es raro! En fin, voy al momento.

Y se levantó después de hacer una inclinación hacia el Sagrario.

— ¡Confesarse á tales horas! — pensaba, mientras se dirigía al confesionario— ¡Y acabando de tomar la Comunión! Jamás había hecho otro tanto. ¿Sería algún caprichito de niña? No, no; Margarita era formal en todas sus cosas y mucho más en las de Dios. Algo grave ocurría, cuando la joven daba aquel paso.

—Pero, hija ¿por qué no has avisado antes? —preguntó al llegar.

—No me atrevía á interrumpirle.

—Mal hecho, mal hecho—decía entrando en el confesionario—Antes es la obligación que la devoción, y deber mío es acudir á donde me llama la necesidad.

Acercóse Margarita á la rejilla.

Pasó un rato y otro y muchos más, y la confesión llevaba el mismo camino que la oración de don Cándido.

Juanín había tenido sobrado tiempo para limpiar hasta los últimos rincones, á donde jamás llegaba el plumero, y no sabiendo ya que hacer, tomó asiento en un banco con ánimo de pasar allí el día, porque estaba visto que don Cándido y Margarita debían traer al retortero á todos los santos y santas de la corte celestial.

En la iglesia podía percibirse el aleteo de una mosca. Oíase á veces en el confesionario un siseo mezclado de sollozos, suspiros, admiraciones... y luego después, venía un silencio

prolongado que parecía un paréntesis del dolor, una especie de calderón en aquella partitura de lágrimas.

Separóse por fin Margarita de la rejilla, salió don Cándido del confesionario y Juanín dió un resoplido de satisfacción, diciendo para sí:

—¡Gracias á Dios que se acaba la música.

¡Acabarse! ¡Buena estaba la orquesta para que terminase la música!

Todavía no acaba de soltar esta frase, cuando pudo notar, no sin disgusto, que don Cándido y Margarita volvían á las mismas posiciones que antes habían ocupado, dispuestos sin duda á empezar nuevamente sus meditaciones.

Así era. Margarita, pálida por la emoción, con los ojos arrasados de lágrimas, arrodillábase junto al confesionario, dirigiendo á Dios este sentido reproche:

—¡Dios mío! ¿Y nos vais á hacer tan desgraciados?

Y don Cándido, más triste, más abatido que antes, postrábase ante el Sagrario exclamando:

—¡Señor, Señor! que no puedo soportar tan grave carga.

¿Qué había pasado? ¿Qué confesión era aquélla, de la cual salían tan angustiados don Cándido y Margarita?

Nosotros los que á fuer de escritores tenemos el exclusivo privilegio de escudriñar hasta el fondo de las conciencias y penetrar en los más escondidos secretos, podemos, sin violar el sigilo sacramental y salvando el respeto

debido á cosas tan santas, poner á nuestros lectores al corriente de todo cuanto se habían comunicado don Cándido y Margarita.

Empezó ésta por manifestar, que no venía con intención de confesarse. La conciencia no la acusaba de ninguna falta grave, pero estaba tan necesitada de consejos... de dirección... era tan vergonzoso lo que tenía que comunicarle, que no se había atrevido á hacerlo fuera de aquel lugar sagrado. Y era el caso, que sentía ella muy hondo... muy hondo... en lo más hondo del alma una pena con dejos de remordimiento, que ¡valiera la Virgen del Carmen! y los malos ratos que la daba. Porque ella hacía todo cuanto podía, para que nadie lo conociese, y procuraba aparecer tranquila; pero allá en su cuarto, solita con sus penas y con aquella Inmaculada que había heredado de su madre, se desahogaba á su gusto, dando rienda suelta al dolor. ¡Aquellas paredes podrían decir, si supieran hablar, los lloriqueos, súplicas, temores é insomnios que habían presenciado! Y todo por aquel maldito *Cascarrabias*... es decir, por aquel pobre Antón Martínez, que se había empeñado en que le había de querer y ella no podía... no podía de ninguna manera!

Y aquí contaba entre sollozos y lágrimas, toda la historia de sus relaciones con *Cascarrabias*, las cartas..., las amenazas..., la entrevista..., todo...!

Oía don Cándido estas revelaciones, admirando el heroísmo de aquella niña, que, sin

exhalar una queja, había aguantado hasta no poder más la amarga situación en que la tenía colocada *Cascarrabias*, y compadecido de tanto sufrimiento, escuchaba en silencio, sin atreverse á interrumpir la natural expansión con que se desahogaba el alma de la joven.

Únicamente cuando la vergüenza ó el temor hacían callar por un momento á Margarita, escapábase de la garganta del párroco un suspiro mal reprimido, y, como queriendo infundir á la joven el ánimo de que él no estaba muy sobrado, decía con acento cariñoso, en el que reflejaba cierto abatimiento:

—Sigue, hija mía, sigue.

Y continuaba Margarita su relato. Ella no había dicho nada á su padre ni á Daniel, porque tenía vergüenza de hablar estas cosas y temía que ellos hiciesen algún disparate; pero Daniel se había enterado de todo, don Tiburcio lo sabría pronto y ella no sabía que hacer ni por qué camino tirar. Por eso venía, para que la guiase, para que la aconsejase..., para que la dijese... si... si se casaba ó no con aquel desgraciado... porque...

—¿Estás loca, Margarita?—exclamó sin poderse contener don Cándido, interrumpiendo por vez primera á Margarita y revolviéndose en el asiento con tal violencia, que hacía tambalear al confesionario—¿Sabes lo que dices? ¡Casarte tú con *Cascarrabias*! ¡Un angel con un granuja...! con un excomulgado...! con un demonio...! No y no y no. Es decir—prosiguió, en tono más moderado, comprendiendo

que su delicadeza no salía muy bien parada con esta imposición—ese es mi parecer. Pero como yo soy parte interesada, y el interés nos ciega siempre, quizás no te aconseje con toda prudencia. Por eso es mejor que lo consultes con tu padre.

—Si no es eso, padre—decía humildemente Margarita—No he terminado todavía. Yo no deseo casarme con él, ni le tengo nada de afecto; pero como él asegura firmemente que si yo me caso con él, se convertirá y no echará á perder el pueblo, y yo creo que es verdad, porque parece que me lo está diciendo Dios... yo quisiera saber si tengo obligación de hacer ese sacrificio, por salvar su alma y la felicidad de Vallespino.

—¡Haaa...!—dijo don Cándido algo más tranquilizado, y admirando por segunda vez en aquella mañana, toda la grandeza de alma que ocultaba el hermoso cuerpo de Margarita—Eso ya es otra cosa. Pues respecto de este punto, te diré... es decir... te diré... te diré... que... que... Espera á ver que lo piense un poco.

Y don Cándido, con el dedo índice cruzado sobre los labios medio abiertos, el pulgar debajo de la barba y los restantes plegados sobre la mano, miraba al techo del confesionario, como si de allí hubiese de venir la inspiración, repasando al mismo tiempo en la memoria las materias teológicas, en donde pudiese estar previsto aquel caso.

La verdad era, que el pobre cura estaba metido en un atolladero, del cual no sabía salir.

Pensaba por una parte, en que se trataba de la salvación de un alma; y la salvación de un alma tenía él por cosa tan grande, tan excelente, que no recordaba cual, pero sabía que un santo juzgaba poco dar por ella el mundo entero.

Consideraba por otro lado, el sacrificio que representaba para Margarita, unir su suerte con la de aquel demonio; y esto le parecía tan cruel, tan repugnante, que no podía concebir hubiera un Dios que lo mandase. Así que, ante estos dos extremos, que no admitían vuelta de hoja, devanábase los sesos el bueno del párroco, sin saber á que carta quedarse.

¡Por vida del ocho de bastos! ¡Y que no tenía dificultad el dichoso casito! Pero ¿de dónde diantres había sacado aquella bendita de Dios estas cosas, capaces de dejar turulato al mismo San Ligorio en persona? Porque ¿quién ataba aquel par de moscas por los rabos? ¿vamos á ver? *Cascarrabias* necesitaba para su salvación casarse con Margarita; luego ó él era un zopenco, que entendía de teologías lo mismo que de sembrar calabazas, ó era preciso casarlos con todas las de la ley. El dilema no admitía escape.

Sólo que allá, á la larga, echó de ver una cosa. Tío *Roñazas*, verbigracia, necesitaba cien pesetas para... tener veinte duros; los mismos, justitos y cabales, que relucían en el cajón de la mesa del cura. Si tío *Roñazas* apren-

día á formar silogismos como el anterior, es probable que algún día se presentase á reclamar aquellós veinte duros, dando con ello un morrocotudo susto al pobre cura. Claro está, que el caso era muy distinto, pero don Cándido se fijaba en que los dos tenían cierta paridad, y sacaba la consecuencia de que allí había gato encerrado.

—Pero ¿qué me aconseja, padre?—atrevióse á preguntar Margarita, creyendo que el bueno del cura se había dormido ó poco menos.

—Pues hija, Margarita—contestó don Cándido, confesando su ignorancia con ingénua sencillez—la verdad es que no entiendo esta madeja. Ya estudiaré el caso con más detención, y entre tanto vamos á pedir á Dios fuerzas para llevar con paciencia los muchos trabajos que nos atribulan.

Entonces fué cuando los dos se postraron nuevamente cada uno en su sitio, y siguieron abismados en sus respectivas meditaciones, inmóviles, impasibles, como si sus almas, desligadas de la pesada carga del cuerpo, hubiesen volado al cielo, para mezclarse entre los ángeles, sus hermanos, que baten las blancas alas ante el trono del Altísimo, presentando en diamantinos pebeteros, el agradable perfume de las oraciones de los justos.

—Vamos, hija—exclamó por último don Cándido, acercándose á Margarita—Ya hemos pedido bastante y Dios sabe mejor que nadie, lo que ha de hacer.

Y salieron de la iglesia seguidos de Juanín,

quien cerró á toda prisa las puertas, como si temiese que sus amos, sufriendo remordimientos de haber sido tan parcos en la oración, volvieran otra vez á reanudar sus tareas.

Otras eran en verdad las intenciones de don Cándido y Margarita. Apenas habían cruzado el pequeño pórtico del templo, viéronse sorprendidos con un espectáculo nada agradable, que les hizo dar un grito de terror.

Junto á la esquina de la primera calle, Daniel, con el semblante descompuesto por la ira, tenía amarrada á *Tanasia*, sujetándola por el cuello y haciéndola bajar la cabeza casi hasta tocar con la tierra.

—Echa esa carta ¡mala bruja!—decíala por lo bajo—Vomítala ¡sierpe venenosa! Que te he de colgar de un árbol de mi huerto, á ver si los cuervos se atreven á comer tu carne emponzoñada. Así engordas tú ¡costal de porquerías! sirviendo á los canallas y quitando la paz á los hombres de bien. Suéltala la carta ¡alcahueta marrullera! suéltala la carta, que te la he de hacer tragar, á ver si revientas de una vez con ella.

—¡Socorroooo...! ¡Que me matannn...!—gritaba con todas sus fuerzas *Tanasia*, dando alaridos y pugnando inútilmente por librarse de las férreas manos de Daniel—Que yo no tengo carta, Daniel. ¡Que te han *engañao!* ¡Que yo no me meto con *naide!* ¡Que soy una mujer *honrá!*

—¿Honrada, tú? Cuantas habrán ido á la horca con menos motivo. Echa la carta, vuel-

vo á decirte, ó no te suelto hasta que saques media vara de lengua que te sobra.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Que no la tengo, Daniel. Te lo juro... te lo juro *pol too* lo más santo que *haiga* en el cielo!

—¿Qué es eso, Daniel?—dijo don Cándido acercándose—¿Por qué maltratas á esa mujer? ¿Qué escándalo es este? Ya estás dejándola al momento.

—Que me dé la carta—gritaba Daniel, soltando con disgusto á la vieja—Es la alcahueta de *Cascarrabias* y nos está embarullando á todos.

—¿Y qué derecho tienes tú á violar secretos de nadie?

—Son míos, me pertenecen.

—Aunque así fuera, estaría eso mal hecho. Maltratar á una débil mujer es propio de cobardes, Daniel. Que no vuelva á suceder otra vez.

Callóse Daniel ante la justa reprimenda con que le daba en rostro su tío, y retiráronse todos de allí, dejando el campo libre á los vecinos que habían presenciado el lance y lo comentaban á su gusto.

En cuanto á *Tanasia*, podemos afirmar que no llevaba plomo en los pies. Apenas se vió libre de las violentas caricias de Daniel, emprendió una veloz carrera, manoteando furiosamente y gritando con toda la fuerza de sus pulmones!

—¡Mozo vano! ¡Granuja! Me la ha de pagar como me llamo *Tanasia*. Si *too* es *porque*

Antón le ha *quita*o la novia. *Pol* eso me *tié* *tirria* y *quié* *haceme* *pagal* los vidrios rotos. ¡Collón! ¡más que collón! Con *mi* se pondrá ese fachenda que en *toa* su vida ha valido más que *pa* *pintala*.

A todo correr subía entonces Pascuala asustada y gritando de una manera semejante á la de *Tanasia*:

—¡Auxilioooo...! ¡Socorro...! ¡que están matando al *siñol* alcalde...! que lo matan en la taberna de *Cascarrabias*!

—¿Has visto á Daniel, *Tanasia*?—preguntó con acento suplicante, al tropezar con ésta.

Por la mente de *Tanasia* cruzó una sospecha. Acordóse de la conversación que había tenido pocos días antes con Pascuala; y creyendo que ésta había faltado al secreto prometido, poniendo en conocimiento de Daniel todo cuanto sabía, contestó, hecha una furia y en actitud amenazadora:

—¿Que si he visto á Daniel? ¿Y qué te importa á ti? ¡alcahueta! ¡embustera! ¡mala mujer!

—¿*Polqué* dices eso?

—*Polque* eres una traidora, que me has *vendido*, contando á Daniel lo que te dije.

—¿Yo—exclamó Pascuala, procurando admirarse—*Amos* déjame en paz, que voy á *buscar* á Daniel.

—En paz ¿he? *Ahora* verás tú.

Y lanzóse contra Pascuala, que, desprevenida para aquella furiosa investida, no pudo defenderse del primer ataque.

Mas no era Pascuala de las que fácilmente

cobardean. Rehízose al momento, y arremetiéndolo á su vez contra la provocadora, dió comienzo entre ambas una tanda de mordiscos, arañazos y tirones de pelo, que no llevaba camino de terminar.

Consiguió al fin Pascuala derribar á su contraria, y dispúsose á darla una soberana paliza que la dejase recuerdo para toda la vida; pero viendo que á los dolorosos chillidos de la paciente, acudían algunas personas, dió unos buenos azotes á *Tanasia* y escapó corriendo á su casa, mientras que aquélla, mohina, cabizbaja, con el cuerpo magullado, levantábase del suelo sin dar una queja, pero palpándose las carnes, como si todavía sintiese en ellas los nerviosos puños de Pascuala.

Algo funesta iba resultando aquella mañana para la revoltosa vieja. Por dos veces había encontrado la horma de su zapato; y tan bien sentadas la dejaban las costuras, que indudablemente se tentaría la ropa, para meterse de nuevo en semejantes aventuras.

¡Es muy sabia la divina Providencia! Ya se encarga ella de probar, cuando lo estima conveniente, que si la procacidad y el cinismo saben insultar, la prudencia y la bondad no ignoran el modo de castigar.

¡No faltaba más! Si Dios hubiera hecho mancos á los prudentes, sería de lo más cómodo que darse puede, el oficio de los provocadores.



XV

De malísimo humor se había levantado aquella mañana el señor don Tiburcio Castañares y Mazorca, alcalde constitucional de Vallespino.

Verdad es que esto nada tenía de particular; porque en aquella casa, donde antes reinaba la más franca alegría, hacía mucho tiempo que todos andaban caricuerdos, y ni por casualidad se veía un semblante risueño.

Hasta Manuela, la vivaracha Manuela, para quien era desconocida la tristeza, se había contagiado de esta enfermedad, y aseguraba formalmente, que, desde la llegada de *Cascarrias*, el diablo andaba suelto por Vallespino, metiendo la pata en todas las casas y llevándose la paz de las familias.

Y lo que ella decía: no tenía la culpa aquel bandido, sino los calzonazos de los vallespineses, que le dejaban salirse con la suya y no le echaban del pueblo á estacazo limpio. ¡Si ellas fuesen hombres...! ¡Si vistiesen pantalones...! ¡ya estaría mejor arreglado el mundo!

Mas no sabía la buena fámula de la misa la mitad. Juzgaba por lo que constantemente veía en sus amos, ignorando que éstos ocultá-

banse unos á otros sus pesares, y procuraban aparentar una tranquilidad que ninguno de ellos sentía.

Hubiéralos observado, cuando cada uno estaba á solas con sus penas, y entonces quizás habría llegado á comprender todo el séquito de amarguras, que, al pisar en aquella casa, habían dejado las funestas pezuñas de Satanás.

Y no era ciertamente don Tiburcio el que menos parte llevaba en aquel duelo general, que se había apoderado de la casa-curato.

Traíanle apesadumbrado, más que nada, las señales de dolor que veía impresas en el semblante de Margarita, y que ésta no le había explicado, á pesar de habérselo suplicado repetidas veces.

Pero, señor ¿qué tenía aquella criatura? ¿Por qué estaba tan triste, tan decaída, tan flacucha, que casi no era conocida? ¿Algún disgustillo con Daniel? Aunque lo hubiera, sería ciertamente una bagatela que no mereciese la pena de ser tomada en consideración, y mucho menos de producir tan graves trastornos. ¿Llegarían hasta ella los chispazos del fuego que estaba encendiendo *Cascarrabias*? Maldito si tenía que ver Margarita con aquellos intrigantes, que no pensaban más que en arruinar al pueblo. Pues entonces... ¿qué sucedía? Porque era indudable que allí había algo grave.

Y el astuto alcalde, con todos los recursos de su sagacidad, reconocíase impotente para penetrar aquel misterio que rodeaba á Margarita.

Una circunstancia vino á aumentar los celos de don Tiburcio.

Cuando después de la entrevista que Daniel y Margarita tuvieron en el huerto, retiráronse aquellos á su casa, encontrábase en ésta el alcalde, que no pudo menos de notar en el semblante de su hija las huellas de un prolongado llanto.

—¿Qué tienes, hija mía? —la preguntó cuando se quedaron solos.

—Nada, papá—contestó ella con fingida naturalidad.

—¡Nada! ¿Por qué dices eso, si tú misma no lo crees? Nada tienes, y sufres y desaparecen el color de tus mejillas y la sonrisa de tus labios.

—Porque veo á todos sufrir.

—No, Margarita. Tú guardas algún secreto, que no quieres comunicarme, y esto me mortifica. Yo te ruego, yo te mando, si es preciso, que hables con entera franqueza.

Margarita, por toda contestación, rompió á llorar en silencio, mirando tristemente á su padre, como si le pidiese un poco de compasión.

—Está bien, hija mía—dijo don Tiburcio, adivinando los deseos de Margarita—Guarda tu secreto, si así lo crees conveniente, y Dios quiera que algún día no tengas que arrepentirte.

Nada más dijo el alcalde, pero resolvió vigilar desde aquel momento á su hija, hasta conseguir el conocimiento de lo que ésta deseaba ocultarle.

Ni don Tiburcio ni Margarita salieron de casa en todo el resto del día. Esta encerrada en su habitación, aquél haciendo frecuentes viajes para observar á su hija, así pasaron los dos muchas horas, hasta que, avanzada ya la noche, se acostaron para continuar revolviendo en sus mentes los pensamientos que no podían echar de sí.

Y aquí tienen explicado mis lectores, el mal humor, en grado superlativo, con que se levantaba al otro día el señor don Tiburcio Castañares y Mazorca, alcalde constitucional de Vallespino.

Nada tenía esto de particular. Lo raro, lo extraordinario era, que las campanas de la torre sonaban, dando el último toque para la misa mayor, y don Tiburcio las oía como si tal cosa, sin darse gran prisa en responder al llamamiento que aquéllas hacían á todos los feligreses.

Los de casa habían marchado á oír la santa misa y solamente quedaba Manuela, que era siempre la última en salir y la primera en volver por tener á su cargo el cerrar la puerta de la calle. La masa se la hacía vinagre á Manuela, oyendo por una parte el último toque de misa y por la otra las pisadas de don Tiburcio, que paseaba tranquilamente en el piso segundo.

—Don Tiburcioooo—gritó sin poder resistir más—que están dando el último toque y nos vamos á quedar sin misa.

—Vete y deja la puerta abierta, que enseguida salgo yo—contestó el otro desde arriba.

—¡Cosa más original!—pensaba Manuela, mientras se tocaba apresuradamente la mantilla—En fin, él sabrá lo que se hace y callar es bueno; que como dijo el otro: el burro se ata donde manda el dueño. Seguramente que se juega la misa.

Y salió de casa á todo escape, dejando solo á don Tiburcio.

Era lo que éste deseaba. Para encontrar algún hilo del ovillo que andaba buscando, había pensado dar un golpe de mano al cuarto de Margarita, seguro de que allí habría algún indicio que le pusiese sobre la pista.

Decidido á esto, era necesario aprovechar una circunstancia favorable, y ninguna más á propósito, que aquella de estar todos en el templo. Algún remordimiento le causaba tener que perder la misa en día festivo, pero ya le dispensaría Dios, en atención al motivo que le obligaba, y sobre todo, oiría aunque fuese media docena en pago de aquélla.

Tranquilizado por esta parte, ofrecíase otra dificultad. Margarita no había cerrado jamás la puerta de su habitación, pero desde que empezó con aquellas cavilaciones, no salía una vez de casa, sin antes asegurarse de que dejaba bien echada la llave.

Para salvar este inconveniente, fué quitando don Tiburcio las llaves de todas las puertas y probándolas, una después de otra, en la de Margarita, sin encontrar una que entrase en la cerradura.

No había solución. Si quería entrar, necesitaba hacerlo por la fuerza.

Afianzóse sobre una de sus largas piernas, dió con la otra un violento golpe, saltó el pestillo, abrióse estrepitosamente la puerta, y don Tiburcio entró en la habitación, sonriéndose de su hazaña, pero temblando de miedo, como si fuese á cometer un crimen.

Lo primero con que tropezaron sus ojos, y que desde luego llamóle la atención, fué el cofrecillo de madera que estaba encima de la mesa. Seguramente que allí estaba una parte del secreto por lo menos, porque bien sabía él, que juguetes de tal naturaleza en poder de una joven, no tienen más misión, que servir de mudos confidentes á los secretos de su dueña.

Tomóle en sus manos, examinándole atentamente por todos lados, y distinguió en la tapa algunas manchitas, que, sin saber por qué, le parecieron procedentes de los lindos ojos de su hija.

También la cajita estaba cerrada; pero el que no había reparado en romper una puerta, poco repararía en abrir aquel juguete. Introdujo por la cerradura la hoja de un cortaplumas, y tan excesivo esfuerzo quiso hacer, que volcóse el cofrecillo, rodando por el suelo rosarios, alhajas, dedales, escapularios, todo revuelto entre varios papeles escritos.

Estos fueron los que despertaron el interés de don Tiburcio. — Cogió uno de ellos, leyó la firma y...

—¡Antón Martínez!—dijo, sobrecogido de

temor, como si viese revelado en aquel odioso nombre, el secreto que tanto le atormentaba— ¿Qué asuntos tiene que ventilar ese canalla con mi hija? ¿Será él la causa de tantos sinsabores?

Cogió otro papel... y otro... y otro... ¡En todos la misma firma! ¡En todos el nombre de *Cascarrabias*, que sonaba en los oídos del alcalde como el eco de un crimen repugnante!

Frunció el entrecejo y comenzó á leer con angustioso recelo.

No sé si alguno de mis lectores habrá estudiado el curioso fenómeno psíquico que nos ofrece el semblante de una persona que lee una carta. Fijad, si queréis, vuestra atención, y os encontrareis sorprendidos, al ver que, de la misma manera que se reflejan las imágenes en un espejo, van reflejándose en la cara del lector las diversas impresiones que produce en su alma el contenido de la carta.

Esto mismo sucedía á don Tiburcio. A medida que avanzaba en la lectura, iba revistiéndose su semblante de tristeza, de compasión, de abatimiento, de ira, según la impresión que dejaban en su alma los párrafos escritos por la pluma de *Cascarrabias*.

—¡Pobre hija mía!—murmuró al terminar la lectura y comprender el fondo de amargura, de sobresalto, de temor, en que se agitaba el espíritu de Margarita.—Has sido juguete de un villano, que está abusando de tu excesiva inocencia. ¡Yo sabré velar por ti!—continuó, exaltado por la indignación y haciendo peda-

zos las cartas.—¡Yo castigaré al miserable, que no respeta lo que respetarían las mismas fieras! ¡Yo destruiré sus perversas maquinaciones, como destruyo estos papeles, frutos de su refinada malicia! ¡Veremos si ese aborto del infierno se atreve á jugar con un caballero, lo mismo que con la inexperiencia de una joven!

Don Tiburcio estaba transformado. Entre todos los terribles berrinches, que de cuando en cuando le atacaban, llenando de pavor á quienes tenían que sufrirlos, ninguno había jamás alcanzado las proporciones del que estaba sufriendo en aquellos momentos.

Y se comprende. Tocábale aquel golpe en la fibra más delicada, en su hija, en aquella hija donde se miraban los vallespinenses como en cosa propia, y su corazón de padre encrespábase de coraje, solamente al pensar, que la inmunda baba de *Cascarrabias* llegase á empañar la cristalina pureza de Margarita.

—¡Ahora mismo ha de ser!—gritó, exasperado por la ira, como si tratara de imponerse una enérgica resolución, que rechazaba su delicada conciencia.

Y salió disparado de casa, dando descomunales zancadas en dirección á la taberna de *Cascarrabias*, sin acordarse en su frenético azoramiento, de cerrar la puerta de la calle.

Hallábase Antón muy ocupado en hacer la distribución de los trabajos electorales, que pensaba encargarse á sus muñidores; pero su imaginación, desligada por completo de aquella labor poco grata en las actuales circunstan-

cias, vagaba por los espacios del amor, reproduciendo la escena de que dos días antes había sido testigo la casa de los *Roñazas*, y trayendo á la memoria aquellas halagüeñas palabras de Margarita, que sonaban en los oídos del tabernero como las últimas notas de una melodía wagneriana.

—El día en que yo tenga seguridad de que Dios me impone ese sacrificio, cueste lo que costare, Margarita Castañares será la esposa de Antón Martínez.

—Y tanto como tendrá seguridad—pensaba el tabernero.

En esa parte estaba muy tranquilo; ya sabía él que la boda no quedaría en agua de borrajas, porque la sogá se rompiese de este lado. Algo más le daba en qué pensar Daniel, aquel entrometido, que, aunque no fuera más que por envidia, trabajaría para echarlo todo á rodar. Pero eso... ¡habría que verlo! ¿Quién le mandaba á Daniel meterse en tal fregado? Si Margarita elegía libremente, nadie podía hacer otra cosa que callar y tener paciencia.

La presencia de don Tiburcio interrumpió á *Cascarrabias* en la doble tarea con que fatigaba su imaginación, y púsole delante una nueva dificultad, de la que había prescindido en sus cálculos.

Así era en efecto. Jamás el recuerdo del alcalde había preocupado en sus aspiraciones al tabernero; mas al ver ahora aquella figura airada, que, semejante á la sombra de la virtud ultrajada, surgía como por encanto ante él en

actitud nada pacífica, sintióse sobrecogido de respetuoso temor, y levantóse, diciendo con la más exquisita amabilidad:

—¿Tanto honor...? ¿A qué debo el gusto de ver en mi casa al digno alcalde de Vallespino?

—Esta para el galanteador de mi hija, y ésta para la plaga de mi pueblo—dijo por toda contestación don Tiburcio.

Y juntando la acción á la palabra, descargó en las mejillas de *Cascarrabias*, una con cada mano, dos sonoras bofetadas, que repercutieron en las paredes de la taberna y obligaron al tabernero á doblarse á uno y otro lado, como si llevase con el cuerpo el cómpas de algún galop infernal.

—Esto por primer aviso—siguió diciendo don Tiburcio—el segundo será en otra forma.

Y luego á continuación, el digno alcalde de Vallespino, sereno, altanero, desdeñoso, volvió bruscamente la espalda al tabernero y salió del «Bar Modernista» con la más confiada tranquilidad.

Cascarrabias era cobarde, aunque otra cosa aparentase. Allá en otros tiempos, cuando el porvenir de su existencia fluctuaba entre la miseria, la rapacidad ó el presidio, hubiera tenido poco inconveniente en jugarse la vida por una ofensa menos grave que la que acababan de dejarle impresa en el semblante las no muy blandas manos de don Tiburcio. Pero las cosas habían cambiado mucho en pocos años; la vida tenía atractivos, el horizonte se presentaba risueño, había encontrado un filón de san-

gre proletaria muy agradable á su paladar de sanguijuela política, y *Cascarrabias*, que, con todos sus pujos democráticos, iba muy á gusto en el machito burgués, creía del caso apreciar en algo la intangibilidad de su interesante persona, y tener á su pellejo todas las consideraciones que le eran debidas.

Por esto sin duda, ó por que el alcalde le inspiraba un miedo cerval, es lo cierto que recibió las dos magníficas bofetadas, no según el espíritu, pero sí según la forma que aconseja Jesucristo, y viendo que nadie se había apercibido de aquel lance poco honorable para su dignidad de jefe de partido, y que la cosa no pasaba á mayores, dejó que don Tiburcio se marchase en paz, contentándose él con lanzar una mirada de tigre vengativo, en la que se reflejaban todos sus sanguinarios instintos, al mismo tiempo que gruñía por lo bajo:

—¡Hidalguillo endiosado! ¡Infame monterilla! Ya llegará el día de saldar nuestras cuentas..., y te juro ¡estampa de tiranuelo! que estas bofetadas, impresas en mi rostro, te las he de plantar yo en tu misma honra... ¡en tu honra de alcalde... y de padre!

Pero luego después, como si le asaltase una idea que deseaba aprovechar, corrió á la puerta, salióse nada más que unos pasos fuera de ella, y viendo que don Tiburcio había desaparecido, empezó á dar gritos desaforados con intención de atraer gente.

—¡Esto es un abuso!—decía—¡Una desvergüenza! ¡Una provocación que me va quitando

la paciencia! En este pueblo no puede vivir ninguna persona decente mientras estén esos tiranos. ¡Venir á insultarme...! ¡en mi propia casa...! Eso no lo hace nadie más que él. Y todo es porque me tienen envidia... porque les estorbo...

—¿Qué es eso, Antón? ¿Qué pasa?—preguntaban algunos hombres, que habían acudido á los gritos del tabernero.

Y éste, colocado en medio de ellos, en actitud de víctima, gesticulaba y gritaba así:

—¿Qué ha de pasar? Que se han empeñado en que me marche de este pueblo. Ahora acaba de estar aquí el alcalde, para amenazarme con que, si en el término de tres días no abandono el pueblo, hará y acontecerá que se yo qué. Hace poco tiempo, estuvo el otro, el de los *capisayos*, ofreciéndome hasta mil pesetas, si prometía ausentarme de Vallespino. El otro, Daniel, me la tiene jurada, porque dice que la novia... y en fin, yo no se que hacer... porque se me va acabando la paciencia.

—¡Pero eso es una tiranía!—decían unos.

—¡Eso no lo permitiremos nosotros!—vociferaban los más.

—¡Eso es que quieren hacernos miedo!

—¡Y no tenemos miedo!

—¡Viva Antón! ¡Viva la *libertáa*!. ¡Mueran los tiranos...! ¡Abajo los canallas...!

Y entre los que habían venido antes, y los que fueron llegando después, formóse un numeroso grupo de gente, que se despachaba á

su gusto, dando *vivas* y *mueras* contra todo lo habido y por haber.

Acudió también Pascuala, llevada de su natural curiosidad, y cuando se enteró del escándalo y oyó los *mueras* contra el alcalde, creyó que estaban descuartizando, ó poco menos, á este, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, enderezó á correr calle arriba, pidiendo auxilio, con la sana intención no solamente de salvar á don Tiburcio, sino también de ganar otro de los cinco duros prometidos.

El encuentro con *Tanasia* impidióla llevar adelante sus propósitos, y sobresaltar más de lo que estaban, á la hija y amigos del alcalde.

Tampoco había necesidad, porque comprendiendo *Cascarrabias* que el populacho se enardecía demasiado, y que podía él resultar seriamente comprometido, rogó á los manifestantes que se disolviesen sin hacer manifestaciones hostiles, porque todavía no era llegado el tiempo de alzarse contra las tiranías del alcalde.

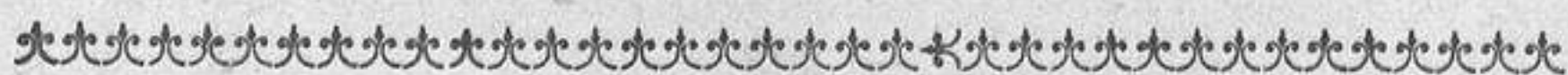
Obedecieron todos, retirándose pacíficamente, y quedóse Antón satisfecho de la docilidad con que se sometía aquella colonia de mansos borregos. Algo menos satisfecho le dejaban las dos bofetadas de cuello vuelto, que todavía le estaban escociendo y probablemente le escocerían por toda la vida.

Después de todo, bien ganadas las tenía. Y si su compañera *Tanasia* había recibido en aquella mañana algo de lo mucho que merecía, estaba muy puesto en razón que también le alcanzase á él el reparto, para que así resplande-

ciese más la acción de la Providencia, juntando en el castigo á los dos cómplices.

Algo más le había tocado á *Tanasia*, pero tampoco *Cascarrabias* se escapaba sin una buena tajada; y si á echar cuentas fuéramos, quizás éste habría salido peor librado que aquélla, porque dos bofetadas bien puestas en el semblante de un soberbio, tan soberbio como *Cascarrabias*, ya merecen ser clasificadas entre los golpes, que dejan al paciente en estado de pronóstico reservado.





XVI

Si mis lectores tienen en cuenta, que Manuela, el ama de don Cándido, no se acostaba una noche sin haber registrado antes en compañía de Juanín los más escondidos rincones de la casa, podrán calcular de alguna manera el morrocotudo susto que se llevó la fiel sirvienta, cuando al volver de misa mayor encontró la puerta abierta y la casa solitaria.

—¡Don Tiburcio...! ¡Don Tiburcio...!—gritaba, recorriendo una por una todas las habitaciones.—Echale un galgo á don Tiburcio. Pero ¿dónde se ha metido ese hombre de Dios? ¡Y marcharse con esa frescura, dejando la casa abandonada! Si estamos todos locos. Si ese maldito *Cascarrabias* nos ha de volver los sesos agua. Sí... ¡¡San José bendito!!—exclamó al llegar al cuarto de Margarita, quedándose plantada y mirando con ojos espantados los destrozos que había hecho don Tiburcio—¡¡Santo Angel de la Guarda!! ¡¡Nos han robado!! ¡Auxilio...! ¡Ladrones...! ¡Socorro...

Y echó escaleras abajo, saltándolas de cuatro en cuatro, llorando, chillando y voceando sin cesar como una loca en demanda de socorro.

Tan ciega por el miedo iba la pobre Manue-

la, que ni siquiera se apercibió de que en aquel momento entraba don Tiburcio en casa; así es, que seguramente hubiera tenido lugar entre ambos un formidable choque, si el alcaide, viendo á tiempo el porrazo que se le venía encima, no hubiese procurado con todas sus fuerzas contener la vertiginosa carrera de aquélla.

—¿Qué haces, bestia? Si parece que estás fuera de juicio.

—¡Socorrooo...! ¡Auxiliooo...!—seguía gritando Manuela, aturdida por el miedo, sin atender á don Tiburcio.

—¿Te quieres callar, alborotadora? ¿Qué sucede para que grites de esa manera tan descompasada?

—¡¡Que nos han robado, señor!! ¡Nos han robado, por marcharse usted sin cerrar la puerta!

—¡Imbécil, más que imbécil! ¿Qué es lo que han robado?

—¡Arriba... en el cuarto de la señorita... todo roto... todo revuelto...!

—Lo hice yo—murmuró secamente don Tiburcio.

Lo natural era que Manuela hubiese preguntado el motivo de aquel destrozo, y ciertamente no la faltaron deseos; pero pareciéndola que el alcalde no traía cara de amigos, se dió un nudo á la lengua y avergonzada del soberano planchazo que acababa de hacer por demasiado ligera, entró callandito en la cocina á preparar el chocolate para don Cándido.

En el hogar no había quedado ni una chis-

pa de fuego y Manuela tuvo que encenderle á toda prisa, pidiendo á todos los santos del cielo que detuviesen á don Cándido en la iglesia, hasta que el desayuno quedase preparado.

—¡Dios de Dios!—decía abriendo y cerrando rápidamente el fuelle, que despedía un chorro de aire capaz de poner en combustión hasta los ladrillos del hogar.—¡Pero qué cosas... que cosas están pasando en esta casa! Y todo es por el enemigo malo que se nos va metiendo en el cuerpo. ¡San Antonio bendito! ¡Que no venga! ¡Que no venga hasta que esté hecho el chocolate!

Fuera por influencia del milagroso santo, ó porque la confesión de Margarita le había retrasado bastante, don Cándido no daba señales de venir, y Manuela pudo respirar con satisfacción al ver *escudillado* el hirviente soco-nusco.

Había en el banco de la derecha una mesita, de esas que se pliegan sobre el respaldo de aquél, en la cual solía don Cándido tomar el desayuno y fumar después un cigarrillo, mientras daba un ligero repaso al periódico.

Manuela tuvo tiempo de preparar la mesa, el chocolate, el vaso de agua, el periódico, todo; y no sabiendo ya que hacer, plantóse en la ventana, esperando la llegada del párroco.

Y pasó un largo rato y otro y todos los que ya antes hemos visto hacían desesperar á Juanín en la iglesia, hasta que por último remanecieron don Cándido y sus acompañantes, poniendo término con su venida á la buena se-

sión de ventana que se había tirado al colete Manuela.

Contra la costumbre de toda su vida, atravesó don Cándido la cocina, y, sin hablar una palabra, sin cuidarse del chocolate, entró en el despacho, dando un tremendo portazo y dejando á Manuela más plantada que un alcornoque.

Esperó otro largo rato, pero viendo que el señor cura se acordaba del desayuno lo mismo que del gran Tamerlán de las Indias, se atrevió á asomar la cabeza por la puerta del despacho con intención de llamar al párroco.

El espectáculo que se presentó á la vista de Manuela produjo á ésta una grave tentación de risa.

La librería estaba en completo desorden, la mesa aparecía llena de libros abiertos, dos sillas, colocadas á los lados, sostenían montones de pergaminos, y en medio de este laberinto de papel impreso, don Cándido, con el sombrero todavía en la cabeza, el bastón debajo del brazo y calados los anteojos, iba pasando la vista de uno á otro libro, parándose á veces en alguno de ellos.

—Señor—dijo con timidez Manuela desde la puerta—¿lleva cuenta de tomar chocolate? Mire que se está poniendo como un engrudo.

—Haz el favor de dejarme en paz—murmuró don Cándido de mal talante, echando por encima de las gafas una mirada hosca—y arroja si quieres el chocolate por la ventana, que bastante desayuno tengo yo metido en el cuerpo.

Y siguió con su entretenida tarea, en tanto que la criada *abroncada* por la andanada de su amo, retirábase á escape, haciendo visajes de admiración.

—Pero, Dios mío, ¿dónde se encuentra este demonches de caso?—decía el párroco, repasando el índice de las materias morales—También es mucho cuento, que no pueda yo dar con él. Actos humanos..., conciencia..., ley... ¡Quiá! ni por esas. Pecados... ¿Estará en los pecados? No puede ser; adelante. Virtudes... Hombre, esto ya es otra cosa. Me parece que de aquí no escapa. Vamos á ver: fe..., esperanza..., caridad... Aquí tiene que ser. Escándalo..., corrección fraterna..., limosna..., amor al prójimo... ¡Pintiparado! Le viene como anillo al dedo. Lo que es si aquí no le encuentro, echo todo á rodar y que haga Margarita lo que se le ponga en la mollera.

Tomó uno de los libros que tenía delante, buscó la materia indicada, y arrellanándose en el sillón, empezó á leer con ávida curiosidad.

—¡Eso mismo! ¡eso mismo! ¡eso mismo!—exclamó de repente, con el semblante iluminado por el júbilo y descargando sobre el libro un puñetazo, que puso en conmoción á todo lo que había encima de la mesa—Y que le sobra razón al Padre Gury por encima del bonete. Aquí lo dice bien clarito: «nadie está obligado, por caridad y con grave detrimento, á sacar del pecado á otro, cuando éste puede por sí mismo librarse de aquél, mediante la confesión ó un acto de perfecta contrición.» ¡Ahí está!

¿A quién diantres le ocurre imponer un sacrificio tan grande á la chica, cuando no hay extrema, ni grave, ni siquiera común necesidad? Que vaya al cuerno *Cascarrabias* con sus marrullerías, y si quisiere arrepentirse de su endiablada vida, ya sabe donde tengo el confesionario. ¡Estaría fresco! No se ha hecho la miel para la boca del asno.

Y don Cándido, mientras cerraba precipitadamente los libros que iba metiendo en el estante, bromeaba con chistes alusivos al desengaño que había de sufrir *Cascarrabias*; se frotaba las manos dando sonoras palmadas, y reía con toda la expansión de un niño, que ve en sus manos el juguete por mucho tiempo suspirado.

Arquímedes al descubrir el fundamento de su célebre principio, no debió experimentar satisfacción más grande, que la que estaba sintiendo el bendito párroco, al ver descubierta la incógnita de aquella terrible dificultad, que torturándole la inteligencia, le oprimía también el corazón.

Acordóse entonces de que Margarita estaría esperando con impaciencia la solución del conflicto, y pareciéndole un exceso imperdonable de crueldad, retardar un momento aquella noticia, que dejaba á la joven en libertad para dar á *Cascarrabias* unas solemnes calabazas, arrojó la pila de libros que trasladaba desde la mesa al estante, y salió á todo correr del despacho llamando á Margarita.

Estaba Manuela sentada en el hogar revol-

viendo en su imaginación y haciendo cábalas sobre los extraños sucesos que convertían la casa-curato en verdadero infierno, cuando vió á don Cándido que, saliendo del despacho, cruzaba como una exhalación por delante de ella en actitud nada tranquilizadora.

Lo menos creyó la atolondrada sirvienta, que don Cándido, desesperado por alguna causa que ella ignoraba, iba á cometer una de esas barbaridades que hacen época en los pueblos; así que, sin pararse á discurrir más, impulsada por el miedo que la dominaba toda la mañana, lanzóse en persecución del cura, apretándose la cabeza en señal de desesperación y gritando como ella sabía hacerlo:

—¡Por Dios, amo mío! ¿Qué va á hacer usted? Que nos pierde... que nos arruina á todos. ¡Ay santo Cristo de la Columna, que desgracia tan grande!

Bájaba en aquel momento por las escaleras Margarita, toda azorada y corriendo de la misma manera que los otros.

—Lo encontré, lo encontré—decía don Cándido, batiendo palmas, apenas divisó á la joven.

—¡Pronto...! ¡pronto...! Está desesperado... loco...—exclamaba Margarita, como si embargada por otros pensamientos, no se fijase en las palabras del párroco.

Y Manuela, corriendo detrás del cura, hacía con los brazos exagerados movimientos para indicar á Margarita que detuviera á don Cándido, gritando al mismo tiempo:

—Detenlo, Margarita. Agárrale, que nos

va á perder á todos. No se irá, no señor—continuaba diciendo, al dar alcance al párroco, á quien agarraba por la sotana—No se irá porque antes me dejaré matar.

Aquello parecía el famoso cuento de los cinco sordos.

Ninguno de los que intervenían allí, tenía lesionado el segundo de los sentidos corporales, pero durante el corto espacio de tiempo que tardó en desarrollarse esta rápida escena, todos quedaron perplejos, sin entender uno lo que significaban las palabras del otro.

—Pero ¿qué confusión es esta?—dijo, serenándose un poco don Cándido—Si parece que estamos todos locos y que la casa-curato se ha convertido en casa de orates. Haz el favor de soltarme—añadió, dando un empujón á Manuela—y sepamos lo que pasa aquí. Vamos á ver ¿qué dices tú, Margarita?

—Que mi padre está el pobre muy acalorado—contestó gimoteando Margarita—porque ha roto la puerta de mi cuarto y se ha enterado de todo.

—¿Y por qué hace eso el babeiaca? ¿Quién le manda meterse en los charcos? Habré de darle un estirón de orejas, para que aprenda á tener educación. Sosiégate, hija mía, sosiégate, que ya se le pasará. ¿Y á ti?—dijo, dirigiéndose á Manuela—¿que tripa se te ha roto? ¿Por qué te agarras á mí como una lapa?

—Es que... pensaba... creía...—contestó Manuela, avergonzada por el segundo planchazo

de aquella mañana—como veía á usted tan enfadado... que iba á cometer alguna barbaridad.

—La barbaridad que yo hago, es no darte un par de sopapos que te estás ganando ¡simplona! Parece mentira que á los cuarenta años no seas más que una niña mal criada.

Y volviendo la espalda á la sirvienta, subió seguido de Margarita, en busca del airado alcalde.

Margarita había dicho que su padre estaba desesperado, y señalaba como causa el haber conocido el secreto que se le ocultaba; pero lo que no dijo, fué algo que había mediado entre ella y don Tiburcio, y que nosotros debemos conocer, siquiera sea para juzgar imparcialmente la conducta del alcalde.

Apenas llegó Margarita de la iglesia, cogióla su padre de la mano, y entrando en una habitación, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Estoy enterado de todo, Margarita, y si el miserable que ha osado poner los ojos en tu persona, no ha sido castigado como merecía, ya tiene una prueba de lo que es capaz de hacer el alcalde de Vallespino. Es preciso que esto termine de una vez, y me vas á manifestar punto por punto, todo lo que haya sucedido entre *Cascarrabias* y tú.

Había en las palabras de don Tiburcio tal resolución, que Margarita creyó ver en ellas una amenaza, y sintió escalofríos de temor, no por ella sino por su padre, á quien los accesos

de furor, rayano en locura, ponían fuera de juicio.

¿Cómo, pues, revelar las vacilaciones en que ella se encontraba, y aumentar de esta manera la indignación de su padre, dando ocasión al probable conflicto que tanto tiempo hacía estaba temiendo? Preciso era evitarlo á toda costa, pidiendo á su padre una prórroga, hasta que don Cándido resolviese aquel asunto en uno ó en otro sentido.

Todo esto pensaba Margarita, mientras escuchaba la severa introducción con que su padre daba principio á la entrevista, y cuando éste hubo terminado de hablar, contestó aquélla con acento cariñoso:

—¡Papá! ¿y si yo le suplicase una cosa?

—Nada de súplicas ni de contemplaciones. Aquí se hace lo que mando yo y nada más.

—Espere hasta mañana... nada más que hasta mañana y yo le prometo decirle todo.

—¿Y por qué ha de ser mañana? No, señor; ahora mismo y antes de que me vea obligado á repetir el mandato.

—¡Pero si es... que...—murmuraba Margarita sollozando—yo no se... si... si... debo casarme con Daniel!

Que quiso oír don Tiburcio. Plantóse delante de su hija con los puños crispados, envolviéndola en una mirada amenazadora, y dijo, subiendo otro peldaño en la escala de la cólera:

—¿Que no sabes si debes casarte con Daniel? ¿Con quién debes hacerlo entonces?

¿Con ese bandido? ¿con ese criminal? Dí, Margarita, ¿es con ese...?

Y como si el silencio que guardaba su hija, le pareciese una contestación afirmativa á estas preguntas, subióse de un salto al último escalón del furor, desde donde gritaba, todo descompuesto:

—¿Tú...? ¿Casarte tú con un engendro de Satanás? ¿Deshonrar mis canas con esa infamia? ¡Margarita...! ¡Antes que tal hicieras... yo sabría cumplir con mi deber! ¡Mala hija! ¡Vete de aquí! ¡Apártate de mi presencia á donde no te vean mis ojos!

Obedeció Margarita toda deshecha en llanto, sin desplegar los labios, y bajó en busca de don Cándido, dejando á su padre como había dicho, desesperado, loco por la ira.

Todo esto, que Margarita no se atrevió á decir delante de Manuela, íbalo contando á don Cándido, mientras subían las escaleras; y éste á su vez dando á conocer á la joven el resultado satisfactorio de sus investigaciones morales, procuraba tranquilizarla, asegurando que todo aquello sería una tempestad desencadenada en un vaso de agua.

Terminadas estas explicaciones, dejó don Cándido á Margarita para entrar en la habitación del alcalde, y haciendo asomar á su rostro una sonrisa la más burlona y punzante que supo encontrar, encaróse con don Tiburcio, diciendo con acento de fina ironía:

—¡Aquí está Rolando furioso! ¡Aquí está Fierabrás! ¡Aquí está el tigre de Bengala, ca-

paz de comerse... un huevo frito de una sentada!

—¿También tú vienes á atormentarme con tus burlas?—decía don Tiburcio, midiendo á grandes pasos la habitación.

—Si vieras que mono estás así. Daría cualquier cosa por sacar una fotografía de tu interesante figura. ¿Qué vale Otelo, aquel morazo de Venecia, de quien cuentan que no acababan?

Para muchacho de sangre
Tiburcillo Castañares

Así, en verso y todo.

—¿Te quieres callar? ¿Te quieres callar?—replicaba el alcalde, amenazando con los puños al párroco—Mira que necesito descargar sobre alguno, y vas á ser tú el pagano.

—¡Si ya lo se! Si precisamente por eso tengo un miedo tan grande... tan grande... que me río en tus propios bigotes.

—Pues no estoy yo para risas.

—Vamos, ven aquí, terror de *os montes*. Siéntate conmigo, pichoncito; pero no te subas á la parra, porque te vas á caer y sentiría mucho que te lastimases.

Y así diciendo, echaba don Cándido una mano por la espalda del alcalde, arrastrándole con la otra hacia un sofá, donde se sentaron los dos.

—¿Ves que bien así? Ahora cuéntame tus penas y dime que te sucede para estar tan enfurruñado.

—¿Quiéres que me pase más? ¿Te parece

poco, que esa mosca muerta sale ahora con la embajada de que quiere casarse con *Casarrabias*?

—¿Margarita?

—Margarita, sí.

—¿Qué me cuentas, hombre? ¡Vaya una coincidencia! ¿Pues si es precisamente lo que tenía yo metido entre ceja y ceja?

Ya podemos asegurar que don Cándido ejercía pleno dominio sobre el alcalde, cuando consiguió terminar la frase, sin que éste le volviese de un revés la cara al otro lado.

Levantóse de un salto don Tiburcio; echó pestes contra Margarita, contra don Cándido, y alguna le tocó también á Daniel; pero el párroco le oía con toda la cachaza del mundo, y cuando el otro se hubo desahogado á placer, continuó diciendo tranquilamente:

—Ahora, que si no te agrada ese matrimonio, me retracto desde luego de mi pensamiento, y estoy seguro de que la muchacha hará exactamente lo mismo.

—¡Arrepentirse ella! Tú siempre tan bobo. ¿Por qué no lo ha hecho antes?

—Porque eres un bárbaro que en cuanto se te planta en la cabeza la bilis que tienes en el estómago, no atiendes á razones ni á nada. Tu hija es un ángel, un verdadero ángel, que está sufriendo por anticipado las penas del purgatorio, y tú un cernícalo que acabas de darle el disgusto más inmerecido.

Y don Cándido, para probar lo que estaba diciendo, fué contando á don Tiburcio los

sucesos de aquellos días, sin omitir las desazones que habían obligado á Margarita á revelar la situación en que se encontraba.

Comprendió entonces el alcalde la sinrazón de su brutal enfado, y toda la cólera que antes habíale desequilibrado el sistema nervioso, fué disipándose poco á poco, para dar paso al tierno cariño de padre.

—¿Y qué hacemos?—preguntó, cuando don Cándido terminó la narración.

—Adelantar la boda. Si te parece bien, hoy mismo pongo un oficio solicitando dispensa de dos proclamas, y en cuanto pase el jaleo de las elecciones, los casamos.

—Está bien; pero antes necesitamos conocer el deseo de ellos.

—Nuestro deseo es el de ustedes—exclamaron á un tiempo Daniel y Margarita, presentándose repentinamente en la habitación.

No había perdido el tiempo Margarita. Apenas don Cándido se presentó ante el alcalde, fué ella en busca de Daniel, para contarle cuanto había sucedido y cumplirle la palabra que había dado el día anterior en el huerto.

Tan grande fué el alegrón de Daniel al recibir estas noticias, que propuso á Margarita adelantar la boda cuanto fuera posible, y como á esta pareciese muy bien aquel pensamiento, se dirigieron los dos inmediatamente al cuarto donde estaban los viejos. No tuvieron necesidad de exponer sus deseos, porque al llegar á la habitación, se enteraron de la proposición que hacía don Cándido.

—¡Hola, picarillos!—exclamó éste al verlos. —¿Estábais escuchando vuestra sentencia? Pues entonces nos ahorrais el trabajo de publicarla. Ahora un abrazo por todas las rabieta y malos pensamientos que hemos tenido en estos días.

Y los cuatro se confundieron en un estrecho abrazo, permaneciendo algunos instantes silenciosos, estáticos, con las cabezas humilladas, como si recibiesen la bendición del cielo, cuyos dulces efluvios parecían sentir en sus atribulados corazones.

La felicidad volvía á enseñar su risueño semblante en la casa-curato.

¿Duraría mucho? Difícil es precedirlo; porque los golpes del infortunio son amorosas caricias, con que la mano paternal de la Providencia obsequia á las almas buenas, para limpiarlas del polvo que van cogiendo en el camino de la vida. Y como Dios ama tanto el aseo del corazón, rara vez se confía á sus elegidos, sin antes purificarlos enteramente en el crisol de las mayores amarguras.



XVII

Como ligera nubecilla de verano, que aparece en el horizonte, semejando una fantástica mancha esfumada por algún gigante mitológico en el cerúleo fondo del firmamento, y luego crece poco á poco y se hincha y se extiende por todo el espacio, velando los rayos del sol y desatándose en ruidosa tempestad, así salió de la iglesia la inesperada noticia, y circuló rápidamente por todo el pueblo, dando pábulo al comadreo callejero y levantando por todas partes una tormenta de admiraciones, hasta que encajonada en la sima con honores de boca de la sucia *Tanasia*, llegó á oídos de *Cascarrabias*, cuando éste distraía sus aburrimientos, lanzando bocanadas de humo que arrancaba á un infame cuartelero.

—Pero ¿qué hace *usté* así, como un bendito? —gritó *Tanasia*, exasperada al ver tranquilamente sentado al tabernero.

—Pues ya lo ves; echar humo y pensar en las musarañas.

Y *Cascarrabias*, al hablar así, balanceábase muellemente en la silla, al mismo tiempo que miraba con indiferencia las caprichosas espira-

les en que se resolvía la columna de humo que arrojaba por su boca.

—¡Habrás visto hombre de más cachaza!

—¡Pchs! qué quieres; como no me dan prisa mis negocios...

—¿Ni tampoco Margarita?

—Que es eso de Margarita—murmuró el tabernero, poniéndose en guardia.

—Pero ¿no sabe *usté ná*?

—Lo que sé es que te voy á rajar de un silletazo si no desembuchas pronto ¡vieja del infierno!

—*Pus mie usté, que ahura mesmo han echao la tres pol una á Daniel y Margarita.*

Como autómata movido por un resorte, levantóse bruscamente *Cascarrabias* al oír estas palabras, y, aproximándose casi hasta tocar con su rostro á *Tanasia*, murmuró penosamente, con los ojos desencajados y la ansiedad dibujada en el rostro:

—Pero ¡eso... eso que dices... no será invención tuya!

—¿Invención mía? ¡Angel de Dios! Si no se oye otra cosa *pol too Vallespino*.

—¡Desgraciada suerte la mía! Todo me ha de salir bien, menos lo que interesa á mi corazón.

Y dejóse nuevamente caer en la silla, doblando la cabeza con desaliento.

—No se desanime *usté, señol Antón*, que *too tié* remedio en este mundo. ¡Que paño! ni se como es *usté* tan tonto que se mata *pol esa sosa*. ¡Valiente sinsustancia! *dejal á usté pol ese*

fachendoso de Daniel, que no *tié* más que *fegura*. ¡Beatucha, más que beatucha! á *sabel* la *güena* pieza que estará hecha esa...

—¡Bruja de Barrabás!—gritó furiosamente *Cascarrabias*, abalanzándose y cogiendo entre sus dos manos el cuello de *Tanasia*—Si vuelves á poner tu lengua de sabandija en esa virgen á quien yo adoro, te voy á retorcer el gaznate como á una gallina.

—¡*Pol* Dios, *siñol* Antón!—suplicaba *Tanasia*, pugnando por desasirse de las manos del tabernero—¡Si yo lo hacía *pol consolal* á *usté*!

—¡Consolarme! ¿Y qué has hecho tú ¡vejstorio indecente! qué has hecho tú para impedir ese matrimonio? ¿Por qué no me has avisado antes? ¡saco de podredumbre! ¡costal de mojama! ¡Por qué no me has avisado! ¿dí? ¡Que el diablo cargue con mis huesos, si no pagas ahora mismo tu torpeza!

Y soltando una horrible blasfemia que hizo estremecer de espanto á *Tanasia*, agarró la silla en que estaba sentado, con ánimo de arrojarla contra la vieja; pero ésta, que había comprendido la intención y conocía mejor que nadie los arrebatos de *Cascarrabias*, tomó apresuradamente la puerta, guardándose para otra ocasión las disculpas, que, en defensa propia, pensaba aducir.

Quedóse Antón con la silla en la mano para arrojarla contra *Tanasia*, y viendo frustrado su intento con la huída de la vieja, y no hallando otra manera de descargar su enojo, lanzó con todas sus fuerzas la silla contra la pared, á don-

de vino aquélla á estrellarse ruidosamente, cayendo luego desvencijada al suelo.

—¿Conque me ha engañado?—exclamaba en el paroxismo del furor, revolviéndose á manera de león enjaulado, de un lado á otro de la taberna.—Conque ¿es preciso renunciar á mi sueño dorado y dejar que otro habite ese encantado palacio de amor? ¡Maldita la mujer que hizo vibrar en mi alma el sentimiento de un afecto envenenador! ¡Maldito el hombre que me roba el tesoro de mi felicidad! ¡Maldición para ellos, que al confundirse en un estrecho abrazo pisotearán mi ventura y harán girones mi corazón! ¡Ellos serán los que disfruten de aquellas embriagadoras delicias que yo descubría entre los celajes de un puro amor, y yo... ¡yo tendré que contemplar su dicha, sufriendo los rigores de mi triste suerte! ¿Yo...? ¿verles yo...? No y mil veces no. Antes me arrancaré la vida con mis propias manos. ¿Para qué quiero esta mísera existencia, que sólo me sirve de carga insoportable?

—¡La muerte!—seguía diciendo, al mismo tiempo que abría el cajón del mostrador y sacaba un revólver—¡Qué bella es la muerte, que arrojándonos al abismo de la nada, nos libra del suplicio de la vida! ¡Espectro aterrador...! yo te saludo como al redentor de la desgracia. ¡Recibe en tus brazos mi último suspiro...!

Colocóse el cañón del arma junto á las sienes, pero el contacto del acero prodújole una sensación desagradable, y como si esto fuera

suficiente, para hacerle ver las cosas bajo distinto aspecto, retiró al punto el arma diciendo:

—¿Por qué morir? Buena necedad, matarme por una mujer. La vida; quiero la vida. ¡Que bella es la vida, cuando tiene algún atractivo! Y para mi tiene uno que...

No dijo más, pero sus manos acariciaban la culata del revólver y en su desagradable rostro dibujábase una sonrisa feroz, salvaje. la misma que, si fuera capaz de reír, tendría el chacal de los Andes, cuando, apostado entre los matorrales, ve como se acerca la pieza en la que se ha de cebar su voracidad insaciable.

—Quiero vivir—prosiguió *Cascarrabias*— porque necesito vengarme de todos; vengarme de Daniel, del alcalde, de ella.... ¡también de ella! porque la aborrezco... porque el caudal de cariño que le consagraba, se ha convertido en veneno que destila gota á gota mi corazón. Me vengaré de ella... y juro que mi venganza será terrible... ¡tan terrible como mi desgracia!

Era muy natural que así pensase *Cascarrabias*. Del amor al odio hay un abismo, es cierto; pero tan próximos están los bordes de éste, que basta para franquearlos un solo paso, el cual tienen que dar casi necesariamente, todos los que se encuentran en la situación del infortunado tabernero.

Si la pasión que laceraba el alma de *Cascarrabias*, hubiese brotado en un corazón recto donde las virtudes cristianas sirven de contrapeso á los desengaños de la vida, habría éste soportado su desgracia, nó con gusto, porque

es imposible, pero sí con aquella sublime resignación propia de las almas templadas en el fuego del Evangelio, y así dignificado por el sufrimiento, hubiera soportado el grave peso de la vida, como uno de tantos desgraciados que hallamos á cada momento en nuestro camino, como uno de esos mártires del infortunio que atraen nuestra simpatía, porque llevan en sus semblantes el sello de la melancolía impreso por el latigazo de la adversidad.

Pero ya dijimos en otro lugar, que *Cascarrias* no conocía la virtud, ni su voluntad había tenido jamás otro freno que la justicia humana; por eso, al verse contrariado en sus más caros afectos y reconociéndose impotente para triunfar, dió rienda suelta á los bajos instintos, adormecidos hasta entonces al arrullo del amor, los cuales se desbordaron como impetuosa corriente, arrastrando en sus cenagosas aguas la dulce imagen de Margarita.

El cariño había desaparecido; pero quedaba en pie, fría, descarnada, la pasión bestial, revolviéndose con terribles contorsiones en el fondo del corazón y despertando en éste el placer de la venganza, ese repugnante manjar, el último y más sabroso con que se deleita el paladar de las almas ruines.

¡Y con qué fruición la saboreaba *Cascarrias*! Por nada del mundo hubiera trocado la agradable sensación que experimentaba su alma, al pensar en la manera de llevar á cabo los diabólicos planes que combinaba su mente. Afectos, negocios, conveniencias, la misma vi-

da... ¿qué le importaba todo? No necesitaba más que vengarse, y á trueque de hacerlo, consentía, si era preciso, en perderlo todo y subir las gradas del cadalso.

Pero estaba solo y necesitaba quien le ayudase en sus proyectos. *Tanasia*, aquella vieja marrullera era la única que podía servirle para tales manejós. ¿Consentiría en ello? Algo incomodada debía de estar por la escena de antes y en verdad que le sobraba razón. ¡Bah! Ya sabría él desenfadarla con unas cuantas zalamerías y más que nada enseñándole un par de duros. Manos, pues, á la obra; á ver como se presentaba la vieja.

Dejó *Cascarrabias* en el cajón del mostrador el revólver que había sacado, cerró la puerta de la taberna, y salió en busca de *Tanasia*, bien seguro de saber donde había de encontrarla.

A los pocos pasos tropezó con Daniel, que venía en dirección contraria. Paráronse los dos frente á frente, como impulsados por la misma fuerza, contemplándose un momento en silencio.

—¡Nos veremos!—murmuró *Cascarrabias*.

—¡Nos veremos!—contestó Daniel.

Y los dos rivales continuaron su camino; aquél, con gesto amenazador que parecía un reto á muerte, éste con altivo continente que denotaba un soberano desprecio.

También Daniel iba en busca de algo que necesitaba.

La solemne publicación de un matrimonio es un acontecimiento que se celebra en Valles-

pino con tanta pompa como la misma boda, figurando, como número imprescindible de esta fiesta, la tradicional serenata que se celebra por la noche en casa del novio.

Reúñense allí, previamente invitados, los parientes y amigos de las dos partes, para dar cuenta de una gran cena con que se les obsequia; y mientras esto sucede en la casa, situase en la calle la ronda de los mozos, que ameniza el acto cantando al son de guitarras, guitarrillos, pandera y castañuelas, sentidas coplas dirigidas á la novia, al novio, á la familia y á los comensales.

Cuando la cena ha terminado, bajan todos á la calle para distribuir rosquillas y aguardiente entre los mozos que componen la ronda. Si la boda es de rumbo, alcanza también este obsequio á los curiosos, que siempre abundan, y una vez agotada la provisión de rosquillas y aguardiente, finaliza el concierto con una larga despedida, y todo el mundo se marcha por donde ha venido.

De buena gana hubiera suprimido Daniel este número del programa anunciador de su matrimonio, porque ni él ni los demás de casa estaban para tales jaleos; pero la costumbre, que tanta influencia ejerce en los pueblos, y más que nada el deseo de mortificar á *Cascarrabias*, habíanle movido á celebrar la *serenata* con tal aparato, que dejase memoria para mientras existiese Vallespino.

Por este motivo se había lanzado á la calle en compañía de Juanín, y los dos, cada uno por

su lado, rrecorrían el pueblo buscando comensales, tocadores, cantores y hasta curiosos que diesen á la fiesta mayor animación.

Para reclutar comensales no tuvieron que trabajar gran cosa, porque en todas partes encontraban quien se prestase generosamente á este *sacrificio*. ¡Cualquiera se niega en Vallespino... y fuera de él, á comer y beber opíparamente, habiendo otro que pague el escote! Curiosos, tampoco faltarían, porque en la *serenata* se pasa un buen rato y además siempre se mete algo entre pecho y espalda.

Un poco más ardúa se presentaba la cuestión de los cantores y tocadores. Daniel y Juanín estaban rendidos de tanto ir y venir por el pueblo, y á duras penas habían hallado cinco ó seis mozos, que se comprometiesen para asistir á la *serenata*. Todos parecían obedecer á la misma consigna. El que no les recibía de una manera hóstil, excusábase con evasivas impertinentes, ó, cuando más y mucho, dejaba entrever alguna esperanza que desde luego podía traducirse por una cortés negativa.

Cuando los dos se encontraban en el camino y se comunicaban el infructuoso resultado de sus gestiones, Daniel tenía que hacerse violencia para ocultar la indignación que le causaba el proceder incalificable de sus camaradas.

—Esto no *pué aguantase*. Esto es una *cochiná*—decía Juanín, mordiéndose los labios y agitando la cabeza en señal de enfado.—En jamás de los *jamases* ha *pasao* cosa igual en Va-

llespino. ¡Cochinos! ¡Gallinas! ¡Si no son más que burros de reata que van á *onde quié* el amo!

—Pero, ¿has hecho algo?—preguntaba Daniel que procuraba aparentar indiferencia.

—*Ná*. Total, el *Chato* y *Verruga* y... parate de *contal*. ¡Dios, de Dios! *Pué sel* que de la *primei morrá* tumbe alguno patas arriba! ¡que ya se me está subiendo la sangre á la cabeza!

—Has visto al *Chepa*, á *Tonio*...—y continuaba nombrando á los que recordaba.

—No.

—Pues á buscarles, á ver si tenemos mejor suerte.

Y nuevamente proseguían su tarea, sin conseguir otro resultado que cansarse y perder toda esperanza.

Daniel estaba admirado. Jamás había pensado que *Cascarrabias* ejerciese tal influencia sobre aquellos mismos jóvenes, que poco tiempo antes le adulaban á él sirviéndole como esclavos; pero ante la humillación que ahora sufría su amor propio, vióse precisado á reconocer, que si el tabernero no le había ganado la partida en cuanto á la posesión de Margarita, la tenía de sobra ganada en cuanto á simpatías y autoridad entre los mozos. No había duda. Su imperio de *gallico* en Vallespino estaba en crisis, para dejar el paso libre al cacicazgo de *Cascarrabias*.

—¿Has conseguido algo?—preguntó al encontrarse de nuevo á Juanín.

—¡*Ná... ná... y ná!*—contestó éste, recalcando con ira la palabra.

—Pues hemos terminado. No quiero dar motivo á ese canalla, para decir que voy mendigando favores de puerta en puerta. Y para que vea que no necesito nada de los suyos, ahora mismo vas á buscar al gaitero más famoso de toda la comarca, y, cueste lo que cueste, esta noche ha de estar aquí para tocar en la *serenata*.

--Bien hecho. *Asinas* me gustan los hombres. Que me *cuerten* una oreja, si no rabian esos granujas, al *vel* la *serenata* más rumbosa que ha habido y habrá en Vallespino.

—Pues ya estás volando, porque no hay tiempo que perder.

No se hizo Juanín repetir el mandato. Caballero en poderosa mula salía momentos después á todo correr, dispuesto á traer, fuese como fuese, el mejor gaitero, y Daniel entre tanto empleó el día en hacer los consiguientes preparativos y dar instrucciones á los cinco ó seis mozos que habían de cantar en la *serenata*.

Cundió rápidamente por el pueblo la noticia de la sorpresa que pensaba dar el rumboso Daniel, y apenas el sol hubo traspuesto de Vallespino, situóse en la puerta de la casa-curato una gran concurrencia de curiosos, los cuales esperaban con impaciencia el principio de la anunciada fiesta.

Esto en la parte de afuera. Entremos ahora en la casa, para ver el aspecto que esta ofrece.

En la habitación más capaz se ha improvisado una larga mesa, en donde buen número

de convidados va dando cuenta de los manjares que sirven en grandes fuentes Manuela, Petra y Juanín. Don Cándido, alegre y satisfecho, hace derroches de locuacidad para dar animación á la fiesta. Don Tiburcio no ha tenido á bien desarrugar el entrecejo, pero de cuando en cuando mete su baza, y de cuando en cuando también se permite el lujo de sonreír. Margarita, ligeramente sonrojada, habla con naturalidad y parece estar tranquila. Daniel está impaciente mirando con recelo á todas partes, porque no las tiene todas consigo y se teme alguna jugarreta. Los comensales engullen, gritan y ríen, formando una algazara donde nadie se entiende.

Cuando la animación llega al período álgido, oyéanse en la parte de afuera las chillonas notas de la dulzaina y los redobles del tambor.

—Ya están aquí—dicen todos, guardando silencio y afinando el oído, para no perder una sílaba de la primera canción.

Poco después, una voz fresca, bien timbrada, da principio á la *serenata* entonando la siguiente estrofa:

Bendito el día de Dios
En que son *amonestaos*
La moza de más salero
Y el mocito de más garbo

Margarita se ruboriza; Daniel, más orondo que un pavo, mira con satisfacción á su novia; don Tiburcio hace una mueca que guarda alguna reminiscencia de sonrisa; don Cándido suelta un redondo: ¡bien, carafles! los convida-

dos chillan y palmotean; renace de nuevo el silencio y se oye otra vez la misma voz que canta así:

Tienes unos ojos, niña
Que *eclisan* al sol naciente...

Voz, dulzaina y tambor paran en seco al terminar el segundo verso, y la concurrencia prorrumpe en una carcajada general.

—Silencio, silencio—grita don Cándido—
Es que no se acuerda como sigue la copla.

Callan todos al momento, y quedan sorprendidos al oír un profundo vozarrón, que dominando los acordes de una nutrida rondalla, lanza con toda frescura esta *laudatoria* estrofa:

Tienes la cara de vaca
Y los pechos de ternera;
Si en algo te he ofendido
Perdona, patas de yegua.

Margarita inclina, avergonzada, la cabeza; Daniel da un bote en la silla, como si le hubiera picado una avispa; don Tiburcio arruga todavía más su entrecejo; don Cándido se queda con la boca abierta en señal de estupefacción; los comensales llenan de improperios al cantor; Juanín sale escapado de la habitación, y la voz, que va alejándose poco á poco, canta de nuevo así:

Dicen, dicen que eres jaque
Y yo digo que es mentira;
Que los jaques dan la cara
Y tú siempre la retiras.

A las últimas palabras de la canción, sigue un ruido semejante al que producirían unos

cuantos guijarros rodando por la calle, y se oye á Juanín que grita, todo encolerizado:

—¡Mentira! ¡Cochinos! ¡Granujas! *Venil* aquí si *tenís* tripas... ¡gabachos! ¡hijos de malas madres! *Sus hi* de *sacal* los hígados á *toos*... ¡ú no soy hombre!

El lector comprenderá fácilmente la escena que había tenido lugar en la calle. No era la memoria, como creía el párroco, sino el valor, lo que faltaba á los mozos de la *serenata*. Habíanse apercebido de que, en dirección á donde ellos estaban, venía una numerosa ronda, cuyas intenciones, nada pacíficas, claramente se expresaban en esta copla que cantaba:

Esta es la ronda que ronda
La que ronda y rondará
La que ha cobrado el barato
Lo cobra y lo cobrará.

Aquello era un desafío en toda regla. Entendiéronlo así los de la *serenata*, y ante la perspectiva de sentir hechas cisco en sus espaldas las guitarras de los jaquetones, adoptaron la prudente resolución de poner pies en polvorosa, huyendo todos, músicos y curiosos, á la desbandada, y dejando el campo libre á los de la ronda.

Pasaron estos sin pararse por la casa-curato, cantando las estrofas que oyeron asombrados los de arriba; pero como no traían otra misión que interrumpir aunque fuera á garrotazos la *serenata*, y ésta quedaba terminada, marcháronse tranquilamente con la música á

otra parte, sin darse cuenta siquiera de las bravatas y pedrea con que los despedía Juanín.

Perdió con este percance toda su animación la fiesta. Por más que don Cándido agotaba el repertorio de sus gracias, no conseguía alegrar los rostros de los comensales, ni borrar el carácter de fúnebre cortejo que iba tomando aquel convite nupcial.

El que más y el que menos de los convidados pensaban en el ridículo papel que allí estaban todos representando; así que, apenas terminó la cena, cada uno desfiló por su lado, dejando á los dueños solos, tristes y avergozados.

—¡Ese miserable se ha empeñado en que le arranque el corazón!—gritaba Daniel apretando los puños.

—Será menester enseñarle educación á bofetadas—murmuraba don Tiburcio.

—Será necesario acelerar la boda—añadía don Cándido.

—Será preciso resignarse á sufrir hasta que Dios quiera—pensaba para sí Margarita.

Y entre tanto, allá abajo, en la puerta de la taberna, sonreíase fieramente *Cascarrabias* y exclamaba, amenazando con la mano á la casa-curato:

—Es el primer chispazo de mi venganza. El segundo... ¡oh! ¡el segundo será mucho más terrible...!

XVIII

—Cuéntame, *Tanasia*, cuéntame los disparates que hace ese botarate, á ver si le formamos con ellos un proceso y queda amarrado para siempre; porque se le ha subido el mando á la cabeza y va á ser preciso bajárselo hasta más allá de los tobillos. ¡Pobre cachorro, que quiere convertirse antes de tiempo en mastín! Ya le haré conocer que tiene los dientes demasiado pequeños para morder.

Y así hablando, Anatolio Recorte, tumbado en un duro y sucio colchón que descansaba á su vez sobre el santo suelo, restregábase los ojos, bostezaba ruidosamente y estiraba piernas y brazos para sacudir la pereza, que, como epílogo de un prolongado sueño, sentía al ser despertado por la venida de *Tanasia*.

—¡Ay, *siñol Natolio* de mi alma!—decía ésta haciendo demostraciones de cansancio—¡Vengo muerta...! muertecica de miedo... *pol* ese facioso, que si me descuido me hace tortilla la cabeza. ¡Mal alma! ¡Judío! Así me paga lo que hago *po* él. Y *too polque* no *pué* casase con Margarita. ¡Le *paice* á *usté, siñol Natolio*, qué culpa tengo yo de eso, cuando bien sabe Dios que

aún me duran los *cardenales* del otro día? ¡Me la ha de *pagal* como me llamo *Tanasia*!

—Cualquier cosa se puede esperar de tan mal bicho. ¿Y qué ha pasado en resumidas cuentas?

—¿Qué ha *pasao*? ¡Ay, *siñol Natolio* de mi corazón! ¡Sólo de *pensalo* se me ponen los pelos de punta! Verá *usté*.

Y *Tanasia* fué relatando el suceso que poco antes había tenido lugar en la taberna de *Cascarrabias*, embarullándolo hábilmente á fin de que *Recorte* supiese lo que á ella la convenía.

—Yo—dijo para terminar—le he servido *mu bien*, *polque usté* me dijo que era preciso *metel* á *Cascarrabias* en ese asunto; pero me *paice* que con lo que ha *pasao* hoy se acabó *too*.

—Estás en un error *Tanasia*. Yo creo por el contrario, que ahora empieza lo mejor.

—No sé, no sé. ¡Como *usté* es tan reservón...! —exclamó *Tanasia* con evidentes deseos de saber algo que le ocultaba *Recorte*.—¡*Paice* que no soy de confianza...!

Anatolio tenía sobrados motivos para creer esto mismo, pero hizo como que se ofendía y dijo:

—No tienes razón para quejarte. Lo que sucede es que muchas cosas no se pueden decir ni á los más íntimos. Por lo demás, creo que en *Vallespino* nadie conoce mejor que tú los asuntos del partido.

—¿Y *pol qué* me manda *usté* que trabaje *pa enredal* á *Cascarrabias* con *Margarita*?

—Eso no lo mando yo; lo manda «La Adel-

fa en pleno. Y lo manda así, porque *Cascarrabias* está abusando del cargo que se le ha conferido, y es preciso que se desacredite él mismo, para echarle del partido. Enredándose con Margarita hará alguna barbaridad que le ponga en las condiciones que deseamos.

— *Pus me paice* que se acabó el filón.

— Vuelvo á decirte que estás en un error. Verás como él mismo viene á tu casa, para desagraviarte y proponerte algún nuevo plan. Conozco bien el paño.

Por las últimas palabras de Recorte, habrán venido mis lectores en conocimiento de dos cosas, que yo no les había dicho y que quizás ellos no sospecharían, á saber: que *Tanasia* tenía casa y que en ella se celebraba esta especie de conspiración contra *Cascarrabias*.

Pues, sí; *Tanasia* tenía una casa; es decir, tenía un cobertizo donde guarecerse, al que, tomando la palabra en su más lata acepción, podríamos dar el nombre de casa, con la misma razón que lo aplicaríamos á la choza en donde pasan la vida ciertos animalitos que no quiero nombrar.

Servía de vestíbulo á dicha casa un corralón tapiado y defendido por una puerta desvencijada que *Tanasia* cerraba solo por las noches, atrancándola con un grueso madero.

En un extremo del corral levantábase el edificio que se componía de unos cinco metros cuadrados de terreno, cercado por muros de adobes sin revocar, sobre los que descansaba el tejado, donde las tejas habían sido sustituí-

das por trozos de hojalata enmohecida y llena de agujeros, por los que se colaban holgadamente el viento y la lluvia.

Una puerta semejante en todo á la del corralón, daba entrada y luz á la parte interior, la cual constaba de una sola pieza que servía á un tiempo de cocina, dormitorio, comedor y de cuanto para su uso particular necesitaba la no muy exigente vieja.

Y si á esto añadimos media docena de cacharros colgados en las desnudas paredes, unos cuantos morrillos haciendo de hogar, un arcón viejo de roble sobre dos banquillos, un asqueroso colchón tendido en el suelo y no pocas telarañas decorando el techo, tendremos formado el inventario completo de todo cuanto, junto con su desastrada persona, tenía que perder en este mundo la mujer más trapiondista de Vallespino y toda su comarca.

En este *suntuoso* alojamiento albergábase sin gran repugnancia Anatolio Recorte, desde que rotas las amistosas relaciones sostenidas con *Cascarrabias*, habíase alejado de la taberna, ocultándose en casa de *Tanasia* para observar desde aquí los acontecimientos y obrar según los planes que tenía formados.

Como nuestros lectores ya conocen á tan misterioso personaje, pero ignoran el lazo de unión que le ligaba con *Cascarrabias* y la intervención tan directa que había tenido en los sucesos ya referidos, vamos á subsanar este defecto, dando á conocer el abominable compadrazgo de los dos pájaros de cuenta que ha-

bían tomado á su cargo la infame tarea de perder á Vallespino.

Bastará para esto hacer algunas breves consideraciones, que, sirviendo de orientación para la inteligencia de los sucesos pasados y los que han de seguir, nos ahorren la molestia de tener que aburrir á los lectores con detalles y pormenores innecesarios, cuando éstos pueden ser suplidos por la perspicacia de aquéllos.

No sé quien ha dicho que el siglo futuro está destinado á ser patrimonio del socialismo, el cual paseará sus banderas victoriosas por toda la tierra, haciendo antes astillas los vacilantes tronos de Europa, y arrancando de las testas coronadas el símbolo de autoridad que no hemos sabido conservar.

Poco importa conocer al vidente; lo principal es saber si la profecía lleva signos de veracidad. Y esto, mal que pese á ciertos espíritus medrosillos á quienes la musa temblorosa del miedo inspira un deleitable optimismo, no puede ocultarse á nadie que discurra con un poco de frialdad, si no es á esos pobres mentecatos, que á semejanza de los niños, se forjan la ilusión de que no existe el peligro, porque se ponen la mano delante de los ojos para no verlo. ¡Como si la realidad de los hechos dependiese de nuestras apreciaciones!

El socialismo no es hoy, como hace muchos años, una idea lanzada por cuatro necios soñadores al mercado científico, con la pretensión de cotizarla al precio de los más evidentes principios de la filosofía, sino que es la aplica-

ción de esas mismas teorías en el terreno de la práctica, el grito de alerta dado á la dormida concupiscencia del proletariado, la encarnación del odio de clases en una bandera, que ondea en los aires defendida por una falange numerosa, hambrienta, aguerrida, dispuesta á lanzarse al combate, cuando sus energías, que van desarrollándose aceleradamente, la permitan medir sus fuerzas con el enemigo. Y esas huestes, merced á la actividad de sus apóstoles por un lado y á la pasividad de sus contrarios por otro, trabajan y adelantan y penetran por las arterias de la sociedad, invadiendo organismos, asaltando instituciones, escalando puestos, dejando por todas partes un reguero de materias inflamables, que explotarán al primer chispazo, haciendo volar por los aires los carcomidos fundamentos del edificio social.

El socialismo en España, y en casi todas las naciones, es un partido organizado, floreciente, que cuenta con muchos centros de propaganda encargados de vigilar, dirigir y unificar los trabajos de los emisarios que ellos envían á todas partes. De esos centros, que radican generalmente en las grandes poblaciones, salen con frecuencia inspectores autorizados para dar órdenes y exigir cuentas á los propagandistas, que, con fondos y bajo la dirección del centro, háense esparcido por los pueblos, para hacer prosélitos entre los incautos agricultores á quienes engañan, explotan y arruinan inicua-mente. Y de tal manera, esas que pudiéramos llamar sociedades secretas mangoneadas por

unos cuantos vividores, ligan con promesas y juramentos á los pobres obreros, que éstos quedan atados de pies y manos en poder de aquéllas, sin libertad para sacudir el ignominioso yugo que se les ha impuesto; como ha tenido el desconsuelo de ver quien esto escribe, en muchos de esos desgraciados, que, conociendo el abismo á donde les conducía su excesiva ligereza, no se han atrevido á romper los compromisos anteriormente contraídos con esas sociedades de perdición.

Conocidos estos detalles, fácil es comprender el papel que representaban aquellos dos parásitos, que habían ido á chupar el poco jugo de los vallespinenses. *Cascarrabias* era el propagandista, Recorte el inspector; aquél el brazo que ejecutaba, éste la inteligencia que dirigía, y los dos, meros instrumentos que se movían al compás de la música que tocaba «La Adelfa», centro socialista instalado en la capital, para sorber desde allí el sudor de muchos agricultores de la provincia.

No ignoraba *Cascarrabias* que sobre él pesaba una vigilancia extremada, la cual podía serle funesta; pero envanecido por los triunfos que iba consiguiendo en Vallespino, seguía un camino contrario al que se le había marcado y procuraba barrer para adentro, anteponiendo sus intereses á los del partido y haciéndose el sordo á las severas amonestaciones que por medio de Recorte le enviaba «La Adelfa».

Anatolio, por su parte, al ver el chorro de dinero que se filtraba por las manos del taber-

nero, y considerar que le podía venir muy bien para dar un poco de lustre á su enflaquecido rostro y echar un remiendo á su raída americana, concibió el proyecto de suplantar á *Cascarrabias*, empezando por desaprobar todos los actos de éste y desacreditarle ante «La Adelfa».

Muy pronto se conocieron y se odiaron mortalmente los dos compadres. *Cascarrabias*, durante las prolongadas ausencias de Recorte, iba sembrando en los ánimos de sus clientes el odio contra «La Adelfa» y su inspector, presentando á éstos como traidores, y consiguiendo con sus manejos que los soporíferos discursos de Anatolio fuesen escuchados cada vez con más frialdad. Y Recorte, para quien no pasaban desapercibidos estos detalles, se esforzaba por pagar en la misma moneda, introduciendo la discordia en la taberna mediante algunos adeptos que reunía en casa de *Tanasia*, á donde había trasladado su hospedaje.

El diablo sin duda, puso en manos de Recorte un arma poderosa, con la pasión que *Cascarrabias* sentía por Margarita, y decidido aquél á dar el golpe de gracia, procuraba fomentar por medio de *Tanasia* esta pasión, contando con la seguridad de que el tabernero había de resbalar en aquella pendiente.

Consecuencias de estas enemistades, eran ciertas palabras gruesas y alguna que otra escena violenta que ya habían mediado entre ambos, poniendo á punto de dejar por falso el antiguo refrán de que los lobos no se muerden. Aquellos dos lobos de la misma camada, esta-

ban acechando la ocasión oportuna para lanzarse el uno sobre el otro, y tales preparativos hacían ambos, que probablemente á la primera dentellada quedaría alguno de ellos sin ganas de morder en todo el resto de su vida.

Hechas estas aclaraciones, vamos á reanudar el interesante diálogo que tenía lugar en casa de *Tanasia*.

—Pues sí, carísima vieja. *Cascarrabias* es hombre que no cede fácilmente, y ya verás como se descuelga con alguna barbaridad que nos ahorre la molestia de arreglarle el pasaporte.

—¡Ojalá sea así! Tantas ínfulas ha *tomao* ese orgulloso desde que se ha hecho el amo del pueblo, que si no se le bajan nos va á *lleval á toos pol onde* le dé la gana.

—Eso ya es harina de otro costal. El imperio de *Cascarrabias* no durará más de lo que yo quiera.

—Mucho *dicil* es.

—Y no exagero. El día en que yo hablase, *Cascarrabias* acabaría su carrera de crímenes en la horca.

—¿Tanto *tié* que *pulgal*?

—Sería bastante con descubrir, que el tabernero de Vallespino no se llama *Cascarrabias*, ni Antón Martínez, sino...

Unos golpes que sonaron en la puerta del corralón, detuvieron en los labios de Recorte la palabra que éste iba á pronunciar, y poco después se oyó una voz que preguntaba desde afuera:

—¿Estás ahí, vieja gruñona?

—¡Madre mía! ¡Si es Antón! ¿Qué hacemos *ahura* *siñol Natolio*?—decía asustada *Tanasia*, reconociendo á *Cascarrabias* y buscando un sitio donde ocultar á Recorte.—¿Dónde se esconde *usté*? Aquí, aquí.

Y con una ligereza impropia de sus años, agarró un extremo del colchón, doblólo sobre el otro y cogió en medio de los dos á Recorte, que se dejó ocultar sin protestar de aquel atropello.

—Estoy aquí, *siñol Antón*—contestó después con forzada calma.

—Venía—dijo, entrando, el tabernero—á ver si se te ha pasado el susto.

—¡Hija! *tié* *usté* unas cosas, que ya... ya... *Ensegúia* se pone lo *mesmo* que un basilisco.

—Es verdad, *Tanasia*. Por eso, pensándolo mejor, he creído que el negocio no merecía la pena de enfadarse. Oye, *Tanasia*, ¿te acuerdas de aquellas somantas que te dieron Daniel y Pascuala?

—No me las nombre *usté*, *siñol Antón*—exclamó *Tanasia*, palpándose las carnes, como si todavía le escociesen los golpes recibidos.—¿*Pol* qué saca á *relucil* esas cosas, que me ponen carne de gallina? *Usté* no sabe lo que fué aquello.

—Ya me figuro que te buscarían bien las cosquillas. Pues mira: si quieres puedes recoger la pelota para tomar la revancha.

—¿De veras?

Las pupilas de *Tanasia* brillaron con un fulgor de siniestra alegría, al pronunciar estas pa-

labras, que revelaban toda la saña de la vieja y los deseos que tenía de saldar aquellas cuentas atrasadas.

Comprendiólo así *Cascarrabias*, y tranquilizado por esta parte, continuó diciendo:

—Tengo un magnífico proyecto, que nos puede servir á los dos para vengarnos de nuestros enemigos; pero...

Y aquí *Cascarrabias* clavó una mirada penetrante en *Tanasia*, que, apercebida de aquel signo de poca confianza, sacó fuerzas de audacia para sostenerla.

—Pero temo á Recorte y desconfío de tí.

—¿De mí? No se *pol* qué.

—Porque me consta, que Anatolio hace en esta casa algo más que comer y dormir.

—¡*Pol* Dios, *siñol* Antón! ¿Y lo cree *usté*? ¿Cree *usté* que yo... yo...

—Ya recuerdo, que cuando marchó de mi casa me dijiste que era conveniente tenerle en la tuya, para observarle de cerca y ponerme al corriente de lo que pudieras sacarle; pero Recorte es un canalla, que no hace más que dividir nuestras fuerzas, y me parece que alguien le ayuda.

Como si las palabras que acababa de pronunciar *Cascarrabias* ejerciesen algún influjo sobre los objetos de la habitación, agitábase con movimientos ascendentes y descendentes, el colchón en que estaba oculto Anatolio, atrayendo las miradas de *Tanasia*, cuyo semblante reflejaba, entre arrugas y suciedades, la zozobra interior que la consumía. No era para me-

nos; porque según el giro que iba tomando la conversación, temía la vieja quedar seriamente comprometida, si entre Anatolio y *Cascarrabias* ponían en claro el doble juego que ella se traía entre manos.

No era *Tanasia* mujer que se dejara coger en renuncio, ó que careciese de recursos para salir de los compromisos en que la metían sus trapacerías, así es que aprovechando la primera idea salvadora que le vino á la mente, dijo á *Cascarrabias*, empujándole hacía afuera:

—*Me paice* que no es este *güen* sitio *pa* *hablar* estas cosas, *polque* hay muchas *alcagüetas* que estarán viéndonos. Vamos á la taberna, *onde* estaremos más seguros.

Cascarrabias, que no había advertido ni el movimiento del colchón, ni las zozobras de *Tanasia*, creyó muy oportuna la prudente observación de ésta, y salió sin hablar más, delante de la vieja, que le seguía no sin volver la vista hacia el colchón, donde le parecía que se levantaba la enfurecida figura de Recorte.

Enfurecido no, pero sí medio axfisiado, desdobló éste el colchón, apenas habían salido los otros; tumbóse como antes estaba, y soltando una burlona carcajada, murmuró irónicamente:

—Tal tú, tal yo, tal la madre que los parió. Creo que estará muy puesto en razón, atar los dos cuellos con la misma soga.

Y dando media vuelta en el colchón, se dispuso á continuar tranquilamente el sueño que le había cortado *Tanasia*.

De fijo que no duerme ésta con tal sosiego,

si llega á oír las palabras de Recorte, que le habrían sonado como amenaza de muerte.

No menos se merecía la taimada vieja. Dicen que el diablo paga mal á quien bien le sirve, pero ella, que servía á dos demonios hechos y derechos, no estaba descontenta de la remuneración con que éstos pagaban sus servicios.

Lo malo era que jugaba con dos barajas; y ese juego, comprometido entre aficionados de poco cálculo, resulta en extremo peligroso, cuando entran en la partida golfos tan hábiles y tramposos como Anatolio Recorte y Antón Martínez, inspector y propagandista, respectivamente, pagados por el centro socialista titulado «La Adelfa».



XIX

Una noche de verdadero invierno, de esas en que el cierzo arremete furiosamente, petrificando todo cuanto llega á tocar con su aliento congelado, y el cielo encapotado no se cansa de lanzar gruesos copos de nieve que giran por el espacio revueltos en caprichosos torbellinos, hasta caer al suelo para convertirse en inmensos ventisqueros, no deja de tener sus atractivos y hasta resulta algún tanto poética para los felices mortales que presienten el excesivo rigor del frío y oyen el silvido del viento desde una habitación confortable, ante una estufa caldeada, en medio de todas las comodidades que proporciona la varita mágica del dinero.

Pero esas mismas noches desapacibles, tan frecuentes en los pueblos montañosos, son excesivamente tristes para los pobres campesinos, que, desprovistos de comodidades, sin más defensa que las insuficientes fogatas del hogar, véanse obligados á buscar entre las ropas del lecho, el calor que necesitan sus ateridos miembros.

Esta consideración, fundada en la realidad de la vida, nos induce á sospechar que algo

grave ocurría en Vallespino, cuando á pesar de la noche verdaderamente desapacible, del día, veintinueve de enero del año..., casi todos los vecinos se habían echado á la calle, y pisando nieve, y aguantando la ventisca, afluían por distintos puntos á los dos lugares más concurridos del pueblo: á la casa del concejo y al «Bar Modernista» de Antón Martínez.

Era la primera un cuadrilátero bastante capaz, alto de techos, húmedo de suelos, con banquillos sin respaldo empotrados en la pared, una mesa desvencijada que en compañía de un viejo sillón servía de presidencia, y más atrás, colgada en el muro, una tabla á la que estaba pegada una reproducción litográfica de Alfonso XIII.

Ocupaba la presidencia el alcalde, que tenía á los dos lados casi á todos los demás concejales. En el resto de la sala, diseminadas por los bancos, podían contarse hasta diez ó doce personas, á las que se unía alguna otra que de cuando en cuando entraba en la sala, sacudiéndose la nieve, dando las buenas noches y tomando asiento donde mejor le parecía.

El silencio sepulcral que reinaba en la estancia, los semblantes huraños de los concurrentes y un no se qué de misteriosa animosidad, que parecía flotar en el espacio, entre los vacilantes rayos que despedía una vela de esperma colocada encima de la mesa presidencial, daban al cuadro tal aspecto de tétrica solemnidad, que, sin quererlo, acudía á la memoria el recuerdo de esos centros tenebrosos,

donde reunidas en execrable pandillaje las sociedades secretas, fraguan los planes que las inspira el mismo Satanás, para destruir lo poco bueno que va quedando en la tierra.

Nada de esto sin embargo había sacado de sus casas y hasta de sus casillas, á los contados vecinos que se reunían en el concejo, desafiando las iras de aquella noche cruelísima.

Celebrábanse al otro día las elecciones municipales, y don Tiburcio, que deseaba conocer las fuerzas de que disponía para entrar en la lucha, había hecho circular un recadito secreto entre los que consideraba como amigos, para que se presentasen aquella noche en el concejo, á fin de acordar lo que más conveniente pareciese.

Pero don Tiburcio sufría una amarga decepción. Sin tener en cuenta que, por inclinación de nuestra naturaleza, propendemos siempre á disminuir la gravedad de los males, había vivido en la ilusión de que no era tan numeroso como se decía el partido de *Cascarrabias*; así es que estaba pasando un rato desagradable, al ver fallidos sus cálculos y reducidas á un número, que á duras penas pasaba de veinte, todas las huestes con que contaba para hacer frente al tabernero.

Ciertamente que allí estaba lo más decente, lo más honrado, lo más granadito de Vallespino; pero ¿servía para algo todo aquello? Demasiado conocía el buen alcalde, que el dichoso sufragio universal, con que nos jorobaron las Constituyentes metiéndole por los ojos co-

mo una panacea que había de librarnos hasta del cólera morbo, no era, hablando en plata, más que una martingala de aquellos *pudorosos* políticos, que, buscando el modo de salvar las apariencias, dieron en el clavo de reventar á la honradez, atropellándola con la fuerza aplastante del número. No ignoraba tampoco, que merced á este sinapismo, plantado en la conciencia nacional, toda la honradez congregada aquella noche en el concejo, tendría que ahuecar el ala al siguiente día, para dejar el paso libre á la desvergüenza dignificada por los votos electorales, y puesta en condiciones de ocupar, con la cabeza muy alta, los *sitiales* del municipio.

¿Qué hacer pues? ¿Echar todo á barato y dejar que la iniquidad triunfase pacíficamente, ó emprender la lucha á todo evento y disponerse á morir, si era preciso?

He aquí lo que muy hondamente preocupaba á don Tiburcio y le hacía dar largas á la hora prefijada para la sesión, esperando á ver si los bancos de la sala se llenaban algo más de lo que estaban. Pero como la dilación resultaba inútil, ya que nadie se daba prisa en venir, y la hora por otra parte era demasiado avanzada, levantóse del sillón, y sin necesidad de imponer silencio á la concurrencia, que lo guardaba religiosamente, dijo así:

—Creo que debemos empezar la sesión, porque está visto que los que hemos de venir ya estamos aquí.

—Sí, sí — replicaron algunos — Acabemos

cuanto antes, porque no se *pué* parar aquí de frío.

—Pues es el caso, señores—continuó el alcalde—que mañana han de celebrarse, Dios mediante, las elecciones municipales, y como todos sabéis, Antón Martínez aspira á copar el concejo, para echarnos á los que podemos hacerle estorbo...

—Y *pa* meter las uñas en el *monecipio*—interrumpió uno.

—Y *pa* echarnos á toos á pique—gritó otro.

—*Dejal* que hable el *siñol* alcalde ¡cacho!—replicó el tío ídem, que á pesar de sus años, sus achaques y la mala noche, no había querido faltar á aquella asamblea la más solemne é importante de cuantas conocía.

—Si ellos entran en el concejo—prosiguió el alcalde—jamás vuelven á salir de él, y no necesito deciros, que en un par de años nos dejan el pueblo perdido.

—Más perdido que *Carracuca*—volvió á decir otro.

—Por esto me ha parecido conveniente reunirnos, para ver si contábamos con fuerzas, á fin de hacer frente á esa plaga que se nos viene encima, pero somos pocos y confieso francamente que por mi parte no se que hacer.

—¿Que no sabe que hacer?—exclamo sin poderse contener, tío *Cacho*.—A la lucha ¡cacho! á la lucha y caiga el que caiga. Ochenta años tengo ¡cacho! conque si me matan poco *puo* perder. Y si no fuera por esta pierna *condená* que no se *quié* tener sola... aún *pué* ser

¡cacho! que me atreviera con unos cuantos de esos majos.

—Pero es que no vamos á sacar nada, Remigio, y nos exponemos á tener un día de luto en el pueblo—replicó don Tiburcio.

—Yo, á mis cortos alcances—dijo uno—creo que podemos hacer algo, *porque* hay muchos en el pueblo, que *aunque* no *haigan* venido aquí, votarán *por* nosotros.

—¿Qué opinan los demás?—preguntó el alcalde.

—¡A la lucha! ¡á la lucha!—contestaban todos animados de bélico ardor.

—Está bien. Pero tened en cuenta, que hemos de estar dispuestos á todo, y si nos derrotan...

—Rompo el chirimbolo de las papeletas—interrumpió otro con una calma que daba miedo.

—Eso, eso—exclamaban todos á una voz—rompemos las urnas y que se *amuelen*.

—Esas cosas las pensaremos sobre el terreno—dijo, para terminar, el alcalde—Mañana, á primera hora, que nadie falte á tomar el aguardiente en mi casa. Y ahora, creo que todos debemos echarnos á la calle y recorrer el pueblo, á ver si conseguimos reclutar gente. Con que á trabajar, buen ánimo, y se levanta la sesión.

Ni más habló don Tiburcio, ni más necesitaban los honrados vecinos para saber cumplir con su obligación. Fueron desfilando uno después de otro, procurando no formar grupos

que pudieran despertar sospechas, y todos, obedientes á las indicaciones del alcalde, exparciéronse por el pueblo, dispuestos á visitar hasta la última casa, en donde pudiesen encontrar un voto y una estaca para hacer botar á *Cascarrabias*.

De esta manera terminó aquella imponente reunión, que á juzgar por los síntomas que presentaba al principio, hubiera parecido á cualquiera una terrible conspiración, digna de figurar al lado de aquellas otras con que Catilina hacía temblar al Senado Romano.

No daba señales de terminar tan pacíficamente la que se celebraba á la misma hora en el «Bar Modernista». La concurrencia, mayor que en otros días, iba adquiriendo gradualmente un aumento de alegría alborotadora, á medida que trasegaba á sus estómagos el vino de un tonel colocado en el centro del establecimiento.

Cascarrabias, que, por no carecer de algún vicio, era tacaño como un judío, había creído conveniente en aquellas circunstancias, permitirse un ligero excesillo; y con su cuenta y razón hacía un derroche de generosidad, poniendo *gratis*, pero no con *amore*, á disposición de los clientes unas cuantas arrobas de lo añejo, para que, iluminados aquellos por los albores de una monumental borrachera, se pusieran en condiciones de apechugar con todas las exigencias que la omnínoda voluntad del tabernero les quisiese imponer.

Y á fe que no le salieron del todo mal las

cuentas. Gracias á tan persuasivo argumento, pudo subir á la tribuna, y, entre los aplausos que arrancaba el espíritu del vino, decir y ordenar cuanto se le vino á la boca, sin que, á parte de algunos sordos gruñidos apagados al momento, se oyese una protesta en todo el auditorio.

Nada hay más dócil que un estómago agradecido y una cabeza alegre. Por esto, sin duda, los que otras veces se habían mostrado irreductibles á los mandatos del tabernero, entraban aquella noche como pacíficos borregos por el aro de cuanto se les ordenaba, sin ofrecérseles un reparo que oponer, sino muchos aplausos que tributar.

Las ovaciones que se ganaba *Cascarrabias* á cada nueva advertencia que hacía, podían dejar tamañita á la clac mejor organizada; sin embargo, todas ellas fueron una pálida figura de la que estalló, cuando, para acabar su larga letanía de mandamientos, dijo Antón:

—Mañana, á las seis, habrá aquí dos toneles, uno de vino y otro de aguardiente, para que los arrojéis á donde os de la gana; pero os prevengo que nadie probará una gota, si no viene armado y dispuesto á mover jaleo.

Aquello fué el disloque, la desesperación, el delirio de... las borracheras. Empinar el codo sin pagar un cuarto, y repartir estacazos sin peligro de ir á la cárcel, constituía la suprema dicha de aquellos pobres salvajes, que juntamente con la idea del deber, perdían, entre las luces de una demoledora educación, los senti-

mientos más íntimos de humanitarismo, para dar suelta á los sanguinarios instintos de las fieras.

—¡Bienn! ¡Bravooo! ¡Viva el alcaldeee! y el concejooo! ¡Viva la bronca...! ¡Viva el vino...!—gritaban los oyentes, electrizados por las últimas palabras, subiéndose unos á las mesas; arrojando otros lo primero que encontraban, aplaudiendo todos rabiosamente.

Y como si todo esto les pareciese poco para honrar al hombre extraordinario, que, sobre hacer el sacrificio de tener el mango de la sartén vallespinense donde todos habían de meter la cuchara, les concedía encima la libertad de atracarse de vino y de majar costillas, subieron unos cuantos guiados por tío *Roñazas* á la tribuna, y levantando á *Cascarrabias* por las piernas, paseáronle triunfalmente por toda la taberna, en medio de las aclamaciones de la concurrencia, que se desgañitaba saludando al redentor de los pobres.

Pero..... ¡cosas de la vida! ¿creerá alguno que todos aquellos agasajos, lejos de entusiasmar al tabernero, le producían el mismo efecto que si le aplicaran una buena cataplasma de la nieve que seguía cayendo? Pues así era. Tenía clavada una espina, cuyo escozor se sobreponía á todas las gratas emociones que pudiera proporcionar una victoria mayor que aquella, y por más que se esforzaba en reanimar su semblante con una expresión de cariñosa complacencia, podía notarse desde luego, que la

embriaguez del triunfo no era suficiente para borrar ciertas huellas de honda preocupación.

Bien lo dió á entender el mismo *Cascarrabias*, cuando una vez calmado aquel desbordamiento de entusiasmo, hizo una seña muy disimulada á tío *Roñazas* y los dos se colaron por la puerta de escape, dejando á los clientes algún tanto fríos con aquella salida que tenía bastante de pata de gallo.

Uno solo de los que estaban en la taberna, el único por más señas que había permanecido indiferente al entusiasmo, fué el que debió alegrarse de la retirada de *Cascarrabias*, no sabemos si por que le dejaba el campo libre ó porque conocía el motivo de aquella.

Era Anatolio Recorte, que, medio escondido detrás del mostrador, roíase los codos de envidia al presenciar aquella delirante ovación tributada á un pobre diablo, mientras que él, con todos sus bombos y floreos, recibía por toda recompensa desprecios y palabras soeces.

—¡Majaderos! ¡Imbéciles! Si debiérais estar todos en donde os corresponde—decía para sí.—¡Ahora os ajustaré las cuentas!

Y rebuscando entre el repertorio que llevaba en la cabeza, la más agresiva filípica de cuantas en su carrera oratoria había pronunciado, subió á la tribuna, agitado por la ira, y puso como la suela del zapato á los entusiastas agasajadores de *Cascarrabias*.

Adolecía Recorte de una falta, que suele acompañar á los oradores de *grandes* vuelos, y era, no poder acomodar los *profundísimos* con-

ceptos que bullían en su mente, á las vulgares inteligencias de aquel auditorio analfabeto, alque volvía loco con periodos retumbantes, terminajos raros y gestos excesivamente dramáticos. Pero como las injurias que no se ven se adivinan por lo menos, aunque estén disfrazadas con el más deslumbrador ropaje, y los gañanes de Vallespino si pasaban de rudos no llegaban á bobos, sucedió, que éstos adivinaron muy pronto los insultos latentes en los fogosos párrafos de Anatolio.

Como consecuencia de esto, empezaron á circular por la taberna rumores nada agradables, que presagiaban una ruidosa tempestad, y de cuando en cuando, cada vez más fuertes, oíanse voces como estas:

— ¡Afuera los traidores! ¡Abajo los *sangrijuelas*! ¡Que se calle ese tío!

— ¿Quiénes son los canallas que gritan contra mí? ¡Sois unos bestias, que merecíais estar atados á un pesebre!

¡Que quisieron oír los otros! Estalló una silba espantosa, mezclada de gritos subversivos; cruzáronse por los aires los taburetes que había en la taberna; lanzáronse todos, como rabiosos lobos, hacia Recorte, y éste, viendo que la cosa se ponía más grave de lo que había calculado y que su situación era demasiado peligrosa, plantóse de un salto en la puerta de escape, por la que huyó precipitadamente, llevando tras sí á los revoltosos que no cesaban de perseguirle.

La puerta de escape, por donde había huído

Recorte, daba á un largo carrejo que conducía al corral, pasando antes junto á un pequeño cuarto, el cual servía de dormitorio al tabernero.

En esta habitación, ante una mesa sobre la que se veían algunos vasos y una botella de vino, departían en voz baja Antón, *Tanasia* y tío Frutos, sosteniendo una viva discusión, que debía tener por objeto convencer á este último de algo que interesaba á los otros. Insistía enfadado *Cascarrabias*, negábase rotundamente tío *Roñazas*, apretaba con nuevas razones *Tanasia*, y á este punto llegaban los tres en su conferencia, cuando se apercibieron del ruido que se oía en la taberna y vieron á Recorte huyendo delante de sus perseguidores.

—¿Qué significa este alboroto?—preguntó *Cascarrabias*, cruzándose con los brazos extendidos entre Anatolio y los revoltosos.

—¡Muera ese granuja!—vociferaban éstos amenazando á Recorte.

—¿Y qué delito ha cometido para morir?

—Nos ha *insultao*. Nos ha dicho burros. ¡Muera ese pelagatos!

—¡Basta! Eso no merece la pena de mover tal escándalo. Os suplico que desalojéis la taberna y cada uno se retire á su casa para estar mañana puntuales.

Calláronse los amotinados, obedientes al imperio del que había conseguido dominarles, y todos fueron abandonando la taberna, en la que permanecieron *Cascarrabias*, Recorte, tío Frutos, *Tanasia* y un desarrapado chicote de

diez á doce años, que, acurrucado en un rincón dormía profundamente, sin darse cuenta de aquellos jaleos.

—De todo esto tengo yo la culpa, por dar en mi casa libertades á quien abusa de ellas— murmuró con despecho *Cascarrabias*.

Recorte no se dió por aludido con esta acusación. Echó una mirada rencorosa á su contrario y se puso á ojear uno de los muchos periódicos que había por el suelo.

—Y tú ¿qué haces, Frutos?—preguntó por lo bajo el tabernero.—¿Te decides ó nó?

—¡Recolla...!—decía tío *Roñazas* en el mismo tono, sacando una de las manos que tenía metidas en la faja y rascándose con ella el cogote.—*Pídime* lo que *quiás*, Antón; pero lo que es eso... eso... vamos... ¡que no *pué* ser ¡recolla! aunque lo mande el lucero del alba!

—Bueno; pues ahora escucha lo que te espera: el pagaré, por el cual me tenías adjudicada la casa, ha vencido hace muchos meses; desde este momento quedas despedido de tu casa, que ha pasado á ser mía.

—¿Y harás eso, Antón?—decía afligido tío Frutos.—¿No tendrás compasión de dos viejos?

—Yo guardo la compasión para quien la tiene conmigo.

—*Tié muchísima* razón Antón—dijo *Tanasia* con ánimo de apretar á tío *Roñazas*—A *sabel* lo que debes á *toa* esa gente, *pa* que vengas con tales reparos. Eso es miedo y *ná* más que miedo, hijo mío. ¡Ni que te fueran á *hacel Ray!*

—Pero si es que la Antonia... la *probe*... co-

mo anda tan malucha... la voy á matar con este disgusto.

—Anda... ¡no conoces tú lo largas que *semos* las mujeres! No tengas *cuidiao*, que si no ha de *moril* de otra cosa, *pa* días *tiés arretranco* en casa.

Güeno, güeno—repuso, cediendo al fin, tío *Roñazas*.—Pero ¿me *prometís* que no se hará *ná* malo?

Eso tú lo has de ver—exclamó, alegrándose un poco *Cascarrabias*.—Tú, *Tanasia*, ¿has preparado bien todo? ¿Sabes que no están ellos?

—*Too* está bien *arreglao*.

Acercóse entonces Antón al muchacho, que seguía durmiendo, y tiróle de una oreja diciendo:

—Vamos, Silvestre, despabilate para ganar la peseta que te he prometido.

—¿Y me dará la peseta?—exclamó el chico, restregándose los ojos para cerciorarse de que no era ilusoria aquella promesa.

—Como ésta, si lo haces bien—replicó *Cascarrabias*, enseñando una moneda de plata, que acabó de despertar al muchacho.

—¡Cone! Si no se *nesecita* más que eso, verá *usté* que pronto se ganan las pesetas.

Y haciendo una cabriola en el aire, salió corriendo de la taberna.

—Te quedas ó te marchas—preguntó Antón á Recorte.

—Me quedo—contestó éste, levantando la cabeza y cruzando con *Tanasia* una mirada de

inteligencia, que pasó desapercibida para los otros.

—Pues vamos nosotros.

Y se alejó en compañía de *Tanasia* y tío *Roñazas*.

Acercóse Anatolio á la puerta, siguiéndoles largo trecho con la vista y murmurando sordamente:

—Anda, anda ¡orgullosos mentecatos! ¡Tú mismo has de abrir la sepultura en donde quede enterrado tu efímero imperio!

Y, como para confirmar sus palabras, cerró la taberna, dando un ruidoso portazo, que, efectivamente, guardaba alguna semejanza, con el estruendo producido por la primera palada de tierra que cae sobre un ataúd colocado en el fondo de la sepultura.



XX

En los cuarenta años que llevaba rigiendo la feligresía, no le había pasado una cosa igual al bienaventurado señor cura párroco de Vallespino. ¡¡A las diez de la noche estaba todavía sin cenar!!

Bien se yo, que, para los trasnochadores incorregibles, que se empeñan en enmendar la plana al mismo Dios, convirtiendo la noche en día, tiene poquísima importancia eso de no haber cenado, ó comido, según dicen ahora, á las diez de la noche; más para don Cándido Esteve, hombre chapado á la antigua, que andaba mal en cuanto salía de su regla, equivalía esto á un desbarajuste introducido en la cascurato, donde todo estaba sujeto á número, peso y medida.

Por evitar el mal humor que esto le producía, y en parte también para entretener los gruñidos del estómago vacío, habíase arrellanado don Cándido en el rincón del hogar, y allí, con las piernas estiradas y los pies casi metidos en el fuego, leía *El Correo Español* á la luz de un candil, que, para este solo efecto, estaba colgado en la pared. En el banco de enfrente dormitaba Manuela, dando, entre punto

y punto de la calceta que hacía, graves cabezadas que la ponían á riesgo de caer de bruces en el hogar. En el otro rincón, tumbado á la larga dentro de la plancha, Colín, el perrazo de Terranova, alargaba el hocico, olfateando el tufillo nada desagradable que despedía una cacerola, mientras con una pata daba á Mascota cariñosas manotadas, que ésta aguantaba con una tranquilidad impropia de su índole juguetona.

Oíase en la puerta de afuera el ruido de la ventisca, que azotaba furiosamente las paredes de la casa; silbaba el huracán en las maderas de la ventana, por cuyas rendijas se colaban algunas ráfagas de aquel, haciendo oscilar la luz del candil; descendían sin cesar por el hueco de la chimenea gruesos copos de nieve, que llegaban hasta el hogar y se deshacían al calor del fuego.

Con frecuencia interrumpía don Cándido la lectura del periódico, sacaba el reloj, miraba la hora, y, después de hacer un gesto de impaciencia, volvía á reanudar de nuevo su ocupación.

Cuando lo menos por vigésima vez repitió la misma operación, y vió que la manecilla de su reloj marcaba las diez, no pudo contenerse más y arrojó el periódico contra el banco, diciendo con malos dodos:

—¡Por vida del ocho de bastos! Las diez de la noche y sin venir. ¡Malo, malo y mil veces malo! Y pensar que nos tenga metidos en estos berenjenales ese mal bicho de *Cascarrabias*,

á quien Dios confunda, si antes no convierte. Manuela... no te duermas, mujer. Sube arriba y dí á Margarita que baje, si quiere, no sea que la pobre esté muerta de miedo; porque está visto, que la venida de éstos ha de ser más esperada que la del Mesías. Mira, y si tardan un poco más, preparas la mesa para cenar, que esto ya va pasando de castaño oscuro.

Cumplió Manuela el mandato de su amo, volviendo poco después acompañada de Margarita, y como si los que habían de venir, esperasen esta circunstancia para hacerlo, sonaron en la puerta de la calle unos cuantos golpes, que devolvieron á don Cándido la tranquilidad.

—¡Gracias á Dios! Mira á ver si son ellos, Manuela.

Abrió ésta la ventana, por la que entró una buena cantidad de nieve, y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo—contestó una voz fresca.

—¿Y quién eres tú?—gritó el cura, sobresaltado por aquella voz, que no era de las personas esperadas.

—El hijo del tío *Matillas*. Que se ha puesto *mucho* mala mi *agüela* y dice que lleve el *siñol* cura la Santa Unción, *porque* se muere á escape.

—Vaya, hombre, pues era lo que nos faltaba. También es ocurrencia morirse á tales horas. Y digo—añadió, sacando la cabeza por la ventana y viendo la noche que hacía— ¡Salir de casa con esta noche de perros! Por vida de

las mujeres, que hasta para morirse han de ser tan oportunas. ¡Jesús! Dios me perdone, porque no se lo que me digo. Bastante trabajo tiene la pobre. Manuela... á ver si coges la linterna y el paraguas para que vengas conmigo, porque no se como me las voy á ver yo solo.

—¿Quiere usted que les acompañe?—dijo Margarita, que muchas veces solía hacer lo mismo.

—¡Hija, por Dios! Te vas á pasmar.

—Ya me abrigaré bien.

—Como quieras, como quieras; que después de todo no vendrá mal tu compañía.

Salieron á toda prisa de casa; dirigiéronse á la Iglesia, para tomar los Santos Oleos, y volvieron á salir al momento, encaminándose al domicilio de la enferma, el cual afortunadamente esta muy próximo.

Iba don Candido en medio de las dos mujeres, conduciendo la cajita colgada al cuello, á la izquierda Manuela alumbraba con la linterna, y á la derecha Margarita llevaba desplegado sobre las cabezas uno de esos paraguas de tela azul y grueso varillaje, que por su magnitud han recibido el nombre de familiares.

La soledad de la calle, por la que nadie transitaba, el huracanado viento que barría la nieve amontonándola sobre las paredes, el silencio levemente alterado por el crujido de las pisadas, y finalmente la luz de la linterna, reflejando sus rayos sobre la tersa superficie de la nieve, daban al cortejo un aspecto tan extra-

ño, tan fantástico, que seguramente hubiera llenado de respetuoso temor á cualquiera, que, por primera vez y sin conocer el motivo, presenciase el desfile de aquella silenciosa comitiva.

Poco trecho llevaban andado don Cándido y sus acompañantes, cuando, sin decir: agua va, empezó á descargar una verdadera lluvia de menudas piedras, tan abundante y tan continua, que no parecía sino que la nieve había cristalizado repentinamente en el espacio, descendiendo, en forma de granizo, sobre las cabezas de los nocturnos paseantes.

La primera víctima, que sucumbió á los ataques de aquella fenomenal pedrea, fué la linterna que llevaba Manuela en la mano, la cual rodó por el suelo hecha añicos, dejando atemorizados lo mismo al párroco que á las dos mujeres.

—¡San José nos salve!—gritó don Cándido —¡Socorrooo...! ¡Auxiliooo...! ¡Vecinossss...!

Y desconcertado por aquel percance, el único de toda su vida, solamente tuvo valor para buscar á tientas una puerta, golpeando la primera que halló á mano, sin cesar un momento de gritar en demanda de socorro.

Otro arbitrio sugirió el pánico á Manuela. Comprendió que la cosa iba de veras, y no sintiéndose con vocación de imitar en la muerte á San Esteban, dió á sus piernas toda la ligereza que presta el miedo, hasta que de cuatro saltos logró presentarse en el portal de la casa-curato.

Lo mismo intentó hacer Margarita, pero la

pobre no pudo conseguir sus deseos, porque unas manos la sujetaban por la cintura y un pañuelo la amordazaba fuertemente. Notó después que la levantaban en alto, oyó el siseo de unas voces, percibió junto á su semblante el vaho de un aliento que trascendía á vino, y... nada más; el terror, la vergüenza, el frío hicieronla perder el conocimiento.

Si don Cándido hubiese estado en condiciones de fijar su atención en otra cosa, que no fuera pedir socorro y dar porrazos en la puerta, habría distinguido, entre los remolinos de nieve, las siluetas de tres personas, que se movían en la calle y luego emprendían una veloz carrera, llevándose algo que no habían traído. Pero la obsesión del miedo cegó de tal manera al pobre cura, que le hizo perder la poca serenidad, de que era capaz su espíritu tímido, y no le dejó apercibirse de lo que en su misma presencia estaba sucediendo.

Aprovechándose de esta confusión, siguieron los otros su carrera calle abajo, y cruzaron después por una estrecha calleja, que desembocaba en la plaza mayor; más al doblar la esquina, para entrar en esta, quedáronse repentinamente parados, como si los tres obedeciesen á un mismo impulso.

Abríase en aquel momento la puerta de una casa próxima, para dar paso á tres personas cuyos semblantes se distinguían con toda claridad, gracias á la luz que despedía un candil colgado en el portal. Eran don Tiburcio, Da-

niel y Juanín, que recorrían el pueblo buscando votos para la elección del día siguiente.

Los tres que se habían parado en la calle, estremeciéronse al reconocer á éstos y creerse descubiertos.

—¡Ellos son!—exclamó uno casi en silencio.

—¡Estamos perdidos!—dijo otro, que en la voz parecía mujer.

—¡Satanás los confunda!—rugió el tercero, soltando una horrible blasfemia.

Y los tres huyeron á la desbandada por el lado opuesto, adelantándose ó retrasándose cada uno, según la ligereza de sus piernas.

Quedábase muy rezagado uno de ellos, el cual conducía en sus brazos una especie de voluminoso fardo, medio cubierto por la nieve que caía sobre él. Rendido por el peso de aquella carga y desesperado de no poder seguir á sus compañeros, juraba y maldecía contra éstos, llamándoles sordamente para que no le abandonasen en tan crítica situación.

—¡*Tanasia!* ¡Frutos! — decía — Esperad un poco, que no puedo más.

Pero los otros que no debían tener grandes deseos ni de auxiliar á su amigo ni de afrontar los riesgos de aquella aventura, oían estas palabras, revueltas con espantosas blasfemias, y apretaban el paso cuanto buenamente podían, como si desearan huír de su compañero, mucho más que del alcalde, cuya aparición les había sobresaltado.

—¡Cobardes! ¡Traidores! Me abandonan cuando más necesito de ellos. ¡Me habrán

visto esos otros? Si tal sucediera—decía, clavando una mirada feroz en el fardo que llevaba—no conseguirían arrancarte de mis brazos porque antes te mataría, aun cuando detrás de la tuya tuviese que ir mi alma á los infiernos. No puedo más con esta pesada carga y no se que hacer de ella. ¿La mataría aquí mismo? Pero nó; yo necesito otra venganza más terrible, para que sepa el orgulloso alcalde de Vallespino como pagan las ofensas los hombres de mi jaez. Que el diablo me ayude para llegar hasta casa de *Tanasia*, y allí... ¡oh! allí saborearé hasta embriagarme, el suave nectar de la venganza!

Y hablando y sonriendo fieramente, continuaba su carrera cada vez más lenta por el cansancio, y recostábase á ratos sobre el umbral de una puerta, para descansar un momento y recobrar las fuerzas que le iban faltando.

Si la densa oscuridad de la noche hubiera permitido distinguir los objetos y apreciar la situación de aquel extraño personaje, que á tales horas y en tan cruda noche parecía ocultarse para cometer un crimen más feo y abominable que el homicidio, habríasele visto jadeante, cubierto de nieve, rendido por la fatiga, pero reflejando en su semblante la brutal complacencia que sentía, al tener en sus brazos la víctima, sobre quien intentaba descargar su venganza.

Dejémosle abandonado á sus criminales intentos y volvamos al lugar donde se encontraba don Cándido sin cesar de pedir socorro.

Cuando los vecinos, sobresaltados por las voces que daba el párroco, se echaron á la calle y vieron á éste acurrucado en una puerta, temblando de miedo y de frío, creyéronle víctima de algún atentado y se apresuraron unos á prestarle socorro, mientras que otros entraban de nuevo á sus casas para proveerse de linternas.

—Por allí, por allí—gritaba don Cándido, señalando el sitio de donde venían las piedras. —Registrad á ver si encontrais á los tunantes. ¡Granujas! ¡Malas entrañas! ¡Tratar así á los que no se meten con nadie! ¡Profanar una cosa tan santa!

—Pero ¿qué ha sucedido, don Cándido?—preguntaban todos, sin entender lo que decía el párroco.

—Que me han apredreado. Que han querido matarme.

Por más que registraron el lugar indicado por don Cándido, y recorrieron toda la calle sin dejar un rincón, sólo vieron las huellas de varias pisadas y algunas piedras revueltas entre la nieve, que debían ser restos de las que sirvieron para el ataque.

Procuraron tranquilizar al párroco, brindáronse para acompañarle, y aceptando éste la generosa oferta, que por lo menos le ponía á cubierto de una segunda intentona, organizóse nuevamente la comitiva, que dirigióse en silencio calle abajo en dirección á la casa de la enferma.

Acordóse entonces don Cándido de la suer-

te que hubieran podido correr sus compañeras de batalla; pero quedó tranquilo por esta parte, figurándose que Manuela y Margarita habrían escapado de la quema y estarían sanas y salvas en su casa.

Algo más le daba en que pensar la intención con que el tabernero había acometido tan bárbara empresa. Forque de que fuera *Cascarrias* y no otro el autor de aquella salvajada, no tenía el párroco la menor duda. ¿Quién sino él se hubiera atrevido á semejante cosa? Verdad era, que casi todos los feligreses se habían vuelto de la piel del demonio, y el que más y el que menos se alegraría de jugarle una mala partida; pero de esto á tener valor para atacarle de tal manera, no había en Vallespino quien se propasase, como no fuera el desahogado dueño de la taberna. ¿Y qué intentaría con esto? ¿Querría matarles? Seguramente que no, porque con tirar las piedras un poco más gruesas, milagro hubiera sido que los tres no saliesen con las cabezas hechas papilla. ¡Y que no caían en abundancia las dichas piedras! Ni que llevara un carro cargado de ellas. Lo que indudablemente se había propuesto el tabernero era satisfacer sus sentimientos impíos. Estaría en la taberna con otros tan perdidos como él, y todos se habrían puesto de acuerdo para divertirse haciéndoles pasar un mal rato.

Pensando en estas cosas don Cándido y guardando todos silencio, llegaron sin más contratiempo al término de su excursión.

No dejó de causarles extrañeza la tranquili-

dad que al parecer había en la casa de la enferma, donde por ninguna parte se notaban señales de la perturbación y desorden que lleva consigo una grave enfermedad.

La puerta y la ventana estaban cerradas, por las rendijas de éstas no salía el más pequeño rayo de luz, y todo estaba sumido en ese tranquilizador reposo que reina en las casas, donde los moradores duermen á pierna suelta, sin cuidados que les pongan en sobresalto.

Acercóse uno á la puerta, descargó fuertes golpes que resonaron en toda la casa, y después de un largo rato en que nadie contestaba, abrióse la ventana, apareciendo una cara apergaminada y oyéndose una voz gangosa que preguntaba:

—¿Quién llama?

No sabemos cual sorpresa sería mayor, si la de la vieja, que asomaba á la ventana al ver el extraño cortejo parado ante su puerta, ó la de los que estaban en la calle al reconocer, en aquella figura demacrada, nada menos que á la abuela del hijo del tío *Matillas*.

—¡Voto al chápíro!—exclamó don Cándido, temiéndose otra jugarreta—Pero ¿en que quedamos, vieja estantigua, te mueres ó nos dejas en paz?

—¡Miren los graciosos!—contestó la vieja, remarcando el vinagroso aspecto de su semblante.—Ya podían guardar las *gromas pa* otra ocasión, y no venir en una noche como ésta á *bulrase* de una *probe* anciana. ¡*Pus* hija! no *tien* pocas ganas de *enterrame*. ¡Como si tanto

estorbo les hiciera! Esperen, hermanos, esperen, que aún me ha de conservar Dios muchos años, *pa* hacer rabiarse á más de cuatro.

Y cerró la ventana con estrépito, dando á entender que no estaba para sufrir bromas de tan mal gusto.

—¡Por vida de los siete niños de Ecija!—decía el párroco avergonzado del lucido papel que estaba representando, mientras los demás, viendo al cura tan enfadado, hacían esfuerzos para reprimir la risa.—¡Pues sí que estamos frescos! desde que visto sotana no me ha sucedido otro tanto. ¡Vamos, vamos! si esto clama justicia al cielo; si esto merecía un castigo ejemplar. Pero no se irá de vacío, ¡que á cada santo le llega su día!

Y sin hablar más, volvió don Cándido á buen paso hacia su casa, demostrando en los gestos la rabieta que le consumía, y rechazando el cortés ofrecimiento con que todos se brindaban para acompañarle.

Vióle llegar Manuela que estaba atisbando desde la ventana, y después de encender apresuradamente un candil, bajó para abrir la puerta que por miedo tenía cerrada.

¡Virgen del Tremedal, como viene usted!—decíale, mientras subían las escaleras, sacudiendo la nieve que el cura traía en la sotana y el sombrero—Si parece un molinero. ¿Ha visto, señor, las cosas que están pasando en Vallespino? Quien lo había de decir. ¡Qué mundo, señor, qué mundo!

—Y qué demonio, y qué carne y qué... Cas-

carrabias, que es el cuarto y más temible de todos los enemigos que tienen las almas de este pueblo—repuso don Cándido echando por la boca el sofocón que llevaba metido en el cuerpo.

—¿Ha sido *Cascarrabias*?

—¿Quien ha de ser más que ese demonio, escapado del infierno para hacernos desesperar á todos? Y no sabes tú lo mejor.

—¿Ha matado á la tía Felipa?

—Cualquiera mata á esa vieja. La tía Felipa tiene tantas ganas de morirse, como yo de bailar el canacán. Lo que sucede es, que somos los más bolonios de cuantos comen garbanzos, y que el granuja de *Cascarrabias* nos ha engañado como á chinos.

—¿Eso ha hecho?—exclamó Manuela, no pudiendo contener una carcajada, que la valió una severísima mirada del párroco.

—Y todavía se ríe la mentecata ésta.

—Me río de la ocurrencia.

—Pues haces muy mal. Eso no es ocurrencia; eso es una infamia, es hacer escarnio de las cosas santas, es burlarse de Dios, y... ¡*Deus non irridetur!*

Y don Cándido, al hablar así, daba nerviosas patadas en el suelo, levantaba los brazos y cerraba los puños, como si, encendido de religioso celo, intentara descargar sobre alguno todo el peso de su justa indignación.

Manuela no entendía una palabra de latín, aún cuando había pasado toda su vida familiarizada con este idioma, así es que se quedó en

ayunas de la sentencia pronunciada por don Cándido; pero comprendió que no estaba la Magdalena para tafetanes y que su amo traía un geniecillo, el peor de cuantos le habían conocido.

Con la mejor intención del mundo, y con toda la inoportunidad que caracteriza á la bella mitad del género humano, intentó quitar importancia al suceso, y dijo, haciendo un gesto que lo misma podía significar resignación que indiferencia.

—¡Qué le hemos de hacer! Menos mal que no ha sido más que el susto.

Seguramente que antes de terminarla habiase arrepentido Manuela de soltar esta frase, porque, ¡válgame el cielo! la cara que puso don Cándido al oirla.

Colocó los brazos en jarra, miró de pies á cabeza á Manuela, y moviendo á un tiempo todo el cuerpo, replicó dando á sus palabras un acento de aire de ironía:

—¿Conque el susto nada más? Valiente bachillera estás tú. Por fuerza debes tener el cuero tan duro como un hipopótamo. ¡Narices con el susto! No dirías eso si estuvieras dentro de mi cuerpo, que lo tengo todo magullado y lleno de cardenales. Y Margarita ¿dónde está?

—Eso iba á preguntarle, pero no me atreví al verle tan enfadado.

--¡Ótra que tal baila! Pues ¿no ha venido contigo, sosaina?

—No, señor; yo no la he visto y por eso pensaba que vendría con usted.

—¡Cuando digo que tenéis los sesos más agujereados que una criba! Seguramente se habrá metido en alguna casa y no se atreverá á salir de allí. ¿Y los otros? Tan campantes.

—No han venido todavía.

—Pues os vais todos cien leguas más allá de... donde fué Colón; que esto ya pasa de la raya. ¿Quién puede sufrir semejantes desbarajustes, capaces de quitar la paciencia al mismísimo Job en persona? El día menos pensado planto la renuncia, y que venga quien quiera, á ver si consigue echar á hisopazos á toda la cáfila de demonios que se ha metido en Vallespino. ¿Está preparada la cena?

—Sí, señor.

—Pues pon la mesa y á cenar. Y el que venga atrás que arree.

Obedeció Manuela, sin desplegar los labios, aquel mandato, el más rajante que había recibido en toda su vida, y se puso á preparar la mesa, en tanto que miraba á hurtadillas á don Cándido, como si la costase trabajo convencerse, de que aquella figura con sotana, que se paseaba por la cocina murmurando entre dientes, fuese el ruiño, el pacífico, el bonachón señor cura párroco de Vallespino.



XXI

El arrugado entrecejo de Anatolio Recorte estaba dando claros indicios de que algún plan siniestro germinaba en aquella cabeza incubadora de las más inconcebibles maldades.

Paseábase el hombre de un lado á otro de la taberna, con las manos á la espalda, los ojos bajos, repartiendo puntapiés á los trozos de periódicos que había por el suelo, y parándose á escuchar atentamente, cuantas veces oía en la calle algún ruido distinto del agudo zumbido del viento.

—¿Me habrá vendido *Tanasia*?—murmuraba con voz insegura.—Si tal hiciera, no la perdonaría jamás el haber estorbado la única buena obra, que pensaba ejecutar en mi vida. *Tanasia* es una alhaja, tan buena por lo menos como nosotros, y la creo capaz de cualquier cosa; pero me parece que la tengo ganada y que seguirá con fidelidad mis instrucciones. Si es así—continuó diciendo con aire amenazador—¡pobre de ti, insensato badulaque! Mañana tendrás que abandonar este pueblo en medio del desprecio de todos, mientras que yo, dignificado por una noble acción, entraré á recoger la mies que tú has sembrado. Podía haberle

permitido saborear el placer de la venganza, porque esto, desqués de todo, me importa una higa; mas entonces no aparecería mi acción orlada con la aureola del heroismo, y yo necesito demostrar á todo el mundo, que Anatolio Recorte es un digno émulo de aquellos pundonorosos caballeros, que rompían lanzas por defender el honor de una dama. ¡Oh... la moralidad! La moralidad es una gran cosa, cuando puede servir de escabel para encumbrar á las pasiones. ¡Moralicemos!

Y Anatolio Recorte cerró este profundo soliloquio, de ribetes filosóficos, con una guasona carcajada, á la que respondieron, como ecos de la misma, dos golpes dados en la puerta de la taberna.

—¿Quién va?

—Abre—contestó una voz imperiosa, que hizo asomar un relámpago de satisfacción á los ojos de Recorte.

Abrió éste la puerta y por ella entró *Cascarrabias* cubierto de nieve, con el fardo en los brazos, echando por la boca su variado repertorio de blasfemias y maldiciones.

—¡Traidores! ¡Bandidos! Que el infierno me trague de una vez, si no pagan con su sangre todo lo que me han hecho sufrir esta noche. ¡Engañar de una manera tan infame á quien tantos favores deben! ¡Venderme ignominiosamente y cerrarme las puertas de sus casas, cuando más los necesitaba! Su vida no ha de ser bastante para vengarme.

—Pero ¿qué traes ahí?—preguntó Recorte,

fingiendo sorprenderse, al reconocer en el envoltorio que llevaba *Cascarrabias*, á la hija del alcalde, pálida, inmóvil, rígida, como si la nieve, que sobre ella había caído, hubiérala arrebatado el espíritu.

—¡Mi venganza!—rugió *Cascarrabias*, entrando por la puerta de escape en su dormitorio.

Tenía esta habitación por todo mueblaje, un baúl-mundo, cuatro sillas, negras de puro viejas, un catre de tijera con un jergón de panocha, donde dormía el tabernero, y en el centro una mesa, prima hermana de las que había en la taberna.

Arrojó *Cascarrabias* sobre el lecho el cuerpo de Margarita, que no daba señales de vida, salió de nuevo á la taberna, tomó una botella de vino, y sentándose ante una mesa, fué apurándola poco á poco, mientras se limpiaba las gotas de sudor que le corrían en abundancia por el amaratado semblante.

Seguíale Anatolio con los ojos, aparentando indiferencia por lo que veía, pero en realidad sin perder un detalle de cuanto hacía el tabernero, y cuando una vez terminado el vino de la botella, disponíase éste á volver al cuarto donde había quedado Margarita, cuadróse aquél delante de la puerta, diciendo resueltamente:

—Amigo Antón, por aquí no pasa nadie.

—¿Que no paso?—esclamó *Cascarrabias*, extrañado de aquella actitud que no comprendía.

—No. Yo no puedo permitir que desprestigies al partido con tu conducta de rufián. Te

prohibo tocar á esa joven y te mando que inmediatamente la pongas en libertad.

—Amigo Recorte—repuso *Cascarrabias*, imitando el acento y el gesto imperativo del otro. —Yo no puedo permitir que abuses de la confianza. Te prohibo intervenir en asuntos de mi exclusiva incumbencia y te mando que inmediatamente salgas de mi casa.

—¿Y con qué autoridad me ordenas esas cosas?

—¿Y con qué autoridad me impones tú las otras?

—¡Con la autoridad del partido!—dijo Anatolio, ahuecando la voz é irguiendo el cuerpo.

—¡Con la autoridad de mi persona!—replicó *Cascarrabias* en la misma forma.

—¿Desde cuándo tiene autoridad un canalla?

—Desde que la ejerce sobre otro mayor.

—¡¡Antón!!

—¡¡Anatolio!!

Calláronse por un momento, mientras se cruzaban dos miradas centelleantes de aquellos dos lobos ansiosos de darse la primera dentellada, y luego oyóse á Recorte, que murmuraba sordamente, acercándose á *Cascarrabias* con los puños crispados, y sacando á su semblante una sonrisa despreciativa.

—¡Insensato! El orgullo te hace olvidar lo que siempre debieras tener en la memoria. ¿No sabes, que tú no tienes autoridad, ni casa, ni siquiera personalidad propia? ¿No sabes, que el honrado Antón Martínez murió hace

mucho tiempo á manos de un criminal que le robó hasta el nombre?

—¡Oh...! ¡Calla, por Dios!—decía con voz suplicante *Cascarrabias*, retrocediendo espantado de aquellas palabras, que le llegaban al corazón—¡No hables de esas cosas, cuyo recuerdo me atormenta!

Pero Recorte, satisfecho del efecto que producían sus palabras, perseguía á *Cascarrabias*, envolviéndole en una mirada fascinadora, sin dejar de decir, cada vez con más rencorosa complacencia:

—¿No sabes, que en las listas de la cárcel Modelo figura condenado á la última pena, un tal Rodríguez, á quien tú debes conocer perfectamente.

—¡Por favor... Anatolio! Calla por favor, si quieres que esto termine en paz.

—¿No sabes, que la autoridad del partido pesa sobre ti, como la losa de un sepulcro, y que cualquiera, yo mismo, puede hacerte subir las gradas del patíbulo, con solo pronunciar tu verdadero nombre?

Cascarrabias no escuchaba ya las palabras con que Recorte se complacía en mortificarle. Abrumado por aquellos recuerdos, que él procuraba ahogar entre las embriagueces de sus triunfos, y que se levantaban ahora semejantes á un espectro amenazador, habíase dejado caer en un asiento tapándose las orejas con las manos, como si le repugnase oír aquella espeluznante historia, una de las más sangrientas que componían su vida criminal.

Y no es que el tabernero se sintiera abatido por el grito del remordimiento, que tales evocaciones arrancasen á su conciencia adormecida en la maldad. Lo que le hacía estremecer de espanto y furor á un tiempo, era verse esclavizado por su mismo crimen, y desvanecidas las ilusiones de independencia que se había forjado al calor de su temeraria osadía.

Precisamente era aquella la última noche que pensaba estar sometido á las imposiciones de Recorte y «La Adelfa.» Había resistido hasta entonces, sin declararse en abierta rebeldía contra el yugo insoportable de aquellos, porque su influencia, todavía no cimentada en Vallespino, hacía temer un fracaso que diera al traste con los trabajos de dos años consecutivos empleados en minar sordamente el terreno. Pero cuando al otro día se viese encaramado en el sillón presidencial, empuñando las riendas del pueblo para imprimirle el rumbo que le pareciera conveniente, daría un solemne puntapié á los envidiosos que le roían los zancajos, y formaría un rancho aparte, con el que tendría que tratar, de potencia á potencia, la autoritaria mesnada de «La Adelfa.»

¡Y lo que son los secretos designios de la Providencia! Cuando *Cascarrabias* estaba á punto de tocar con la mano la ansiada meta, cuando iba á ver satisfechas las dos exigencias más grandes de su naturaleza indomable, que era consumir su venganza y dar el grito de rebelión, entonces precisamente, la mano invisible de Dios, que convertía á sus fines las tor-

cidas intenciones de Recorte, venía á desbaratar con un solo golpe los planes del tabernero, arrancándole la víctima sobre la que intentaba descargar sus iras, y poniéndole ante la vista las cadenas conque estaba aprisionada su refinada malicia.

Comprendió *Cascarrabias* que estaba metido en un callejón, sin otra salida que la que buenamente quisiera abrirle Anatolio, y decidió cambiar de táctica, intimidando á éste para conseguir doblegarle á sus deseos.

—¿Y si yo te matara?—murmuró, alzando la cabeza y dejando ver un semblante, que hubiera hecho temblar á otro que no fuese Recorte.

Una buílona carcajada fué la contestación que dió éste á la bravata del tabernero.

—¿Te ríes?

Me río de tus amenazas, porque sé que eres incapaz de cumplirlas.

—¡Incapaz de cumplir mis amenazas!

—Y espero además, que inmediatamente pongas en libertad á esa joven.

—Eso jamás, Anatolio. No lo esperes de mí.

—Te lo vuelvo á mandar, Antón; que no sea necesario repetir la orden.

—Pídeme lo que quieras, haz de mí lo que te parezca, pero déjame antes saborear el dulce placer de la venganza, déjame que mañana pueda arrojar al rostro del orgulloso alcalde el testimonio de su deshonra y...

—Precísamente es lo que trato de evitar.

—Pues no lo conseguirás.

--¿Que no lo conseguiré? Ahora verás.

Y así diciendo, dirigióse tranquilamente Anatolio hacia la habitación en que se encontraba Margarita.

Levantóse *Cascarrabias* desesperado, con los ojos inyectados en sangre, semejante á una leona dispuesta á defender los cachorros que la quieren arrebatár, y sintiendo revueltas en su alma todas las furias del averno, agarró el taburete en que estaba sentado, al mismo tiempo que gritaba, rechinando los dientes.

—¡Canalla...! ¡Si te atreves á quitarme la presa... si dás un paso más... juro á Dios que te abro la cabeza de parte á parte!

Encogióse de hombros Anatolio, haciendo un gesto despreciativo, y quiso entrar en el dormitorio; pero apenas había movido un pié, cuando ya estaba volando por los aires el taburete, que describiendo una pequeña curva parabólica, fué á estrellarse en las espaldas de Recorte, haciendo á éste dar violentos tumbos por el suelo de la taberna.

No quedó satisfecha con esta brutal acometida la sed de venganza que devoraba las entrañas del tabernero. Antes de que Anatolio se hubiera repuesto del aturdimiento producido por la fuerza del golpe, abalanzóse á él *Cascarrabias* con otro taburete en la mano, y poniéndose á horcajadas sobre el cuerpo de su contrario, á quien sujetaba con las piernas, levantó el brazo para asestar el golpe de gracia, al mismo tiempo que decía, fijando en Recorte una mirada salvaje:

—¡Contigo mueran todos los envidiosos de mi fortuna!

Pero la situación cambió entonces rápidamente. Abrió *Cascarrabias* los brazos, dejando caer sin fuerza el taburete, echó atrás la cabeza, presa de mortal languidez, y sin proferir una palabra, sin exhalar un quejido, dió con su cuerpo en tierra, donde quedó inmóvil, rígido, como si la vara de la divina justicia, aquella vara de la que tantas veces se había burlado, le hubiese tocado con la punta en el corazón, paralizando para siempre los latidos de éste.

Al lado izquierdo del pecho, entre un chorro de negruzco líquido que salía á borbullos, asomaba el plateado mango de un cuchillo que la certera mano de Recorte había clavado hasta la empuñadura, partiendo de un sólo golpe el corazón de *Cascarrabias*.

¡Necio! — murmuró Anatolio, levantándose del suelo y dando un puntapié al cadáver.— Tu misma soberbia te ha perdido, por no llegar á comprender, que para luchar con hombres de mi temple, es poca cosa un pobre diablo sin otros recursos que su malvada intención.

Y terminado este fúnebre elogio dedicado á la memoria de su víctima, afianzóse Recorte sobre el cadáver, tiró del cuchillo con ambas manos, limpióle en la blusa de *Cascarrabias*, dirigió á éste la última mirada, y, seguro de que no quedaba en la taberna ningún indicio que pudiera delatarle, salió por la puerta de escape con

el semblante tranquilo, satisfecho, tan satisfecho y tranquilo, como si acabase de practicar una de aquellas obras de misericordia que allá, en las montañas de Judea, predicaba en otro tiempo el amoroso Redentor de la humanidad.

Al saltar las tapias del corral y ganar el campo para huir, creyó distinguir á corta distancia dos bultos negros y oyó claramente una voz que decía:

—¡Alto á la justicia!

Anatolio, que conoció la voz del alcalde y no se hallaba en condiciones de tratar con ninguna autoridad, lejos de prestar obediencia á la orden que se le intimaba, deslizóse con la ligereza de un gamo á lo largo de las tapias, entró en el pueblo, metióse por cuantas callejas encontraba, para despistar á don Tiburcio, y llegó á casa de *Tanasia* en el preciso momento en que ésta abría la puerta del corralón para salir á la calle.

—¿En qué ha *quedao* eso?—preguntó algo sobresaltada, al ver el aspecto nada tranquilo de Recorte.

—En que si tienes alguna influencia por allá arriba—contestó éste entrando y cerrando la puerta—ya puedes entonar el *de profundis* para recomendar á tu buen amigo.

—¿Ha muerto?

—¡Lo he matado yo!—repuso Anatolio con gravedad—Es decir, lo ha matado este.

Y sacando del bolsillo interior de la americana, el puñal conque había dado muerte á *Cascarrabias*, púsose tranquilamente á frotarlo

con un pañuelo para quitarle algunas manchas de sangre, que todavía conservaba en la hoja.

La presencia de un asesino, y juntamente del arma con que se acaba de cometer un crimen, es capaz de poner espanto á los espíritus más fuertes y valerosos. *Tanasia* poseía un alma varonil, demasiado refractaria al miedo, pero al ver delante de sí aquel cuadro, del que podía sacar consecuencias muy desagradables, sintió por todo el cuerpo un hormigueo, que llegó á convertirse en verdadero temblor, cuando Recorte, sin interrumpir su tarea, siguió diciendo con la mayor sangre fría:

—Y no es eso lo peor, queridísima vieja, sino que me parece que los dos juntitos vamos á bailar un fandango en el tablado, como no andemos con pies de plomo y sepamos escurrir el bulto.

—¿Yo también?—preguntó con ansiedad *Tanasia*, comprendiendo lo que decía Recorte.

—Naturalmente, hija mía.

—Pero ¿qué tengo yo que *vel* con la muerte de *Cascarrabias*, si es *usté* el que lo ha hecho *too*?

—Es precisamente lo que yo estaba pensando en este momento. ¿Qué culpa tiene esta pobre criatura, de que yo haya sido un bárbaro al borrar del mundo de los vivos á un canalla?

Y al decir esto, jugaba Anatolio distraidamente con su puñal, mirando de reojo á *Tanasia* que no perdía uno solo de los movimientos de aquél y empezaba á temer por su pellejo.

—Eso no lo digo yo, *siñol Natolio*—repuso con toda humildad.

—Pero lo digo yo, que es exactamente igual. Y mira tú lo que son las cosas: como tenías tan gran cariño á tu amigo *Cascarrabias*, y ahora no vas á saber que hacerte sin él, veníame al pensamiento la ocurrencia de que este mismo puñal podía ser un buen medio para volveros á juntar á los dos. ¡Qué ocurrencias...! ¿Verdad, carísima vieja, que son ocurrencias del mismo demonio?

Crejó formalmente *Tanasia* que era llegada su última hora, y por primera vez en la vida se acordó de que había santos en el cielo, los cuales pudieran servir para algo bueno librándola de las garras de aquella fiera sedienta de sangre humana. Pero se acordó también del adagio que dice: á Dios rogando y con el mazo dando; y como en aquellas circunstancias no podía dar con otro mazo que el de las súplicas, arrojóse á los pies de Recorte, exclamando con expresión de indefinible angustia:

—¡*Pol Dios, siñol Natolio!* ¿*Pol* qué *quíe matame*, si yo *ná* malo le hago... si yo le sirvo en *too*... si yo...

—Pero ¿quién habla de matarte, bendita de Dios?—interrumpió Anatolio, riendo á mandíbula batiente—Si tú me obligases... no digo que la ocurrencia no se convirtiera en realidad, más veo que eres persona de juicio... que atiendes á razones... y esto me satisface, porque evita el tener que apelar á recursos algún tanto violentos. Conque en qué quedamos,

¿somos los dos ó yo solo quien ha matado á *Cascarrabias*?

—Lo que *usté* quiera.

—Bueno; pues yo quiero que seamos los dos, porque necesitamos estar unidos, para echarnos esa mosca de encima. Tú obrarás como yo te diga, y cuenta, que si me haces traición, antes que la mía irá tu alma á ver que tal lo pasa *Cascarrabias* por el otro mundo.

—Haré lo que *usté* me mande en *too* y *pol too*.

Ocultó Recorte su puñal, tranquilizóse algún tanto *Tanasia*, y los dos continuaron en su conversación, dando aquél, recibiendo ésta, las oportunas instrucciones. Y como hemos de conocer más adelante el resultado de esta conferencia, vamos á dejarles hablar con entera libertad, para ver entre tanto lo que sucedía en la taberna.

Cuando pasada la intensidad del grave accidente que la había privado del conocimiento, volvió Margarita á recobrar el uso de sus sentidos, dirigió una mirada de extrañeza por la habitación iluminada mediante la luz que se escapaba de la taberna, y quedó desagradablemente sorprendida, al darse cuenta de que se hallaba en un lugar desconocido, tendida sobre un mísero lecho y aterida por el excesivo frío que sentía en todo el cuerpo.

—¿Dónde estoy?—murmuró, queriendo coordinar las ideas que confusamente cruzaban por su imaginación.

La vaga reminiscencia de lo que había su-

cedido, hízola adivinar algo del peligro en que se encontraba, y como si el presentimiento del daño que la amenazaba, la infundiera un valor de que ella misma se hubiera creído incapaz, hizo un esfuerzo para sobreponerse al miedo, saltó resueltamente del duro lecho, y guiándose por la luz de la taberna encaminó hacia ésta sus vacilantes pasos, mientras se apretaba con las manos el pecho para contener los fuertes latidos del corazón.

El cuadro que se presentó á su vista, arrancóla un grito de terror.

En el centro de la taberna, flotando casi en un charco de sangre, aparecía el cuerpo inanimado de *Cascarrabias*, con las piernas extendidas, las manos agarrotadas y la cabeza torcida á un lado, hasta tocar la tierra con el rostro. De la ancha herida, bordeada por una espuma rojiza, brotaban hilos de sangre, que descendían, formando negros surcos, á lo largo de la blusa. Las cerdas lacias del mostacho, colgando en desorden delante de la boca contraída por la horrible mueca que imprime el soplo de la muerte, daban á todo el rostro un aspecto de repulsiva fiereza, y los ojos hundidos, vidriosos, inmensamente abiertos, parecían fijar en el que entraba por la puerta, una mirada fría, sin expresión y horribilmente insoportable.

Lo que sintió Margarita al ver en aquella forma al hombre que tanto la había hecho sufrir, no sabemos nosotros expresarlo, ni creemos que haya alguno capaz de hacerlo con exactitud. Para describir esas violentas emo-

ciones que agitan nuestro espíritu, sería preciso conocer, no solamente el delicado mecanismo que regula los movimientos de nuestra vida interior, sino también el maravilloso influjo de ciertos espectáculos, que llegan á entorpecer la marcha de aquéllos. Y esto no puede saberlo nadie en la tierra, porque es uno de los muchos misterios naturales con que la bondadosa sabiduría de la Providencia ha querido humillar la arrogante altanería de la razón humana.

Sólo podemos decir, que la pobre joven, estremecida por el terror que la producía tan espantosa visión, tapóse el rostro con las manos, por entre cuyos dedos brotaba un raudal de lágrimas; quiso pedir auxilio, y la voz se la ahogaba en la garganta; intentó ganar la puerta, y á los pocos pasos faltáronle las fuerzas; una oleada de sangre subióla á la cabeza, un nervioso temblor la corrió por el cuerpo, y cayó por último desvanecida en tierra, junto á la puerta de escape.

La Providencia burlábase nuevamente de *Cascarrabias*, poniéndole irrisoriamente al alcance de la mano la presa que tantos desvelos le había costado. Aquella joven tan hermosa, tan humilde tan pura, que había despertado los sentimientos más delicados del tabernero, y sobre la cual deseaba éste cebar su venganza, quedaba allí, á tres pasos de él, defendida por la Divina Justicia, que, cansada de los crímenes de *Cascarrabias*, acababa de lanzar contra él los rayos de su omnipotencia.

Volvió á quedar en silencio la taberna. Y como si el candilón de aceite que lucía en este lugar, sintiese repugnancia de iluminar aquella fúnebre escena, empezó á oscilar con frecuentes intermitencias, hasta que se apagó del todo, dejando á oscuras el siniestro recinto, en tanto que afuera caía copiosamente la nieve, silbaba con furia el viento, y los vecinos de Vallespino dormían tranquilamente, sin sospechar siquiera el terrible drama, de que por vez primera era teatro aquel pueblo tan pacífico, tan sencillo, tan dichoso, antes de que en él pusiera su nefanda planta el socialismo revolucionario, encarnado en los dos agentes que tenía á sus órdenes el centro titulado «La Adelfa.»



XXII

Estaba de Dios que no cenase aquella noche el señor cura de Vallespino. Apenas había tomado el primer sorbo del succulento caldo que acababa de servirle Manuela, oyéronse nuevamente unos golpes en la puerta de la calle.

—¿Tendremos otra bromita?—dijo don Cándido, deteniendo á medio camino la taza, á la cual pensaba dar el segundo tiento—Mira á ver quien viene, Manuela. Y si es alguno con otra embajada como la de marras, le dices que haga el favor, que le será agradecido, de marcharse á... escardar cebollinos; porque lo que es el párroco de mi lugar, no vuelve á salir esta noche de casa, si no le sacan con ganchos.

—Son ellos—repuso Manuela, asomándose á la ventana y reconociendo á los amos.

—¡Vamos, hombre! Ya parecieron unos.

Y calmados con tal noticia los temores del párroco, volvió éste á reanudar su gastronómica tarea, concluyendo de aproximar á sus labios la taza, cuyo sabroso contenido apuró enteramente.

No sabemos á punto fijo si le haría buen provecho el prólogo de la cena, pero casi po-

demos asegurar sin temor de equivocarnos, que debió darle una vuelta el estómago, cuando al aparecer en la puerta de la cocina los semblantes mustios, cariacontecidos, del alcalde, Daniel y Juanín, fijó en ellos una mirada angustiosa y preguntó con abatimiento.

—¿Tarde y con poco?

—Tú lo has dicho—respondió secamente don Tiburcio, dejándose caer en una silla.

—Pues estamos lucidos.

—Ese bandido tenía minado el terreno, y con mucho trabajo hemos podido reunir un par de docenas. Lo peor es que mañana vamos á tener gresca, porque los ánimos están muy excitados. Para no estar desprevenidos, ya he mandado que vengan dos parejas de la benemérita; y si se presenta ocasión oportuna te aseguro que *Cascarrabias* no vuelve á molestarnos en su vida.

—Yo, por mi parte, de sobras tengo con el sofocón que estoy pasando esta noche.

—¿De cuando acá te sofocas por tan poca cosa?

—¿Poca cosa? ¡Canastos con el hombre este! Ya quisiera yo que estuvieses en mi pellejo para que hablaras así.

—Pues todavía me llevas de ventaja el haber embaulado media cena.

—¡Qué cena ni qué niño muerto! Lo que tengo yo es el mayor disgusto que he llevado en toda mi vida.

—Pero sepamos en resumidas cuentas ¿qué disgusto tan gordo es ese?

—Nada, hombre, nada. Que se han empeñado en hacer *cardenal* al pobre cura de Vallespino y... y lo han conseguido. Ya ves si prospera Vallespino. ¡En algo se ha de conocer que nos está regenerando *Cascarrabias*!

Y don Cándido al decir esto, hacía asomar á sus labios una leve sonrisita de amarga ironía, que parecía el cristal donde se reflejaban las nerviosas rabetillas del párroco.

Quedábanse los otros suspensos, sin atinar á qué parte se dirigían las indirectas del cura; pero Manuela que estaba en el secreto y no podía contemplar en serio la airada figurilla de su amo, escondíase en un rincón de la cocina, apretándose los ijares para contener la risa, que la retozaba por todo el cuerpo.

—¿Acabarás por hacernos perder la poca paciencia que nos ha dejado *Cascarrabias*?— decía el alcalde disgustado.—Haz el favor de hablar en cristiano, para que podamos entenderte.

Obediente don Cándido al severo apercibimiento del alcalde, comenzo á hacer un minucioso relato de la interesante aventura en que había sido principal protagonista, y tan exagerada resultaba la narración, gracias al lujo de detalles y ridícula mímica con que la adornaba el narrador, que arrancaba á los oyentes zumbonas carcajadas, entre las que se destacaban por las ruidosas y atipladas, las de Manuela, que aprovechaba la ocasión para darse impunemente una buena panzada de risa.

—Así, así, mentecatos — murmuraba don

Cándido, conteniéndose á duras penas en su forzada seriedad, y sufriendo graves tentaciones de unirse al general concierto.—Reiros bien á gusto porque le han majado las costillas al pobre cura.

—¿Y quién no se ríe de tan estupendo lance?—decía el alcalde agarrando por detrás á don Cándido y balanceándole suavemente en la silla.—¡Pobrecillo! Con la mitad del miedo que habrás derrochado había bastante para meter el resuello en el cuerpo á *Cascarrabias*. Por supuesto, que lo tienes bien merecido, porque eso no le pasa á nadie más que á ti.

—¡Eso me sucede á mí, y á ti, y al mismo lucero del alba!

—¡Magras, Candidín! A ti y sólo á ti, que eres el más tonto... ¿Y Margarita?—dijo, interrumpiéndose á sí mismo, al notar la ausencia de su hija.

—¿Margarita? Pues echala un galgo.

—Pero ¿qué? ¿no ha venido?

—Qué ha de venir. La muy necia se habrá metido en alguna casa, y allí la tendrás sin atreverse á salir, hasta que vayan á buscarla.

Un rayo de luz pareció iluminar la inteligencia del alcalde, al oír las palabras de don Cándido. Adivinó la trama toda de aquella infame aventura, que le hacía presentir una desgracia irreparable, y cesó al punto de reír, exclamando con acento tan desgarrador que paralizó la alegría de los demás:

—¡Desgraciado! ¡Tu excesiva candidez va á ser causa de nuestra ruina!

—¿Qué dices? ¿Sospechas algo?—replicó don Cándido, sin comprender lo que hablaba el alcalde.

—Sospecho... ¡que si la Providencia no ha velado por el honor de Margarita, será ésta todo lo desgraciada que puede ser una casta doncella!

Una bomba que hubiera estallado en medio de la cocina, no produce la sensación de terror que produjeron las últimas palabras de don Tiburcio. Dejóse éste caer abatido sobre una silla, mesábase Daniel los cabellos desesperadamente, apretaba los puños Juanín, soltando por lo bajo gruesos ternos, lloraban don Cándido y Manuela, recriminándose uno á otro por su torpeza; y aquellas almas alegres, satisfechas, que celebraban poco antes regocijadas, los lances cómico-dramáticos de la nocturna aventura, doblábanse ahora mustias, abatidas, abrumadas por el golpe del infortunio, á la manera que se doblan sobre su delgado tallo, las flores azotadas por el soplo del vendaval.

—¡Pronto! ¡pronto!—exclamó don Tiburcio, alzándose del asiento con el cabello erizado y los ojos espantados, como si despertara de un sueño terrorífico.—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! Tú, Daniel, pregunta en las casas de los vecinos, pero con mucha prudencia, para que nada sospechen, y tú, Juanín, prepárate para acompañarme.

—¿Y yo?—preguntó desconsolado el párroco.

—Tú... reza y pide á Dios, que deshaga tus yerros.

Subió después á su casa, cogió un revolver inservible de puro viejo, y salió á la calle seguido de Daniel y Juanín, en tanto que Manuela, sentada en el hogar, sollozaba ocultando el rostro en el delantal, y don Cándido entraba en su aposento, cayendo de rodillas ante el crucifijo y exclamando, todo deshecho en llanto:

--¡Señor! ¡Señor! ¡Tomad mi vida si es preciso, y salvad á ese angel perdido por mi torpeza.

Tiró Daniel por un lado, para ejecutar la orden que se le había dado, y marcharon los otros por el opuesto en dirección al campo, con el fin de escalar por la parte trasera la casa de *Cascarrabias*.

Caminaba delante don Tiburcio silencioso y alargando cuanto podía el paso, seguíale Juanín gruñendo y trinando contra el tabernero, y los dos llevaban el oído atento y la mano preparada, para que no les cogiese desprevenidos cualquier sorpresa que pudiera sobrevenir.

La densa oscuridad de la noche, las desigualdades del terreno, ocultas bajo una gruesa capa de nieve, y el barro que se iba adhiriendo al calzado, hacíanles dar frecuentes resbalones y dificultaban cada vez más aquella marcha, que los dos hubieran deseado acelerar.

Desesperábase el alcalde ante la dificultad de avanzar por aquel camino intransitable, y arrepentíase en su interior de no haber mar-

chado directamente por la calle, aun cuando se hubiera expuesto á llamar la atención de algún trasnochador y tener que descubrir el secreto de aquella nocturna aventura.

El pensamiento de que Margarita se hallaba en poder de *Cascarrabias*, y de que los momentos perdidos entre aquellos barrizales podrían ser necesarios para librarla de la deshonra, llenábale el corazón de amarga pena y hacía temblar de coraje, viendo que sus desesperados esfuerzos resultaban impotentes, para vencer los obstáculos que le impedían volar al socorro de su hija.

—Esto es imposible, don Tiburcio—decía Juanín, saliendo de un bache en el que había caído.—*Pol* aquí no llegamos á la taberna en jamás de los *jamases*. Ya me figuraba yo como estaría este camino, pero no me *hi* atrevido á *dicil ná*.

Y don Tiburcio, que comprendía la verdad de lo que decía Juanín, levantaba los ojos al cielo exclamando con acento desesperado:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Vais á desampararnos cuando más falta nos hace vuestro auxilio? Salvad la honra de mi hija, aunque sea á costa de mi vida.

Cuando después de mucho rato y no menos trabajo, consiguieron llegar á las tapias del corral que tenía delante la casa de *Cascarrabias*, distinguieron confusamente entre el torbellino de nieve, un bulto que saltaba las bardas desde adentro y luego corría en dirección contraria á la suya.

Era Recorte, que una vez cometido el crimen abandonaba la taberna y se dirigía á casa de *Tanasia*.

Ni don Tiburcio ni Juanín pudieron conocer á Recorte, pero fué bastante la aparición de éste, para que el alcalde, confirmado en las sospechas que le torturaban el corazón, amartillase el revolver apuntando al fugitivo y gritando con áspera voz:

—¡Alto á la justicia!

Y como notase que el otro, lejos de prestar obediencia á la orden que se le intimaba, corría con toda la veíocidad de sus piernas, lanzóse corriendo tras él, animando á Juanín con estas palabras:

—A por él, Juanín; que no escape de nuestras manos.

Comenzó entonces entre Anatolio y sus perseguidores una lucha que resultaba interesante por los esfuerzos desesperados que cada uno ponía de su parte para salir victorioso en sus intentos; mas la ventaja que aquél llevaba á éstos, y las diversas condiciones en que unos y otros hacían la carrera, inclinaron el triunfo á favor de Recorte, que fácilmente burló la persecución de que era objeto, logrando ponerse fuera del alcance de aquéllos.

Conociólo así don Tiburcio, y mal de su grado, tuvo que desistir de la empresa, volviendo de nuevo hacia el corral y exclamando con despecho:

—¡No podemos con él!

—*Polque* no es *Cascarrabias*—dijo Juanín convencido de lo mismo.

—¿En qué lo has conocido?

—En que le estorba poco la pata galana. Lo que es un cojo no corre *asinas*.

—¿Has notado si va cargado con alguna cosa?

—Me *paice* que no lleva más carga que sus piernas, que maldito si le pesan.

—Entonces no hemos perdido gran cosa. Yo sospechaba si sería *Cascarrabias*, que huía llevándose á Margarita.

—Ya *pué estar* seguro de que no hay tal. ¡Y que tengo menudo ojo *pa* que se me despin-te *naide*, aunque sea en una noche más *escura* que la boca del lobo! Yo diría que es *Natolio*.

—Quédate aquí mientras subo á la taberna —dijo don Tiburcio, al llegar á las tapias del corral.—Si viene alguno me avisas con un silbido, y si oyes ruido por arriba, subes al momento.

Obedeció á regañadientes Juanín, que sentía perder la ocasión de entendedérselas con *Cascarrabias*, y saltó don Tiburcio las tapias para entrar en la casa.

Valor de sobras tenía el alcalde de Vallespino para llevar á cabo empresas más peligrosas que la que intentaba acometer, pero con todo, al poner los pies en aquella casa donde no se oía el más pequeño ruido, ni se veía un rayo de luz, sintió que su corazón latía con inusitada violencia y que sus piernas temblaban hasta hacerle perder el equilibrio, no tanto por

el temor de aquella soledad espantosa, cuanto por el presentimiento de encontrar sepultada allí, juntamente con la suya, la honra de su inocente y desgraciada hija.

Esta sospecha que le torturaba desde dos horas antes y que tomaba mayores proporciones cuanto más se acercaba el momento de confirmarla, de tal manera impresionaba y hacía desfallecer á don Tiburcio, que, sin ánimo para dar un paso adelante, quedóse parado en el umbral de la puerta, luchando con esos dos afectos contrarios que nos embargan á todos, cuando fluctuamos entre la impaciencia de tardar y el temor de llegar á un sitio en el cual esperamos encontrar alguna desgracia.

—¿Y si todavía no se hubiera consumado la iniquidad...?—murmuró tratando de animarse á sí mismo.

Era el único resorte que podía, y pudo de hecho, poner en movimiento aquella voluntad paralizada por el desaliento.

Hizo un esfuerzo supremo, ahogó en su garganta un suspiro que pugnaba por salir, y avanzó resueltamente hacia el interior, apoyando sus manos en las paredes del pasillo que conducía desde el corral á la taberna.

La oscuridad que había en toda la casa era una circunstancia favorable á la empresa. Conocía mejor que la suya la casa de *Cascarrabias* y podía recorrerla toda sin necesidad de luz, que después de todo sólo hubiera servido para delatarle.

—¿Habrá huído?—se dijo cuando después

de haber dado algunos pasos no percibía ningún ruido que turbase aquel silencio.

Y agotadas con esta sospecha las energías de que se había provisto, tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para continuar su camino.

Al echar un paso para entrar por la puerta de la taberna, tropezó con un cuerpo cuyo contacto le hizo estremecer. Amartilló el revólver, encendió un fósforo, inclinóse hacia el suelo, y... la ira, el terror, la desesperación obligáronle á dar un paso atrás, dejándole por un instante inmóvil, con la cerilla en una mano, el revólver en la otra y la vista fija en un punto, como si le hubiera tocado la invisible descarga de una corriente eléctrica.

—¡Margarita! ¡Hija mía!—exclamó después, abrazándose frenéticamente á su hija que continuaba desmayada.—¿Muerta? ¿Deshonrada? ¿Las dos cosas? ¿Quién ha sido el infame? Dímelo, hija mía, para que lave con su sangre tanta maldad.

A las voces y sacudidas que la daba su padre, despertó Margarita del pesado letargo, y como si obrase todavía bajo la sugestión de la escena que había presenciado, levantóse del suelo desasiéndose del alcalde, y con el semblante desencajado, la vista extraviada, señalaba el lugar donde estaba *Cascarrabias* diciendo:

—¡Allí! ¡allí! ¡Muerto...! ¡Vámonos, padre mío, vámonos!

—¿Quién? ¿Dónde?—replicaba don Tiburcio, procurando tranquilizar á su hija, que le

tiraba de la americana arrastrándole hacia afuera.

—¡Antón...! ¡Muerto...! ¡Allí...!

—¡Poder de Dios!—exclamó el alcalde asombrado de lo que oía.

Y no pudiendo resistir al deseo de ver confirmada por el testimonio de sus propios sentidos aquella noticia que le parecía increíble, quiso acercarse al cadáver de *Cascarrabias*, sin atender á las voces y tirones que le daba su hija para apartarle de aquel lugar y traerle afuera.

Convencida Margarita de que sus esfuerzos resultaban inútiles, y de que su padre la arrastraba hacia el cadáver, tapóse la cara con las manos, como si la horrorizase el solo pensamiento de volver á mirar á *Cascarrabias*, y huyó por la puerta de escape, abandonando á don Tiburcio que obsesionado por su idea no se apercibió de la retirada de su hija.

—¡Desgraciado!—decía el alcalde, contemplando al tabernero con una mirada, en la que iban mezclados el terror y el odio.—La divina justicia, más grande que tu refinada malicia, ha llegado por fin á donde no presumías que llegase la vara de este monterilla. Que Dios tenga misericordia de ti, si has respetado mi honra, pero si no... ¡que caiga sobre tu alma emponzoñada todo el peso de la eterna reprobación!

Dióse entonces cuenta de la ausencia de su hija, y salió apresuradamente por la puerta de escape, gritando:

—Margarita, hija mía, ¿dónde estás?

Con tal rapidez se había desarrollado esta escena, que duró tanto tiempo cuanto tardó en consumirse la cerilla encendida al principio. Quiso encender otra don Tiburcio, y registróse los bolsillos buscando la fosforera; mas como no encontraba ésta por ninguna parte, y le impacientaba el deseo de unirse á Margarita, avanzó por la oscuridad en la forma de antes, hasta que llegó al corral en donde le esperaban su hija y Juanín.

—Pronto, Juanín—dijo, saltando las bardas.
—Dame á Margarita y huyamos de esta maldita cueva.

Tomó Juanín á Margarita, entrególa á don Tiburcio, saltó él á continuación, y los tres emprendieron silenciosamente el retorno á su casa, luchando de nuevo con las dificultades del camino, aumentadas ahora por la ventisca que desataba todas sus iras, atormentando todavía más á los que llevaban en sus almas un infierno de penas.

Desesperábanse entre tanto los que estaban en la casa-curato, viendo que pasaban las horas y no venían los que con tanta impaciencia eran esperados.

Daniel sobre todo, no podía sosegar un momento, desde que terminada infructuosamente su comisión, había regresado á casa creyendo encontrar en ella á Margarita. Cuando vió fallida esta última esperanza y aumentada su angustia por la incertidumbre, pretendió salir de nuevo á la calle para ir en busca de los otros, pero don Cándido, que no quería traspasar las

órdenes del alcalde, interpuso toda su autoridad y le obligó á esperar los acontecimientos.

Ya que otra cosa no podía hacer, contentóse el joven con observar desde la ventana de la cocina, y allí clavado, aguantando el crudo frío de la noche, escudriñaba el camino hasta donde alcanzaba su vista, para ver si conseguía oír algún ruido ó divisar algún bulto.

—Ya vienen, ya vienen—exclamó por fin, al descubrir á los otros que doblaban en aquel momento la esquina de la plaza.

Precipitáronse todos por la escalera al encuentro de los que venían, y viendo que Juanín traía en sus brazos á Margarita pálida, ojerosa, abatida, creyeron confirmados los presentimientos que les embargaban, y comenzaron á gritar y llorar desesperadamente.

—Silencio, ¡vive Dios!—dijo don Tiburcio, dominando el alboroto.—Aquí no ha sucedido nada, ni hay motivo para desesperarse. Manuela, Petra, llevad al lecho á esa pobre hija, que viene deshecha de tanto jaleo. Y nosotros vamos á darnos un calentón en el hogar, que bien lo necesitamos.

—Pero ¿nada ha sucedido?—preguntóle poco después don Cándido, mientras el alcalde y Juanín desentumecían sus miembros con el confortante calor de una buena fogata.

—A nosotros nada—contestó don Tiburcio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que podéis rezar un responso por el alma de *Cascarrabias*.

—¿Y le has matado tú, Tiburcio?—dijo el

párroco, atemorizado al pensar que el alcalde hubiese podido cometer aquel crimen.

—Lo ha matado la Providencia, para demostrar una vez más, que «Dios consiente y no para siempre».

Y don Tiburcio fué relatando todo cuanto les había acontecido en la excursión, sin omitir el encuentro con Recorte, que inducía á sospechar la participación de éste en la muerte de *Cascarrabias*.

—Como veis—dijo el alcalde levantándose—es preciso tener mucha prudencia y no darnos por enterados de este suceso, en el cual podemos quedar seriamente comprometidos. Mañana veremos lo que conviene hacer, y ahora vamos á dormir, porque me parece que ya es hora.

Cuando don Cándido entró en su despacho, cayó de rodillas ante el Crucifijo y exclamó con voz entrecortada por el llanto:

—¡Gracias á ti, Señor, que no abandonas jamás á los que ponen su confianza en tu misericordia! Tuya es mi vida; dispón de ella cuando mejor te parezca.

Levantóse después más tranquilo, se acostó apresuradamente, apagó la luz, y... allá... en el fondo oscuro de la habitación, parecióle distinguir la horrible figura de *Cascarrabias*, que se revolvía furiosamente en un charco de sangre. Metió la cabeza dentro de la cama, hizo la señal de la cruz, y sus labios balbucieron una plegaria... un responso por el eterno descanso del hombre que tanto les había hecho sufrir, al mis-

mo tiempo que el viejo reloj del despacho acompañaba los ecos de aquella caritativa oración, con cuatro lentas y graves campanadas. Eran las cuatro de la mañana.



XXIII

En la tierra, una gruesa capa de nieve envolviendo como en blanco sudario todo cuanto alcanzaba la vista; en el cielo, un toldo de parduscas nubes rasgadas en laros girones, por cuyas aberturas asomaban algunas manchas de un azul purísimo; y entre el cielo y la tierra, una helada brisilla incapaz de mover las hojas de las plantas, pero muy suficiente para destrozar los pulmones más enteros.

Tal era el aspecto que ofrecía la naturaleza, en la mañana del día treinta de enero. Era una mañana fría, tristona, desagradable, una de esas mañanas que parecen *nacidas* para derramar tintes sombríos sobre los pocos ó muchos encantos que puede ofrecer la vida, y que, como si fueran mensajeras de futuras desgracias, producen en nuestro ánimo hondas sensaciones de hastío, de melancolía, de mal humor inaguantable.

Acababa de amanecer en Vallespino, cuando ya estaban abiertas casi todas las puertas de las casas, y los dueños se lanzaban á la calle sin hacer gran caso del frío de la mañana. Iban todos ellos envueltos en amplias mantas de lana á cuadros azules y blancos, y, obede-

ciendo sin duda á la misma consigna, tomaban á buen paso la calle de la plaza mayor, hasta llegar á ésta, en donde hacían alto formando corrillos delante de la taberna, cuya puerta permanecía cerrada.

En los semblantes amoratados por el frío y en el empaque altivo y desdeñoso de los madrugadores, podía fácilmente adivinarse cierta desusada animosidad que ambicionaba un pretexto cualquiera para desbordarse; y por si tales indicios pudieran dejar alguna duda, venían á denunciar esto mismo los enormes garrotes que asomaban por los extremos de las mantas y las abultadas fajas en cuyos pliegues se dibujaban los contornos de un puñal.

Eran los *honorables* ciudadanos vallespineses, que en uso de sus derechos constitucionales iban á emitir por primera vez en la vida su *libre* sufragio, y acudían á las urnas electorales armados de pies á cabeza, para defender á garrotazo limpio la *inviolable* pureza del voto.

Atraídos por el olorcillo de los barriles, que la noche antes les había prometido *Cascarrias*, acudían todos con pasmosa puntualidad á la cita, deseando calentar los estómagos y disponerse para la lucha que había de tener lugar algunas horas después. Mas como el tabernero no se daba mucha prisa en abrir la puerta, y los ciudadanos *libres* no se atrevían á turbar el reposo de su señor, procuraban entretener el frío y el tiempo con animadas conversaciones, que naturalmente habían de ver-

sar sobre el asunto de palpitante actualidad en el pueblo.

Y ¡válganos el Señor! las discusiones, pronósticos y comentarios, que sobre el mismo tema circularon por todos los corrillos.

Afirmaban unos, que se perdería totalmente la votación, porque la candidatura presentada por *Cascarrabias* no era del agrado de todos. Sostenían otros, que Recorte había salido la noche anterior de Vallespino, para presentarse á «La Adelfa» y conseguir la desautorización del tabernero. Prometían algunos, que volarían por los aires las urnas electorales, si la cosa no salía de la manera que ellos deseaban. Y no faltó por último quien afirmó, que don Tiburcio estaba dispuesto á pagar los votos á duro, en cuanto viera un poco comprometida su situación. Noticia, que, dicho sea de paso, llenó de *santa* indignación á aquellos nuevos fariseos, pero de la cual tomaron nota casi todos ellos, prometiendo *in pectore* meditar seriamente lo que valen en estos tiempos cinco pesetas.

En lo que todos andaban acordes, según la medida de sus deseos, era en que el día de las elecciones sería célebre en Vallespino, porque había de armarse una marimorena de las gordas, que dejase rayas hechas por toda la vida.

Y no eran ciertamente los que así hablaban quienes mejores pruebas de arrojo hubiesen dado en otras ocasiones, antes al contrario, podían todos ellos estar incluídos con justísima razón, en la categoría de los hombres prudentes.

tes á la fuerza. Pero sucedía allí lo que sucede en toda asonada, donde los cobardes gritan siempre más que nadie, para indemnizarse quizás con la lengua, ya que no se atreven con la mano, del saludable respeto que les inspira el enemigo.

Otra era también la madre del cordero. Aunque rudos como ellos solos, sabían muy bien los gañanes de Vallespino, que el período electoral es un segundo tiempo de Carnaval, donde todo se hace con careta, mediante la cual *pasan* impunes los mayores desahogos. Y como el que más y el que menos de los belicosos electores, estaba á la que saltase, deseaban todos enredar la madeja, para aprovecharse buenamente del río revuelto y sacar entre las redes algo sustancioso, conque poder echar un remiendillo al crudo invierno que se presentaba con aspecto famélico.

Dos había solamente entre toda la concurrencia que no se preocupaban de tan bajos detalles, por tener que tratar sin duda otros asuntos de mayor importancia. Eran tío Frutos y *Tanasia*, que separados de todos los corrillos, departían misteriosamente, mirando con recelo á la puerta de la taberna, como si detrás de ella se encontrara el objeto de tan interesante conferencia.

Hablaba *Tanasia* con desconsuelo, con abatimiento, retorciéndose las manos y haciendo asomar á sus ojos dos lagrimones que desaparecían al momento. Escuchaba tío *Roñazas* atentamente, con la vista fija en el suelo, ha-

ciendo demostraciones de sorpresa y mordiéndose á cada instante el labio inferior, al mismo tiempo que movía de un lado á otro la cabeza.

Unos ruidosos golpes descargados en la puerta de la taberna, hicieron interrumpir á *Tanasia* el relato que con tanta atención oía tío *Roñazas*.

Los *respectables* electores vallespinenses impacientábanse por la tardanza del desayuno, y no satisfechos con murmurar del tabernero, que les hacía pasar tan agradable rato mientras él disfrutaba del comfortable calor de la cama, se habían tomado la libertad de aporrear la puerta, para despertar á *Cascarrabias* y hacerle comprender la informalidad que cometía.

Resonaban en el interior de la taberna los estrepitosos golpes repetidos á breves intervalos y cada vez con más fuerza, mas no por esto se abría la taberna, ni á las llamadas respondía otra voz que un prolongado eco, cuyas notas iban apagándose gradualmente, á cada nueva tanda de porrazos que descargaba sobre la puerta.

Acabóse la paciencia de los electores, al ver que el desatento *Cascarrabias* no parecía dispuesto á cumplir su palabra, y entre blasfemias, amenazas y gritos subversivos, decidieron aquellos echar la puerta abajo, para constituirse en dueños de la taberna y tomar por la fuerza lo que de grado no les concedían.

—*Miral á vel* si está abierta la puerta del corral—dijo *Tanasia*, abriéndose paso entre la

turba—*Mejor* será *entral* po allí y no *hacel* una *barbaridá* como esta.

Pareciendo muy bien á todos el prudente consejo de la vieja, lanzáronse unos cuantos en dirección al corral, y quedaron los demás esperando el resultado.

Hubo un momento de silenciosa expectación entre los que estaban en la plaza, y poco después oyéronse claramente agudos gritos que salían del interior de la taberna.

Fué esta la corriente que puso en conmoción á los airados electores. Agrupáronse todos en actitud agresiva hacia la taberna, y con tal empuje cayeron sobre la puerta, que saltó esta hecha pedazos, dejando franca la entrada por la que se precipitó, estrujándose, la turba revoltosa, ávida de conocer cuanto antes el misterio de la taberna.

Imagínense ahora nuestros lectores la fuerte impresión que recibirían aquellos lugareños ignorantes de lo que era un asesinato, al ver ante sus ojos el desfigurado cuerpo de *Casarrabias* medio envuelto entre una capa de barro gelatinoso.

A medida que iban entrando y fijaban sus miradas en el cadáver, abrían desmesuradamente los ojos, á impulso del estupor que les producía aquel espectáculo, y echaban amedrentados un paso atrás, para huír de tan repugnante cuadro. Pero el violento empuje de los que venían detrás les arrastraba hacia el interior, y veíanse obligados á replegarse sobre los ángulos de la taberna, formando todos

un apretado círculo en cuyo centro se destacaba el cuerpo ensangrentado de *Cascarrabias*.

Procuraba entre tanto aprovechar el tiempo la vieja *Tanasia*. Concertadas las paces con Recorte en la forma que ya hemos visto, y bien aleccionada por éste en la conducta que debía seguir, había venido á la taberna dispuesta á poner en juego sus no pequeños ardidés, para conjurar el peligro que les amagaba y sacar algún fruto de la muerte del tabernero.

Consecuencia de estos cálculos era la misteriosa conferencia celebrada con tío *Roñazas*, á quien, después de bien tanteado, había descubierto algo de lo sucedido la noche anterior, con el fin de ganarle para su causa y enredarle en la madeja que pensaba urdir.

Por lo que hace á Recorte, manipulador de estos enredos, guardóse muy bien de presentarse en público, antes bien, obrando con toda prudencia, habíase quedado oculto en el cuchitril de *Tanasia*, desde donde, á fuer de experto comediante, dirigía el drama entre bastidores, procurando nadar y guardar la ropa al mismo tiempo.

Comenzó pues *Tanasia* su labor, registrando minuciosamente hasta los últimos rincones de la casa, y poniendo de paso á buen recaudo todo cuanto su rapacidad encontraba provechoso.

Mas no era esto precisamente lo que con tanta insistencia buscaba la astuta vieja. Temía que el crimen cometido en la persona de *Cascarrabias*, hubiera dejado algún rastro, me-

dante el cual se viniese en conocimiento del verdadero criminal. Alimentaba por otra parte la esperanza de encontrar algún indicio, que le sirviese de pretexto para dar colorido á la especie calumniosa que pensaba lanzar contra el alcalde. Y estos pensamientos, que la habían quitado la tranquilidad y el sueño durante la noche anterior, movíanla ahora de un lado para otro, olfateando á manera de sabueso la pista que deseaba encontrar.

El diablo sin duda vino en su auxilio.

Ya maldecía desesperada del infructuoso trabajo de sus pesquisas, cuando súbitamente brillaron sus ojos con un relámpago de feroz alegría. En el mismo umbral de la puerta de escape veíase relucir una cajita de acero bruñido, con incrustaciones doradas, que acusaba el artístico trabajo de la fábrica de Eybar.

Conocióla *Tanasia* al momento. Era la fosforera de don Tiburcio; la que éste buscaba inútilmente en sus bolsillos al querer encender la segunda cerilla, y que sin darse cuenta había dejado caer al abrazarse con Margarita.

No necesitaba otra cosa la marrullera vieja. Ocultando la satisfacción que le producía este hallazgo, prorrumpió en desaforadas voces mezcladas con fuertes sollozos, con el fin de llamar la atención de los que estaban contemplando el cadáver. Y cuando esto hubo conseguido, colocóse en medio de todos, levantó del suelo la fosforera, presentóla al público y gritó con acento de forzada ira:

— ¡Aquí *tenís* al asesino del *probe* Antón!

—¡El alcalde!—exclamaron todos admirados, al ver la fosforera que era demasiado conocida en el pueblo.

Y como si este pequeño detalle hubiera sido la clave para descifrar el misterio que encerraba la muerte de *Cascarrabias*, sin más detención, sin otro examen, sin mayores pruebas, brotó en el ánimo de todos, clara como la luz del día, la convicción de que don Tiburcio había sido el autor de aquel horrible asesinato.

Convicción que se tradujo primero en un sordo murmullo como de mar embravecido, después en ruidos de ira semejantes á los que lanzan las fieras agarrochadas, y por último, en una explosión brutal, salvaje, de gritos desesperados, entre los que se percibían claramente estas palabras escapadas de todos los labios:

—¡¡Mueran los asesinos!! ¡¡Mueran los tiranos!! ¡¡Mueran los ladrones del *probe!*!

—¡Compañeros!—dijo *Tanasia*, manoteando grotescamente para imponer silencio.—Han *matao* á nuestro jefe, *pa* que no sea alcalde y no tengamos quien nos dirija; *pus* aquí está el tío Frutos, que antes era *primel tiniente* y *ahura* ha de *sel* alcalde. ¡Compañeros! ¡viva nuestro alcalde y mueran los tiranos!

—¡Viva el tío Frutos, nuestro alcalde!—gritaron todos seducidos por las palabras de *Tanasia*, descubriéndose para saludar á tío *Roñazas*.

Y por si la proclamación que acababan de hacer no era todo lo solemne que las circuns-

tancias requerían, cogieron uno de los taburetes tirados por el suelo, sentaron en él á tío Frutos que no oponía la menor resistencia, levantáronle á la altura de sus cabezas, y paseáronle triunfalmente por la taberna, aclamándole como alcalde vengador de la muerte de *Cascarrabias*.

Radiante de júbilo estaba *Tanasia*, viendo el feliz resultado de sus maquinaciones, pero no la iba en zaga su digno compañero tío *Roñazas*.

Empoltronado en el taburete que le parecía un trono real, paladeaba con infantil delectación su inesperada apoteosis y casi llegaba á bendecir la mano, que, privando de la vida á *Cascarrabias*, proporcionábale el triunfo más colosal conque jamás hubiera soñado su ridícula vanidad de viejo.

El calor de la gloria acabó de evaporar el poco juicio que encerraba la pelada cabeza del nuevo alcalde. Juzgó muy del caso empezar su reinado con algún acontecimiento memorable; así es que, aprovechando la ocasión que se le presentaba, extendió pausadamente la mano derecha para imponer silencio, alzóse con gallardía en su taburete, tosió tres ó cuatro veces, ahuecó cuanto pudo su temblona vocecilla, y finalmente se arrancó por la siguiente arenga:

—Amigos míos: *aceto* vuestra *resolución* y ¡qué recolla! me *paice* que no *sus* pesará nunca. ¿*Querís* que yo sea alcalde? *Pus* aquí me *tenís* ¡recolla! *pa* cuanto *sus* de la gana. ¿*Querís* venganza? *Pus* venganza ha de haber... y bien

gorda. *Ahura mesmo, too* Dios á casa del alcalde, *pa tomanos* la justicia *pol* nuestra mano; y como no nos salgamos con la nuestra, ¡recolla! no ha de *quear* títere con cabeza en...

—¡Bravooo...! ¡Biennn...! ¡A casa del alca-
deeee! ¡Mueran los asesinoos...!—gritó la tur-
ba, interrumpiendo la fogosa perorata de tío
Roñazas.

—¡A casa del alcalde...!—gritó también *Ta-
nasia*, que apareció en la puerta de la taberna
tremolando una improvisada bandera roja, en
cuyo fondo se leían estas palabras: «Abajo los
tiranos».

Precipitáronse todos como furiosa avalan-
cha hacia la puerta, y, delante la bandera que
llevaba *Tanasia*, detrás la turba que atronaba
el espacio con *vivas* y *mueras*, cerrando la mar-
cha tío *Roñazas* orondo en su taburete, dirigió-
se aquella imponente manifestación á la casa-
curato, dejando abandonada la taberna en
donde solo quedaba el asqueroso cuerpo del
tabernero.

No sabemos si al cruzar los umbrales de la
eternidad cambiarán los instintos satánicos de
que viven saturadas ciertas almas en la tierra.
Si eso no sucede, bien podemos asegurar con
toda certeza, que el espíritu vengativo de *Cas-
carrabias* quedaría satisfecho, al contemplar los
abundantes frutos de la semilla que él había
derramado en Vallespino.

Apercibiéronse muy pronto los que estaban
en casa del alcalde, de las intenciones nada pa-

cíficas que traían los manifestantes, y aunque pocos en número, con relación á la turba que venía, colocáronse en orden de batalla, dispuestos á vender caras sus vidas, antes que dejar el campo libre á sus enemigos.

Terrible fué el encuentro. Acometieron furiosamente los de *Cascarrabias* intentando asaltar la casa, pero tropezaron con una barrera insuperable formada por los cuerpos de los defensores, que, agrupados delante de la puerta, recibieron el ataque con esforzado ánimo.

Al estrépito y griterío que armaban los combatientes, acudían corriendo las mujeres todas del pueblo, amedrentadas por aquella inesperada cuanto formidable revolución. Y no atreviéndose á entrar en el lugar de la pelea, agrupábanse junto á la esquina de la casa curato, desde donde gritaban, lloraban, mesábanse los cabellos y levantaban en alto á sus hijos mostrándolos á los revoltosos para inclinarles á cesar en tan desastrosa batalla.

Cuando más enconada era la lucha, y más horrorosa la confusión, salió apresuradamente de su casa el buen párroco, todo desconsolado y tembloroso. Púsose á la cabeza de las mujeres, enarboló en la mano derecha un crucifijo de talla, y con lágrimas en los ojos, con el acento más suplicante que supo encontrar, dirigió á sus feligreses esta sentida plática:

—¡Hijos míos! ¡Por Jesucristo Dios que murió para salvarnos á todos! Mirad lo que hacéis y considerad que todos somos hermanos regenerados por la misma divina gracia. Po-

ned los ojos en vuestro Salvador crucificado, y no manchéis vuestras manos con sangre inocente, ni echéis sobre este desgraciado pueblo un borrón tan feo como...

—¡Mueran los asesinos! ¡Afuera los tiranos! ¡Abajo los sangradores del *probe!*—rugía la turba, ahogando las palabras del párroco y cargando con más fiereza sobre los defensores de la casa-curato.

De nada sirve el valor que se halla oprimido por la fuerza. A pesar de los porrazos que repartía Juanín, de los certeros golpes que daban don Tiburcio y Daniel de la desesperada energía con que todos se defendían, las fuerzas de *Cascarrabias* iban acorralando poco á poco á las otras, obligándolas á replegarse en el interior de la casa.

Un momento más, y el pueblo de Vallespino hubiera dejado escrita en su historia una página sangrienta. Pero entonces precisamente aparecieron en el extremo opuesto de la plaza dos parejas de la guardia civil, que á todo correr y apuntando con los fusiles se dirigían al sitio de la pelea, para imponer por la fuerza la paz que de otro modo no se podía conseguir.

El efecto no pudo ser más inmediato, porque verlas y cesar las hostilidades, todo fué cuestión de un instante. El respeto á la benemérita y el temor de caer en poder de la justicia, sentimientos que difícilmente llegan á perder los pueblos, de tal manera sembraron el pánico entre los que intervenían en la pelea, que, revoltosos, defensores, mujeres, todos hu-

yeron á la desbandada por la esquina de la casa-curato en donde se encontraba don Cándido con las mujeres.

Quiso el párroco hacer lo mismo por evitar el tropel de gente que le venía encima, pero sus débiles fuerzas no pudieron resistir el ímpetu de aquella avalancha humana, y arrollado por la multitud, que le echaba de un lado á otro haciéndole dar vuelcos y trompicones, cayó finalmente á tierra, arrastrando en pos de sí á otros muchos que cayeron también sobre él pisoteándole y magullándole lastimosamente.

Cuando quedó despejado el campo de batalla, viéronse revueltos entre la nieve algunos cuerpos heridos y contusos, que se levantaban perezosamente, y sacando fuerzas de la flaqueza huían como los demás. Solamente uno permaneció inmóvil, junto á la casa-curato.

—¡Cielo santo!—exclamó Daniel, reconociendo á su tío.—¿Será él la única víctima de estos atropellos?

Y seguido del alcalde y Juanín corrió apresuradamente en auxilio del pobre cura.

Una débil y fatigosa respiración era la única señal de vida que presentaba don Cándido. Tenía la sotana hecha girones, el cuerpo molido á golpes por todas partes, y en la sien derecha una profunda herida, de la cual brotaba un hilo de sangre que corría hasta el suelo enrojeciendo la nieve.

Cogiéronle para trasladarle al lecho; mas no habían dado los primeros pasos hacia la casa,

cuando por la puerta salían Margarita, Manuela y Petra, con los semblantes descompuestos por el terror, corriendo desaladas como si buscasen refugio contra algún peligro, y lanzando entre gemidos y gritos estas palabras:

—¡Fuegooo...! ¡Fuegooo...! ¡Auxilio...!

—¿Qué decís?—murmuró don Tiburcio, presintiendo otra nueva desgracia.

—¡Que se quema la casa! ¡Que le han pegado fuego por el corral!

Aumentó con esto la confusión y quedaron todos perplejos, sin saber si acudir á la casa para sofocar el incendio, ó atender á don Cándido cuya vida inspiraba serios cuidados.

Surgía por esta parte una nueva dificultad, que era encontrar una casa á donde llevar al pobre cura. Amigos y enemigos habían huido, las puertas estaban todas cerradas, y por ningún lado se veía alma viviente que pudiera sacarles de aquel conflicto.

Una vez más vino Pascuala á ser la Providencia de esta desgracia de familia.

—A mi casa—dijo, presentándose de improviso.—Llévenlo á mi casa y lo pondremos aunque sea en mi cama.

Agradecieron más con los ojos que con las lenguas aquel generoso ofrecimiento que parecía venido del cielo, y sin más dilación se encaminaron hacia la casa de Pascuala.

Al entrar en ella volvió don Tiburcio la cabeza mirando á la casa-curato, y, por primera vez en la vida, sintió que se apoderaba de su alma el desaliento.

Por encima del tejado asomaba una resplandeciente columna de fuego, que se retorció en fantásticas espirales, mientras las puertas y ventanas vomitaban densos chorros de humo, que se elevaban, se unían y flotaban en el espacio, cerniéndose sobre la mole de la casa-curato á manera de fúnebres crespones extendidos sobre las bóvedas de un inmenso panteón.





XXIV

—Corta aquella viga, Juanín. Agua, agua por este lado, antes que se corra el fuego. Apártate, Daniel, no se vaya á hundir ese alero. Ahora, ahora, duro por ese boquete; echad de prisa las tejas, las basuras, todo lo que encontréis á mano, á ver si conseguimos localizar el fuego. Eso es; fuerte, fuerte... ¡Dios nos asista! se escapa por el otro lado y va á penetrar enseguida en el pajar. Cuidado, Santiago, ¿no ves que es imposible saltar por ahí?

Así gritaba don Tiburcio, dirigiendo desde el tejado los desesperados esfuerzos, con que unos cuantos hombres intentaban sofocar el incendio, de que era pasto la casa-curato. Empresa no menos temeraria que imposible, á juzgar por las proporciones que había adquirido el fuego, y los escasos recursos con que se contaba para contrarrestarle.

Tal era el miedo que se había apoderado de los habitantes de Vallespino, que solamente cinco ó seis de los que tenían las casas junto á la del cura, acudieron más por egoísmo que por caridad, á las voces de socorro que cundían por el pueblo; y éstos que en unión de los moradores de la casa trabajaban con interés, iban

desmayando poco á poco, al ver que sus esfuerzos resultaban inútiles, por falta de elementos y sobre todo por la escasez del agua.

A pesar de la acertada dirección que imprimía don Tiburcio á los trabajos, el voraz elemento habíase apoderado de toda la parte que daba al corral, y las llamas, retorciéndose y silbando como serpientes enfurecidas, introducíanse en el interior, destruyendo cuanto hallaban á su paso.

Crujían los techos rasgándose á pedazos, chasqueaban las maderas consumiéndose rápidamente, desplomábanse las paredes con formidable estruendo, la casa entera trepidaba sin cesar, como si ella misma quisiera anunciar su próximo derrumbamiento.

Así lo temió don Tiburcio, y resignado á presenciar la ruina de su casa, antes que poner en grave peligro á los que trabajaban, mandóles bajar á las habitaciones que daban á la plaza, para salvar á lo menos los pocos muebles que hubieran escapado á la acción del fuego.

Ni esto pudo conseguir el desventurado alcalde; porque apenas había dado la orden, echó de ver una ancha grieta, que, abriendo la pared central, seccionábala en dos partes, por entre las cuales penetraban rojas llamaradas.

--¡Muchachos!—gritó— Afuera todos, porque esto se hunde al momento.

Cuando Juanín que se había quedado el último, puso el pie en la plaza, oyóse una espantosa detonación semejante al estampido de una batería, y la casa-curato quedó convertida en

un montón de ruinas calcinadas, sobre las que brillaban algunas lucecillas en medio de una nube de polvo y humo.

No tuvo don Tiburcio una frase de reproche contra la mano criminal que había servido para tan cobarde venganza. Contempló en silencio los escombros que antes habían sido su casa, limpióse una lágrima que se le descolgaba por la mejilla, y luego después, muy despacio, cabizbajo, agobiado por tanto infortunio, dirigió sus pasos á casa de Pascuala, en donde le esperaba otra desgracia todavía más sensible.

A fuerza de masajes y pociones, consiguióse desentumecer los miembros de don Cándido y devolver á éste el conocimiento que había perdido. Mas era tal el estado de postración en que se hallaba el pobre cura, que insensible á cuanto sucedía á su alrededor, no hacía más que exhalar débiles quejidos, y llevarse las manos á la cabeza, donde sin duda le apretaba el dolor.

—¿Se pasa eso, tío?—preguntó Daniel acercándose.

—Me muero, hijos míos—murmuró el enfermo con voz apenas inteligible.—Dios ha oído mis súplicas y acepta mi sacrificio... Un sacerdote... ¿no habrá un sacerdote para mí?

—Juanín—dijo don Tiburcio—ve inmediatamente á buscar á don Narciso para que se venga contigo.

Era don Narciso párroco de un pueblecito distante una legua de Vallespino; pero Juanín,

que sabía hacer las cosas pronto y bien, estaba de vuelta antes de una hora, trayendo consigo al sacerdote.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué pasa aquí?—preguntó don Narciso al entrar en la habitación. —¿Qué nuevas tan desagradables encuentro en esta casa?

—Ya ve usted, don Narciso—contestó tristemente el alcalde.—El Señor que quiere regalarnos con unas cuantas caricias.

—¡Caramba! ¡caramba! Si ésta la tenía yo tragada hace mucho tiempo. Mil veces le había dicho: mira, Cándido, presenta la dimisión y pide el traslado, porque el día menos pensado vas á tener un trastorno de los gordos. Pero... ¡ya se ve! es tan bueno, tan cándido, que su misma inocencia le ha perdido ¡Todo sea por Dios! Vamos, hombre—continuó, acercándose al enfermo—¿qué tal marcha eso?

—Hola, Narciso—contestó el párroco, reanimándose al conocer á su compañero—¡Cuánto me alegro de que hayas venido...! Dios te lo pague... Pues ya ves; tomando billete para la eternidad.

—Hombre, hombre ¿no será para tanto? Así que el tal pasaporte lo despachan cuando le dá la real gana á cada uno.

—Esto no tiene remedio, Narciso... Conque vamos á ver si me ayudas á preparar bien la maleta, porque el viaje es un poquito largo.

—Como quieras, hombre. Eso nunca está demás, pero no hay que desconfiar del poder de Dios.

—Hijos míos: tened la bondad de retiraros un momento, para que don Narciso oiga mi confesión.

Así lo hicieron, en efecto, dejando en la habitación á los dos sacerdotes, y como la conciencia de don Cándido tenía pocos rincones que escudriñar, fué muy corto el tiempo invertido en la confesión.

Dirigióse poco después don Narciso con los hombres á la iglesia para traer el Santo Viático, mientras las mujeres improvisaban un altar en la habitación del enfermo y cubrían las paredes con sábanas y colchas, á fin de hacer menos indigna la morada, que había de visitar el Rey de los Reyes.

Salió Este del templo en manos de don Narciso, á cuyos lados formaban don Tiburcio y Daniel con largas hachas encendidas, y delante marchaba Juanín alumbrando con un farol y agitando á intervalos la campanilla.

Avanzaba silenciosamente la comitiva, atravesando el pueblo que ofrecía un aspecto sombrío, como si sobre él pesase alguna calamidad pública, de esas que llenan de consternación á los habitantes de una comarca.

Las calles estaban desiertas, las puertas permanecían cerradas, las gentes se ocultaban por miedo á la justicia, el movimiento, el ruido, la vida parecían haber huído de Vallespino, dejando convertido en solitario desierto aquel pueblo donde antes reinaba la más franca animación.

Solamente cuando el sonido de la campani-

lla ó la voz de don Narciso que recitaba el *Miserere*. anunciaban á los vecinos el paso del Santo Viático, entreabríanse cautelosamente algunas ventanas, en cuyo fondo brillaban unos ojos escrutadores y se veía una mano formando la señal de la cruz.

—Paz á esta casa y á todos los que en ella habitan—dijo don Narciso entrando en la habitación del enfermo.

—Amén—respondió éste, haciendo señas á Daniel para que le ayudara á incorporarse en la cama.

—Hermano mío:—siguió diciendo don Narciso, elevando en sus manos la Sagrada Hostia —¿perdonas á cuantos te han ofendido?

—¡Les perdono de todo corazón! Y vosotros también, hijos míos; ¿verdad que perdonamos á nuestros enemigos?

—¡Les perdonamos! ¡les perdonamos!—exclamaban los demás, sin poder contener las lágrimas que les arrancaba la emoción.

¡Perdonar! Cuanto no costaba á don Tiburcio pronunciar esta sencilla palabra. En el fondo de su alma sentía la furiosa embestida de la pasión, que se revolvía desesperada reclamando venganza de tantas infamias; pero miraba al Señor que ocultaba su majestad en la Sagrada Hostia, consideraba que aquel Dios humillado, escarnecido, ajusticiado en un patíbulo como el último de los criminales, había exhalado su postrer suspiro implorando perdón para sus verdugos, y esta consideración, que le ponían de manifiesto la grandeza de

aquel sacrificio y la pequeñez del suyo, hacía-le olvidar como cosas indignas de un corazón cristiano, los muchos é injustos agravios que había recibido de sus enemigos.

—El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna—dijo don Narciso.

—Amén—respondieron todos.

Y don Cándido, plegadas las manos ante el pecho, inclinada la cabeza con humildad, recibió al Señor Sacramentado y cerró los ojos quedando abstraído en el más profundo recogimiento.

—¿Traes la Santa Unción?—preguntó después.

—Sí.

—Pues dámela enseguida, porque esto se acaba.

Y así era. Hubiérase dicho que Dios prolongaba la vida de don Cándido, para que éste pudiera recibir los auxilios espirituales, ya que tan desprovisto se hallaba de los corporales. Apenas don Narciso hubo terminado la administración del último consuelo que la religión presta á las almas en la tierra, comenzó el enfermo á decaer tan notablemente, que todos temieron un próximo y fatal desenlace. La respiración lenta y fatigosa, los ojos inmóviles y vidriosos, la palidez cadavérica del semblante, los pómulos abultados y salientes, eran otras tantas señales indefectibles de que la muerte se acercaba rápidamente.

Así lo conoció don Cándido. Y mientras

don Narciso leía la recomendación del alma, hizo una seña para que todos se aproximasen al lecho, y con voz casi imperceptible, con palabras cada vez más entrecortadas por el estertor de la agonía, les habló de esta manera:

—Hijos míos.... Me muero.... pero nunca creí... que la muerte... fuese tan dulce... Y si algún temor... me inspira... el tener que comparecer.... ante la presencia... de Dios.... ¡gracias sean dadas... á El! que me libra de los remordimientos... que otros... tendrán... en este... trance... Daniel... Margarita... casaos... cuanto... antes... y huid... de este .. pueblo... Huid... prosiguió con voz cavernosa alzando majestuosamente los brazos y clavando sus ojos en el espacio como si se hallase animado de un espíritu extraño—porque... la maldición... de Dios... ha caído... sobre... Vallespino... y el azote... de su justicia.... barrerá... á los malvados.... ¡Per... dón... para... ellos.... y tam.... bién.... pa.... ra.... mí!

—Alma cristiana, sal de este mundo—dijo solemnemente don Narciso.

Y al imperio de esta voz, estremeciéndose ligeramente el cuerpo de don Cándido, dejando libre al espíritu, que voló á la gloria para recibir el premio reservado á las almas justas.

Ni un grito, ni una frase de los circunstantes turbó la solemnidad de aquella fúnebre escena. El verdadero dolor se reconcentra en sí mismo y aborrece las manifestaciones ruidosas.

Lo que hicieron todos, fué arrojar-se sobre

el lecho mortuorio y besar y bañar de lágrimas las manos de aquel humilde sacerdote, que, después de cuarenta años consagrados á labrar la felicidad de sus feligreses, moría en casa ajena, porque éstos, juntamente con la vida, le habían privado de un modesto lecho en donde exhalar el último suspiro.

Sonaron entonces unos leves golpes en la puerta de la calle, y casi al mismo tiempo presentáronse en la habitación dos guardias, que, tricornio en mano, se acercaron á don Tiburcio, diciéndole con mucha humildad:

—Sentimos mucho venir á aumentar el dolor en esta casa, pero somos ministros de la justicia, y bien á pesar nuestro nos vemos obligados á cumplir nuestra misión.

—¿Y qué desean ustedes?

—Que en nombre de la justicia se entregue usted preso.

—¿Yo? ¿Preso, yo? ¿Por qué?

—Porque según las averiguaciones practicadas, resulta usted autor de la muerte de Antón Martínez.

Lanzó Margarita al oír esto un grito, como si le arrancasen el corazón, acometió á Daniel un arretrato de indignación, que le puso en peligro de echar todo á barato, y don Tiburcio, anonadado por aquel nuevo golpe que le asataba el infortunio, sólo tuvo alientos para levantar los ojos al cielo, exclamando con acento de amargo reproche:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Cómo nos haces apurar hasta la última gota el cáliz del dolor.

Dichoso tú—añadió, dirigiéndose al cadáver de don Cándido—que libre de las ataduras de la tierra, te ves igualmente libre de las injusticias de los hombres.

—¿Y cuándo pretenden ustedes llevarme?
—preguntó á los guardias.

—Ahora mismo.

—¡Ahora mismo! Pero, no ven mi casa destruída por la canalla, mi pobre amigo asesinado por la misma, mis hijos abandonados y todo puesto en el mayor desorden?

—Comprendemos su situación y nuevamente le repetimos nuestro sentimiento; pero la ley es inflexible y nosotros nada podemos hacer en favor de usted.

—Está bien—replicó don Tiburcio con dignidad, haciendo un supremo esfuerzo para sobreponerse á su desaliento y recobrar su sangre fría.

Acercóse después al lecho donde estaba el cadáver, y estampó un cariñoso ósculo en el frío semblante del párroco.

—Vamos, hijos míos—dijo á Daniel y á Margarita.

—Adiós, amigos míos—añadió, dando la mano á los circunstantes.

—Cuando ustedes gusten, señores—murmuró á los guardias.

Y el noble alcalde de Vallespino salió de la habitación, sereno, arrogante, con la cabeza erguida, con un gesto de soberano desprecio dibujado en sus labios.

Mas como la calma de que alardeaba don

Tiburcio era solamente artificial, excitada por una enérgica sacudida de su indomable espíritu, y las situaciones violentas suelen ser insostenibles aun para los más esforzados corazones, sobrevino muy pronto el aplanamiento consiguiente, y como resultado de éste una extrema languidez que se reflejaba en todos los movimientos del alcalde.

Daniel y Margarita que caminaban al lado de éste, echaron de ver la brusca transformación de su padre, á quien prodigaban amorosas caricias procurando infundirle el aliento que ellos igualmente necesitaban. Pero insensible don Tiburcio á las ternezas de sus hijos, contentábase con fijar en ellos una mirada sin expresión, y continuaba después su marcha, inclinando profundamente el cuerpo, arrastrando los pies por los morrillos de la calle, tambaleándose á cada paso lo mismo que un beodo, como si sus piernas no pudieran soportar por más tiempo el peso de aquel cuerpo desfallecido.

En esta disposición llegaron á las últimas casas del pueblo, en donde esperaban los otros guardias custodiando á ocho vecinos, que habían resultado complicados en los sucesos de aquella mañana, y que debían ser conducidos, en unión del alcalde, á las prisiones del partido.

Figuraba entre ellos tío *Roñazas*, quien más torpe ó menos afortunado que *Tanasia*, no pudo burlar las pesquisas de la justicia, en cuyas garras había caído como principal cabecilla de la revolución.

No ostentaba ahora el estúpido viejo aquellos aires de vanidosa arrogancia con que se había presentado por la mañana; antes al contrario, en su semblante triste y pensativo veíanse las huellas de un tardío arrepentimiento, como si al fin empezara á comprender el infame juego á que le había conducido su imbecilidad explotada por desalmados vividores.

Cuando los guardias hubieron dado la voz de marcha, enjugóse don Tiburcio las copiosas lágrimas que brotaban de sus ojos, y, apurando las pocas energías que le restaban, todavía pudo decir estas palabras:

—Volvéos ya, hijos míos. Tengo el presentimiento de que no hemos de vernos otra vez en la tierra, y por esto os hago el mismo encargo del pobre Cándido: casaos pronto, y huíd cuanto antes de este ingrato pueblo, que tan tristes recuerdos guarda para nosotros.

Colgáronse por un lado Daniel y por otro Margarita al cuello de don Tiburcio, quien los apretaba contra su corazón, y por un momento confundióse en uno el llanto de aquellos seres tan desgraciados como dignos de mejor suerte; pero la divina Providencia, que había determinado purificarles en el crisol de las mayores desdichas, preparó otros nuevos acontecimientos, con los cuales se acibarasen todavía más las amarguras de aquella triste despedida.

Por un cercano sendero que guiaba al cementerio, aparecieron cuatro hombres conduciendo unas parihuelas, sobre las que se divi-

saba el cadáver de *Cascarrabias* cubierto con una manta de lana.

Antes que nadie comprendió don Tiburcio lo que significaba aquel fúnebre cortejo. Y tal efecto le produjo esta visión, que, desprendiéndose de los brazos que le aprisionaban, precipitóse á todo correr hacia la comitiva, sin que pudieran darle alcance los guardias, que se habían lanzado en pos de él presintiendo un nuevo trastorno.

En aquel mismo instante oyéronse las notas acompasadas de las campanas, que, agitadas por la mano de Juanín, empezaban á doblar pausadamente, anunciando la muerte del hombre justo, que durante cuarenta años había sido párroco de Vallespino.

Nadie supo explicar lo que entonces sucedió; pero todos vieron, que apenas habían sonado las primeras notas de las campanas, cuando don Tiburcio, con el semblante descompuesto, los cabellos erizados en desorden, los ojos como si fueran á saltar de las órbitas, retrocedía dando fuertes alaridos entre los que mezclaba estas incoherentes palabras:

—¡A mí! ¡á mí! ¿No veis que me persigue como un fantasma? Lo he matado yo... yo mismo ¿oyes Margarita? Lo he matado yo, porque... porque... tararí, tarará... tipití, tipitá... ja, ja, ja, ja...

—¡¡Dios misericordioso!!—exclamó desesperada Margarita, cayendo de rodillas y mesándose los cabellos—¡¡Se ha vuelto loco!!

—!!Loco!!—murmuró Daniel, sin fuerzas para decir otra cosa.

¡¡Loco!!—repetieron conmovidos los demás. Y como si don Tiburcio se hubiera propuesto confirmar la frase que salía de todos los labios, gritaba y danzaba grotescamente, haciendo remolinos con los brazos, sacudiendo las piernas con ligereza, lanzando carcajadas nerviosas, estridentes, histéricas, que penetraban en el alma poniendo frío al corazón.

Ante escena tan desgarradora, no había uno solo de los presentes que tuviese los ojos enjutos. Aquéllos que por la mañana pedían la sangre del alcalde, no podían resistir ahora los impulsos del corazón, y lloraban compadecidos de tan mísera suerte. Los guardias, á quienes el llanto parecía afrentoso, volvían disimuladamente la cabeza, para limpiarse las copiosas lágrimas que no podían contener. El mismo tío *Roñazas*, que á fuerza de vicios casi tenía embotada la sensibilidad, presentaba el rostro enrojecido por el llanto y ocultábase avergonzado entre los demás, sin poder resistir la vista de aquellos desgraciados seres, ni acallar en su conciencia los agudos gritos del remordimiento.

Pareció prudente á los guardias abreviar aquel doloroso espectáculo. Dieron nuevamente la orden de partir, echaron delante á los demás presos, y siguieron ellos detrás, llevando cogido por los brazos á don Tiburcio que hacía violentos esfuerzos para escapar.

Quedaron inmóviles Daniel y Margarita,

contemplando la marcha de los presos, hasta que éstos desaparecieron en un recodo del camino. Y al divisar la última vez al infortunado padre, que por perderlo todo había perdido hasta la razón, y al escuchar el doblar de las campanas recordándoles al otro padre que yacía en el lecho mortuorio, y al distinguir las humeantes ruinas de lo que antes había sido su casa, paráronse los dos frente á frente, impulsados por el mismo pensamiento, y confundieronse en una mirada de amargura indefinible, que penetraba hasta lo más profundo de sus angustiadas almas.

— ¡Solos! — murmuró Margarita.

— ¡Huérfanos! — replicó Daniel.

— ¡Calumniados!

— ¡Perseguidos!

— ¡Me horroriza este maldito pueblo!

— ¡Esta será la última noche que pasemos en él!

Y volvieron á entrar en el pueblo silenciosos, abatidos, abrumados por el peso de tantas desgracias, en tanto que por el camino de la ciudad iba haciendo don Tiburcio ridículas pueretas, y seguía en la torre el fúnebre doblar de las campanas, cuyos acentos monótonos, tristes, acompasados, parecían perderse á lo lejos en las últimas cumbres de los montes vecinos...

XXV

Han pasado cinco años desde los acontecimientos referidos en el capítulo anterior, y con la misma facilidad que hemos dado ese gran salto en el tiempo, vamos á dar otro mayor en el espacio, trasladando á nuestros lectores, desde el sucio y desmantelado pueblo de Vallespino, á la populosa y encantadora ciudad de X, en donde se desarrollan los últimos sucesos de esta verídica historia.

La ciudad de X, antigua como lo son casi todas las ciudades de España, deja bastante que desear, lo mismo en limpieza que en estética, si se atiende á la parte que pudiéramos llamar vieja. Más como el número de habitantes ha crecido en estos últimos años hasta duplicar el censo de la población, X cuenta en la actualidad con un ensanche, hermosado por lujosos edificios, amplias calles y frondosas alamedas.

No es esto sin embargo, lo único que hace merecer á dicha ciudad el título de encantadora. Lo son principalmente, su clima benigno como el que más, sus aguas famosas de puro saludables, su cielo despejado cual ninguno, y sobre todo, su vega feracísima, surcada por

abundantes canales de riego, cuajada materialmente de árboles frutales, copiosa en todo género de producciones, é insustituible para los aficionados á estirar las piernas y oxigenar los pulmones dando largos paseos por el campo.

Era el veinticuatro de mayo de mil novecientos once, fiesta de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo.

En un día festivo, con una verdadera mañana primaveral y en un campo tan atractivo como el de X, cualquiera puede figurarse lo que haría un servidor de ustedes, que tiene muy arraigada la afición de consagrar sus ocios al inofensivo é higiénico *sport* del paseo.

Salí al campo en compañía de un amigo, tentado de la propia manía. Y, andando, andando, como dicen en los cuentos de niños, tanto adelantamos en nuestra excursión, que sin darnos cuenta, nos hallamos junto á la célebre «Villa Panchita», una de las posesiones más dilatadas y hermosas de la comarca.

Había pertenecido tan preciosa quinta á un elevado personaje que solía pasar en ella largas temporadas; pero andando el tiempo, vino á caer últimamente en manos del Estado, el cual la convirtió en Granja Agrícola Oficial, para que, bajo la dirección de un inteligente agricultor, se hicieran ensayos sobre toda clase de plantaciones.

Según las noticias que yo tenía, figurábame que esta Granja debía ser un perfecto modelo en su clase, y sentía verdaderos deseos de visitarla para ver si la realidad correspondía á mis

esperanzas. Así es que, cuando mi amigo, haciendo de *cicerone*, anunció que estábamos en la «Villa Panchita», no pude menos de expresarle cuán agradable me sería una visita á la referida Granja.

—Pues nunca mejor ocasión—contestó.—Precisamente el director es amigo, y como por ser hoy día festivo, no tendrá grandes ocupaciones, podrá acompañarnos con entera libertad.

Nos acercamos ó la verja que cerraba la entrada, desde la cual se veía la casa colocada al final de un ancho paseo orillado con frondosos álamos. Hizo sonar mi amigo un pequeño esquilón que hacía de llamador, y presentóse al momento un labriego, á quien preguntó, alargando por entre los hierros una tarjeta:

—¿Está don Daniel?

—Sí, *siñól* ha venido hace poco de la *ciudadá*.

—Haz el favor de entregarle ese papel.

—¿Daniel, has dicho?—repuse yo, apenas se ausentó el labriego, extrañando, sin saber por qué, aquel nombre.

—Daniel Esteve, sí; el joven más simpático que puedes figurarte.

—¿Sobrino del párroco de Vallespino?

—El mismo que viste y calza. ¿Le conoces acaso?

—¡Ya lo creo! Hace muchos años.

—Pues ahí le tienes en persona.

Efectivamente. Salía de la casa y se dirigía hacía nosotros, un joven bien portado, en

el que á primera vista reconocí al arrogante sobrino de don Cándido.

Daniel había sido discípulo mío cuando se educaba en un colegio de X, y con este motivo tuve muchas veces ocasión de estrechar la mano de su buen tío, llegando á formar verdadera amistad con aquel humilde sacerdote, que por su franqueza y sencillez, hacíase querer de cuantos le trataban. El tiempo y la ausencia habían enfriado de tal manera aquellas relaciones, que, á no mediar este inesperado encuentro, ni ellos ni yo hubiéramos vuelto á recordar nuestra amistad.

Reconocióme al punto Daniel, y se arrojó en mis brazos con demostraciones de sincera alegría.

—Cómo, Daniel, ¿tú por aquí?

—Para servir á Dios y á usted.

—Pero hombre, si yo te contaba por Vallespino, hecho un Melíbeo con zamarra, injertando árboles y podando vides.

—Ya ve usted; donde menos se piensa...

—Salta un amigo—interrumpí yo.—Pues, hijo mío, gracias á la bendita ocurrencia de entrar aquí, porque si nó tarde nos encontramos.

—¿De manera que ignoraba usted mi estancia en esta Granja?

—Lo mismo que el día en que he de morir. La curiosidad solamente nos ha traído aquí. ¿Y qué hace tu excelente tío? Seguirá tan campechano como siempre.

—¡Mi tío!—murmuró tristemente Daniel, cuyo semblante cubrióse con un tinte de amarga

melancolía—¡Pobre tío! Por lo visto no han llegado á usted las nuevas de lo que pasa en Vallespino.

—¿Algún disgusto con el pueblo?

—Murió hace cinco años.

—¿Qué me cuentas?—exclamé yo, dando un paso atrás al oír esta noticia.

—Fué una de las muchas víctimas que por todas partes va inmolando esa plaga social titulada socialismo.

—¿Plaga socialista en un pueblo como Vallespino?

Sí, señor; plaga socialista en mi pueblo. Pero ya que han venido ustedes con intención de visitar la Granja, daremos una vuelta si les parece bien. Así tendré tiempo de distraer los tristes recuerdos, que este encuentro ha evocado, y después podré referirles con más tranquilidad las desgracias que hemos padecido.

Las palabras de Daniel habían picado mi curiosidad, y con dificultad soportaba esta la tregua que se la imponía; pero comprendí que el joven tenía sobrada razón, y me resigné á emprender aquella visita, que, francamente, ya no me inspiraba tanto interés.

Guiados por Daniel que nos daba minuciosos detalles de todo cuanto veíamos, recorrimos los diferentes departamentos de la Granja, y en honor á la verdad debo decir, que no salieron defraudadas mis esperanzas, sino que me hallé agradablemente sorprendido, al ver el orden, esmero y conocimiento con que se culti-

vaba allí todo lo concerniente al ramo de la agricultura.

Estaba la tierra dividida en grandes cuadros, simétricamente distribuídos, cada uno de los cuales contenía las variadas especies de una misma familia, desde las legumbres, hortalizas y cereales, hasta las vides, frutales y árboles de adorno.

Había también como complemento una sección de apicultura, otra de piscicultura, grandes invernaderos con infinidad de plantas exóticas, departamentos para la cría de animales domésticos, y por último, para que nada faltase en aquel pequeño paraíso, bajo un cenador cubierto de plantas trepadoras, una hermosa fuente arrojaba dos caños de agua, clara como el cristal y más fresca que la nieve.

Aquí terminó nuestro recorrido, que por cierto nos había rendido de fatiga. Tomamos asiento en un banco que rodeaba á la fuente y refirió Daniel los graves sucesos acaecidos en su pueblo, viniendo á terminar el relato con estas palabras:

—La locura de don Tiburcio fué solamente pasajera y cesó poco después de haber ingresado éste en la cárcel; pero casi hubiera sido preferible lo contrario, porque á los dos meses se celebró el juicio, y fué condenado á diez años de presidio y confiscación de todos sus bienes.

—¡Qué infamia!—exclamé yo—¿Y no pudo probarse su inocencia?

—Le diré á usted. Las circunstancias todas

hacían muy verosímil la culpabilidad, y por otra parte algunos testigos afirmaron haber visto á don Tiburcio escalar las tapias del corral en la noche del crimen. Pero cuando esto no hubiera sido así, don Tiburcio creyó, que, para probar su inocencia, necesitaba dar á conocer sucesos, de los cuales pudieran las lenguas maldicientes sacar consecuencias nada favorables al honor de Margarita. Y padre generoso como ninguno, prefirió sufrir la condena y perder su honra, antes que la más pequeña sospecha empañase la de su hija. Desgraciada ó afortunadamente no tuvo tiempo de cumplir la pena, porque minada su naturaleza por tantos infortunios, y más que nada por la vergüenza de encontrarse en tal estado, al año justo entregaba su alma á Dios, sin otro remordimiento que dejar, como fin de su vida ejemplar, una memoria estigmatizada con la nota de criminal.

—¿Y Recorte?

—Al principio nadie sospechó de él, pero después de muerto don Tiburcio, circuló por el pueblo un rumor, que el mismo interesado procuró apagar. Y como los únicos que pudiéramos intentar algo contra él, somos nosotros, que no queremos remover este asunto desagradable y después de todo inútil, ahí tienen ustedes al asesino paseándose como una persona decente, en tanto que la inocencia ha sido sacrificada. Tío *Roñazas* fué condenado á dos años de prisión, durante los cuales murió tía Antonia en medio del mayor abandono,

y terminada su condena volvió al pueblo, en donde todavía vive implorando de puerta en puerta la caridad, hecho un viejo decrepito, pero arrepentido de su vida pasada. A *Tanasia* la encontraron una mañana muerta en su lecho; y aunque nadie supo de qué había fallecido, no faltó quien advirtió en el amoratado cuello de la difunta, señales de estrangulación, y *soto voce* cargó este nuevo crimen á la conciencia de Recorte. Juanín tuvo la buena ocurrencia de casarse con Pascuala, en pago de lo que ésta había hecho por nosotros, y en su compañía quedaron Manuela y Petra, viviendo todos con sus pequeños ahorros y el producto de las tierras de mis padres, que llevan en arriendo. Margarita y yo abandonamos el pueblo al otro día de morir mi tío, celebramos nuestro matrimonio, conseguí esta colocación por medio de unos parientes. y con lo poco que nos paga Juanín y otro poco que ganamos aquí, vivimos tan satisfechos, que si no fuera por los tristes recuerdos que de cuando en cuando vienen á turbar nuestra dicha, nos creeríamos los seres más felices de la creación.

—Por supuesto—dije yo cuando Daniel hubo terminado—que no habrás vuelto al pueblo.

—Ni volveré aunque cien años viviese.

—Y la semilla de *Cascarrabias* habrá fructificado indudablemente, porque no se que tienen esas doctrinas, pero es lo cierto, que se extienden como una mancha de aceite.

—Ya lo creo. Por las cartas de Juanín sabemos, que la taberna de *Cascarrabias* se abrió

á nombre de Recorte, el cual, siguiendo las huellas de su predecesor, ha conseguido apoderarse de la alcaldía, haciendo mangas y capirotes en el concejo y llenándose los bolsillos á costa de los pobres trabajadores. Si á esto se añade que la filoxera ha destruído todo el viñedo, principal riqueza de Vallespino, pueden ustedes calcular la extremada miseria que allí habrá, y el espíritu profético que tuvo don Tiburcio, cuando anunció que dos plagas, la filoxérica y la social, destruirían completamente el pueblo. En la última carta nos decía Juanín, que causa verdadera pena el estado de Vallespino. La mitad de los vecinos han emigrado á las Repúblicas de América, y de los restantes, muchos, viciosos y holgazanes, viven exclusivamente del *merodeo*. Las casas abandonadas van cayéndose poco á poco por falta de habitantes que las cuiden, y entre las ruinas de aquéllas se ven abigarrados grupos de chiquillos medio desnudos, borrachos tumbados al sol, mujeres andrajosas, semejando á esas cuadrillas de bohemios que acampan en las afueras de las ciudades. A esto ha quedado reducido aquel pueblo tan feliz.

—¿Nos presentarás á Margarita?—dije yo, abusando de la confianza por el deseo de conocer á tan simpática joven.

—Ahí viene—contestó Daniel, señalando á la casa.

Volvimos la cabeza y contemplamos una escena, que no por frecuente es menos encantadora. Salía corriendo de la casa un niño de

dos á tres años, rubio, frescotón, semejante á los querubines que inmortalizó el pincel de Fra Angélico, y corría también detrás Margarita, gritando como una loca:

—Que te cojo, que te cojo.

—No, no—contestaba el niño, soltando ruidosas carcajadas y moviendo las manos sin cesar de correr.

—Díle á papá, que venga á comer.

—Papáaa... dise mamá te mena á pomé.

—Ven aquí rapazuelo—decíale el padre—que te guardan estos señores un caballo.

—Arre... arre... arre...

Y seguía corriendo hacia nosotros, dándose palmadas en los muslos como si cabalgase, y tambaleándose sobre sus débiles piernecillas, con evidente peligro de rodar por los suelos.

Hizo Daniel mi presentación anunciándome como su antiguo profesor, á lo que respondió afablemente Margarita, excusándose de no haber acudido antes á saludarnos, é invitándonos con sinceras frases á que les acompañásemos á comer.

—¿Anone etá é cabalo, papá?—decía entre tanto el niño, escudriñando con sus hermosos ojos azules los rincones del cenador, en busca del cuadrúpedo prometido.

—¿Y dónde quieres que esté, hijo mío? En la cuadra—contestaba Daniel, levantando al rapazuelo por encima de su cabeza, bajándole después á la altura de sus labios, y descargando en los mofletes de aquél una ruidosa tanda de besos.

—¿Cómo te llamas, niño?—pregunté yo acariciándole.

—Canidín, tomo mi tío.

—Hombre, me gusta. ¿Y serás tan bueno como él?

—Y dise mamá te seré tura, y tú me dará é caballo.

—Sí, te lo prometo para otro día.

—Gane.. gane... ¡así!

—Mas grande todavía. Y mueve las orejas.

—¡Huiiii...! —decía Candidín, saltando de gozo en los brazos de su padre y dando palmadas de satisfacción.

Comprendimos que estábamos molestando, por ser la hora de comer. Expresamos nuestro deseo de retirarnos; volvieron ellos á repetir la invitación, que nosotros nuevamente rehusamos; nos despedimos con promesas de repetir la visita, y emprendimos la vuelta á la ciudad, comentando por el camino la hermosura de la Granja, la felicidad de aquel matrimonio, y sobre todo, la triste historia, que, bajo el toldo de madre selvas, jazmines y enredaderas, entre el poético murmurio de la fuente, nos había relatado Daniel en aquella mañana primaveral.

—¿Por qué no publicas esa historia? —dijo mi amigo.—Quizás pudiera servir para que algunos pueblos escarmentasen en cabeza ajena.

—Lo pensaré—respondí yo, que abundaba en la misma idea.—Creo que haría un gran bien á la humanidad, todo aquel que consagra-

ra sus facultades, á quitar el antifaz con que se cubren esos malvados explotadores de la candidez.

Y aquí tienes, simpático lector, el origen de este libreo y el fin que me impulsa á publicarle.

¡Diéra yo por bien empleados los desvelos que me costó escribirle, si uno tan solo de los pueblos, á los cuales principalmente va dedicado, aprendiese en él la manera como deben todos recibir á los farsantes, que van á predicarles el credo socialista!



Cuando al llegar á la ciudad me separé de mi amigo, iba yo echando en mi mente las líneas generales de la novela que había de componer, representándome á Vallespino, primero creyente, laborioso, feliz y después incrédulo, holgazán y desgraciado. Conocía otros pueblos que se hallan en las mismas circunstancias, y sabía otras historias semejantes en todo á ésta; así es, que me parecía ver un Vallespino en cada pueblo de España, un «Bar Modernista» en cada calle, y un *Cascarrabias* en cada uno de esos modernos regeneradores.

Y parecíame ver todavía más. Detrás de toda esa farándula, entre los bastidores del teatro donde se representa el drama, parecíame ver un horrible monstruo, una especie de pulpo enorme, que después de haber inficiona-

do con su baba corrompida el ambiente de las ciudades, va extendiendo sus tentáculos por los más apartados villorrios, vaciando en ellos el depósito de impiedades, de envidias, de odios, de instintos sanguinarios, que lleva oculto en su inmundo vientre.

—Pero ¿no habrá medio—decía para mí—de atrapar á esa bestia? ¿Es posible que en esta nación donde se fabrican á granel leyes inútiles, no se dé una que mande poner una mordaza á esas bocas, un grillete á esos pies, un dogal á esos cuellos que se complacen en ir sembrando la discordia, robando la fé, matando la felicidad?

Y luego caía yo en la cuenta de que no son medios lo que hace falta, sino hombres de corazón recto, de voluntad decidida, hombres *verdaderamente* libres, que se atrevan á tirar la primera piedra contra el monstruo destructor.

¡Desgraciada nación aquélla, en que los ciudadanos honrados, puestos al amparo de hombres inútiles ó cobardes, no tienen otra defensa contra las incursiones de los canallas que repeler la fuerza con la fuerza!

Por supuesto, lector mil veces amable, que todas estas cosas las pensaba yo para mi capote, pero así me mate Dios de viejo, si jamás me atrevería á decirlas en público, porque has de saber, si acaso lo ignorabas, que en este pícaro mundo, donde á la sombra de las leyes medrán los pillos y se cometen con perfecta impunidad los mayores crímenes sociales, no faltan leguleyos endiosados de tan nerviosa irascibilidad,

que, en cuanto algún desgraciado Juan Paga tiene la osadía de alzar un tantico la voz para quejarse de que le han molido los huesos, son capaces de apurar hasta la quinta esencia de la exégesis legal, para formarle sumaria y caer sobre él con todo el peso del derecho... torcido.

Y, francamente, como yo no gozo de la inmunidad parlamentaria, ó sea de ese *carnet* para cometer á mansalva cuantas atrocidades se pongan en la mollera, sentiría tener que habérmelas con los señores togados y dar con mis huesos en alguna celda de castigo, aunque fuera por haber tenido el gustazo de cantar las verdades del barquero.

¡¡Que á esto lleva, lector, si bien reparas
El meterse en camisas de once varas!!

FIN



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000251048

Sanz
Mascón

La
Plaga
Social
NOVELA

R

4488

Com

2022

Print

Ganz y Gascon, Sebastián

La Plaga Social - Novela por

Diagrama. - Tiempo Moderno. (1)

1912.

XI + 359 pág. - 17 cm. 18 cm. 1/2

Print,

(1), Elentris Martínez.

(c) Comunidad Autónoma de La Rioja

La Plaga Social - Novela por Gelcastián

Ganz y Gascaín...

Logroño. - Imp. Moderna. (1)

1912.

XI + 359 pag. — 17 cm. 18. no 11.

Rúst.

1) Eleuterio Martínez